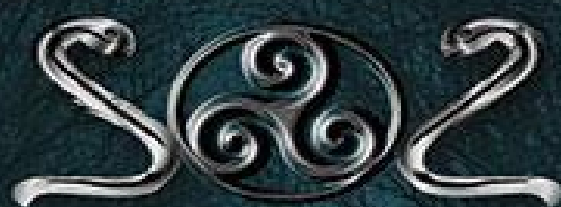


# LA ESENCIA



MILA MARTÍNEZ



*Dedicado a Connie, Helle y Mili, mis editoras.*

*A fuerza de coraje y sacrificios, estas tres mujeres comprometidas han posibilitado durante décadas que la literatura se pueble de los referentes que necesitamos.*

*Gracias a ellas, nuestra vida es un poquito mejor.*

# El rito

Todavía le temblaban las manos cuando apagó el motor. El hombre estuvo unos segundos inmóvil, contemplando a través del parabrisas húmedo la densa capa de nieve que se había formado hasta la entrada de la mansión. Se obligó a tranquilizarse para poder bajar del coche. En cuanto abrió la puerta, una ráfaga de viento gélido le golpeó la cara. Puso un inseguro pie en tierra y se hundió en la alfombra helada hasta el tobillo. Por fin sacó la otra pierna y se enderezó, levantando las solapas del abrigo. El frío era inclemente. A continuación, dio un par de pasos dubitativos, los justos para poder cerrar la puerta del vehículo, accionar el mando a distancia y bloquearla. Aún sentía en los huesos la experiencia infernal de recorrer los últimos kilómetros que le habían llevado hasta allí. La carretera que ascendía por la montaña y desembocaba a las puertas de aquella casa hacía horas que había dejado de ser segura. El repentino vendaval de nieve se mostraba cada vez más furioso. Durante el camino, el haz de los faros apenas había podido iluminar dos metros más allá del capó del coche. Además, las ruedas del automóvil de alta gama que conducía no llevaban la protección de las cadenas. La tormenta le había pillado desprevenido. A pesar de ir a una velocidad muy baja, había estado a punto de deslizarse hacia el precipicio en un par de ocasiones.

Exhaló con fuerza lanzando a la noche una nube de vaho. Tuvo que parpadear varias veces para poder desembarazarse de los copos que el viento glacial le lanzaba a la cara. Le faltaban unos pocos metros para alcanzar el porche de entrada, pero tenía que ir muy despacio si no quería resbalar y caer sobre la nieve. Ya llevaba suficiente calada la ropa. El frío se había filtrado a través de su abrigo en el corto pero trabajoso trayecto desde el aparcamiento hasta la entrada de la lujosa casa que se levantaba en lo alto de aquella montaña.

Apretó el timbre del videoportero y esperó, abrazándose los costados. Al cabo de unos segundos una voz grave le interpeló.

—*Sapientia in aeternum* —respondió con voz entrecortada.

La puerta se abrió de inmediato con un chasquido y el hombre traspasó el umbral, agradeciendo la alta temperatura que le acogía en el interior. Las manos y la cara le ardían. Cerró rápidamente tras de sí y comenzó a caminar

por el amplio *hall* de mármol. Justo en el centro, desde dos pisos de altura, colgaba una pesada lámpara de lágrimas de cristal que en aquel instante estaba apagada. En contraste con el blanco cegador de la nieve, allí reinaba una semipenumbra sobrecogedora inducida por antorchas enclavadas en las paredes. El aroma a brea y a leña quemada flotaba en el ambiente.

La misma voz que había escuchado a través del interfono le llamó ahora desde la planta superior, al oeste de la escalinata central que se bifurcaba en dos direcciones.

—¡Suba!

El recién llegado comenzó a ascender la escalera sin poder apartar la vista de un enorme cuadro colgado en la pared. Escalofriante, de tintes oscuros, retrataba a un anciano con atuendo propio del siglo XIX. Supuso que debía de ser un antepasado del dueño de la casa.

—Es mi padre —reveló el hombre apoyado en lo alto de la balaustrada, al notar la atención del visitante puesta en el retrato. Su voz dejaba entrever un leve acento extranjero.

—Buenas noches, doctor Brain —dijo cuando lo tuvo cerca, extendiendo la mano hacia él.

—Bienvenido —contestó el anfitrión, mientras se la estrechaba—. Siento este clima atroz. Puede dejar el abrigo allí.

El hombre señaló un perchero de pie en el que ya había algunos gabanes.

—La tormenta ha sido un pequeño inconveniente, pero estoy convencido de que habrá valido la pena llegar hasta aquí —respondió, despojándose del abrigo.

—Le aseguro que sí —dijo con cierto brillo en la mirada.

El doctor Brain era delgado, de aspecto distinguido y abundante cabello blanco. Los rasgos de su cara, ahora surcada por profundas arrugas, dejaban entrever el atractivo que debió de disfrutar en su juventud. Condujo al visitante a través de un largo corredor. El sonido de los pasos de ambos fue absorbido por una mullida moqueta de tonos púrpuras que cubría todo el recorrido. Los dos se detuvieron ante una puerta doble de casi tres metros de altura. La manilla, de bronce, formaba la figura de dos serpientes enroscadas. El doctor Brain la accionó suavemente, empujando una de las hojas. De inmediato los envolvió el resplandor rojizo y la calidez del fuego de una chimenea. Dentro había seis hombres más. En un volumen apenas perceptible, ambientaban la reunión unas notas inquietantes. El invitado

reconoció la pieza al instante: era *Masked ball*, de Jocelyn Pook. Un ligero estremecimiento le recorrió la espalda.

Paseó la vista por la estancia. De altos techos y espesas alfombras, había sido decorada con muebles y objetos de anticuario. Un sifonier, un par de armaduras, escudos y armas medievales ornaban la pared opuesta al hogar. De aquel espacio procedía el olor a madera quemada que había percibido en el *hall*, pero a ese aroma se unía ahora el de una infusión de hierbas. En el centro de la habitación había dispuestos cómodos butacones de color grana formando un círculo.

La atención de los seis hombres se dirigió hacia el anfitrión y el recién llegado.

—Señores, ya estamos todos. Aunque algunos de ustedes le conocen de otros ámbitos, les presento al doctor Beauty —indicó el dueño de la casa—, el nuevo miembro que se va a incorporar a nuestra sociedad.

Uno a uno, todos los presentes le recibieron con un apretón de manos. El primero era un hombre rechoncho, de pequeños ojos y boca prominente. Tenía cierta tendencia a dejar el labio inferior descolgado, lo cual le otorgaba un aire bobalición. Fue presentado como el doctor Skin. El doctor Beauty percibió en él cierta desconfianza.

A continuación, fue saludado por el doctor Bones, un personaje de grandes manos, rostro cuadrado y espaldas anchas. Su aspecto era el de alguien acostumbrado a practicar deporte a diario. Su saludo le transmitió seguridad.

El doctor Mind, un joven de rasgos cincelados propios de la guardia pretoriana, era el más atractivo de los allí presentes. Le sonrió con camaradería. Había coincidido con él en un congreso.

El doctor Blood mostraba la espalda encorvada de quien está incontables horas con el ojo pegado a un microscopio; su iris, de un azul casi traslúcido, estaba protegido tras lentes redondas de metal. Los ojos eran lo más destacable de su cráneo, absolutamente reluciente. El recién llegado había oído hablar de él y admiraba su inteligencia.

El doctor Cell era de pelo ralo, nariz aguileña y mirada afilada encubierta por unas gafas de pasta negra. Aunque no lo conocía personalmente, sabía que era una eminencia en su campo.

El último en acercarse fue el doctor Driver, un hombre menudo de pelo azabache y piel cetrina. De rasgos claramente amazónicos, tenía unos ojos inquisitivos que parecían leer la mente.

A pesar de sus evidentes diferencias físicas, todos ellos iban ataviados con caros trajes confeccionados a mano y estaban allí por un único y común motivo.

El anfitrión tomó la palabra.

—Como todos ustedes saben, lo que aquí ocurra, aquí debe quedar.

Dicho esto, dio una hoja escrita al nuevo miembro y todos ocuparon el centro de la habitación, formando un corro interno dentro del círculo constituido por los sillones. El recién llegado puso atención al guion que le habían entregado. Las voces reverberantes de los ocho hombres se alzaron al unísono, en un coro ritual que a cualquier oyente ajeno hubiera puesto el vello de punta.

—*Invocamos el papiro Ebers, que su conocimiento nos inunde desde el profundo Egipto.*

»*Invocamos el papiro Edwin Smith, que nos revele la mente del gran Imhotep.*

»*Invocamos los papiros de Lahun: que su sabiduría nos alimente desde el Nilo.*

»*Invocamos al gran Hipócrates: reverenciemos su juramento.*

»*Invocamos a Galeno de Pérgamo: que su aliento nos inspire.*

»*Invocamos a Celso: guardemos su escritura.*

»*Invocamos a Praxágoras, Herófilo, Glauco y Erasítrato: que su genio nos ilumine.*

»*Sapientia in aeternum.*

A la fórmula litúrgica siguió un silencio reverencial igualmente estremecedor. Por fin, el doctor Brain indicó con un gesto que tomaran posesión de los butacones. El único que permanecía de pie fue el doctor Driver, el cual comenzó a hablar colocándose en el centro.

Con un marcado acento peruano, dijo pertenecer a la etnia awajún. Se refirió a su pueblo como uno de los más antiguos del Amazonas, descendiente de los jíbaros. El rito en el que iban a participar los allí reunidos era secreto. Por tanto, y como habían convenido, ninguno de los invitados podría hablar en el futuro de lo que ocurriera en esa habitación. El hombre vaticinó que su celebración iba a iluminarles el camino para alcanzar el *conocimiento*, meta a la cual todos ellos aspiraban para poder llevar adelante el proyecto común que la sociedad perseguía. También indicó que iba a conducir la ceremonia utilizando su lengua materna, aunque no tenían de qué

preocuparse, pues las palabras no iban dirigidas a ellos, sino a los dioses que protegían a su pueblo. Los presentes tan solo tenían que relajarse y dejarse llevar por sus propias sensaciones y por el sonido de su voz.

—Durante el rito invocaré con un cántico a nuestros cinco dioses y diosas: *Etsa*, el padre sol, *Nugkui*, la madre tierra, *Tsugki*, madre del agua que vive en los ríos, *Ajútap*, padre guerrero, alma de los combatientes antiguos. Y, por último, *Bikut*, gran filósofo awajún transformado en el toé, la planta alucinógena que, junto con la ayahuasca que vamos a tomar, nos permitirá conectar con los mundos superiores. Nosotros, el pueblo awajún, llamamos a la ayahuasca *la sogá de los muertos*.

Los hombres dispuestos en torno al doctor Driver parecían fascinados por la cadencia hipnótica de su discurso.

El conductor de la ceremonia se aproximó a una mesa baja que había junto a la chimenea y levantó la tapa de un recipiente que todavía humeaba. El aroma penetrante y áspero a hierbas que flotaba en el aire se hizo más intenso, extendiéndose rápidamente por toda la sala. Después, utilizando un cucharón, fue llenando ocho vasijas con la mezcla y las repartió entre los presentes, quedándose uno para él.

El doctor Mind se aproximó la suya a la cara y arrugó la nariz ante el olor desagradable que surgía del líquido espeso y marrón.

—El bebedizo de la ayahuasca tiene un sabor amargo —explicó el peruano—. Les recomiendo que no respiren y lo traguen de un solo sorbo. Su efecto puede tardar más o menos tiempo según las personas. También a cada uno de ustedes le afectará de una forma distinta y puede que algunos lleguen al trance antes que otros. En cuanto lo tomen, cierren los ojos, relájense y déjense conducir por mis palabras. No luchen contra la droga. Tan solo piensen en lo que han venido a buscar y encuéntralo.

El dueño de la casa había apagado las luces de la habitación, con lo que tan solo estaban iluminados por el resplandor rojizo que proporcionaba el fuego del hogar. Todos se bebieron aquella infusión apestosa entre gestos de desagrado, dejando después sus vasijas en el suelo. Ninguno se atrevió a romper el silencio, que solo era interrumpido, de tanto en tanto, por las intervenciones del doctor Driver. Este les recordó que debían permanecer con los ojos cerrados, aguzar sus sentidos y dejarse llevar. Comenzó a emitir unos sonidos monocordes, adormecedores, una suerte de mantra en su lengua awajún que invocaba el poder de los dioses. El murmullo hipnótico se

apoderó de las mentes, silenciando el único ruido que podía oírse en el salón, el del crepitar de la leña en la chimenea.

Al cabo de unos minutos, un nuevo sonido se incorporó al cántico del guía. Uno de los invitados había empezado a emitir pequeños gemidos. Era el doctor Cell, que, acurrucado, recurría a la protección del sillón como si este fuese el útero de una madre. Tenía la cara tapada con los brazos y había comenzado a temblar.

Tras unos segundos, el doctor Skin comenzó a llorar lanzando alaridos de terror. Nadie osó intervenir. Sin levantarse de su butacón, sus piernas se movían sin control.

Se escuchó otra respiración acelerada, como si el afectado buscara aire afanosamente. Era el doctor Mind.

Entonces se elevó la risa espeluznante del doctor Blood y, un momento después, este comenzó a vomitar. Sus arcadas contagiaron al doctor Cell, que se inclinó hacia delante deshaciéndose del contenido de su estómago.

El dueño de la casa y el doctor Beauty estaban rígidos en sus asientos como si algo los mantuviera paralizados. Los rostros de ambos reflejaban el esfuerzo de la tensión, con la mandíbula tan apretada que casi podía escucharse el rechinar de sus dientes.

En medio de aquel caos, de rodillas y con los ojos cerrados, el guía de la ceremonia se balanceaba sin cesar, al ritmo de un cántico perturbador.

Agarrado a su asiento, el doctor Bones tenía los nudillos blancos por el ímpetu con que sus dedos aferraban los brazos del sillón. Parecía estar ejerciendo una fuerza descomunal contra algo invisible, hasta el punto de que su frente se perlaba de sudor. Una sonrisa insana estaba dibujada en su cara.

Durante varios minutos delirantes, cada uno de los hombres sentados en círculo fue pasando desde la inmovilidad a las convulsiones; del silencio a los gritos y al llanto.

Al cabo de un tiempo, todos parecieron caer en una inconsciencia sanadora. Incluso el doctor Driver permanecía echado, en estado letárgico, sobre la gruesa alfombra que cubría el centro del espacio acotado por los sillones.

Horas después, lentamente, cada uno de los invitados comenzó a regresar a la realidad. El lugar estaba impregnado de un nauseabundo olor a vómito, tan solo mitigado por el fuerte aroma de la ayahuasca.

Los hombres del círculo se miraban unos a otros, buscando la



confirmación de la propia experiencia en los ojos ajenos. Mostraban el aspecto de haber sufrido una vivencia agotadora que tardarían mucho tiempo en olvidar.

Todos, menos uno.

El único que todavía reflejaba un comportamiento extraño era el doctor Cell; el hombre continuaba enroscado en su sillón y, aunque estaba despierto, seguía emitiendo pequeños quejidos. El doctor Driver se levantó del suelo para examinarlo. El afectado se acurrucó en su asiento todavía más, observándolo desde detrás de sus gafas de pasta con expresión aterrorizada. Los demás le rodearon, intentando averiguar por qué no volvía a la normalidad, pero el doctor Cell seguía sin mostrar signos de reconocer a ninguno de ellos. Aterrado, continuaba buscando la protección de su butacón. Aunque el doctor Mind procuró hacerle reaccionar haciéndole preguntas, no consiguió que emitiera ningún sonido coherente. Entre el anfitrión y el doctor Beauty lograron incorporarlo en su asiento, hablándole con calma para que no se asustara, pero se dieron cuenta de que el hombre no podía mantenerse erguido; se escurría sin control alguno sobre sus músculos. Era como si hubiera alcanzado una ancianidad prematura. Desconcertados, todos fijaron su atención en el doctor Driver, el único que podía proporcionar una explicación plausible derivada de su experiencia.

—En ocasiones, la ceremonia provoca que lo que nosotros llamamos la esencia, la parte de la mente que alberga nuestro espíritu, la totalidad de nuestro aprendizaje en esta vida, salga del cuerpo y no consiga encontrar el camino de vuelta —explicó este con calma, sintiéndose interpelado—. El proceso puede revertirse, pero para eso habría que intentar reproducir todo lo que ha ocurrido desde el principio. Habría que volver a empezar.

—¿Y arriesgarnos a que le pase a alguien más? —intervino el doctor Beauty, horrorizado.

—¿Los demás estáis bien? —preguntó el doctor Brain.

Todos asintieron.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió el doctor Mind.

—No podemos llevarlo a un hospital. Tendríamos que contar cómo le ha ocurrido esto —señaló el doctor Skin, visiblemente nervioso.

—No, eso está descartado —afirmó el doctor Blood.

—Bueno, pues solo se me ocurre una cosa. Siempre que estéis todos de acuerdo —indicó el doctor Beauty.

En cuanto explicó su plan, el grupo convino que aquello sería lo mejor para todos y se acordó llevar a cabo lo propuesto. Los siete hombres juntaron sus manos y dijeron al unísono la frase que se había convertido ya en un código sagrado: *Sapientia in aeternum*.

Lo pactado traspasaba los límites de la legalidad, pero había sido consensuado y no había vuelta atrás. Al fin y al cabo, todos eran adultos y habían acudido a aquel encuentro por voluntad propia. Si algo salía mal, cada cual debía asumir las consecuencias del riesgo al que se había sometido. Tenían bien presentes las palabras del doctor Brain.

*Lo que aquí ocurra, aquí debe quedar.*

Además, todos querían creer que, con el tiempo, el doctor Cell se recuperaría por completo.

Todos, excepto dos.

Al doctor Driver la experiencia le decía que ese hecho no iba a producirse por sí mismo, pero no se atrevió a enfrentarse a los demás. Ya había expresado su opinión al respecto y ninguno parecía dispuesto a repetir la ceremonia. Por otra parte, había demasiadas cosas en juego, así que guardó silencio.

Quien estaba seguro de que el doctor Cell no iba a recuperarse era el doctor Bones. Él sabía exactamente dónde había ido a parar la esencia del doctor Cell.

# El primero

Un sol vespertino se filtraba entre las hojas de los árboles que flanqueaban el sendero, proyectando sombras juguetonas sobre la tierra. Los rayos que lograban escapar del entramado de ramas hacían refulgir el blanco impoluto de la nieve que se había acumulado en las cunetas. La joven conducía con prudencia, intentando que las ruedas de su destartado coche sortearan las pequeñas placas heladas que subsistían a lo largo del camino. Su mente estaba ocupada en la clase que debía preparar esa noche, para impartirla al día siguiente en la escuela local. Movi6 el volante hacia la izquierda para eludir un pequeño charco congelado y de repente se sobresalt6. Vio algo a unos cincuenta metros m6s all6. Entrecerr6 los ojos para distinguirlo mejor. Era un bulto. Había algo grande en mitad del recorrido; tan grande que le iba a impedir avanzar. Sabía que su coche no podría sortearlo. No había espacio para pasar a ninguno de los dos lados del obstáculo y, en el mejor de los casos, las ruedas patinarían por la nieve amontonada en los laterales. Redujo la velocidad sin llegar a parar el automóvil. A medida que se iba aproximando, el bulto se fue haciendo más y más reconocible hasta parecerse alarmantemente a un ser humano. Ahora lo distinguía bien. Era un hombre tumbado de espaldas en el suelo. Se le aceler6 el pulso y bloque6 las puertas por puro instinto. La joven palp6 el bolsillo de su chaquet6n para cerciorarse de que llevaba el tel6fono m6vil. Hacía años que realizaba diariamente aquel recorrido de tres kil6metros que comunicaba el pueblo con su casa. Esta se hallaba a medio camino del punto m6s alto de la colina. En todo ese tiempo, podría contar con los dedos de una mano las veces que se había cruzado con alguien. Aquella carretera rural llevaba hasta la cima de la montaña, unos siete kil6metros m6s arriba, donde raramente alg6n excursionista se perdía para disfrutar de la soledad y de las vistas sobre el valle. En raras ocasiones había llegado hasta all6 alg6n grupo, en busca de la emoci6n del ciclismo de montaña.

*¿Qué hacía un hombre solo tirado en medio de aquel bosque?* La joven not6 que se le erizaban los pelos de la nuca. *¿Y si estaba muerto?* Con el corazón en un puño y dispuesta a correr si la situaci6n lo requería,

desbloqueó las puertas, se quitó el cinturón de seguridad y, abrochándose el chaquetón, bajó del automóvil.

El cuerpo no se movía. A pesar del miedo que atenazaba su estómago, se fue aproximando despacio. Paró de golpe al darse cuenta de que el bulto había hecho un pequeño movimiento. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Dentro de su horrorizada mente había aceptado la posibilidad de que se tratase de un cadáver, pero se dio cuenta, con alivio y aprensión a un tiempo, de que el hombre había empezado a mover las manos y los pies de una forma extraña y torpe. El corazón se le salía del pecho y tenía todas sus defensas en guardia. Aquello era muy raro. Se le pasó por la cabeza echar a correr hacia el coche, dar la vuelta y regresar al pueblo, pero algo dentro de ella le dijo que esa persona necesitaba ayuda urgente. Si lo dejaba allí, podría morir en cualquier momento congelado. Se obligó a tranquilizarse. Lejos de suponer un peligro, el desconocido más bien daba la impresión de estar enfermo o herido. La joven lo pudo confirmar cuando se acercó un poco más a él y le vio la cara.

—¿Necesita ayuda?

El hombre la miró con ojos aterrorizados desde detrás de sus gafas de concha, pero no dijo una sola palabra. Tendría unos sesenta años y su pelo era muy fino y escaso. A buen seguro estaría entrando en hipotermia. Iba vestido con un traje caro pero que debía de abrigar más bien poco y la temperatura a esas horas no pasaba de uno o dos grados sobre cero. No dejaba de temblar.

—¿Le pasa algo? ¿Puedo ayudarle? —insistió la chica.

El hombre extendió las manos hacia ella y, tiritando, emitió un sonido gutural que estaba muy lejos de ser una palabra. La joven fue corriendo hasta el maletero del coche y regresó con una manta para echársela por encima. El desconocido no era muy alto, así que la manta lo cubrió casi por completo. La chica se dijo que detrás del miedo que rebelaba su cara y de los temblores incontrolados no parecía haber nada peligroso. Se arrodilló junto a él y lo abrazó por encima de la manta para transmitirle algo de calor. No olía a alcohol, por lo que tampoco este podía ser la causa de su estado. El extraño continuó en silencio y las tiritonas disminuyeron, pero el terror seguía reflejándose claramente en su mirada.

—¿Se ha perdido?

El hombre no contestó a su pregunta. Daba la impresión de estar

desorientado.

—¿Cómo se llama?

Cerró los ojos y, tras unos segundos, volvió a abrirlos y la miró suplicante.

—¿No se acuerda?

El desconocido continuó sin soltar una palabra, aunque los temblores causados por el frío casi habían desaparecido.

—Espere, voy a pedir ayuda.

La joven se puso en pie, sacó su móvil y, quitándose un guante, marcó el número de emergencias. La mujer al otro lado del teléfono le aseguró que el equipo tardaría una media hora. La joven volvió a arrodillarse junto a él y a abrazarlo con su cuerpo, intentando mantenerlo en calor. No se atrevía a moverlo y llevarlo hasta el coche, por miedo a que tuviese una herida o algo roto. Además, él tampoco parecía muy capaz de levantarse por sí mismo y ella no disponía de la fuerza suficiente para hacerlo sola.

La ayuda llegó casi cuarenta minutos después. La joven agradeció el chaquetón de plumas y los guantes que se había puesto ese día. Durante todo aquel tiempo, el desconocido continuó sin decir una sola palabra, aunque su expresión era menos asustadiza y más agradecida por el calor recibido.

El equipo sanitario que bajó de la ambulancia y se ocupó de él parecía tenerlo todo bajo control, así que la chica se relajó un poco. Estuvieron preguntándole si le dolía algo y le hicieron una primera exploración antes de levantarlo del suelo, pero el desconocido seguía sin hablar. La enfermera sugirió que quizás no entendiera el idioma. Por fin, entre el médico, el conductor y la enfermera lo subieron a una camilla y lo llevaron hasta la ambulancia.

La joven insistió en seguirlos hasta el hospital para contarle al facultativo que se encargara de él cómo lo había encontrado. Sugirió que tal vez no fuera español, aunque tampoco había intentado expresarse en otro idioma. El equipo que lo había atendido en la ambulancia parecía haber descartado que fuese sordo. Si el hombre hubiese llevado encima cualquier tipo de documento, su identificación hubiera facilitado mucho las cosas, pero tenía los bolsillos vacíos. Ni cartera, ni dinero, ni teléfono móvil. Ninguna pista que facilitara su origen.

La joven se marchó sin poder hacer nada más, dejando al desconocido en manos del hospital. No obstante, la preocupación por el suceso extraño que acababa de vivir la acompañó durante todo el trayecto de regreso.

Tan solo unos minutos después de la partida de la joven, el hombre sorprendió a los sanitarios al ponerse en pie y dar algunos pasos vacilantes. El reconocimiento exhaustivo que le hicieron descartó cualquier problema físico, así como el consumo de alcohol o drogas. Una vez tratada la hipotermia y una leve deshidratación, fue trasladado a la unidad de psiquiatría.

Un par de horas más tarde, el desconocido comenzó a decir palabras sueltas e incluso a construir alguna frase sencilla. Hablaba español sin ningún atisbo de acento extranjero. No obstante, no parecía recordar quién era ni nada sobre su pasado. Las primeras conclusiones médicas se inclinaron por una amnesia que podía estar motivada por algún tipo de trauma. El escáner cerebral no reveló ningún daño aparente. Sin más datos, tan solo se podían hacer conjeturas sobre lo que le había ocurrido.

A la mañana siguiente, la joven que lo había encontrado estaba desayunando tranquilamente con su perro labrador a los pies. La televisión permanecía encendida. Raras veces prestaba atención a lo que sucedía en la pantalla, aunque solía ponerla para sentirse acompañada con el sonido de fondo. El perro se movió un poco para descansar la cabeza sobre uno de los pies de su dueña y soltó un pequeño gemido. Esta sonrió agradecida y le rascó una oreja. Iba a llevar el tazón a la cocina, cuando algo hizo que permaneciera de pie mirando la pantalla. En aquel preciso instante, la locutora del informativo había dicho una cosa que la obligó a coger el mando y subir el volumen para escuchar mejor la noticia. Un conocido científico había desaparecido. Salieron imágenes de la urbanización en la que vivía y estaban entrevistando a uno de sus vecinos. Por lo visto, el hombre era un experto en el campo de la genética que trabajaba para uno de los más importantes Institutos de Ciencia que existían en España. Cuando acabó de dar la información, y con el fin de que quien tuviera idea de su paradero pudiera comunicarlo a la Guardia Civil, apareció en pantalla la imagen del investigador, con un número de teléfono al pie de la fotografía.

A la joven se le resbaló la cuchara, que acabó en el suelo. El perro emitió un quejido y levantó las orejas alarmado. Ella ni siquiera se agachó a recogerla. Se había quedado paralizada con el tazón en la mano y los ojos clavados en la televisión.

Era él. El desconocido del camino.

## El segundo

—¡Greta!

La mujer llamaba a gritos a su bóxer, pero esta cada vez se alejaba más deprisa, haciendo saltar pequeños terrones de arena en su galope. Durante el recorrido hasta el paseo marítimo, la perra había hecho sus necesidades y su dueña las había recogido y tirado a un contenedor como era su costumbre. Greta sabía que ella la acercaba luego hasta la playa y estaba ansiosa. Le encantaba correr como una descosida junto a la orilla. Sin embargo, en esta ocasión la perra iba directa hacia una figura que se hallaba a unos doscientos metros más allá, avanzando a gatas por la arena.

La mujer llamaba a Greta con preocupación. Desde la distancia que la separaba de aquella persona no podía distinguirla bien. A esas horas, antes de las siete de la mañana, rara vez se encontraba con alguien. El fin de semana era habitual que algunos grupos de jóvenes celebraran sus fiestas en la playa y que estas se alargaran hasta la madrugada. Por esa razón, únicamente paseaba a la perra por aquella zona entre semana. Pero aquel día era miércoles. La mujer se fijó en que la bóxer estaba a punto de alcanzar a la figura que avanzaba a rastras y dejó de llamarla. En su lugar, echó a correr hacia allí. Sabía que la perra no iba a hacerle daño, pero intuyó que algo iba mal. En cuanto disminuyó la distancia con la persona que gateaba errática por la arena, la mujer se ajustó bien las gafas y pudo apreciar que se trataba de un hombre de unos cuarenta años. Iba vestido con un traje de chaqueta y llevaba la corbata con el nudo flojo. Lucía una barba bien recortada, no era un indigente. Greta ya estaba junto a él y la mujer contempló cómo el desconocido se desplomaba delante de la perra. La cabeza quedó ladeada hacia ella. La bóxer lo olfateó y se giró hacia su dueña soltando un ladrido. La mujer ya estaba cerca. Solo la separaban unos veinte metros. Pensó que el hombre debía de estar muy borracho. O tal vez enfermo. Era bastante raro que un hombre bien vestido pasara a esas horas por la playa y en aquellas condiciones. Quizás había recibido una mala noticia y había decidido emborracharse.

—¿Se encuentra bien?

Sin decir una palabra, él levantó levemente la cabeza y la miró con los ojos

desorbitados. Luego la dejó caer, enterrando la cara en la arena. La mujer se arrodilló junto a él y le dio la vuelta. Después limpió la arena que cubría su rostro para evitar que se ahogara. El hombre tenía los ojos cerrados. Probablemente se había desmayado. En tan corta distancia pudo constatar que no olía a alcohol. Sin esperar ni un segundo, se llevó la mano al bolsillo y marco el número de emergencias en su teléfono móvil.

Minutos más tarde apareció una ambulancia y se llevó al desconocido al hospital. La mujer regresó a casa con su perra, aunque la inquietud por lo que había visto tardaría en desvanecerse.

Una vez realizada una batería de pruebas, y ante la amnesia evidente que el hombre presentaba, los sanitarios llamaron a la Guardia Civil. Los agentes interrogaron al desconocido en cuanto este comenzó a hilvanar alguna frase coherente. Por lo visto, no recordaba ni siquiera quién era y le costaba entender las preguntas más simples.

No había transcurrido ni un día cuando pudo ser identificado. El hombre trabajaba para el Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas. Su esposa, que había pasado la noche en vela llamándole al móvil inútilmente, había conseguido hablar con un compañero de trabajo y con varios miembros de su familia, pero nadie sabía nada sobre su paradero. Teniendo un mal presagio, llamó a dos hospitales, pero en ninguno había sido atendido nadie con el nombre facilitado y tampoco había ingresado ningún hombre sin identificar. Por fin, en el tercero de ellos le indicaron que había una persona sin documentación que se ajustaba a la descripción que había dado de su marido.

En cuanto llegó al hospital, la mujer, con la que el investigador había compartido siete años de su vida y un hijo, descubrió que para él era tan solo una desconocida.



# El laboratorio

La profusa iluminación proveniente del techo arrancaba múltiples destellos metálicos de los armarios, de las estanterías y de la zona de las bancadas de trabajo que no estaban ocupadas por el material de laboratorio y los aparatos de alta generación. Dieciséis hombres se concentraban en distintas tareas, aunque había en ellos una característica común: como fantasmas silenciosos, se movían con sumo cuidado dentro de los monos blancos que ofrecían una protección integral. Algunos fijaban la vista de manera casi obsesiva en lo que se estaba desarrollando en la platina de sus microscopios. Otros se dedicaban a inyectar algo a ratones blancos que separaban en diferentes clases de jaulas. Dos de ellos tecleaban frenéticamente en su ordenador.

El laboratorio era espacioso. En una habitación aislada, anchos estantes que llegaban hasta el techo sostenían jaulas con numerosos ratones blancos y cobayas destinados a la experimentación.

El más alto de los investigadores se aproximó a uno de los hombres que observaba concentrado la pantalla de su ordenador.

—¿Algún avance?

—He conseguido alargar los telómeros, pero tengo que vigilar el ciclo celular.

—Continúe con ello, doctor Skin. Es sin duda una buena noticia.

—Gracias, doctor Brain.

El hombre alto se aproximó a otro investigador que observaba sin pestañear a través del ocular de su microscopio. En cuanto notó su presencia, levantó la cara y lo miró con gravedad.

—Estoy probando diversas enzimas para neutralizar los radicales libres, pero voy a necesitar un poco más de tiempo. No consigo resultados óptimos con estas células.

—¿Ha consultado con el doctor Chemic?

—Sí, hemos trabajado juntos esta mañana.

—Perfecto, doctor Blood. Siga con ello e infórmeme de los avances.

El doctor Brain se dirigió entonces hacia un investigador que tomaba notas junto a dos jaulas. En una de ellas un ratón blanco se movía con total naturalidad. En la de al lado, otro roedor parecía tener serias dificultades para

caminar. El hombre se giró hacia el doctor Brain y comenzó a hablar sin esperar sus preguntas.

—La reversión del envejecimiento neuronal fue espectacular, pero no se sostiene. Ya sabe que el individuo B recuperó la función motora, pero ha comenzado a perderla de nuevo. La neurogénesis se paraliza en un punto y todavía no hemos encontrado la causa. La mitosis sigue limitada a un número determinado, y a partir de ahí las células comienzan a envejecer. Y muy rápido.

—Hemos llegado a un punto muerto, doctor Bones. Necesitamos unos conocimientos más específicos. Pero no se preocupe, conozco a la persona adecuada.

## La excursión. Septiembre

—Dejo la nevera llena. En el estante superior están los macarrones dentro de un recipiente de cristal. Solo tienes que meterlo en el microondas a máxima potencia tres minutos. He puesto el papel con las instrucciones sobre la encimera. Es muy fácil, giras...

—Ya me las arreglaré, cariño. Vete —la interrumpió el hombre, sin levantar la vista del periódico que estaba leyendo.

—Y que estos dos coman bien. A Simón no hay quien lo levante. No quiero que se salte el desayuno —insistió la mujer, esperando que él alzara la vista y la mirara.

—Tranquila...

—Y que no se pasen el día delante de la tele...

—Vas a llegar tarde —dijo él, contemplándola por fin con una leve sonrisa.

—Vale, me voy.

Sus hijos todavía dormían. Marisa le dio un beso en los labios a Quique, su marido, y salió con la pequeña maleta hacia el ascensor.

—Diviértete —dijo Quique, que había ido tras ella. Volvió a besarla antes de que se cerrara la puerta automática.

Mientras bajaba hasta el garaje para coger el coche, Marisa puso su reloj en modo cronómetro. Aunque era un defecto que reconocía y procuraba atemperar, tenía por costumbre controlarlo todo. Esperaba que sus cálculos acerca del tiempo que iba a invertir en recoger a Lola y Noe, y luego llegar hasta la bodega, fueran los correctos. Su trabajo como anestesista la había hecho ser todavía más meticulosa. Odiaba ir con retraso a cualquier cita, aunque esta tuviera por objeto pasar un par de días relajados en un complejo enológico junto a sus amigas. Dejó el pequeño equipaje en el maletero de su Audi Q5, acomodó su rotundo cuerpo en el asiento del conductor y se ajustó el cinturón. Marisa era de constitución fuerte, de robustos huesos, que no tenía intención de dejar entrever lo más mínimo a través de su capa de carne. Odiaba las tendencias de la moda que obligaban a las mujeres a una delgadez insana. Ella solía vestirse en *boutiques* de tallas grandes y no se avergonzaba de ello.

Ni siquiera puso la radio: no quería distracciones. Atravesar con prisas el centro de Valencia un sábado por la mañana ponía a prueba la paciencia de cualquiera. Echó un vistazo nervioso al navegador mientras tamborileaba con los dedos en el volante esperando que el semáforo pasara a verde. El aparato la había informado de que estaba prevista su llegada con media hora de antelación a la estipulada para el encuentro, pero aun así no se sentía tranquila.

Por fin detuvo el vehículo frente al domicilio de Lola. Dejó el coche en segunda fila y bajó refunfuñando para llamar al portero automático de su amiga. Lola le había prometido que la estaría esperando en la calle, pero allí no había nadie. Tenía que habérselo imaginado. Ella no era precisamente un modelo de puntualidad. Después de varios timbrazos, por fin vio a través de la puerta acristalada cómo salía del ascensor con su bolsa de viaje de Louis Vuitton, los vaqueros ceñidos a sus sinuosas caderas y una camisa roja de la que luchaban por escapar dos senos protuberantes. *Por lo menos no lleva tacones*, se dijo, elevando los ojos al cielo. La acompañaba un joven atractivo que no parecía haber cumplido los veinticinco años. Marisa se alejó discretamente del portal. En cuanto salieron a la calle, Lola dio un efusivo beso en la boca al joven y se despidió de él con una palmada en las nalgas prometiéndole que le llamaría.

—¡Hola, cielo! —exclamó Lola, yendo hacia su amiga en cuanto el joven se alejó dos pasos.

Elevándose todo lo posible sobre la punta de sus zapatillas de marca, alcanzó la mejilla de Marisa. Esta se agachó un poco para que su menuda amiga pudiera besarla.

—No voy a hacer ningún comentario. Vámonos. Noe debe de estar esperándonos en la calle —soltó, agarrando el equipaje de Lola para meterlo en el maletero.

—Relájate... Siempre con tu obsesión por la puntualidad, qué prisas. Así no llegarás a vieja, cariño —replicó, sonriendo maliciosamente.

Marisa contempló un segundo los ojos burlones y perfectamente maquillados de su amiga y sus labios sutilmente carnosos por el colágeno. La melena que le llegaba hasta los hombros, de un negro intenso, resplandecía.

—Pues llegaré a la edad que me corresponda, pero sin hacer esperar a nadie —dijo con el ceño fruncido, mientras ponía el automóvil en marcha.

—Este fin de semana nos va a venir muy bien. Ya ni me acuerdo de

cuándo fue la última vez que quedamos todas juntas —señaló Lola, ignorando el malhumor de su amiga.

—Que todas nos pongamos de acuerdo es casi imposible, sobre todo Ronda —convino Marisa, procurando dejar atrás lo ocurrido.

—Sí, nuestra amiga es una eminencia, ella siempre tiene compromisos. Por eso me encanta esta excursión. Podremos ponernos al día y contarnos toda clase de intimidades.

—No lo creo, ya sabes que viene con Marcos, pero aun así me alegro de haber quedado. Tengo ganas de verla.

En ese momento se le cruzó un taxista que la obligó a frenar en seco. La conductora se apoyó con saña en el claxon.

—¡Uff, no hagas eso! —protestó Lola ante el sonido estridente—. La presencia de Marcos no me molesta, cariño. Es muy mono. Además, tengo que consultarle un arreglito que tengo pensado hacerme.

—¿Vas a operarte otra vez? ¡No me lo puedo creer!

—Siempre hay posibilidad de mejorar, ¿no crees? —replicó, guiñándole un ojo a su amiga.

—En tu caso, lo dudo. Estás perfecta. Si Marcos es un buen cirujano plástico y no se dedica a sacarle el dinero a la gente, también te lo dirá.

—¡Menos mal que no te hago ni caso! Y tú a ver cuándo te pones en manos de mis chicas. Ya sabes que te haría un precio especial. Unas cuantas sesiones y rebajarías esos kilitos que te sobran por aquí —dijo cogiendo con dos dedos la franja de carne que sobresalía del costado de Marisa—. Y luego unos masajes y unas cremas para la papada...

Lola era propietaria de uno de los centros de estética más conocidos de la ciudad.

—¡Ni pensarlo! Te he dicho mil veces que me encuentro bien así. Y a Quique también le gusto como soy —exclamó, palmeando la mano de Lola.

—Sí, sí... eso dicen todos.

—Ahí está Noe, menos mal —dijo con el ceño fruncido, haciendo oídos sordos al comentario de su amiga.

Marisa redujo la velocidad hasta detener el coche junto a la acera.

Una mujer pelirroja se acercó al maletero, lo abrió y depositó la bolsa de viaje con motivos étnicos que llevaba colgada al hombro.

—He traído música para el camino —dijo en cuanto entró en el coche, entregando un CD a Lola.

—Perfecto, cariño. Luego te beso, que esta tiene prisa.

—¿Qué es?, ¿música de esa relajante que traes siempre? Por mí, estupendo; tal como está el tráfico me vendrá de maravilla —declaró la conductora, incorporándose de nuevo a la circulación densa de la ciudad.

—Es de un músico y productor valenciano. Todo un genio —anunció Noe, ajustándose las gafas de montura negra mientras abría mucho sus ojos grises. Era un gesto muy característico en ella que la hacía parecer adorablemente despistada—. Me flipa. Su nombre es Marc Martínez Nadal, pero es conocido como Affkt.

—¿Cómo? —preguntaron las otras al unísono.

—¡Affkt! Os va a encantar. Este disco, *Punto 0*, tiene influencias cubanas. Pon la última y lo verás. *Hecuba*. Sencillamente genial.

En cuanto Lola metió el CD en el lector, fluyeron por el aire las notas de una vibrante música.

—No está mal —dijo Lola—. Te arrastra.

—Es increíble que no lo conozca más gente aquí. Le llaman para pinchar su música a lo largo de todo el mundo —comentó Noe.

—Ya se sabe, en casa del herrero... ¡Abróchate el cinturón, Noe! —ordenó Marisa.

—Vale —respondió la pelirroja, con voz resignada.

Noe ajustó la goma que sujetaba en una cola su larga melena caoba y trató de relajarse en el asiento. Concentró su atención en las imágenes que se iban sucediendo detrás de la ventanilla. Odiaba los cinturones de seguridad. Le gustaba moverse libre.

# Samoa

La mujer contempló el armario abierto ladeando la cabeza. Parecía que aquel gesto la ayudara a concentrarse mejor. Ronda había dicho que iba a ser tan solo una noche, así que con dos pantalones y un par de camisas tendría suficiente. Cogería también una chaqueta. El lugar donde iban a pasar el fin de semana estaba en el interior, bastante alejado de la costa. Las noches de septiembre solían ser frescas. Sobre la cama, junto al maletín con el ordenador, una bolsa de viaje abierta esperaba a que Samoa se decidiera a echar algo dentro.

El nombre de Samoa fue un homenaje de su madre a la isla donde la engendraron. Tenía que dar gracias a que, entre los innumerables lugares que habían visitado sus progenitores, fuera aquel y no algún otro, como Papúa o Galápagos, el destino elegido para su concepción.

Su madre, además del nombre, le había transmitido un sentido del humor y una imaginación sin límites, origen del éxito de sus novelas. Las ventas de sus libros, las columnas fijas en algunas publicaciones y los talleres de escritura le permitían llevar la vida de independencia que todo escritor anhela. Además, la herencia por parte de su padre tampoco era desestimable. A él le debía su metro setenta y cinco de estatura y sus expresivos ojos color pardo verdoso que en ocasiones le complicaban las cosas más allá de lo deseable. La sensualidad emanaba de ella de forma natural y el sexo era algo a lo que le costaba renunciar durante períodos largos de tiempo.

El caso era que, por unas cosas o por otras, la querencia de Samoa a pasar desapercibida era una batalla perdida de antemano. Y para acabar de rematar su buena fortuna, la abuela por parte de madre le había regalado su bien máspreciado: una intuición rayana en lo paranormal. Tenía un instinto felino y era la típica persona a quien todos se aproximan para contar su vida y sus problemas. Por otro lado, estaba bendecida con una gran empatía; sabía escuchar y solía ayudar a los demás en la medida de sus posibilidades. Además, no era una persona apegada a lo material. Su trabajo le había posibilitado tener la casa que siempre había deseado y el coche de sus sueños, pero podría prescindir de todo ello sin que supusiera un trauma en su vida.

Su naturaleza era rebelde e inconformista. Con todo, y a pesar de su don

de gentes, a Samoa no le asustaba la soledad. Tenía lo que en algunas instancias se calificaba como un alma vieja. También disponía de una cosa que denotaba su fuerza y que muy pocas personas sabían: capacidad de renuncia.

La renuncia que había marcado su vida tenía nombre de mujer: Ronda. Ese era su secreto mejor guardado, la herida interna que nadie conocía. Samoa había salido con mujeres interesantes y explosivas, incluso tuvo un par de relaciones que duraron varios años, pero ninguna había podido desterrar a Ronda de su corazón. Ella siempre había sido y seguiría siendo su mejor amiga.

El nombre de Ronda, tan poco común como el suyo propio, no tenía su origen —como podría pensarse— en la magnífica ciudad malagueña, sino en la pasión de su padre por el cine y la gran actriz Ronda Fleming.

Samoa la conocía desde los cuatro años y era la única persona que llevaba grabada a fuego dentro de su ser, pero se había prometido que ella jamás lo sabría. Su amiga se había inclinado por los hombres desde los primeros escauceos, por lo que decidió esconder sus sentimientos bajo siete llaves. Cada una había estado presente en todas las etapas de la vida de la otra, desde la niñez hasta el momento actual. Antes de que acabara el año, las dos estrenarían la década de los cuarenta con una semana de separación.

Samoa había sido testigo de cómo su amiga, la niña superdotada con coletas y enormes ojos de color avellana, se había ido convirtiendo en una de las expertas en biología celular y molecular más importantes del país, pero también en una de las mujeres más excitantes que había conocido nunca. Todo el mundo le recordaba su tremendo parecido con la actriz Monica Bellucci. Su aspecto exterior podía parecer serio, incluso frío, pero sabía que en el interior de Ronda habitaba un volcán y su sueño más oculto siempre había sido despertarlo.

Como miembro de la Confederación de Sociedades Científicas de España, la doctora Ronda Lamarca pasaba gran parte de su tiempo presentando ponencias en congresos internacionales. Samoa sabía el cansancio que le provocaba tanto viaje, ya que lo que realmente le apasionaba era la investigación. Sin embargo, era incapaz de guardar sus conocimientos para ella cada vez que se requería su presencia en uno de aquellos congresos.

Samoa tuvo claro desde el principio que su amiga iba a representar un papel importante en el mundo. Era capaz de resolver mentalmente



operaciones matemáticas para las que la mayoría de la gente requeriría el apoyo de una calculadora. También podía memorizar páginas enteras haciendo una somera lectura, o asimilar el contenido de un libro completo en pocas horas. Tenía un cerebro extraordinario.

Pero no fue solo la Ciencia quien le robó a Ronda. Para su desdicha, también consiguió llevársela Fernando, compañero de facultad que se convertiría más adelante en su marido. Desde la aparición de Fernando, Samoa se dedicó con más ahínco a ocultar en un lugar muy profundo los sentimientos que tenía hacia su amiga. Temía demasiado perderla, así que jamás se permitió traspasar la estrecha línea que separaba la amistad íntima del amor, aunque miles de veces había sentido el impulso de lanzarse al abismo.

Ronda había conocido desde el principio su opción sexual y la asumió con total naturalidad, hasta el punto de convertirse en su confidente. De hecho, ambas habían alcanzado tal nivel de complicidad que estaban unidas por un hilo telepático. Infinitas veces una se había encontrado con la voz de la otra en el teléfono sin llegar a marcar su número. Aquello se había convertido en algo tan habitual que ni siquiera les asombraba. Cualquiera de las dos veía aparecer a la otra en su mente y de inmediato sonaba el móvil o aparecía su amiga por la puerta.

La confesión de sus sentimientos fue todavía más difícil tras el infortunio que, hacía unos años, sacudió la vida de su amiga. Esta se había centrado desde muy joven en los estudios, dejando en un segundo plano el interés por los hombres, hasta que apareció Fernando con su sonrisa arrolladora, su optimismo y su nobleza. Samoa nunca pudo odiarlo ni verlo como un rival. Muy al contrario, no había tenido más remedio que quererlo. Fernando no poseía ni de lejos la inteligencia de su pareja, pero era un hombre tierno, buena persona, estaba muy enamorado de ella y parecía darle lo que necesitaba. Samoa fue testigo en su boda y, si la vida les hubiera permitido tener hijos, a buen seguro sería la madrina de uno de ellos.

Pero el destino es un canalla cuando se lo propone, así que a los ocho años de matrimonio puso delante de Fernando un coche a toda velocidad con un conductor borracho al volante. El marido de Ronda se quedó en el camino y esta nunca acabó de superarlo. Se encerró en su trabajo y no permitió que nadie volviera a aproximarse lo suficiente a su corazón. Samoa sabía el vacío que estaba incubando en él e intentaba desesperadamente salvar la distancia

que se había autoimpuesto. Pero cuando alguien se acercaba demasiado a su dolor, se cerraba como una ostra y evitaba la conversación quitándole importancia, fingiendo que todo iba bien. Solo Samoa sabía que no era así.

Ronda comenzó a salir cada vez menos con el grupo de amigas y empezó a viajar cada vez más por todo el mundo con la excusa de los congresos. Había articulado una huida perfecta de su vida privada.

Durante aquel doloroso período, Samoa inició también una huida hacia dentro. A pesar de que conocía a infinidad de gente en las presentaciones de sus libros y de que acudía a muchas de las fiestas a las que era invitada, no dudaba en rechazar las proposiciones que podían acabar siendo demasiado serias, aunque estas fueran hechas por mujeres increíbles.

Tan solo una vez estuvo a punto de dejarse llevar y deshacerse de su obsesión. Un día pidió ayuda a Mel, amiga y escritora como ella, para poner en regla sus temas financieros. Ambas compartían editorial e imaginó que tendría las mismas dudas y problemas en materia de impuestos. Así fue como Mel le presentó a Patricia, la abogada que llevaba sus asuntos. Patricia resultó ser una mujer de cerebro privilegiado, larga melena dorada y cautivadores ojos verdes que, como no podía ser de otra forma, se posaron en Samoa con auténtico interés. Conectaron muy bien en todos los aspectos y mantuvieron una relación breve pero intensa. No obstante, a pesar de la inteligencia y atractivo de la abogada, Samoa no fue capaz de entregarse por completo a ella. No pudo desengancharse de Ronda. Por otra parte, Patricia tampoco parecía tener interés en mantener algo serio. Acababa de sufrir una ruptura que la había dejado tocada emocionalmente. Lo que sí lograron fue transformar su relación en una amistad y de vez en cuando quedaban para ponerse al día.

Tras su relación fallida con Patricia, Samoa optó por continuar manteniendo encuentros esporádicos con otras mujeres, limitados a un plano amistosamente físico. El amor seguía reducido al restringido mundo de su fantasía con Ronda; una ficción que procuraba alimentar lo menos posible para no volverse loca. Por suerte, disponía de una tabla de salvación magnífica: dedicar la mayor parte de su tiempo a escribir.

No obstante, un buen día ese falso equilibrio volvió a romperse, ya transcurridos más de ocho años desde la muerte de Fernando. Algo cambió de repente en el entorno de su amiga. Esta por fin había decidido abrirse de nuevo y el responsable ahora respondía al nombre de Marcos, especialista en

cirugía plástica. Ronda le había conocido en un congreso multidisciplinar.

Conociendo las defensas que había levantado a lo largo de los años, Samoa no lograba entender cómo aquel hombre tan distinto a Fernando había conseguido conquistarla. Su primer encuentro le dejó claras dos cosas: que era un triunfador acostumbrado a ganar, y que no soportaba que nadie le llevara la contraria. Se decía a sí misma que el rechazo que sentía hacia él era producto de los celos, pero lo cierto era que no conseguía librarse de la aprensión que notaba cada vez que lo veía. Quizás era debido a su sonrisa de encantador de serpientes.

Marcos había abordado a Ronda acosándola con toda clase de lujos. Además, era un prepotente que parecía saber de todo. Desde luego, no podía negar que conocía múltiples artes para conseguir sus objetivos. Entre otras cosas, había demostrado una persistencia férrea en el acoso y derribo a su amiga, finalidad que logró tras más de dos meses de cortejo ininterrumpido. Utilizó los ardides más sofisticados que un hombre podía desplegar, incluidos ramos de rosas diarios.

Samoa la conocía lo suficiente para saber que no estaba enamorada de él, que tan solo se dejaba llevar por su galanteo fácil y envolvente. Pensó que la estrategia de aquel hombre había coincidido con la necesidad de su amiga de sentirse viva otra vez. Lo único que podía agradecerle era que hubiera conseguido sacarla del ostracismo. Ronda parecía haber vuelto a considerar que en la vida había algo más que trabajo. Por lo demás, Marcos le caía como una patada en el hígado y estaba segura de que la animadversión era mutua.

Sacudiendo con las manos la melena de color castaño claro que todavía llevaba húmeda tras la ducha, Samoa se dispuso a terminar de llenar la bolsa de viaje. Sin embargo, justo en el instante en que iba a cerrarla, algo la obligó a interrumpir su acción para aproximarse a la mesa sobre la que había dejado en silencio su teléfono móvil.

—Dime —dijo poniéndoselo en la oreja.

—No ha llegado a sonar, ¿verdad? —preguntó Ronda.

Samoa podía adivinar su sonrisa al otro lado de la línea.

—¿Te extraña? —contestó con idéntico gesto, mientras se dirigía de nuevo hacia la bolsa.

—En absoluto —rio Ronda—. Estamos de camino. Nos quedan unos veinte minutos para llegar a la bodega. Deberías salir ya. ¿Estás segura de que la encontrarás?

—¿Con quién crees que estás hablando? —dijo en tono de falso enfado—. Tranquila, llevo el TomTom.

—Vale, te esperamos allí. Ten cuidado.

Ronda conocía su propensión a la velocidad. En su cabeza, Samoa vio con claridad la expresión reprobadora de su amiga.

—Cierro la bolsa y me meto en el coche. Prometido.

—Hasta ahora, Sam.

Se le escapó una sonrisa mientras colgaba el teléfono. Metió el móvil en el bolsillo delantero de su vaquero de talle bajo y se colgó la bolsa al hombro. En la otra mano llevaba el maletín con el portátil. Aunque solo iba a estar fuera un fin de semana, la inspiración solía atacarla en los momentos más insospechados, así que nunca viajaba sin su ordenador.

Cerrando la puerta con llave, se colocó las gafas de sol y echó un vistazo de despedida a la imponente panorámica de la bahía que tenía frente a ella. Haberse comprado aquella pequeña casa en la montaña frente al Mediterráneo, a pocos minutos de la ciudad de Denia, era uno de sus muchos sueños cumplidos. Otro de ellos era el Chevrolet Camaro rojo que la aguardaba en la puerta. Una vez metidas sus cosas en el maletero, se acomodó ante el volante. Con tranquilidad, programó el navegador y se ajustó el cinturón. El gruñido ronco del motor siempre le ponía las pilas. Descendió segura por el camino zigzagueante que se asomaba al mar, hasta alcanzar la carretera paralela a la costa que llevaba a Denia. El burbujeante siseo de las olas la acompañó un buen trecho hasta que tuvo que adentrarse en el tráfico lento de la ciudad y alcanzar la salida hacia la autopista.

Samoa puso la radio. Una canción machacona de moda sonaba en aquel momento en la emisora, pero ella conducía sin prestarle demasiada atención. Se detuvo unos segundos en una rotonda para dejar pasar a los coches que tenían prioridad. Con la mano derecha manipuló el iPod para elegir la música que la iba a acompañar durante el viaje. De inmediato la radio enmudeció para dar paso a la particular voz de Lana del Rey arrastrando las notas de su *Summertime Sadness*.

La conductora canturreó un rato por lo bajo mientras iba sorteando la agobiante circulación. Cuando salió por fin a la libertad de dos carriles, apretó el acelerador y el Camaro voló con un rugido de arrogancia. Se dispuso a tragarse los kilómetros justificando su rango de automóvil deportivo. Al cabo de un rato, abandonó la autopista para dirigirse por una

carretera secundaria hacia el interior. Entonces aminoró la velocidad y aprovechó para pensar en el plan del fin de semana. Iba a pasar con sus amigas un par de días en una masía que constituía uno de los mejores complejos enológicos del interior de la provincia de Valencia. Aunque a Samoa le reventaba que la idea hubiera partido de Marcos, tenía que reconocer que estaba encantada con la excursión. Ronda le había dicho que harían una cata, visitarían la bodega y los viñedos, comerían en el restaurante de la masía y se quedarían a pasar la noche en el hotel que formaba parte de la propiedad.

Marisa, Lola y Noe vivían en Valencia, más cerca del punto de encuentro. Ronda también tenía una casa a las afueras de Denia, un poco más lejos de la ciudad que la de Samoa, pero bastante más grande.

Conociendo a Marisa, tenía claro que las tres habrían llegado ya al complejo. Su amiga era una fanática de la puntualidad y seguro que habría recogido a Lola y a Noe con más tiempo del necesario. Las cinco habían consolidado su amistad en el instituto y seguían manteniendo el contacto, a pesar de que las vidas de algunas de ellas habían tomado caminos divergentes. Ronda, Marisa y Noe se habían decantado por distintas ramas de la Ciencia. A Samoa le iban más las letras y había estudiado en la Facultad de Filología. Marisa trabajaba como anestesista en el hospital más grande de la comunidad. Lola se sintió atraída desde el principio por el mundo de la estética y las técnicas de cuidado corporal. Pasó años formándose y trabajando para distintas empresas hasta conseguir abrir su propio centro, que en la actualidad era uno de los más reputados de la ciudad.

Lola y Marisa no podían ser más distintas. Esta era grande en toda su acepción. Casi tan alta como Samoa y con una corta melena de color trigueño, movía sus contundentes curvas sin prejuicios. Dentro del grupo era la que parecía tener las ideas más claras, la más sensata *a priori*, la que hacía siempre lo correcto, la insobornable. Samoa sostenía que a veces era insoportablemente germánica. Su amiga estaba felizmente casada desde hacía quince años con un bendito llamado Quique y tenía dos hijos: Simón, de catorce, y Beatriz, de doce.

Lola, por el contrario, con su lisa melena negra azabache y su estatura menuda, era en apariencia superficial y adicta a la cirugía estética. Por supuesto, estaba encantada con la nueva pareja de Ronda. Que Samoa supiera, se había arreglado los labios, la nariz y los pechos, aunque no

descartaba que hubiera alguna otra mejora más en su cuerpo oculta a la vista. Sin hijos, y separada desde hacía unos diez años de su segundo marido, iba coleccionando amantes que le duraban, con mucha suerte, un par de días. Aseguraba que su único compromiso era disfrutar de la vida y huir de las ataduras como de la peste.

Noe, por fin, era un extraño ejemplar mezcla de ermitaña de laboratorio — trabajaba en un centro dedicado a la investigación en medicina regenerativa y se pasaba horas encerrada con la única compañía de su microscopio, sus cultivos y sus ratoncitos—, solitaria amante de las ciencias ocultas — disponía de una biblioteca que ya querrían los del programa Cuarto Milenio — y bomba de relojería en cuanto bebía la más ínfima cantidad de alcohol. No se le conocía pareja alguna, hasta el punto de que sus amigas habrían asegurado que era virgen, si no fuera porque conocían su «intolerancia» a la bebida y las cosas que hacía cuando entraba en contacto con el alcohol; hechos que ella, por supuesto, se empeñaba en negar de forma tajante.

Sonrió al imaginar a Noe catando los vinos de la bodega, sabiendo que era más que aconsejable mantener al alcohol alejado de su boca. En las reuniones de las cinco amigas salía a relucir con frecuencia el numerito que había montado en la despedida de soltera de Ronda, hacía más de dieciséis años, pero que aún seguía siendo motivo de regocijo. Ese día, con su melena color caoba, que habitualmente llevaba recogida en una cola de caballo, gafas de montura negra y pinta de investigadora solitaria, nada más dar el segundo sorbo a su copa sufrió una transformación prodigiosa. Desmelenada, lanzó las gafas por el aire y se encaramó a la barra del pub para bailar como una gogó profesional. Todas se quedaron con la boca abierta y, para mayor hilaridad del grupo, Noe se dedicó a besar a cuanto desconocido se atrevía a subir a la barra con ella y seguir su ritmo. Por suerte, cuando las cosas empezaron a ponerse peligrosas, acabó rescatada por Lola, que se encargó de dejarla a buen recaudo en casa, a pesar de sus protestas.

Sus amigas eran así de peculiares y Samoa las adoraba.

El Camaro volaba por una carretera estrecha que partía en dos los interminables campos de viñedos. Samoa interrumpió sus recuerdos cuando el navegador la avisó de que su destino se encontraba a unos doscientos metros a la izquierda. Divisó el camino señalado por dos grandes cipreses y giró el volante haciendo un derrape. Levantando una nube de polvo, el deportivo avanzó por el sendero flanqueado por filas de pinos carrascos a

ambos lados, hasta llegar, al cabo de unos cien metros, frente a la gran verja de hierro engarzada en el alto muro que rodeaba la propiedad. La verja estaba abierta. La parte superior venía rematada por un arco que mostraba el nombre del complejo enológico, «La Esencia», sobre un extraño símbolo parecido al Trisquel celta —el cual su amiga Lola llevaba tatuado en la muñeca—, pero en el de la bodega resaltaban dos serpientes en círculo enmarcando el distintivo. Le echó un vistazo curioso al pasar y supuso que sería el logotipo de la empresa.

Una muralla, cuya profundidad era inalcanzable a la vista, cercaba la extensión de terreno que comprendía la masía y los viñedos. Decenas de pinos carrascos se levantaban junto a los muros que rodeaban el edificio principal, dotando de una mayor privacidad a la propiedad.

Delante de la construcción central había un aparcamiento con espacio suficiente para estacionar una treintena de automóviles. Samoa descubrió al instante el Q5 de Marisa y aparcó a su lado. Un par de coches más allá estaba el BMW de Marcos. Como siempre, llegaba la última. Apagó el motor y bajó del Camaro, dirigiéndose directamente al edificio sin coger su equipaje.

La masía casaba de forma espléndida la arquitectura tradicional de piedra con el diseño moderno. Al aproximarse a la entrada, se deslizaron a ambos lados las hojas acristaladas y caminó hacia el mostrador de recepción, situado a unos diez metros a su derecha. Un hombre calvo, bien vestido y de mirada amable enmarcada en gafas metálicas, se dirigió a ella.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Vengo a una visita concertada. Creo que mi grupo ya ha llegado. Son cuatro mujeres y un hombre.

—Sí, ya están aquí. Este fin de semana ustedes son los únicos que visitan el complejo, acompáñeme.

Samoa le siguió a través de un amplio salón con mesas bajas y cómodos sofás de piel, que servía como lugar de espera junto a la recepción. El hombre abrió una puerta de madera maciza que daba paso a una sala con una barra de bar y una mesa grande rectangular de nogal. Allí estaban sus amigas con Marcos y otro hombre que no conocía. Imaginó que sería el guía que iba a mostrarles las instalaciones. En cuanto la vio, Marisa fue hacia ella.

—Estábamos a punto de empezar sin ti —le riñó antes de besarla.

—He encontrado un tráfico tremendo —alegó Samoa, guiñándole un ojo.

—Ya —dijo Lola sonriendo mientras se acercaba. Se puso de puntillas y le

depositó sendos besos en las mejillas.

—Hola, tardona —saludó Noe, aproximándose para besarla también.

—El Camaro echa humo, ¿a que sí? —afirmó Ronda, abrazándola brevemente.

Samoa le sonrió mirándola a los ojos, mientras ponía fin al corto abrazo.

Ronda sabía mejor que nadie que salía habitualmente con retraso y luego intentaba compensar el tiempo perdido pisando a fondo el acelerador. Incluso se planteaba si no lo hacía a propósito para poner su adrenalina a punto de nieve. Conocía de sobra la propensión al riesgo de su mejor amiga, ya que había presenciado sus locuras a lo largo de casi cuatro décadas.

Samoa extendió la mano para apretar brevemente la que Marcos le ofrecía. El hombre tenía el pelo castaño oscuro vetado de canas y cortado de forma impecable. El polo y los pantalones de marca, asociados a una sonrisa publicitaria de dentífrico, la empujaban a imaginarlo entre las páginas de las habituales revistas de cotilleos. El típico pijo con un palo de golf al hombro. Le molestaba su simple presencia, así que intentó distraerse y poner su atención en el que parecía iba a ser su guía. Este, un hombre de edad madura, pero con las espaldas anchas y el cuerpo todavía fibroso, esperaba pacientemente al lado de la barra. Como había supuesto, era el que les iba a enseñar la bodega.

—¿Os habéis instalado ya en el hotel? He dejado mis cosas en el coche — señaló Samoa.

—Sí, luego te acompañaremos a tu habitación, ahora tenemos que empezar el recorrido —contestó Ronda.

—Esto te pasa por llevar siempre el reloj atrasado —le recriminó Marisa con ironía.

—¡Pero si Samoa nunca lleva reloj! —alegó Noe.

Marisa elevó los ojos al cielo y lanzó un suspiro.

—Creo que deberíamos escuchar a Roberto. Lleva un rato esperando para empezar la visita —intervino Marcos, esgrimiendo una sonrisa de dientes perfectos que intentaba camuflar su tono irritado.

Samoa vio cómo su mano descansaba con gesto posesivo sobre la parte baja de la espalda de Ronda. Le hubiera cortado el brazo con una sierra eléctrica.

—Tienes razón, lo siento —contestó, intentando descartar esos pensamientos.



Ronda vio que la miraba. Retuvo su mirada un segundo y luego la apartó. Le había incomodado la recriminación que denotaba la voz de Marcos. Desde el principio, intuía la antipatía mutua que se profesaban. Marcos le censuraba en privado que no le dedicase todos sus momentos de ocio. Tenía celos de las otras tres, sobre todo de Samoa, que era su mejor amiga desde la niñez. Por otro lado, estaba segura de que esta echaba de menos la intimidad que siempre habían disfrutado y culpaba a Marcos por haberla apartado de ella, robándole el poco tiempo que podía dedicar a sus amigas. La verdad era que la dedicación de Ronda era casi en exclusiva a su trabajo, así que ambos tenían motivos más que suficientes para protestar. No disponía de demasiados fines de semana libres, por lo que no podía plantearse dividir su tiempo entre sus amistades y su pareja.

El guía interrumpió los pensamientos de Ronda para conducirlos por un pasillo lleno de puertas hasta que, abriendo una de ellas, bajaron un largo tramo de escaleras hasta llegar a otra entrada que comunicaba con el edificio anexo. En cuanto estuvieron dentro de aquella nave industrial de altísimos techos, el olor a vino les saturó las fosas nasales. El lugar estaba ocupado por gigantescos tanques de acero inoxidable, conductos, dispositivos y maquinaria avanzada. Toda la nave estaba recorrida por una red de escaleras y altillos perimetrales que servían para acceder a la zona superior de los tanques.

El hombre les fue explicando dónde se elaboraban las distintas clases de vino, dependiendo de la variedad utilizada. Comenzó con la descripción de la diversidad de uvas y de las mezclas que daban lugar a cada uno de los caldos que comercializaban. En el aire envenenado de taninos flotaron los nombres chardonnay, pinot noir, merlot, bobal, cabernet sauvignon, tempranillo, monastrell, riesling, garnacha, mandó, syrah...

Samoa notó como sus glándulas salivares se excitaban. Le gustaba el recorrido por las bodegas, su olor, sus recovecos, pero para ella el momento sublime lo constituía el instante de saborear aquel elixir de los dioses.

Roberto, el guía, se estuvo explayando durante varios minutos con cuestiones técnicas, como el despalillado que se realiza a la uva para quitarle todos los restos vegetales, el estrujado, el bazuqueo, la fermentación y sus fases, el prensado, el trasiego, la crianza en barrica y el embotellado. Mientras explicaba todo aquello, la humedad se iba haciendo patente en los huesos. Hacía frío. Contempló como Ronda se estremecía y Marcos se

quitaba la chaqueta para ponerla sobre sus hombros. *Ya está en su papel de caballero andante*, se dijo con fastidio. Como si la hubiera oído, su amiga le clavó los ojos oscuros. Ella desvió la vista, fingiendo seguir las explicaciones del hombre.

En cuanto el guía creyó que estaban suficientemente aleccionados sobre los principios básicos de la elaboración del vino, condujo al grupo hacia una puerta que daba paso a otra escalera descendente. Todos bajaron detrás de él y llegaron a un pequeño corredor. El hombre les llevó hasta una entrada metálica y la abrió. Pasaron a una gran sala todavía más fría, ya que tenía la temperatura regulada artificialmente por un mecanismo sujeto a la pared. Roberto explicó que habitualmente la temperatura en ese sótano era la adecuada para el vino. No obstante, no podían arriesgarse y habían acondicionado toda la estancia para mantenerla constante. De hecho, allí la temperatura era más baja y la humedad más alta que en el resto de las instalaciones. Aquel enorme sótano de techos bajos y paredes oscuras y rugosas estaba repleto de barricas de madera. Las telarañas formaban parte de la decoración natural. El olor a vino era mucho más persistente y se entremezclaba con un fuerte aroma a tierra, moho y madera.

—¡Uf! Cómo me marea este olor... —dijo Lola llevándose la mano a la nariz.

Marisa le lanzó una mirada recriminatoria.

—Pues a mí me encanta —aseguró Samoa, respirando hondo para impregnarse bien de aquel aroma.

Ronda la miró asintiendo. En aquel instante, el guía reclamó la atención de los presentes comenzando a explicar lo que había en aquella sala.

Existían dos zonas definidas, la de barricas de roble francés y otra donde reposaban las de roble americano. Le escuchó explicar que el americano aportaba al vino matices de tabaco, vainilla y coco, mientras que el roble francés, dependiendo de la región, otorgaba sabores a clavo, caramelo y almendra tostada.

Samoa había leído que esa bodega experimentaba con distintas fórmulas para obtener vinos originales. Recorrió casi con reverencia aquella especie de cueva abovedada que albergaba cientos de barricas, tanto extendidas en fila como apiladas unas sobre otras, impregnándose del aroma casi de una forma asfixiante. Para disgusto de Marisa, Lola no se apartaba la mano de la cara, intentando aminorar la agresión a sus fosas nasales. Noe, Ronda y Marcos

paseaban lentamente entre las filas de barriles.

Samoa comenzó a deambular admirando aquellos prometedores depósitos de vino y se aproximó a una pila de viejos toneles colocados ordenadamente hasta el techo en el fondo más oscuro del sótano. Aquellos parecían ser los caldos que llevaban más tiempo en maduración. De inmediato sintió a su lado una presencia silenciosa, se giró y dio un respingo.

—¿La he asustado?

Era el guía.

—No le he visto venir. Estas son distintas —dijo señalando las barricas apiladas—. Parecen muy antiguas. En ellas debe reposar el vino más valioso, ¿verdad?

—En efecto. Este es el que va a convertirse en gran reserva. Venga por aquí, voy a enseñarles la sala donde tenemos el vino embotellado tras pasar el tiempo necesario descansando en el roble.

Salieron de nuevo al pasillo y el hombre les llevó hasta una puerta que conectaba con otro gran sótano. Aquella nave guardaba miles de botellas dispuestas en estantes hasta el techo. El olor era intenso, pero no tan asfixiante como el de la otra sala.

—Aquí duermen crianzas, reservas y grandes reservas hasta que llega el momento de su comercialización.

—¡Ya tengo ganas de probarlos! —exclamó Lola, aliviada por el cambio de aire.

—Pues tendrás que esperar a que acabe la visita. ¡No seas impaciente! —la riñó Marisa.

—¡Me recuerdas a mi madre, cariño!

Disfrutaba de las pullas que se lanzaban aquellas dos. Nada parecía haber cambiado desde los días del instituto. A pesar de las refriegas verbales, sabía que Lola y Marisa se adoraban y que serían capaces de cualquier cosa la una por la otra. En cambio, leía el fastidio que esos comentarios producían en el rostro de Marcos y le entraban ganas de gritarle.

El guía interrumpió sus pensamientos para conducirlos de regreso al lugar donde estaban los tanques. Los seis le siguieron atravesando la nave para entrar en la instalación contigua, que era donde se realizaba el embotellamiento del vino. El hombre se detuvo ante cada una de las complejas máquinas para explicar el proceso que realizaban y mostrarles su funcionamiento.

Vio como Noe se ajustaba bien las gafas como si aquello requiriese una atención especial. Cuando algo atraía su interés, ponía tal cara de absorta concentración que a Samoa le provocaba la risa. Tal como había esperado, a continuación venía un alud de preguntas sobre el objeto de su análisis. Sabía que a Ronda también le divertía la actitud excéntrica de Noe. Observó cómo se volvía de espaldas para ocultar la cara. En esas ocasiones, tanto Ronda como ella evitaban mirarse por el peligro de estallar en carcajadas. Ninguna de las dos quería ofender a su amiga, pero lo cierto era que el comportamiento de Noe rozaba en muchas ocasiones lo hilarante.

Por fortuna, pronto acabaron las demostraciones con las máquinas de embotellado y etiquetaje y el grupo continuó el recorrido. Terminaron en el almacén y el muelle donde se introducían las botellas en las distintas cajas y se preparaban para su distribución.

El complejo era enorme y en su interior había un laberinto de pasillos y puertas. Aunque a esas horas todos estaban ansiosos por comenzar a catar el resultado de tan laborioso proceso, todavía quedaba la visita por el exterior para contemplar los inacabables viñedos. En un largo paseo, el guía les fue mostrando los distintos tipos de cepas y variedades de uva plantadas, así como los sofisticados sistemas de riego. Lola manifestó su cansancio y sus ganas de probar el vino en varias ocasiones. Como era de esperar, fue reprendida en otras tantas por Marisa.

No se sabía muy bien si con objeto de satisfacer a Lola, o de dejar de oír las frases punzantes que la otra le lanzaba, el hombre les condujo por fin hasta la sala de cata del inicio. Un atractivo joven les esperaba con unas cuantas botellas ya abiertas. Samoa se sentó en la mesa entre Marisa y Lola para intentar poner paz. Enfrente tenía a Ronda. Esta se había sentado entre Marcos y Noe. Delante de cada uno de ellos había tres copas de cristal todavía vacías y, justo en el centro, habían colocado un bol para echar el vino sobrante. Guiñándole un ojo a Noe, Samoa recordó en voz alta que, a pesar de las ganas que tenían todos de saborear aquellas botellas, tragarse el vino objeto de la cata conllevaba el peligro de emborracharse, además de quedar con los sentidos embotados y no poder apreciar la siguiente variedad.

—Pues yo no pienso desperdiciar ni una gota —aventuró Lola.

—¡Tú misma! —respondió Samoa riéndose.

—Tienes razón, hay que beber con moderación, sobre todo tú, Noe. El alcohol ya sabes cómo te sienta —advirtió Marisa.

—¿A mí? No hay problema, no tengo que conducir —alegó con cara de inocencia.

—Ni tú ni nadie. Hoy nos quedamos a dormir aquí —insistió Marisa—, pero ya sabes por qué lo digo.

—Pues no sé a qué te refieres —afirmó, pestañeando tras sus gafas de montura negra como si nunca hubiese roto un plato.

Marisa optó por no continuar con aquella conversación. Estaba predestinada a hacer el papel de madre de todas y no le apetecía lo más mínimo. Para eso ya tenía a su familia.

El joven colocó sobre la mesa un par de cuencos con palitos de pan, diciéndoles que les vendría bien para limpiar el sabor de la boca entre copa y copa. Samoa había disfrutado muchas veces de aquel protocolo que solía variar muy poco de una bodega a otra. En algunas catas había visto que se servía embutido o queso para acompañar el vino, pero ella prefería no probarlos porque distorsionaba los sabores. Una vez le explicaron que la expresión «me la han dado con queso» procedía de la estrategia que utilizaban los antiguos bodegueros para vender un mal vino, saturando el gusto de los compradores con el fuerte sabor del queso. Por la misma razón, los palitos de pan no solían llevar sal. Con ello se trataba de conseguir que el paladar se mantuviera lo más virgen posible para poder apreciar todos los matices del caldo.

El conductor de la cata se dispuso a explicar lo que iban a degustar. Había elegido tres botellas y empezó señalando que, aunque normalmente se comenzaba con uno más suave para ir subiendo gradualmente de intensidad, en esa ocasión iban a catar vinos muy distintos con personalidad propia. El grupo hizo una exclamación de aprobación. Aquello suponía un reto excitante.

El primer vino estaba elaborado con uva Pinot Noir y, una vez servido, el joven les pidió que levantaran la copa y prestaran atención a su color rojo cereza con matices violáceos. Luego, les indicó que lo olieran. Todos se lo acercaron a la nariz excepto Lola, que directamente le dio un largo trago.

—¡Pero, mujer, huélelo primero! —le recriminó Marisa.

Ronda sonrió bajando la cabeza y Samoa la miró aguantando la risa.

—¡Está buenísimo! —afirmó Lola, y volvió a beber.

Samoa vio cómo Marcos la contemplaba con un rictus de desagrado, pero se mantuvo al margen y no abrió la boca.

El joven decidió ignorar la escena y les animó a que comentaran los matices que habían descubierto a través del aroma. Marcos se adelantó de inmediato.

—Yo noto fruta madura, algo de cereza.

*El muy pedante*, pensó Samoa. Tenía claro que buscaba impresionar a Ronda y por ello se decidió a intervenir imitando abiertamente su tono estirado.

—Pues yo diría que tiene los matices propios del roble francés, quizás un toque de almendra tostada.

Se había informado por internet de las características de los vinos de la bodega, con lo cual jugaba con ventaja. Su amiga le lanzó una mirada acusadora al notar el retintín que había utilizado en su comentario, aunque Samoa pudo percibir cierta sonrisa subyacente. En el fondo a su amiga le divertía que se metiera con Marcos.

Noe olfateaba su copa con cara de concentración. Samoa estaba expectante ante la posible reacción de la pelirroja, pero entonces Marisa captó su atención al reconocer en voz alta que no detectaba ninguno de los aromas que habían dicho. Para ella olía a vino y punto.

—Querida, yo no sé a lo que huele, pero está riquísimo —alegó Lola apurando su bebida.

—Pues yo también noto los frutos rojos, y algo así como un toque de regaliz —intervino Ronda.

—Muy buen olfato —aseguró el joven—. Ahora vamos a probarlo.

—Se nota claramente la fruta roja madura —señaló Marcos con rotundidad tras beber un poco de su copa.

—Y es elegante —añadió Ronda, antes de que su amiga pudiera soltar algún comentario ácido.

—Tienes razón, y hacia el fondo noto un sabor como de caramelo... —intervino Samoa, ignorando por completo el comentario de Marcos.

—En efecto, este vino muestra matices de tofe, muy buena apreciación —afirmó el joven.

Observó con cierto júbilo el fastidio en la cara de Marcos ante su triunfo. Era obvio que le repateaba no ser el centro de atención. Después contempló con media sonrisa cómo Noe se llevaba la copa a la boca y probaba un pequeño sorbo. *Allá vamos*. El desastre estaba servido.

Tras emitir un ruidito de satisfacción, la pelirroja apuró el contenido de un

solo trago.

—¡No te lo bebas todo! —le riñó Marisa, estirando el brazo inútilmente hacia la copa de Noe con la intención de parar lo inevitable.

—Está muy bueno. ¿Me pones más? —pidió Noe con los ojos brillantes al conductor de la cata. Tenía el brazo levantado sujetando su copa vacía como si fuese un trofeo.

—Creo que preferirán descubrir el segundo vino —respondió el joven con habilidad, dirigiéndose a la barra para coger otra botella. Su intuición le había alertado de un posible problema con la pelirroja.

—Come, cariño —dijo Lola, aproximando a Noe uno de los cuencos con palitos de pan.

—No tengo hambre, gracias —replicó melosa, extendiendo de nuevo su copa hacia el joven para que se la llenara.

Marisa la observaba con clara expresión de alarma. Marcos se removió nervioso en su silla mientras Ronda lanzaba a Samoa una mirada de socorro.

—Cómete un palito, Noe, así notarás con más intensidad el sabor del segundo vino —recomendó Samoa, llevándose ella uno a la boca.

—Vale, te haré caso. Tú siempre tienes razón, te quiero —anunció con la voz ya algo pastosa.

Marcos se veía visiblemente incómodo. A Samoa le entró la risa floja y Ronda carraspeó. Sabía que ella también estaba reteniendo las ganas de reír por respeto a su pareja. La catástrofe se acercaba a pasos agigantados. Contempló cómo la tensión se relajaba un poco cuando Noe cogió un palito y lo mordisqueó antes de volver a coger la copa que el hombre había llenado de nuevo hasta la mitad. No obstante, fue un descanso más bien breve, pues a los dos segundos la pelirroja ya tenía otra vez la copa en la boca. Ni siquiera perdió el tiempo en oler el vino. Samoa observó, con una sonrisa expectante, cómo Noe se llevaba el cristal a los labios y comenzaba a apurar su contenido sin respirar.

Ronda apoyó los codos en la mesa y fijó la vista en su bebida, intentando inhibirse del cataclismo que se iba aproximando. Marisa parecía a punto de echar a correr y Marcos volvió a removerse en su asiento.

—Este está mucho más bueno —aseguró Noe arrastrando las sílabas—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—David —respondió el joven con corrección, aparentando ignorar el estado de la mujer.

—Eres muy guapo —continuó la pelirroja, mirándolo de forma provocadora—. ¿Me sirves otra?

Samoa le dio un golpe en el codo a Lola y esta reaccionó de inmediato.

—Eso, que nos ponga otra y nos la tomamos fuera, cariño. Hace un día espectacular —dijo levantándose con su copa todavía llena en la mano.

—¡Pero yo no quiero irme! —protestó con una sonrisa bobalicona. Intentaba zafarse de las manos de Lola, que la agarraban del brazo y tiraban de ella suavemente para levantarla de la silla.

Finalmente, Lola consiguió que cambiara de opinión al asegurarle que se llevarían una botella entera con ellas. Guiñándole un ojo al joven, logró arrastrarla hacia los viñedos. Noe llevaba en la mano la última botella abierta que amablemente le pasó David. Lola agarró su copa y la de su amiga y se despidió del resto prometiendo que se verían más tarde.

—Lamento la escena, David, podemos continuar —intervino de inmediato Marcos.

*Qué paternalista, el tío.* A Samoa le reventaba la actitud de Marcos. Vio cómo Ronda evitaba mirarla. Estaba segura de que a ella también le molestaban algunas cosas de aquel cretino arrogante. Por fortuna, Marisa intervino diciendo en voz alta lo que ella había evitado por no sembrar más discordia.

—No tienes por qué disculparte, Marcos. No es responsabilidad tuya. Noe sufre una especie de alergia al alcohol —dijo dirigiéndose a David—. Deberíamos haber evitado que bebiera. Todas sabíamos que esto podría pasar. Es culpa nuestra.

—Es cierto, pero creí que iba a seguir el consejo de Samoa y probar solo un poco. La verdad es que nunca pensé que iba a beberse dos copas de golpe —afirmó Ronda, intentando mediar en el conflicto que parecía extenderse.

—Lo que le ha pasado a Noe no es culpa de nadie, tampoco hay que darle mayor importancia. No ha cometido un crimen —dijo Samoa molesta, defendiendo a su amiga. Siempre había pensado que el hecho de que el alcohol le afectara de una forma tan contundente no le quitaba el derecho a divertirse un poco, como hacían los demás.

Marcos la miró como si quisiera insultarla, pero David interrumpió toda posible réplica. Optó por continuar con la cata y dejar atrás la escena que se había desarrollado como si no hubiera ocurrido nada. Marisa y Samoa alabaron su decisión. Prefirieron no convertir aquel encuentro entre amigas,



que se daba muy pocas veces, en un recuerdo incómodo para Ronda.

En cuanto terminaron de probar los tres vinos, los cuatro se dirigieron al exterior buscando a las otras dos, pero no había ni rastro de ellas.

—Se la debe de haber llevado a pasear por los viñedos. Imagino que Noe no aparecerá a la hora de la comida. Lola la meterá en la cama y para la cena estará ya en plena forma —afirmó Samoa.

—Lola es la que mejor la sabe llevar en estas situaciones —intervino Ronda con una sonrisa.

—No teníamos que haberla traído a una cata. Me estaba temiendo algo así —alegó Marisa.

—No pasa nada, Marisa, tiene derecho a divertirse. Solo tenemos que tener paciencia con ella y cuidarla. Es nuestra amiga. Por suerte suele beber bastante poco —dijo Samoa.

—¡Pues cualquiera lo diría! —bufó Marcos, todavía molesto por la escena incómoda que le habían obligado a presenciar.

Iba a responderle, pero Ronda se le adelantó.

—Noe no es alcohólica, Marcos. Tiene una enfermedad que la hace reaccionar con desmesura al alcohol. Normalmente nos hace caso y no bebe, pero de vez en cuando se deja llevar. Como la mayoría de nosotros hemos hecho en alguna ocasión.

—Si tú lo dices... —soltó, con una condescendencia que a Samoa le hubiera gustado borrar de un puñetazo.

Ronda hizo oídos sordos al comentario de su pareja.

—Vamos, te acompañamos al hotel: aún te tienen que dar la habitación —señaló, dirigiéndose a Samoa.

—Esperadme en el *hall*. Voy al coche a por la bolsa —respondió, comenzando a alejarse del grupo con rapidez.

Echaba chispas de camino hacia el aparcamiento. Marcos tenía la rara habilidad de sacarla de quicio. No soportaba a aquel imbécil haciéndose el ofendido por que el comportamiento de Noe rompía la imagen perfecta que pretendía mantener a su alrededor. Él no se equivocaba nunca, ni hacía nada que menoscabara su imagen impoluta.

En cuanto entró en el *hall* cargada con su bolsa de viaje y el ordenador, vio con alivio que la esperaban solo Marisa y Ronda.

—Marcos ha subido un momento a la habitación —explicó Ronda.

Prefirió no hacer ningún comentario. Dio su documento de identidad al

repcionista y este le entregó la llave.

Su habitación estaba en la primera planta, al igual que las de Marisa, Lola y Noe. Marcos y Ronda compartían una habitación doble en el segundo piso.

—Si os parece bien, nos vemos aquí en unos minutos. Voy a dejar esto arriba —dijo Samoa.

—Vale, mientras tanto voy a llamar a Lola al móvil, a ver si van a venir a comer —señaló Marisa.

Subió a su habitación y depositó el portátil sobre la cama. Después colocó desmañadamente la escasa ropa que había traído en el armario. Era un cuarto agradable, decorado en estilo rústico, pero con todos los avances modernos. Al abrir el grifo del baño, el agua se precipitaba sobre piedras grises que constituían un plato de ducha natural. Su habitación estaba situada en la parte contraria a la entrada principal del hotel. Echó hacia un lado las cortinas para contemplar las vistas. Miles de cepas preñadas de racimos cubrían su visión hasta desaparecer al fondo de la colina. Pegó la frente al frío cristal y se preguntó cómo iba a convivir pacíficamente con Marcos durante día y medio más. Respiró hondo y pensó en Ronda. *Por ella, lo harás por ella.*

Cuando diez minutos después bajó al *hall*, la estaban esperando todos, excepto Noe. Preguntó a Lola cómo se encontraba.

—He podido convencerla para que durmiera un poco. ¡Pero no te imaginas lo que me ha costado! —dijo—. Ya sabes cómo se pone. La he metido en la cama y no había forma de que me dejara ir. Solo quería hablar y hablar. Al final se ha dormido. Espero que después de comer nos retiremos a descansar un poco. Estoy molida.

—Lo bueno es que Noe no volverá a probar el alcohol en todo el viaje. Ya ha cubierto el cupo de resaca que su cuerpo puede admitir en una semana —señaló Samoa riéndose.

—¡Eso es verdad! —rio Lola.

—Vamos al restaurante. Entre el paseo y el vino estoy famélica —rezongó Marisa.

Para tranquilidad de Samoa, Marcos ni siquiera la miró ni volvió a hacer comentario alguno sobre Noe. Centró todas sus atenciones en Ronda. Durante la comida, que transcurrió en tono distendido, solo tuvo ojos para las necesidades de su pareja. No permitió que su copa de vino estuviese vacía ni un segundo, le acercaba cada plato para que pudiera servirse, hasta hubo un momento en que le limpió a Ronda con su propia servilleta una pequeña

manchita de salsa que tenía junto a la comisura del labio. Samoa se esforzaba en mirar hacia otro lado. No podía permitirse observar con indiferencia aquellos detalles, ni mucho menos la sonrisa que cada una de las veces dedicaba su amiga a Marcos. Por mucho que lo intentara, sus ojos no lograban huir de esas escenas que revelaban la intimidad de la pareja. Se moría de celos, aunque jamás un solo gesto denotaría lo que le carcomía por dentro en aquellos momentos. Con el fin de que Ronda no leyera su mente, practicaba un ejercicio que hasta ese día le había dado buenos resultados. Se giraba hacia la persona que tenía al lado, que en aquella ocasión era Lola, para hacerle un comentario casual sobre lo que estaban comiendo. El desvío de la atención era efectivo y también le servía para difuminar sus propios sentimientos.

No obstante, le era muy difícil abstraerse a la hermosura de Ronda, y no solo por su físico. La contemplaba cuando pensaba que no se percataba de ello. La belleza le nacía de dentro, del corazón, de su energía, de la lucha que mantenía por mejorar el mundo, de su entrega a los demás.

Tras la comida, cuando todos se retiraron para hacer una pequeña siesta, Samoa se tumbó en la cama intentando descansar, pero le fue imposible. La imaginación le jugaba malas pasadas, empujándole a adivinar lo que estarían haciendo Ronda y Marcos un piso más arriba. Ignoraba si la habitación de la pareja estaba justamente sobre la suya, pero no pensaba quedarse allí para averiguarlo. La posibilidad de escuchar cualquier sonido que delatara un posible encuentro sexual le retorció el estómago.

Se levantó, cogió la llave de la habitación y salió a pasear entre los viñedos. El sol de la tarde no era tan potente como para convertir en insoportable el paseo, pero sí lo suficiente como para hacer reverberar el aroma de los campos. El avance entre las cepas cargadas de uva le resultó tranquilizador. Intentaba pensar en otra cosa que no fuera la imagen de su amiga y Marcos juntos. Necesitaba preservar su salud mental, pero también tenía miedo a que ella interceptara de alguna forma su pensamiento. El hilo telepático que las unía constituía una bendición, pero también un verdadero problema para Samoa. Esperaba que su secreto continuara a salvo de Ronda. Lo había conseguido durante todos aquellos años, aunque nunca podría estar totalmente segura. En cualquier caso, ella nunca había hecho nada que la indujera a pensar que lo sabía.

Mientras paseaba, una canción se iba repitiendo como un eco en su cabeza.

Sonrió con amargura al darse cuenta de lo acertado de la letra, de la ironía que contenía. Era *Qué bonita la vida* de Dani Martín.

Casi una hora después, a unos cien metros del hotel, divisó al grupo que iba caminando hacia ella. Con una sonrisa, contempló los reflejos del sol sobre la cabeza pelirroja de Noe. Por lo visto, su amiga estaba mejor. Todos habían tenido la misma idea: dar un largo paseo entre los viñedos, estirar las piernas y charlar. Samoa estaba ya cansada, pero pensó que retirarse a su habitación sería una descortesía, considerando lo difícil que había sido que se pusieran de acuerdo para estar juntas ese fin de semana.

En cuanto se encontraron, preguntó a Noe si estaba bien. Ella le contestó que le dolía un poco la cabeza, pero que se moría de ganas de ver todo aquello y respirar aire puro. Se puso a caminar a su lado. Ante todo, quería desprenderse de la imagen de la parejita que paseaba detrás del grupo cogida de la mano. Evitó dirigir la vista hacia el rostro de Ronda, por miedo a vislumbrar cualquier signo de lo que hubiera podido ocurrir durante la siesta. Marisa y Lola iban, como siempre, discutiendo por nimiedades detrás de ella y Noe.

—Te digo que es Merlot —defendía Marisa, señalando la uva negra azulada que colgaba en racimos de las cepas que tenía a su izquierda.

—Querida, él dijo que en esta parte estaba el Pinot Noir —aseguraba Lola.

—Las uvas Pinot Noir son más pequeñas y oscuras. Me acuerdo muy bien.

Mientras charlaba con Noe, Samoa no podía evitar escuchar cómo rezongaban sus amigas a pocos pasos detrás de ellas. Se dio la vuelta con una sonrisa y entonces se topó involuntariamente con la mirada de Ronda. Sus ojos navegaron, sin poder evitarlo, desde la cara de esta hasta las manos entrelazadas de la pareja y se obligó a hacer un comentario jocoso para desviar la atención del curso de sus pensamientos.

—¡Cómo os gusta discutir! Si luego en la boca todos los vinos os parecen iguales...

Marisa estiró el brazo para pegarle una cachetada en el hombro y ella la esquivó riéndose a carcajadas.

Pensó que, después de todo, aquel encuentro estaba saliendo bien. Muy raras veces tenían la posibilidad de relajarse todas juntas y lanzarse esas pullas que siempre habían constituido la salsa de su amistad.

Tras el largo paseo, y para regocijo de Samoa, que ya acusaba los kilómetros andados y la falta de descanso, fueron al restaurante para disfrutar

de una cena acompañada de excelentes caldos. Como había supuesto, Noe pidió agua para beber y vio el alivio en el rostro de Marisa. Esa noche no habría que preocuparse por rescatar a su amiga.

Samoa se llevó la copa a los labios y degustó el sabor exquisito de aquel vino. Su expresión se nubló un instante. Le dolía que Noe, por culpa de su problema, no pudiera disfrutar al cien por cien de las maravillas vinícolas de la zona.

En ese momento Ronda la capturó con una mirada de absoluta ternura. El corazón le dio un vuelco. Una vez más, ella le había leído el pensamiento.

# Ronda

A pesar de que la velada se alargó un poco más de lo previsible, apenas eran las siete de la mañana cuando Samoa abrió los ojos. No solía dormir mucho. Se levantó de inmediato para mirar por la ventana. Su intuición no le había fallado. Los infinitos viñedos formaban un frondoso manto de pámpanos verdes, salpicado a tramos por frutos morados. Bajo el influjo rosáceo del alba, la estampa era un goce para los sentidos. Los racimos desbordantes parecían estar pidiendo a gritos una vendimia temprana.

Era muy pronto, pero se moría por un café. Fue hasta la ducha preguntándose si a aquellas horas el restaurante estaría abierto. La fantástica cascada de agua caliente hizo que retardara un poco más la salida de la habitación. Cuando llegó a la cafetería, sonrió con satisfacción al descubrir que la puerta estaba abierta. Pidió un expreso bien cargado al camarero que había tras la barra y se sentó en una mesa pegada al ventanal. Mientras esperaba que le sirvieran, comenzó a ojear el periódico que había sobre una mesa próxima. En una de las primeras páginas destacaba en letras grandes la desaparición de un investigador conocido por sus intervenciones en programas de difusión científica. En la foto se veía un hombre de mediana edad con una calvicie incipiente y unos ojos de un azul tan claro que parecían traslúcidos. La periodista explicaba que hacía tres días que el científico había salido de su casa rumbo al trabajo y nadie lo había vuelto a ver. Samoa recordó haber leído una noticia similar no hacía demasiado tiempo. Se dijo que aquello era muy extraño.

El camarero le trajo por fin el café humeante y lo depositó frente a ella. Lo olió con un gesto de placer y se lo llevó a los labios despacio para no quemarse. No había transcurrido ni un minuto cuando apareció Marisa.

—Buenos días. Pensé que iba a ser la primera.

—Me he despertado pronto y me apetecía un café.

El camarero se acercó a la mesa para tomar nota del desayuno de la recién llegada. Su pedido no fue tan frugal como el de Samoa: café con leche, tostadas con mermelada y mantequilla y zumo de naranja.

—No sé cómo puedes aguantar hasta el mediodía con un café solo — señaló Marisa.

—Mi cuerpo se ha acostumbrado. Me pongo a escribir y puedo tomarme hasta tres cafés en una mañana, pero soy incapaz de comer nada hasta más allá de la una.

—Pues eso no es nada sano. ¡Hay que empezar el día con energía! —alegó, untando una de las tostadas con una buena capa de mantequilla.

—¡Qué horror! Eso va a saturarte las arterias —exclamó Lola, que acababa de entrar, mientras se sentaba frente a ellas. Venía acompañada por Noe.

—Espero que tengan muesli y yogur. Yo no desayuno otra cosa —apuntó Noe

—Pues yo necesito fruta. ¡Joven! —llamó Lola, para que el camarero se aproximara.

—Desde luego, siempre dando la nota. ¿No podéis desayunar lo mismo que la mayoría de la gente? —refunfuñó Marisa.

Las otras no le hicieron ni caso. Samoa sonrió imaginando la cara del pobre muchacho en cuanto sus amigas le transmitieran sus deseos. Para su sorpresa, el camarero asintió sin un solo gesto de extrañeza mientras apuntaba el pedido y desapareció para preparar sin demora lo que le habían dicho. Parecía que aquel complejo estaba preparado para contentar a toda clase de paladares. Tuvo la confirmación cuando el joven regresó a la mesa, al cabo de no demasiado tiempo, con una bandeja repleta de frutas variadas, tres recipientes con cereales distintos y yogur casero de otros tantos sabores.

—¡Ha habido suerte! —exclamó Samoa, guiñando un ojo a Marisa.

—Menos mal, cuando estas dos empiezan con sus exigencias no sé dónde meterme.

—Pues no sé por qué tanta vergüenza, cariño. Tampoco hacemos peticiones tan descabelladas y este sitio no es precisamente barato —señaló Lola despreocupadamente, mientras comenzaba a pelar una pieza de fruta y a distribuir los pedazos de forma ordenada en su plato.

Samoa sorbía despacio el café observando divertida la escena. Lola no se alteraba lo más mínimo con los comentarios de Marisa, lo que a esta la exasperaba todavía más. Volvió a repetir el mismo gesto con otra pieza, formando dos círculos concéntricos casi perfectos.

—Muy bonito —le pinchó Samoa, sonriendo.

—La estética es muy importante, incluso para la comida. Lo leí en un libro de cocina. No es lo mismo comer un plato revuelto que presentado de una

forma agradable. Sienta muchísimo mejor y el organismo se muestra más receptivo.

—Lo que tiene que oír una a estas horas... —bufó Marisa. Samoa no pudo reprimir una carcajada.

—Tiene razón Lola —intervino Noe, que en aquel momento se entretenía espolvoreando con toda clase de cereales uno de los cuencos de yogur que tenía un color rosado—. Cuando las cosas están bien presentadas apetece más comerlas. Seguro que sientan mejor.

—¡Faltaba la otra! —exclamó Marisa, mojando su tostada en el café con leche.

Antes de que Noe pudiera alegar algo, apareció Marcos andando directo hacia la mesa.

—Buenos días. Pensaba que Ronda estaría con vosotras. ¿No la habéis visto?

—Por aquí no ha venido —contestó Marisa.

—Igual se ha ido a dar una vuelta antes de desayunar. Cuando he salido de la ducha ya no estaba —dijo Marcos.

Samoa lo miró con preocupación.

—¿La has llamado al móvil? —preguntó.

—Sí, lo tiene apagado o fuera de cobertura.

—Siéntate, Marcos, desayuna con nosotras. Seguro que no tardará en llegar —sugirió Lola.

—Gracias, tienes razón.

El hombre se acercó a la barra y habló con el camarero. A continuación, se sentó junto a Lola y Noe.

—El sitio es precioso, Marcos, gracias por elegirlo —comentó Lola, melosa, dándole un pequeño apretón en el antebrazo.

Samoa se centró en su café, intentando ignorar el descarado coqueteo de su amiga.

—Imaginé que a Ronda le gustaría. He venido varias veces y conozco al dueño —respondió él.

—Venir ha sido un acierto, es un sitio muy tranquilo. No he oído un solo ruido en toda la noche —añadió Marisa—. Y se come muy bien.

Samoa permaneció callada, aunque levantó la vista y observó las tenues ojeras bajo los ojos de Marcos. Pensó, con una punzada de celos, que debía de haber pasado una noche movida. Su mente se removió inquieta por la



ausencia de Ronda. Era muy raro que su amiga no hubiera acudido ya al restaurante.

El camarero se acercó a la mesa con otra bandeja y puso delante del hombre lo que había pedido: zumo, cereales y café con leche. Lola tomó las riendas de la conversación con su verborrea particular, comentando pormenorizadamente lo que le había parecido cada una de las actividades del día anterior. Samoa pensó que, en esa ocasión, su charla venía muy bien para equilibrar la incomodidad que suponía tener a Marcos allí, al que ninguna conocía demasiado.

Al cabo de media hora todos habían terminado de desayunar y Ronda aún no había aparecido. Samoa miró nerviosa su reloj.

—¿Dónde se habrá metido Ronda? Son casi las diez —comentó Marisa en voz alta, poniendo voz a su preocupación.

—Voy a ir al hotel, a ver si ha vuelto —dijo Marcos poniéndose en pie.

—Espera, vamos contigo —intervino Samoa.

—Sí, vamos a ver dónde se ha metido. Igual ha dado un paseo largo. Este sitio es una preciosidad y apetece recorrerlo —dijo Noe.

—Seguro que habrá regresado y estará duchándose. Volvamos al hotel —sugirió Lola.

En el *hall*, el hombre tras el mostrador les comunicó que no había visto entrar ni salir a nadie. Se había incorporado a su turno de trabajo hacía poco más de una hora. Sugirió que quizás la habría visto salir su compañero del turno anterior. Intentó localizarlo llamándole al móvil, pero lo tenía apagado. Se disculpó alegando que seguramente su compañero estaría descansando. Le dejó un mensaje para que se pusiera en contacto con él en cuanto pudiera.

Samoa llamó por teléfono a Ronda, pero solo le sirvió para corroborar que seguía desconectado. Aquello no le estaba gustando nada. Además, le preocupaba no sentir ninguna conexión telepática con ella. No podía notar su proximidad.

—Voy a subir a la habitación, seguro que ha llegado. El recepcionista no estaría en su sitio y no la ha visto entrar —decidió Marcos.

—Te esperamos aquí —dijo Marisa.

—Probad a llamarla vosotras al móvil. A mí me sale que está apagado o fuera de cobertura —propuso Samoa, cada vez más nerviosa. No se lo había dicho a nadie, pero tenía un mal presentimiento. Intuía que su amiga estaba en peligro. La falta de conexión con ella le había hecho saltar todas las

alarmas.

Las otras tres la llamaron por teléfono con idéntico resultado. Al cabo de unos minutos vieron a Marcos salir del ascensor.

—En la habitación no está.

—¿Pero están sus cosas, su maleta? —preguntó Samoa.

—Sí, está todo tal como lo dejó ayer por la noche.

—Entonces del complejo no ha salido —señaló Marisa.

—Vamos a buscarla —propuso Samoa, yendo hacia la puerta.

—Voy a pedir que avisen al dueño del complejo y echaremos un vistazo en las instalaciones de la bodega —dijo Marcos, comenzando a andar hacia la recepción.

—Nosotras buscaremos por los alrededores —decidió Samoa.

Las cuatro amigas salieron fuera y empezaron a caminar entre los viñedos.

—Sigamos un orden o nos perderemos —indicó Marisa—. Esto es enorme. Si os parece bien, avanzaremos pegadas al muro por el oeste hasta alcanzar el final y luego regresaremos en zigzag.

—Como quieras, pero démonos prisa. Esto me da mala espina —soltó Samoa, encabezando la marcha con paso decidido.

Al cabo de veinte minutos de caminar a buen ritmo y llamar a gritos a la desaparecida, alcanzaron el final de la finca por el oeste. Marisa resoplaba. Sudorosas y cansadas, comenzaron a regresar hacia el complejo trazando un recorrido serpenteante entre los pasillos interminables de cepas. Samoa ya había perdido la esperanza de encontrarla allí. Sin la sensación habitual que la alertaba de su presencia, escrutó con anhelo cada metro de terreno y sus estructuras de riego hasta donde la vista le permitía, pero no halló ni rastro de ella. Allí solo estaban las cuatro, rodeadas de hectáreas de viñas silenciosas.

Tras más de una hora de expedición, regresaron al hotel. Marcos y Roberto, el hombre que el día anterior les había enseñado la bodega, estaban hablando en la puerta.

—¿Sabéis algo de ella? —preguntó Samoa.

—Nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra —contestó Marcos, visiblemente inquieto.

—Su móvil sigue desconectado y en el fijo de casa salta el contestador —dijo Marisa.

—Hay que avisar a la Guardia Civil —decidió Samoa.

—Deberíamos ir primero a su casa, a ver si está allí —alegó Marcos.

—¿Y cómo ha regresado? Aquí están sus cosas y vino en tu coche. ¿Ha podido irse con alguien esta mañana? —preguntó Marisa al otro hombre.

—No ha salido ningún vehículo del complejo desde ayer, excepto el del recepcionista de noche —declaró Roberto—, pero le he visto e iba solo en su automóvil.

—Hay que llamar a la Guardia Civil ya, pero voy a localizar a su hermana primero, por si acaso —propuso Samoa.

—No es mala idea —afirmó Noe—. Pero no la asustes.

Samoa marcó el número en el móvil y esperó.

—¿Ingrid? Soy Sam. ¿Has hablado con tu hermana hace poco?

Guardó silencio unos segundos mientras escuchaba la respuesta de su interlocutora. Después habló intentando que su voz no delatara la alarma que sentía.

—Hemos venido a pasar el fin de semana a una bodega y no la encontramos. Pero no te preocupes, imagino que habrá ido a dar una vuelta y aparecerá en cualquier momento. De todas formas, si se pusiera en contacto contigo me llamas, ¿vale?

Samoa volvió a escuchar a la hermana de Ronda.

—Sí, también ha venido Marcos. Tranquila, aparecerá. No digas nada a tus padres. Ya te llamo. Un beso.

—Ingrid no sabe nada de ella. ¿No habréis discutido y se ha largado? —preguntó a Marcos en cuanto cortó la llamada.

—¡En absoluto! Os he dicho que la he dejado en la cama. Ya estaba despierta. Ha debido de irse mientras me duchaba. Ni siquiera la he oído salir —soltó irritado.

—Vale —dijo Samoa, levantando las manos en gesto de paz.

Por una vez, se puso en su lugar y sintió algo de empatía.

Acercándose a recepción, preguntó al empleado por el número de teléfono de la Guardia Civil del pueblo más próximo. Este se lo dio y Samoa lo marcó en su móvil. Estuvo hablando con ellos durante unos minutos y luego colgó con cara de preocupación.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Marisa.

—Que teniendo en cuenta que no ha salido de aquí ningún vehículo y de que esto es muy grande, cabe la posibilidad de que haya sufrido un accidente y no la encontremos. Van a venir.

Un silencio denso se extendió unos segundos entre los presentes.

Decidieron esperar en la sala de recepción del hotel. Lola intentó quitar hierro a la situación, mostrándose optimista. Estaba segura de que Ronda iba a aparecer pronto y todo acabaría en un susto. Marisa estaba extrañamente callada. Noe apoyó la opinión de Lola. Todo aquello sería un malentendido.

Samoa no estaba tan segura. No podía estar sentada. Paseaba inquieta por el salón y, de tanto en tanto, se acercaba al ventanal y miraba hacia fuera.

Por fin, casi una hora después, vio acercarse un coche oficial por el portón que daba entrada al complejo. Dos hombres uniformados descendieron del vehículo y entraron en el hotel. Se dirigieron al grupo preguntando por Samoa, ya que fue ella la que les había llamado. Esta se identificó y les puso al corriente de la situación. Marcos declaró que era la última persona que la había visto, así que los agentes le indicaron que les mostrara la habitación de Ronda. Pidieron al resto que les esperase en el *hall*.

Las cuatro amigas, en especial Samoa, estaban tensas. La llegada de la Guardia Civil otorgaba a la desaparición de Ronda unos visos de realidad que no querían admitir.

Quince minutos más tarde, por fin bajaron los dos guardias con Marcos. Uno de ellos dijo que les iba a acompañar al cuartel para firmar su declaración. Informó a los presentes que, tras el registro de su cuarto, habían encontrado el bolso de Ronda en un estante del armario. Dentro estaba su documentación, las llaves de su casa y el teléfono móvil desconectado. Toda su ropa estaba intacta, excepto la que había llevado el día anterior, que por lo visto se había vuelto a poner.

—Eso confirma que no ha salido de aquí —dijo Samoa con rotundidad.

—No se preocupen, mandaremos ahora mismo una patrulla que recorrerá paso a paso todo el complejo. Si está aquí la encontraremos. Les recomiendo que vuelvan a sus casas y estén pendientes por si se pone en contacto con ustedes —indicó el agente que parecía estar al mando.

—¿Y qué hacemos con sus cosas? —preguntó Marcos.

—Suba y cójalas. Las llevaremos a su casa y, de paso, echaremos un vistazo antes de ir al cuartel —dijo el agente.

—Voy a recogerlo todo. Ahora mismo bajo —anunció, yendo hasta el ascensor.

—Si no les importa, prefiero quedarme hasta que terminen de registrar la zona —dijo Samoa.

Aunque no podía sentirla, algo le decía que Ronda seguía allí.

—Como quiera, pero les recomiendo que regresen a sus viviendas. Les avisaremos cuando la encontremos.

—Siento muchísimo todo lo que ha pasado. Por supuesto, estamos a su disposición para ayudar en lo que podamos —intervino Roberto, dirigiéndose al agente al mando.

—Nosotras nos vamos a casa, Sam. En cuanto sepas algo llámanos, por favor —dijo Marisa.

—Lo haré. Necesito quedarme y ayudar en algo. No puedo pensar en irme a casa y dejarla aquí. ¿Y si le ha pasado algo?

—Te entiendo, pero no pienses eso —dijo abrazándola—. Sáquenos la cuenta, por favor —pidió Marisa al recepcionista.

—No se preocupen, no deben nada. Es lo mínimo que podemos hacer después de lo que ha ocurrido —intervino Roberto.

—Llámanos enseguida —rogó Lola, besando a Samoa.

—Si a la hora de comer no nos has llamado, te llamaremos nosotras — afirmó Noe, antes de despedirse con un abrazo.

Unos minutos después, regresó Marcos con las maletas.

—Tienes mi número —indicó Samoa—. Si aparece, dímelo, por favor. Yo me quedo a esperar a la unidad que va a inspeccionar esto. Quiero ayudar en su búsqueda.

—Está bien. Si la encontráis, llámame enseguida.

—Lo haré.

A pesar de la sensación de angustia que no podía apartar de su mente, Samoa tuvo que reconocer que, aparcadas las diferencias, Marcos y ella jugaban por primera vez en el mismo equipo.

# Conexión

El día resultó agotador y baldío. El recepcionista había localizado por fin al compañero que había hecho el turno de noche. Este aseguró que no había visto ni entrar ni salir a Ronda. Samoa pensó que aquello no quería decir nada, ya que el hombre había reconocido que se había ausentado varias veces de recepción para hacer otras cosas que su trabajo requería. Podía haberse marchado sin ser vista.

Hacia el mediodía, Samoa y los dos agentes enviados terminaron de peinar palmo a palmo el exterior de la finca sin hallar ni rastro de la desaparecida. Roberto les había dicho que esa mañana él mismo había registrado minuciosamente cada estancia del interior del complejo acompañado de Marcos y allí no estaba.

Samoa habló con Marisa y le puso al corriente de lo infructuoso de la búsqueda. Le dijo que avisara a las otras, por si Ronda se ponía en contacto con alguna de ellas. No sabía qué hacer. Marcos la había llamado para decirle que en casa de su amiga no habían encontrado señales de su retorno y que el coche seguía aparcado en la puerta.

La Guardia Civil había asegurado que no se podía hacer otra cosa que esperar. No hallaron signos de lucha ni en la habitación del hotel ni en su casa, por lo que no podía afirmarse que existieran indicios de un suceso violento. Los agentes insistieron en que, en el noventa por cien de los casos, los adultos desaparecidos solían dar señales de vida en un plazo no superior a cuarenta y ocho horas. Habría que dejar que pasara el tiempo.

No obstante, Samoa se encontraba al borde de un ataque de nervios. Conocía a Ronda lo suficiente como para saber que nunca se iría de esa forma por voluntad propia. Algo le debía de haber ocurrido. Y ese algo no podía ser bueno. Si Marcos hubiera mostrado una actitud distinta, sospecharía que había pasado alguna cosa entre ellos, pero lo cierto era que el hombre parecía tan preocupado como ella misma.

Encerrada en casa se sentía como una leona enjaulada. Era incapaz de hacer nada que requiriera la más mínima concentración, así que cogió el coche y se acercó a Denia. Tuvo suerte y pudo dejar el Camaro estacionado en un sitio que acababa de quedar libre en el paseo marítimo, muy cerca de la

arteria principal que aglutinaba gran parte de la vida social de la ciudad, la calle Marqués de Campo.

Al principio se dedicó a buscar de forma obsesiva el rostro de su amiga entre la gente, pero luego se convenció de que ella no podía estar allí. De hecho, *sabía* que no estaba allí. Comenzó a caminar hacia el centro con paso decidido. Aunque no era la temporada de mayor turismo, los fines de semana nunca se libraban del torrente de personas que acudían a disfrutar del clima, la gastronomía y el ambiente de la zona. Los nervios la empujaban a andar deprisa. Le preocupaba que Ronda apareciera y fuera directamente a su casa, pero se obligó a descartar esa idea. No podía soportar esperarla sin hacer nada. Necesitaba moverse. Llevaba el teléfono móvil en el bolsillo y lo sacaba cada dos por tres para comprobar si tenía algún mensaje. Podía ser que ella intentara localizarla, o que la llamara la Guardia Civil con noticias. Se esforzaba en dejar de pensar negativamente, pero la inquietud y la impotencia la estaban matando. El pub La Chica de Ayer, ubicado hacia la mitad de la calle del Mar, estaba abierto, así que entró y se dirigió directamente a las escaleras para bajar hasta la amplia terraza interior. Había estado mil veces allí con Ronda. Aquel lugar le encantaba y le transmitía serenidad. Se acomodó entre la frondosa decoración tropical para tomar una cerveza e intentar relajarse. Yuri, el atractivo camarero cubano que siempre las recibía con una abierta sonrisa y un encomiable sentido del humor, la saludó nada más verla con dos besos.

—¡Qué guapísima estás, *Magnolia!*

—¡No tanto como tú! ¿Qué tal tu efebo alemán?

—Ha vuelto a su país. ¡Ahora tengo un españolito de lo más guapo!

Intentaba mantener el tono frívolo y desenfadado que siempre había reinado en sus conversaciones con Yuri, pero por dentro la inquietud constreñía su estado de ánimo. El camarero volvió al poco rato con la bebida que le había pedido y Samoa se quedó sola con su tormenta mental.

¿*Qué te ha ocurrido, Ronda?* El tiempo pasaba y miles de preguntas se arremolinaban en su cabeza, pero no encontraba respuestas ni señal alguna que la conectara con su amiga. Se retiró el pelo hacia atrás con ambas manos en un gesto desesperado y cerró los ojos. A ella ese lugar le gustaba especialmente. Si tampoco allí podía alcanzar una conexión, tendría que intentarlo en otro lado. Se terminó la cerveza y decidió regresar. Yuri estaba ocupado, pero vio que se marchaba y le lanzó un beso desde detrás de la

barra.

Una vez en casa preparó algo frío para comer y eligió una botella de vino tinto. No se sentía con ganas de hacer una comida más elaborada. Aproximó un sillón a la mesa donde lo había dispuesto todo en la terraza y comenzó a beber despacio. Deseaba que el tiempo pasara rápido y le devolviera a Ronda. Su mirada se perdió en la línea difusa que separaba el mar del cielo. Los segundos se escurrían entre sus dedos. Sin que apenas lo apreciara, el paisaje comenzó a vestirse con los tonos dorados del atardecer. En unos minutos anochecería. Las horas pasaban sin piedad y entre las brumas del vino no paraba de preguntarse dónde estaría ella. Intuía que un peligro la acechaba. No podía demostrarlo, pero *lo sabía*. La zona oscura de la botella iba menguando de forma alarmante. Samoa no despegaba los ojos de la franja azul profundo que se alzaba por encima del mar. La masa de agua iba adquiriendo notas argentinas por efecto de una luna casi llena que parecía hablarle.

El sonido del cristal haciéndose añicos hizo que todo su cuerpo se sacudiera. Se había dormido con la copa en la mano y ahora esta se había convertido en una miríada de prismas transparentes esparcidos por la terraza. El vino había salpicado de rojo picota el parqué como una nefasta premonición. Un sudor frío empapaba la camiseta de Samoa.

Había soñado con Ronda.

Vio a su amiga acurrucada, hecha un ovillo, sobre un suelo terroso. A su lado sobresalían las raíces gruesas y retorcidas de un árbol. Estaba segura de que aquella mujer era Ronda, pero había algo que la hacía parecer diferente. Estaba extrañamente quieta, encogida en posición fetal. ¿Qué le había pasado? Y, sobre todo, ¿qué lugar era aquel? Tenía todo el aspecto de un bosque. Alrededor de ella había árboles y maleza. Se concentró en intentar recordar las imágenes. El árbol que se erguía junto a ella era una higuera. Estaba segura porque había olido el aroma dulzón de la savia durante el sueño.

Una luz se encendió de repente en su cabeza. ¡Eso era! Se levantó de golpe y a punto estuvo de clavarse uno de los cristales de la copa rota que tenía a los pies. Sin preocuparse siquiera en recogerlos, entró en casa y se preparó un café bien cargado. Tenía que conducir. Bebiéndoselo de un trago, fue hasta el mueble del zaguán y cogió las llaves del coche. Después rebuscó en uno de los cajones. Recordaba haber guardado allí algo que le hacía falta: una



linterna pequeña.

El Camaro voló atravesando la madrugada. Samoa había elegido la música que la situación le inspiraba y subió a tope el volumen del reproductor para no dormirse. *Life*, de la cantante Des'ree comenzó a atronar en los altavoces del coche.

Justamente esa noche esperaba tener suerte y no toparse con la Guardia Civil. No sería oportuno que la parasen para hacerle un control de alcoholemia o por ir con exceso de velocidad. Necesitaba llegar hasta su destino sin sufrir interrupciones. Bullía de excitación por lo que acababa de percibir. Cuando era pequeña su abuela siempre le decía que se dejara llevar por su intuición, por aquello que su corazón le dictaba, aunque le pareciera un disparate. Y eso era precisamente lo que estaba haciendo.

La providencial higuera le dio la clave. Había recordado de repente la última vez que llegó hasta ella su aroma embriagador. Fue en mitad del recorrido entre los viñedos, cuando caminaba junto a sus amigas buscando a Ronda. En cuanto alcanzaron las lindes de la finca por el norte, todas pudieron sentir el sensual olor de la savia. El aroma debía de provenir del otro lado de la muralla que protegía la propiedad, ya que donde ellas estaban solo había viñas. Aunque no podían verla, detrás del muro había una higuera sin duda alguna.

En poco más de hora y cuarto, Samoa pulverizó los kilómetros que la separaban de la bodega. Pasó de largo el sendero que conducía a la entrada del complejo para aventurarse unos trescientos metros más allá, donde se abría un camino de tierra paralelo. Esta vez avanzó muy despacio por la estrecha carretera que discurría entre pinos y monte bajo. Sin más iluminación que los faros, intentaba adivinar la distancia aproximada que debía recorrer hasta alcanzar el borde de la propiedad por el este. Cuando dedujo que se encontraba en un punto cercano, detuvo el coche en un pequeño claro entre los árboles. Por suerte, esa noche el cielo estaba despejado y la luna la acompañaba como un foco lejano y tranquilizador. No obstante, decidió avanzar con la linterna encendida, ya que en aquella parte del terreno la maleza formaba una peligrosa maraña y los árboles eran numerosos. Caminó apartando como podía las altas hierbas, arañándose las manos. Seguía lo que su sentido de la orientación le indicaba con el fin de encontrar la parte trasera de la finca. Por fin divisó la silueta oscura de un muro a su izquierda. Estaba muy cerca. Cerró los ojos y concentró sus

pensamientos en Ronda, guiándose por la imagen que el sueño le había revelado. Necesitaba ver en su cabeza aquel lugar, respirar de nuevo el aroma de la higuera. Cuando se hubo impregnado de las sensaciones que necesitaba, abrió los ojos y comenzó a avanzar otra vez entre los pinos carrascos y los altos matorrales. Por el momento no había ni rastro del árbol que buscaba. Se fue aproximando al muro hasta tocar lo que imaginó sería la pared trasera de la finca. Esta se hallaba parcialmente oculta por la espesura del bosque. Siguiendo la línea que recorría la muralla, avanzó unos cincuenta metros y de repente se detuvo. Un aroma dulzón sacudió su cerebro. Aquel era el lugar.

Por mucho que aguzara la vista, le resultaba muy difícil identificar un árbol concreto en aquel monte tupido y tenebroso. Al explorar con el haz de la linterna el campo de visión que tenía delante, oyó un ruido. Se quedó petrificada y apagó la linterna. No quería que lo que hubiera provocado aquel sonido pudiera localizarla. Pensó de inmediato que había hecho una estupidez. En el caso de que se tratara de un jabalí u otro animal peligroso, la detectaría igualmente por el olor y además se había quedado totalmente desprotegida sin la luz. Con el corazón acelerado por el miedo, volvió a encender la linterna y apuntó hacia el lugar de dónde había partido el extraño ruido. Fue en ese momento cuando vio claramente algo que se agazapaba tras un árbol. El cuerpo se le tensó por el miedo. Si era un animal, desde luego era grande. Estuvo a punto de echar a correr, pero si se trataba de una bestia salvaje ya la habría atacado. Las piernas le temblaban. Entonces recordó las palabras que decía a menudo su abuela: «*Sustos y disgustos no son más que imaginación*». Debía de tener mucha imaginación, porque en aquel momento estaba aterrorizada.

—¿Hola? —se atrevió a susurrar con un hilo de voz.

Entonces escuchó el sonido de algo arrastrándose y lo que fuera aquello se desplazó hacia su izquierda. Le sudaban las manos y la linterna resbaló de entre sus dedos. Por un momento sintió terror al notar que la total oscuridad se la tragaba de nuevo. Si aquella cosa la tenía que atacar, aprovecharía sin duda ese momento para hacerlo. A punto de entrar en pánico, pudo distinguir un hilillo de claridad entre las hierbas. Estaba a tan solo un par de pasos. Se lanzó de rodillas. Su mano encontró el mango de la linterna y la levantó por puro instinto, iluminando de golpe parte del bulto agazapado tras la maleza. En ese instante pudo ver de qué se trataba. Sin lugar a dudas era una persona.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Ronda? —dijo con voz débil. Notaba la garganta cerrada.

El nombre le salió sin pensar. No obstante, nadie respondió. La persona seguía escondida tras un grueso tronco, pero esta vez no hizo movimiento alguno. Samoa intuyó que le tenía miedo. Evitó alumbrar directamente su cuerpo con la linterna para que no se asustara más y le diera por huir. Armándose de valor, optó por continuar de rodillas y hablar con calma.

—No voy a hacerte daño —susurró.

El bulto no se movió. Al menos había conseguido que no echara a correr.

—¿Necesitas ayuda? —dijo con suavidad.

Tras un segundo, escuchó un quejido. Un quejido de mujer. Los pelos de la nuca se le erizaron.

—Voy a acercarme, no tengas miedo.

Muy lentamente, comenzó a arrastrarse de rodillas hacia la figura agazapada. En cuanto estuvo más cerca levantó un poco la luz para intentar distinguirla. Lo que vio la dejó helada. Los ojos aterrorizados de Ronda la miraron sin reconocerla. Aquella no era su mirada. Era la mirada de un animal acorralado. El pelo tapaba parcialmente su rostro con una maraña de mechadas enredadas y la ropa que llevaba estaba húmeda y sucia de tierra. Daba la impresión de que había pasado horas arrastrándose por el suelo. A Samoa se le formó un nudo en la garganta difícil de tragar.

—Ronda, soy Sam —dijo casi sin voz.

Ella la miró con la misma expresión confusa y aterrorizada de antes y volvió a emitir un gemido lastimero. Intentó aproximarse más, pero huyó gateando hasta el árbol más próximo y se quedó allí, hecha un ovillo. Samoa estaba a punto de echarse a llorar. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué le habían hecho? Comenzó a ir hacia su amiga muy despacio, todavía de rodillas, y se detuvo a una distancia prudencial.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó en un susurro.

Ella la miró como si no la comprendiera, pero no volvió a huir.

Continuó hablándole con dulzura, como si se dirigiese a una niña pequeña.

—¿No me conoces, cariño? Soy Samoa, tu mejor amiga. No sé qué tienes, pero quiero ayudarte. Voy a ir hacia ti. No me tengas miedo, por favor.

Aunque no parecía comprender lo que le decía, sí captó el tono tranquilizador de sus palabras y dejó que Samoa se acercara hasta sentarse a un palmo de ella. La fragancia de la higuera no consiguió ocultar el aroma del miedo que desprendía su cuerpo. Algo muy grave tenía que haberle pasado.

Levantó lentamente la mano y le acarició la mejilla. Ronda se restregó contra su palma como si fuese un cachorrillo falto de cariño. A ella comenzaron a correrle las lágrimas por las mejillas. Ronda le tocó a su vez la cara y se quedó mirando sus propias yemas mojadas como si nunca hubiera visto aquello.

—¿Qué te han hecho? —volvió a repetir Samoa, sin dejar de llorar.

Ronda se acercó entonces a ella y se acurrucó en el suelo poniendo la cabeza sobre su regazo. Samoa empezó a acariciarle el pelo de forma automática, como si estuviera bajo un raro trance. Lo único que importaba era que la había encontrado. ¿O no? La Ronda que ella conocía no tenía nada que ver con aquella especie de animalito perdido que ronroneaba con sus caricias. Nada en absoluto. Se apartó lentamente y se puso en pie, tirando del brazo de su amiga para ayudarla a levantarse, pero ella se resistía. Comenzó a hacer gestos para explicarle que debían salir de allí. Por fin consiguió ponerla en pie y le pasó uno de los brazos por sus propios hombros para ayudarla a caminar. Se dio cuenta de que le faltaba estabilidad.

—El coche está por allí, vamos a ir andando despacio.

Ronda apoyó todo su peso contra ella como si temiera caer al suelo. La agarró con fuerza.

—Camina conmigo. Adelanta la pierna, así —le indicó.

Tras un primer intento fallido en el que casi se le va de las manos, al fin logró que comenzara a dar pasos vacilantes. Poco a poco, pareció adquirir confianza y, unos cuantos pasos después ya casi no se apoyaba en ella. En cuanto llegaron al coche, la apoyó en el lateral y abrió el maletero. Sacó una manta para taparla y la ayudó a sentarse, aunque ella no se mostraba demasiado convencida. También parecía desconfiar del automóvil. Después volvió al maletero, cogió un botellín de agua y se lo puso entre las manos. Por suerte, siempre llevaba agua en el Camaro. Ronda no hizo intento alguno de beber, así que Samoa le quitó el tapón y se lo aproximó a los labios, deslizándole un poco de líquido en la boca. En cuanto notó la sensación húmeda, su amiga agarró la botella con fuerza y comenzó a tragar, alzándola hasta acabar con todo el contenido. Pensó que debía de llevar muchas horas sin beber. Había estado observándola y no le parecía que tuviera ninguna herida, pero tampoco podría asegurarlo. Tenía que llevarla a un hospital cuanto antes para que la reconocieran. Le indicó que permaneciera tranquila mientras cerraba la puerta del coche y daba la vuelta para sentarse ante el

volante. Mientras le ajustaba el cinturón de seguridad, Ronda se dejó hacer. Había conseguido que confiara en ella. Para corroborarlo, en cuanto puso el Camaro en marcha, apoyó la cabeza en su hombro y estuvo callada durante la media hora que duró el trayecto hasta el estacionamiento del hospital más cercano.

No quería dejarla sola ni un instante, así que aparcó el coche y fueron andando hasta la entrada de urgencias. Cuando ella vio al celador que salió a recibirlas, se detuvo de inmediato. Agarrada fuertemente al brazo de Samoa, escondió la cara contra su hombro. Al darse cuenta de su reacción, el celador desapareció para regresar al cabo de un minuto con una mujer. Era una doctora. La médica comenzó a hablarle con cariño, muy despacio, desplegando paciencia a raudales. Entre las dos lograron convencerla para entrar en el hospital y avanzar hacia su consulta. Una vez allí y sin soltar a Ronda, que permanecía aferrada a ella y con la cara apretada contra su brazo, Samoa le puso al corriente de todo lo ocurrido desde el día anterior.

—No sé qué le ha pasado o si le han hecho algo, pero lo que está claro es que está en *shock*. No habla y ni siquiera sabe quién soy —concluyó tras explicarle la situación.

—¿Ha tomado alguna sustancia?

—Si lo ha hecho, habrá sido a la fuerza. Ella está totalmente en contra de las drogas.

—Voy a tener que reconocerla. ¿Crees que me dejará tocarla?

—Debemos intentarlo.

Ronda había apoyado la frente en su hombro y Samoa le acarició la mejilla, obligándola a que alzara la cara y la mirara. Sus ojos le recordaron los de un cervatillo perdido en el bosque. Se le encogió el estómago al verla así. Le tomó entonces la mano y le dijo a la doctora que se acercara. Muy despacio, hizo que le tocara el brazo. Quería que se acostumbrara a su contacto. La mujer constató que ya no se sentía intimidada por su presencia, así que continuó hablándole con dulzura y logró ganarse poco a poco su confianza para poder quitarle la ropa y explorarla. Samoa no se apartó de su lado en ningún momento, pero un extraño pudor hizo que desviara la vista en cuanto su amiga estuvo completamente desnuda. De forma sorprendente, ella se dejó hacer sin oponer resistencia alguna.

Terminado el reconocimiento, la médica trajo un camisón del hospital que le pusieron entre las dos. Ayudó a vestirla de prisa, intentando que no se

notase su incomodidad. Se alegraba de que su amiga estuviera tapada de nuevo. La doctora concluyó que, salvo algún arañazo, parecía estar absolutamente sana. Tras tomarle la tensión y auscultarla, le comunicó que sus constantes eran perfectas. Además, no manifestaba sentir dolor en ninguna parte de su cuerpo. Tampoco mostraba marcas que indujeran a pensar en una posible agresión, ni sexual ni de ningún otro tipo. En aquel momento parecía tranquila y observaba todo lo que había a su alrededor con curiosidad. Por lo menos no estaba aterrorizada como cuando la encontró, pensó con alivio. Incluso se dejó extraer sangre para una analítica sin mostrar un solo gesto de rechazo y también colaboró para un análisis de orina. Por el contrario, parecía contemplar con interés todo lo que le iban haciendo.

El resultado de las analíticas no reveló que hubiera consumido ninguna droga de las incluidas en los test al uso. A la vista de que no parecía sufrir ningún daño físico, la doctora decidió llamar a un compañero especialista en psiquiatría que estaba de guardia. Ronda se alteró ante la aparición del hombre, agarrándose con fuerza de nuevo a Samoa, pero esta le habló con suavidad al oído hasta que se calmó. El psiquiatra intentó que contestara a alguna de sus preguntas, pero fue inútil. Actuaba como si no conociera el idioma. Los dos facultativos coincidieron en que sería conveniente hacerle un escáner cerebral y que se quedara en observación, así que le asignaron un box y permitieron que su amiga se quedara a su lado.

Samoa pensó en lo irónico de la situación. La había tenido desnuda entre sus brazos y lo único que había sentido en ese instante era extrañeza, como si estuviese cuidando de una niña pequeña. A pesar de su amistad y confianza mutua, siempre había evitado esa clase de intimidad con ella. En aquel momento no podía pensar en otra cosa que en conocer los resultados de las pruebas. La tenía que recuperar como fuese; tenía que regresar la Ronda que conocía desde siempre, la Ronda a la que amaba.

Durante la noche, acomodada en una butaca al lado de la cama del hospital, tan solo se permitió dar alguna cabezada cuando el cansancio se apoderaba de ella. Por el contrario, Ronda dormía apaciblemente, como si las preocupaciones hubieran huido de su vida.

Las horas pasaban con una lentitud dolorosa. Por fin, pasadas las nueve de la mañana, apareció el psiquiatra acompañado de un nuevo médico. El facultativo la alejó unos metros de la cama para informarla de que las pruebas habían salido con absoluta normalidad.

—No existe ninguna señal de agresión física. No obstante, el psiquiatra cree que su amiga tiene un bloqueo mental producido por alguna clase de trauma. Su amnesia es tan grande que ha olvidado incluso hablar.

—Es la primera vez que veo algo así. Su mente parece haber sufrido una regresión a la niñez —dijo el especialista.

—¿Qué se puede hacer?

—Con un poco de suerte, esa clase de amnesia revierte al cabo de un tiempo. No obstante, le voy a dar el teléfono de un colega por si le hiciera falta. ¿Tiene familia que pueda hacerse cargo de ella?

—Sí, estaba esperando a que fuera un poco más tarde para llamarlos.

—De acuerdo. A lo largo de la mañana le entregarán los informes y el alta y podrán llevársela —dijo el médico.

Samoa pensó en cómo iba a contarle aquello a Ingrid, la hermana menor de Ronda. Era impensable que pudiera cuidar de ella. Necesitaría a alguien continuamente a su lado y tanto Ingrid como su marido trabajaban todo el día y, además, tenían dos niños. Demasiados problemas para dedicar la atención que Ronda requería. Por otra parte, sus padres eran mayores y vivían con una chica interna que se ocupaba de ellos.

Samoa se convenció de que ella era la mejor opción para hacerse cargo de su amiga. Era la única persona de su círculo íntimo que trabajaba en casa y se podía permitir dedicarle tiempo. Por supuesto, había descartado de inmediato a Marcos. Tenía un trabajo en el que invertía muchas horas y además lo compaginaba con asistencia a congresos, lo que hacía imposible que se la llevara a su casa. De todas formas, se dijo que tenía que llamarlo cuanto antes. Debía de estar muy preocupado. Y también a Marisa. Ella se encargaría de decírselo a las demás.

De repente recordó la tarjeta que le había dado el agente de la Guardia Civil. Era imprescindible que le llamara para contarle lo que había ocurrido. Estaba agotada, pero pensó que no podía demorar más el momento, así que marcó el número que había en la tarjeta. Le contestó al teléfono un hombre que le pidió que esperara. Al cabo de un rato, volvió a oír al otro lado de la línea la voz del agente con el que había hablado el día anterior. Samoa le informó de que había encontrado a Ronda y el estado en el que esta se hallaba. Él le dijo que tenía que atender unos asuntos, pero que en poco más de una hora acudiría al hospital para verificar los hechos.

No habían pasado ni cuarenta y cinco minutos cuando vio aparecer al

hombre con un compañero. Los dos comprobaron por sí mismos el estado de Ronda y hablaron con el facultativo que estaba a cargo de ella para preguntarle si ya estaban disponibles los informes médicos. Debían corroborar que no había señales de nada parecido a una agresión. Era imprescindible descartar indicios de delito para poder cerrar el expediente. El médico acudió al poco rato con la documentación y el agente que parecía estar al mando habló con Samoa.

—De los informes no se desprende ninguna señal que indique la existencia de un delito, así que, por mí, el expediente está cerrado. De todas formas, infórmeme de cualquier cambio sospechoso. Sobre todo, si percibe algo que sugiera que el estado de su amiga ha sido ocasionado por la intervención humana.

—Así lo haré.

En cuanto el agente se marchó, ayudó a Ronda a ponerse su ropa y se la llevó hasta el coche. Las prendas estaban en un estado lamentable, pero no disponía de otra cosa por el momento. Ya las metería en la lavadora más tarde. Ella obedecía como una mascota a todo cuanto le pedía. Por suerte, parecía sentirse segura a su lado y no le ocasionó ningún problema.

Una vez en casa, hizo que se sentara en el sofá, cogió el móvil y salió a la terraza para marcar el número de Ingrid. Con sumo tacto, le contó que había encontrado a su hermana y la situación en la que se hallaba. Ingrid no sabía cómo manejar la noticia. Deshaciéndose en lágrimas, se debatía entre el alivio por el hecho de que su hermana hubiera aparecido y la inquietud por su estado. Aquello suponía una gran complicación para su familia. Samoa la tranquilizó al proponerle hacerse cargo de ella. Ingrid le prometió que iría a verla por la tarde. Tenía que esperar a que su marido llegase de trabajar y pudiera quedarse con los niños.

Después de hablar con la hermana de Ronda, se armó de valor y llamó a Marcos. No sabía a ciencia cierta cómo contarle lo que había pasado ni cómo se lo iba a tomar.

—Hola, Marcos. Ronda ha aparecido.

—¿Dónde está? ¿Está bien?

Su voz denotaba nerviosismo.

—La encontré en el bosquecillo que hay más allá de la bodega. Hemos pasado la noche en el hospital, en observación. Parece que no tiene nada físico, pero sufre una amnesia total.



—¿Cómo? ¿Por qué no me has avisado?

—No he querido molestarte a esas horas. Tú tampoco podías haber hecho nada. Lo importante ahora es ayudarla. No recuerda ni las cosas más básicas. He hablado con su hermana y le he dicho que va a quedarse conmigo. Creo que soy la única que puede hacerse cargo de ella mientras se recupera. De todas formas, sabes que puedes venir a mi casa siempre que quieras.

—Pero ¿qué le ha ocurrido? ¿Qué te ha dicho? ¿Puedo hablar con ella?

—Marcos, ella todavía no ha pronunciado ni una palabra. Parece que sufre un trauma, pero los médicos no han podido averiguar nada. Creo que deberías venir y comprobarlo por ti mismo.

—Está bien. Sobre las siete podré estar ahí, antes me es imposible.

—¿Sabes la dirección?

—Sí, Ronda me dijo dónde vivías.

—Vale, entonces te espero aquí.

Samoa colgó el teléfono y se quedó pensativa. Le era fácil ponerse en el lugar de Marcos en aquel momento. Su voz transmitía claramente la confusión que le había provocado todo lo que acababa de contarle.

Tras la llamada, continuó unos instantes de pie junto a la cristalera que comunicaba la terraza con el salón. Mientras estuvo hablando por teléfono no dejó de vigilar a Ronda. Aunque era imposible que la oyera desde allí, ella estaba atenta a sus movimientos. Ignoraba lo que podía pasarle por la cabeza, ya que su rostro permanecía inalterable.

Volvió a centrarse en el móvil y llamó a Marisa. Esta se alegró muchísimo de la aparición de Ronda, pero se quedó preocupadísima por el estado de su amiga. Su tono denotaba absoluta incredulidad. Samoa le dijo que sería mejor que lo constatará por sí misma. Ella prometió que ese mismo día se acercaría con Lola y Noe hasta su casa.

Hechas las llamadas más importantes, dejó el teléfono y se acercó al sofá. Era hora de enfrentarse a la situación y ver qué podía hacer por Ronda.

—Voy a preparar algo para comer. Imagino que tendrás hambre. No te muevas de aquí —le dijo, ayudándose con la mímica.

El mayor problema era saber si ella comprendía sus palabras. Su amiga la miró y se quedó quieta como si la hubiese entendido. Samoa fue hasta la cocina y preparó algo sencillo: tostadas con aceite, tomate y jamón. A ella le encantaba.

En cuanto volvió a su lado y colocó la bandeja en la pequeña mesa frente a

Ronda, esta miró la comida y luego a ella con los ojos muy redondos, como si no supiera qué hacer con aquello.

Imaginaba que llevaría más de veinticuatro horas sin comer. Para que lo comprendiera, pegó un bocado a su rebanada y, mediante gestos, la animó a que hiciese lo mismo. Tras una corta vacilación, Ronda cogió su pan y lo mordió. Sin necesidad de que tuviera que repetírselo, a un bocado le siguió otro hasta que acabó con su ración de forma atropellada. Tuvo que pedirle que comiera con calma. Tenía miedo de que se atragantara.

—Está bueno, ¿verdad?

—Bueno.

Se quedó de piedra ante la primera palabra vacilante de su amiga. Que comenzara a hablar era una excelente señal. Además, eso quería decir que la había entendido. No obstante, le aterrorizaba la idea de que empezara a acordarse de golpe de todo. No sabía qué cosa horrible le había provocado aquel estado, pero seguro que recordarlo no sería agradable. Tenía que estar preparada. Cogió un vaso con agua y le enseñó la forma de beber en él. Ronda se llevó el suyo a los labios y apuró el contenido sin ningún problema. Al menos comenzaba a recordar cómo hacer las cosas más sencillas. Contempló a su amiga con detenimiento. Su aspecto era lamentable. Necesitaba una ducha urgente y ropa limpia. Le dijo que se quedara allí y fue hasta su cuarto. Rebuscando en los armarios, eligió una camiseta, unas braguitas y unos pantalones de chándal y los llevó hasta el baño. También sacó unas zapatillas de deporte que, aunque eran de un número más que el que Ronda usaba, con unos calcetines algo gruesos podrían servirle.

Cuando regresó al salón, volvió a sentarse junto a ella. Por mucho que la idea la incomodara, tenía que lavarla. Le tendió la mano para que se levantara. Ronda se incorporó enseguida y la siguió asida a su mano por el pasillo hasta el cuarto de baño. Una vez allí, ella abrió la ducha y esperó a que saliera el agua a la temperatura adecuada.

—Agua —dijo acercándole la mano para que sintiera su tacto.

Ella retiró el brazo instintivamente al entrar en contacto con el líquido, pero Samoa puso su propia mano bajo el chorro para tranquilizarla.

—Es agua, no pasa nada, ¿ves?

—Agua —repitió.

—Eso es.

A continuación, cerró el grifo, le quitó la ropa procurando dejar la mente

en blanco y la condujo hasta el plato de ducha. Aquello no iba a ser fácil.

—No te asustes, ¿vale? El agua está calentita.

Abrió la ducha de nuevo, dejó correr unos segundos el chorro y aproximó a su amiga al caudal. Esta se apartó en cuanto sintió el tacto del agua sobre su piel. Todavía la tenía cogida de la mano y Ronda tiró de ella para que se colase dentro. Estaba claro que no iba a conseguir que se duchara si no entraba con ella bajo el agua. Intentando no plantearse lo que iba a hacer, se desnudó para ponerse a su lado. Dio gracias a que el baño era amplio. Lo único que le faltaba era sentir el contacto de su cuerpo desnudo en un espacio reducido. Samoa cerró los ojos y se metió bajo el agua caliente, dejando que ella viera el resultado. Luego, tiró de su mano y se apartó un poco para que se pusiera bajo al chorro. Ronda gritó y comenzó a reír en cuanto el agua le mojó la cabeza. Para ella aquello era un juego. No pudo evitar acordarse de la primera vez que la vio, con sus coletas y sus grandes ojos castaños. Para su pesar, tenía a esa niña delante en aquel momento. Se echó un poco de champú en la mano, lavándose el pelo mientras ella la miraba. Luego, procedió a ponerle un poco en la palma y le enseñó cómo tenía que frotarse. Esperaba que aprendiera rápido, pues no se sentía capaz de tocarla. Ya tenía bastante con el hecho de que estaba duchándose con ella, de que su piel desnuda estaba a escasos centímetros de la suya. Cada vez que sus ojos tropezaban con los pechos exuberantes de Ronda y los pequeños pezones erectos por efecto del agua, notaba que sus pulsaciones se aceleraban y le costaba respirar. No sabía cuánto más podría resistir aquella situación.

Con cierto alivio, comprobó que ella imitaba todas sus acciones con rapidez, con lo cual en pocos minutos estaba ya envuelta en la toalla y fuera de la ducha sin que hubiera tenido que ponerle una mano encima. Se colocó un albornoz y la ayudó a secarse y a vestirse con la ropa que había preparado. Después hizo que se sentase en una silla y le desenredó la larga melena, peinándosela con la ayuda de un secador de pelo. Cuando terminó toda la operación, la puso delante del espejo para que se contemplara. Ronda se alejó de inmediato con cara de susto. Estaba claro que no reconocía su reflejo. Samoa le habló lentamente intentando tranquilizarla y luego la cogió de la mano y la aproximó de nuevo. Se colocó junto a ella para que viera la imagen de las dos.

—Samoa —dijo apuntando con el dedo hacia su propio reflejo. Luego se señaló el pecho y repitió su nombre.

—Ronda —dijo imitando la acción con la imagen de su amiga.

—Ronda —repitió titubeante la mujer amnésica, señalándose a sí misma. Parecía que lo había entendido.

Estuvo observándose con detalle, haciendo toda clase de muecas ante el espejo. Al cabo de un rato, Samoa la acompañó hasta el sofá y encendió la televisión. En aquel momento ponían un programa matinal de entrevistas. Pensó que escuchar un rato a los intervinientes podría incentivarla a recuperar el habla. Después del primer sobresalto ante las imágenes, y de diversos toqueteos en el cristal de la pantalla y por detrás, intentando averiguar de dónde procedía aquello, su amiga se mostró absolutamente abducida por el artilugio recién descubierto.

Aprovechó que estaba entretenida para ir hasta su cuarto y vestirse lo más deprisa que pudo. Le daba miedo dejarla sola, aunque fuese un minuto.

—¡Samoa, Samoa!

Ronda la llamaba a gritos. Salió corriendo de la habitación con la camisa a medio abrochar. El corazón le latía a cien por hora.

—¡Perro! —gritó señalando hacia la pantalla. En aquel instante estaban poniendo un anuncio publicitario donde se veía a un labrador corriendo por un jardín.

—Es bonito, ¿verdad?

—Sí, bonito. Quiero perro.

Samoa sonrió con tristeza. Al menos comenzaba a formar frases. Avanzaba deprisa. De repente se le ocurrió una idea. A riesgo de que recordara de golpe su pasado, y con él lo que podía haberle provocado el trauma, cogió su portátil y buscó la carpeta donde tenía las fotos. Abrió la de su último cumpleaños. Fue pasando una a una las imágenes hasta que dio con la que buscaba: una fotografía en la que estaban ellas dos con sus tres amigas disfrutando de la fiesta. Señaló con el dedo a una de las mujeres que salían en la foto.

—Marisa.

—Marisa —repitió Ronda.

La miró, pero no advirtió ninguna señal de reconocimiento. Lo mismo ocurrió cuando le mostró a Noe y a Lola. Entonces pensó en algo más duro que pudiese hacerle reaccionar. Fue hasta un álbum antiguo. En cuanto abrió la primera fotografía, apareció la imagen de ellas dos con Fernando en el centro. Él mostraba, como siempre, su sonrisa noble y resplandeciente.

Samoa aguantó la respiración ante la imagen que tantos recuerdos dolorosos le traía. Cabía la posibilidad de que aquello hiciera despertar a Ronda de forma brusca, pero tenía que intentarlo.

—Fernando —dijo suavemente, enseñándole la foto.

Ella repitió el nombre sin mostrar emoción alguna en la voz. Su falta de reacción fue como un mazazo. Algo muy grave tenía que haberle ocurrido; lo suficientemente grave como para borrar de un plumazo todos sus recuerdos, incluso los más terribles, los que más huella habían dejado en su vida.

Viendo el resultado decepcionante de su experimento, Samoa decidió no obsesionarse con la idea de acelerar su memoria. Se centraría en ayudarla con el manejo del lenguaje. Fue señalándole uno tras otro los objetos que las rodeaban, identificándolos para que ella repitiera su nombre. Su amiga absorbía la información de una manera fulminante, por lo que dedujo que, al menos, conservaba la inteligencia privilegiada que siempre había tenido. Recordaba de inmediato el nombre de cada una de las cosas que le había mostrado y la conversación entre ellas se iba volviendo mucho más fluida.

Lo más incómodo, aparte de la ducha, fue enseñarle cómo usar el inodoro. Para su tranquilidad, Ronda captó enseguida la idea.

La hora de comer se iba aproximando y se le ocurrió llamar a un restaurante hindú para que trajeran la comida a casa. A ella siempre le habían encantado los sabores exóticos de aquellos platos. Hizo el pedido telefónico de los que más apreciaba, esperando que su degustación lograra hacerla conectar de alguna manera con la Ronda que conocía. Quizás la cosa más tonta podría hacer saltar la barrera que su mente había fabricado para ocultar sus recuerdos.

En cuanto llegó la comida, fue a la cocina y preparó con esmero los platos para servirlos de la forma más atractiva posible. Sentada ante la mesa, su amiga miraba embobada los manjares humeantes de los que emanaba un aroma afrodisíaco. El pollo *tandoori*, las verduras con salsa *masala*, el pan *naan* con queso, el especiado arroz *biryani*... Casi no probó nada contemplando cómo Ronda comía con pasión, feliz como una niña, disfrutando cada porción que se metía en la boca como si fuese la primera vez que paladeaba algo así y estuviera descubriendo los sabores más exquisitos. Se dio cuenta de que ella era absolutamente ajena a la realidad de su estado. Solo parecía importarle descubrir el mundo y disfrutarlo. Ni siquiera en su adolescencia la había visto tan desinhibida. La falta de responsabilidad y de

preocupaciones vestía a Ronda con una belleza distinta y nueva, pero no por eso menos dolorosa. Tendría que lidiar también con aquello.

Después de comer, recurrió a otro de los puntos débiles de su amiga. Pensaba utilizar toda la artillería que tenía en su mano. Hizo que se sentara en el sofá y fue hasta el reproductor de música para poner una de las piezas que ella más amaba, *Serenade* de Schubert. Quería ver su reacción, preguntarle qué sentía y ver hasta dónde podía llegar. Necesitaba ayudarla, aunque ello supusiera hacerse cargo de la crisis que, a buen seguro, iba a sobrevenirle. En cuanto comenzó a sonar la música, Ronda abrió mucho los ojos y escuchó extasiada las primeras notas mágicas que revolotearon por el salón.

—¡Oh...!

—¿Te gusta?

—Mucho —susurró con voz emocionada.

Samoa vio que por sus mejillas comenzaban a rodar dos lágrimas. Con un nudo en la garganta, se acercó y le pasó el brazo por los hombros. Ella se acomodó contra su costado sin dejar de llorar silenciosamente. No sabía si había conseguido perforar de alguna forma la barrera de su amnesia, o simplemente había hecho brotar la sensibilidad de su amiga, provocándole una nueva y apabullante emoción. Lo único cierto era que no pudo evitar acompañarla con sus propias lágrimas, mientras sonaba aquella pieza maravillosa y la abrazaba contra su cuerpo.

Un pitido repetitivo sacó a Samoa del letargo en el que había caído. Estaban llamando al timbre de la puerta. Comprobó en el móvil que eran casi las seis de la tarde. Ronda seguía durmiendo agarrada a su cintura. La despertó suavemente para que no se asustara y se levantó a abrir.

Retuvo unos segundos en la puerta a Marisa, Lola y Noe para advertirlas del estado de Ronda antes de que la vieran.

—No os va a reconocer. Ahora mismo ya habla, pero se comporta como si tuviera cinco años. Antes de decirle nada, dejadme hablar a mí.

Leyó en las caras de sus amigas que les costaba asimilar sus palabras, así que, sin más preámbulos, las condujo hasta el salón.

—Ronda, han venido unas amigas a verte.

Ella levantó la cara y dibujó una sonrisa enorme.

—¡Hola!

—¿Me conoces? —preguntó Marisa.

—¿Marisa? —dijo mirando a Samoa.

—¡Se acuerda! —exclamó Marisa.

—¿Quién soy yo? —preguntó Lola.

—¡Lola y Noe! —gritó, señalándolas alternativamente.

—Recuerda las fotos que le he enseñado. Aprende rapidísimo —aclaró Samoa.

Las tres la miraron sin saber qué decir.

—¡Pon la música!

—Claro, cariño —respondió, dirigiéndose otra vez hacia el reproductor—.

Le encanta Schubert. Sentaos.

Las tres se acomodaron en el sofá contiguo al que ocupaba Ronda.

En cuanto Samoa volvió a sentarse junto a ella y comenzó a sonar la pieza, se apoyó contra su cuerpo subiendo los pies al sofá.

—Me gusta —dijo con una expresión extasiada.

Samoa observó los rostros de las tres. Ellas le devolvieron una mirada llena de estupor.

—Creo que será mejor que hablemos en otro lugar —afirmó Marisa, poniéndose de pie con nerviosismo. Las otras dos se levantaron al unísono.

—Vuelvo enseguida, cariño —dijo dirigiéndose a Ronda. Esta permaneció recostada en el sofá deleitándose con la música, mientras ella acompañaba a sus tres amigas hasta el pequeño distribuidor de la entrada de la casa.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Marisa visiblemente enojada.

—No sabemos si ha sido por la intervención de alguien, Marisa. Lo que está claro es que ha sufrido un trauma. O puede que haya sido un virus, ¡qué sé yo! Al menos ahora físicamente está bien.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó Noe.

—Siempre he creído que continuaba por los alrededores de la bodega, así que después de darle muchas vueltas volví allí. No se nos había ocurrido mirar más allá del complejo. Tuve un palpito y la encontré detrás del muro norte de los viñedos, en medio del bosque —explicó, guardándose parte de la verdad.

—¡Qué maravilla, esos palpitos tuyos! —afirmó Lola.

—No me puedo creer que no hayan podido averiguar qué tiene. ¿Quién va a cuidarla mientras se recupera? —preguntó Noe con expresión grave.

—Le he propuesto a Ingrid que se quede conmigo. Soy la única que trabaja en casa, así que me podré ocupar de ella.

—¿Crees que se le pasará? —dijo Lola con los ojos muy abiertos.

—No lo sé. El psiquiatra que la ha visto en el hospital me ha asegurado que en cualquier momento puede empezar a recordar.

—¿Has pensado en someterla a una sesión de hipnosis? Suele dar resultados —señaló Marisa.

—Preferiría esperar un poco. No quiero hacer nada por ahora que la pueda alterar. Creo que está haciendo avances muy rápidos.

—¿Has hablado con Marcos? —preguntó Noe.

—Sí, vendrá ahora.

—Si necesitas algo, llámanos. Y mantennos al tanto de todo —dijo Lola.

—No os preocupéis, lo haré.

—Si pudiera te ayudaría con ella, pero ya sabes que ando muy liada. De todas formas, ya hablaremos. Intentaré buscar alguna solución —agregó Marisa.

—Gracias, de verdad. Os iré llamando para contaros cómo evoluciona.

Las tres se asomaron para despedirse de Ronda con la mano, como si fuese una simple conocida, y se fueron con la preocupación pintada en las caras. Samoa regresó al salón y contempló desde la puerta a su amiga. Tumbada en el sofá con los ojos fijos en el techo, seguía con la mano el ritmo de la pieza musical. Le entraron ganas de llorar. Se dirigió a la cocina y puso las manos sobre la bancada cerrando los ojos con fuerza. La melena le tapaba la cara cobijándola de cualquier imagen exterior. Necesitaba pensar. Aquello no podía estar pasando. A Ronda no.

Cuando pudo recomponer el ánimo, regresó al salón con una cerveza para ella y un zumo para su amiga. Decidió poner una película mientras esperaba las visitas de Marcos y de Ingrid. Entre todas las que tenía, pensó que lo que más se acercaba a algo adecuado para niños era *Avatar*, de James Cameron, así que introdujo el DVD en el reproductor y se sentó junto a ella. En cuanto comenzó la historia, su amiga se quedó pegada a la pantalla casi sin parpadear. Podía leer la excitación infantil en su rostro. Ronda expresaba sus emociones con tal desinhibición a medida que transcurría la película que no hacía falta preguntarle nada. Al cabo de media hora volvió a sonar el timbre de la puerta. Ella ni siquiera pestañeó. Estaba absolutamente fascinada con la televisión.

Marcos acababa de llegar. Samoa abrió la puerta y le advirtió de lo que iba a ver, igual que había hecho con sus amigas. Era patente su recelo a medida que iba acercándose al salón. Cuando llegaron donde estaba Ronda, esta



apartó la mirada de la pantalla tan solo un segundo.

—¡Es muy bonita! —dijo sonriendo, para volver a concentrarse en la película. Ni siquiera pareció extrañarle la presencia de un hombre al lado de su amiga.

Marcos y Samoa se miraron. Ella no había mostrado interés alguno por el hecho de que hubiera alguien nuevo en la casa. Tan solo le importaba lo que estaba contemplando.

—Ronda, este es Marcos. Ha venido a verte.

—Quiero ver esto —afirmó vehementemente, señalando la pantalla.

—¿Sabes quién soy? —preguntó él.

—¡No hables! —exclamó sin siquiera mirarle. Con el ceño fruncido, volvió a centrarse en lo que ocurría en la televisión.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó en voz baja, viendo la perplejidad en la cara del hombre.

—Una cerveza me vendría bien.

—Espérame en la terraza. Ahora mismo voy.

Samoa salió con dos cervezas al cabo de un minuto. Ni siquiera le había dicho nada a Ronda. No hacía falta. Su amiga estaba totalmente abducida por *Avatar*.

Marcos se había sentado ante la mesa de teca y miraba abstraído hacia el horizonte. Ocupó una silla frente a él.

—¿Qué te han dicho? ¿Se recuperará? —preguntó, tras dar un buen trago a la botella que Samoa le había puesto delante.

—Los médicos no tienen ni idea. No saben qué ha podido provocar su estado. Dicen que, aparentemente, no hay ninguna causa física para que esté así.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar.

—¿Esperar a qué? ¡Algo habrán propuesto! —soltó exasperado.

—Esperar a que recuerde —contestó con calma.

Él se pasó los dedos por el pelo en un gesto de impotencia.

—No lo entiendo.

—Nadie lo entiende, Marcos, pero esta es la realidad. Ronda ahora mismo es una niña de cinco años y eso es lo único cierto.

—¿Va a quedarse aquí?

—¿Propones algo mejor? ¿Vas a dejar de trabajar para hacerte cargo de

ella?

—Eso es imposible.

—Pues entonces se queda conmigo. Ya he hablado con su hermana y está de acuerdo.

—Tú eres la mejor opción, desde luego —reconoció.

Samoa volvió a sorprenderse de los caminos por los que discurría la vida. Quién iba a decir que aquel hombre y ella acabarían unidos por un fatídico destino, teniendo que decidir lo más conveniente para Ronda. Él dio un último trago a su cerveza y se levantó.

—Tengo que irme.

—¿Volverás otro día?

—No lo sé —dijo mirando la punta de sus zapatos—. Avísame si hay algún cambio.

—Te llamaré.

—De acuerdo y... gracias.

—No tienes por qué darlas. Es mi mejor amiga —dijo mirándolo con fijeza.

Marcos echó a andar hacia la salida sin siquiera volver la cabeza para despedirse de Ronda. Samoa pensó con una mezcla de tristeza y alivio que aquella era la última vez que iba a saber de él.

*Si este es todo el amor que tienes para ella, mejor no vuelvas.*

Cuando se sentó de nuevo junto a su amiga, esta se acurrucó instintivamente contra ella sin dejar de mirar la pantalla. Su necesidad de afectividad la había pillado desprevenida, aunque procuraba acostumbrarse a esa nueva Ronda que se abrazaba a su cuerpo a la menor ocasión. La Ronda del pasado nunca había sido efusiva en sus demostraciones de cariño, lo cual casi agradecía. En ese instante intentaba no pensar en las sensaciones que le estaba produciendo aquel contacto físico tan estrecho.

Faltaba muy poco para que terminara la película cuando volvió a sonar el timbre. Ingrid se parecía bastante a Ronda, aunque aquella había heredado los ojos azules de su madre y era un poco más bajita. Cuando abrió la puerta, ni siquiera esperó a que le pusiera en antecedentes de la situación; entró como un vendaval y fue directa a abrazar a su hermana, provocando que esta huyera a toda prisa hacia la otra parte del sofá.

—¡Estoy viendo esto! —dijo señalando la pantalla y manifestando su enfado ante la interrupción.

Ingrid se quedó con la boca abierta sin comprender su reacción. Las dos hermanas se querían con locura. Samoa se acercó a la recién llegada y le susurró que la acompañara a la terraza. Una vez allí, le rogó que se sentara y comenzó a explicarle, paso a paso, todo lo que había ocurrido desde el momento en que la encontró en el bosque. Ingrid se puso a llorar ante la evidencia de la situación.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, enjugándose las lágrimas.

—Esperar a que recuerde y venir a verla cuando puedas. Siempre le vendrá bien ver a alguien importante de su pasado. Dentro de un momento acabará la película y podrás hablar con ella.

—Pero ¿qué le digo?

—Que la quieres. El lenguaje del cariño lo entiende a la perfección. Pero espera a que ella se acerque a ti, no intentes tocarla. Piensa que no sabe quién eres.

Al cabo de un rato escucharon la voz de Ronda que llamaba desde el salón. Las dos entraron al instante.

—¡Se ha terminado! ¡Quiero verla otra vez!

—Vale, pero ahora vas a saludar a Ingrid, que ha venido a verte.

—Hola.

—¿Sabes quién soy?

—¡Ingrid!

—Cariño, soy tu hermana.

Samoa vio los esfuerzos que Ingrid estaba haciendo para no volver a llorar.

—Hermana.

—Sí, hermana —repitió Ingrid, observándola con los ojos brillantes. A pesar de la recomendación, levantó una mano y le acarició despacio la mejilla. Ronda no se apartó, aunque la miró desconfiada. Después dirigió su mirada a Samoa como pidiéndole su parecer.

—Puedes abrazarla, Ronda. Ella te quiere mucho.

Ronda se levantó entonces y abrazó efusivamente a su hermana por el cuello. Ingrid le rodeó la espalda con los brazos y, con la cara enterrada en su pecho, ya no pudo retener las lágrimas por más tiempo.

—¿Por qué llora? —preguntó separándose un poco de ella.

—Llora de alegría. Está contenta de volver a verte.

—Pues que sonría. ¡No llores, Ingrid! Yo también estoy contenta, ¿ves? —dijo mostrándole una gran sonrisa.

—Sí, cariño —respondió, esforzándose en sonreír, mientras se limpiaba las lágrimas que le corrían por la cara.

Ingrid se marchó totalmente desolada. Prometió a Samoa que regresaría en cuanto sus obligaciones se lo permitieran. Además de su trabajo como profesora en un instituto, que le ocupaba bastantes horas, debía cuidar de su familia. Tenía dos hijos pequeños, así que no podía desplazarse todos los días desde Valencia hasta allí.

—Dime si te hace falta algo —le dijo en la puerta—. Me gustaría ayudar con algo de dinero, aunque nuestra situación no es demasiado buena...

—No te preocupes por eso —le cortó Samoa—. Te mantendré informada de los cambios que se vayan produciendo.

—Gracias por todo, Sam. No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por ella.

—No hace falta que digas nada. Yo también la quiero.

—Lo sé —dijo abrazándola antes de marcharse.

Aquella noche le costó enormemente atrapar el sueño. Su cabeza intentaba procesar todo lo que había vivido en las últimas horas. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que Ronda se negara a acostarse en otra habitación. Se quedó dormida en cuanto se acurrucó contra ella en la cama y le pasó el brazo sobre el estómago. Parecía que de esa forma se sentía protegida. Pero cuanto más segura se encontraba su amiga, más perdida estaba ella.

# Indicios de Ronda

Se incorporó en la cama envuelta en sudor. En cuanto giró la cabeza vio a su lado a Ronda, que dormía apaciblemente tumbada boca arriba. Se frotó los ojos intentando aclarar sus ideas. Había tenido un sueño tan perturbador que la había hecho despertar de golpe.

Ella la había llamado.

La que se había dirigido a Samoa en su sueño era una Ronda adulta, la que tenía todos sus recuerdos intactos, todas sus capacidades alerta, no la niña que dormía a su lado y estaba aprendiendo a vivir de nuevo. La parte desaparecida de Ronda, estuviese donde estuviese, acababa de pedirle ayuda a gritos.

En el sueño, Samoa caminaba por la montaña y se asomaba a la entrada de una cueva oscura y profunda. Recordaba vivamente que la voz suplicante de Ronda provenía del fondo de la gruta. Su amiga estaba escondida en algún sitio recóndito. Ella quería ayudarla, pero le daba mucho miedo meterse en aquella boca de lobo. La angustia que le producía no poder socorrerla hizo que se despertara con el corazón desbocado.

Con el pulso a cien por hora e incapaz de retomar el sueño, se levantó de la cama intentando no molestar a su amiga, que seguía profundamente dormida. Fue hasta la cocina y miró el reloj digital del horno. Eran las tres y veinte de la mañana. Abrió el frigorífico y se sirvió un vaso de agua fría. Con él en la mano, salió a la terraza y empezó a bebérselo despacio mirando hacia la lejanía. ¿Cómo podría ayudar a Ronda a salir de esa fosa metafórica en la que estaba metida? Vivía pendiente de ella y había hecho lo imposible para que sus recuerdos comenzaran a fluir, pero nada parecía dar resultado. Nada, hasta ese momento.

Algo debía de haber hecho bien, puesto que ella acababa de ponerse en contacto a través de uno de los mecanismos que las unía desde pequeñas. Las dos se habían comunicado telepáticamente a través de los sueños infinidad de veces, hasta el punto de llegar a compartir un mismo escenario. Al principio, cuando las dos descubrieron esas experiencias comunes se asustaron un poco, pero con el paso del tiempo lo llegaron a considerar un juego y disfrutaban de él a menudo.

Mientras bebía pequeños sorbos de agua, Samoa atisbó por fin una esperanza en el horizonte de su frustración. Ahora sabía que no estaba todo perdido. Su Ronda estaba en alguna parte, no había sido aniquilada. Tan solo hacía falta sacarla a la luz.

Decidió que tenía que volver a dormirse por si ella intentaba hablarle de nuevo, así que se dio prisa en regresar a la cama. Su amiga seguía respirando pausadamente. Se acostó a su lado y cerró los ojos procurando relajarse. Transcurrió mucho rato hasta que consiguió por fin entrar en un estado previo al sueño.

Al cabo de un minuto, se vio otra vez dentro de la cueva y pudo volver a escuchar con el corazón encogido la voz suplicante de Ronda.

*Sácame de aquí. Me tiene encerrada. Ahora duerme.*

Samoa se removió inquieta en la cama y su subconsciente se despertó a medias. ¿La cueva de su sueño hacía referencia a la mente de la mujer que dormía a su lado? ¿Era eso lo que pretendía decirle? ¿Era la propia Ronda quien encerraba sus recuerdos cuando estaba despierta y los liberaba mientras soñaba? Con esos pensamientos en la cabeza, volvió a caer en un sueño profundo.

*Él me ha encerrado en su cerebro. Encuéntrale y sácame de aquí.*

El mensaje la despertó de golpe. ¿Él? ¿Cómo que él? Ahora sí que no entendía nada ¿*Qué intentas decirme?* Gruesas gotas de sudor le corrían por el pecho. Se sentía absolutamente confusa. Sentada en la cama, observó en la penumbra el cuerpo dormido de su amiga. ¿Qué había querido transmitirle? ¿A quién se refería cuando hablaba de él? ¿A *quién* tenía que encontrar?

Samoa procuró volverse a dormir para contactar con ella, para que le explicara más cosas, pero le fue imposible. Su mente era una maraña de preguntas sin respuesta. Estaba sobreexcitada y en ese estado no conseguía dejarse llevar por el sueño. Se levantó de la cama, fue hasta el baño y se dio una ducha larga y reconfortante. Envuelta en el albornoz, salió a la terraza y contempló la magnífica estampa marina bañada por la luna.

*¿Dónde estás, Ronda?*

# Un destello de esperanza

El día transcurrió de una forma irritablemente anodina. Ronda seguía comportándose como una niña en pleno aprendizaje, sin dejar entrever ni una pequeña muestra de la que había contactado con Samoa en sueños. Esta se desesperaba por intentar descifrar el enigma de la noche anterior. Cuando llegó la hora de acostarse de nuevo, se preparó una infusión relajante para intentar dormir sin que nada la perturbara. Tenía miedo de tomar cualquier pastilla que pudiera bloquear su conexión con Ronda. Con la ayuda de la infusión, esa noche esperaba disfrutar de un sueño ininterrumpido que le pudiera proporcionar más información sobre lo que le pasaba a su amiga. Esta ya se había dormido y estaba esperándola en alguna parte. Tan solo tenía que averiguar dónde.

Por si no tenía bastantes preocupaciones, la Ronda que dormía a su lado se había pegado más a ella durante el sueño y había introducido una pierna entre las suyas. El brazo le pesaba sobre el estómago y su respiración le hacía cosquillas en el cuello. Sentirla tan cerca se estaba convirtiendo en una costumbre irrenunciable, pero al mismo tiempo era una absoluta tortura. El cuerpo de Samoa reaccionaba por su cuenta a ese contacto tan estrecho. Nunca habían compartido tal intimidad física. Aquel abrazo provocaba que el deseo sofocado durante tantos años se acumulara en su garganta en forma de llanto; un llanto que pugnaba por salir sin control. Ahora que Ronda no era Ronda, se comportaba como siempre había anhelado. El sufrimiento de su mente no hacía más que lidiar con la sinrazón de su cuerpo. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no apretarse más contra ella, para ignorar el aroma de su pelo, para no descender unos centímetros y atrapar entre sus labios la protuberancia que la desafiaba bajo su fina camiseta.

Al cabo de interminables minutos de lucha consigo misma, el sueño acudió a salvarla. De inmediato volvió a escuchar la voz afligida de su amiga y se dejó arrastrar hacia un estado onírico más profundo. Esa noche Ronda consiguió salir hasta la misma entrada de la cueva y pudo contemplarla. A pesar de su expresión angustiada, estaba bellísima. Samoa sintió las mejillas mojadas al volver a verla con todas sus facultades intactas. Ella se aproximó, la cogió de las manos y le clavó sus ojos oscuros con determinación.

—No llores y escúchame. No hay tiempo. Estoy encerrada en el cerebro de Marcos. Ya sé que te parece una locura, pero te aseguro que estoy diciendo la verdad. Tendrás que actuar rápido. En cuanto él despierte, cabe la posibilidad de que descubra que he hablado contigo. Espero que lo considere solo un sueño. En caso contrario, tendrás que darte prisa para sacarme de aquí. Sabrá que lo has descubierto y estarás en peligro. Voy a...

Ronda la soltó de golpe y comenzó a correr hacia el interior oscuro de la gruta. Aturrida por la información, Samoa empezó a gritar llamándola, pero solo logró escuchar el eco de su propia voz. Se removió inquieta en la cama luchando para que su pensamiento consciente no la sacara del sueño, pero fue inútil. Respirando con pesadez, apartó el brazo de Ronda de encima de su estómago. Su amiga se dio la vuelta de espaldas sin despertarse. Se levantó entonces y salió a la terraza. La brisa nocturna de septiembre le erizó el vello. Se agarró con fuerza a la balaustrada. Tenía ganas de gritar.

*¡Cabrón! ¿Qué le has hecho?*

Estaba furiosa y, al mismo tiempo, anonadada por la información recibida. Era asombroso lo que le había contado, pero no podía hacer otra cosa que creerla. Conocía a Ronda. Aunque pensaba que científicamente era imposible lo que había dicho, si su amiga afirmaba que estaba dentro de la mente de Marcos ni siquiera iba a dudarlo.

La ira volvió a dominarla y a hacerla gritar internamente, ya que a esas horas no podía exteriorizar su enfado. Hubiera despertado a Ronda.

*¡Nos has engañado a todas! Pensé que eras un imbécil engreído. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Había algo en ti que no me gustaba, pero lo confundí con los celos. Yo sí que he sido una estúpida, y por mi culpa Ronda está en peligro. Debí alejarla de tu lado.*

Respiró hondo un par de veces para tranquilizarse. La comunicación durante el sueño se había interrumpido con brusquedad. Si era cierto todo lo que su amiga había dicho, Marcos podía leer en su mente y ahora ella estaba en peligro. Tenía que actuar rápido, pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo había ido la mente de Ronda a parar dentro de Marcos? ¿Cómo iba a sacarla de ahí? Su cabeza era un revoltijo de preguntas sin respuesta y la furia no la dejaba pensar de forma racional. En su estado de agitación, le iba a resultar muy difícil volverse a dormir. Además, acababa de descubrir un hecho terrible: el cuerpo que dormía a su lado era tan solo el casco de su amiga. No había nada de la Ronda que conocía en aquella cabeza preciosa. Por esa razón se estaba



comportando como una niña pequeña. La mente privilegiada de Ronda, su esencia, estaba en otro lugar. Nunca hubiera pensado que aquello fuese posible en el mundo real. *¿Ladrones de mentes?*

Ella se lo diría. Regresó a la cama y procuró hacer todos los ejercicios de relajación que recordaba, pero fue incapaz de volverse a dormir. Ni siquiera eran las tres de la mañana. Estaba en tal estado de excitación que pensó que lo más sensato sería aprovechar aquella energía ante el ordenador, así que se puso una camiseta y fue hasta el salón para colocarse delante del portátil.

Al cabo de dos horas había perdido toda esperanza de encontrar en internet algo racional acerca de posibles ladrones de mentes. La información de la red se centraba en elucubraciones cercanas a la fantasía, o bien se refería a películas de ciencia ficción. Se sentía impotente.

Dejando a un lado su sentimiento de fracaso, se dio una ducha y salió a la terraza con el ordenador. Intentaría aprovechar las horas y concentrarse en la novela que llevaba entre manos.

Al cabo de un buen rato se dio cuenta de que no había adelantado gran cosa. Su mente volvía una y otra vez al sueño en el que Ronda le desvelaba la verdad. Se sentía incapaz de encontrar una salida para resolver la situación. Levantó la vista de la pantalla y el amanecer la sorprendió con unos tonos rojizos espectaculares. Aquel día hacía viento. Reclinada hacia atrás en la hamaca, se colocó los cascos y eligió en Spotify una canción que expresaba lo que no podía gritar:

*«... frente al desafío de tu cuerpo, frente al remolino del deseo, yo me pido vida, yo me pido vida para poder seguir...».*

Deseaba que la voz de Vanesa Martín le hiriera en lo más hondo. Necesitaba sentirse viva, que el dolor la empujara a hallar una respuesta. Se encontraba agotada, pero tenía que hacer algo y no podía hacerlo sola. Decidió hablar con sus amigas y contarles lo que había descubierto. Ellas le aconsejarían. Iba a necesitar toda la ayuda posible.

Hizo el desayuno y lo dispuso en la mesa pequeña del salón. Después fue hasta su cuarto. El cuerpo de Ronda, atravesado voluptuosamente en la cama, la obligó a detenerse y respirar. Al verla se había quedado sin aliento. Tras unas cuantas inspiraciones profundas, consiguió serenar su pulso. Despertó a la niña-mujer con una caricia leve en el brazo. Ella abrió los ojos y le ofreció una sonrisa inocente. Samoa procuró que la voz no le temblara.

—Levántate, dormilona. Vamos a desayunar.

Al cabo de un minuto, Ronda saciaba su hambre sin levantar los ojos del tazón de cereales con leche que le había preparado. Puso la tele para mantenerla distraída. Después salió a la terraza con el móvil y un café bien cargado. Pensó que Marisa estaría en pleno trabajo, pero precisaba hablar con ella. Si no cogía el móvil en ese momento, estaba segura de que le devolvería la llamada en cuanto pudiera. Confiaba en su amiga porque en el hospital donde trabajaba conocía a múltiples especialistas.

Como suponía, Marisa no contestó al teléfono. Sin embargo, al cabo de unos minutos la llamó ella.

—¿Qué pasa, Sam?

—¿Te pillo en mal momento?

—No, me iba a tomar un café y he visto tu llamada. Dentro de un rato tengo que entrar de nuevo en el quirófano. Dime.

—Me gustaría saber tu opinión sobre una cosa. Es bastante raro...

—Cuéntame.

—¿Es posible robarle la mente a alguien?

—¿Cómo?

La voz de Marisa sonaba sorprendida. Sonrió al imaginar la cara de su amiga con los ojos abiertos como platos.

—Ya sabes la telepatía que existe entre Ronda y yo, hemos hablado de ello cientos de veces. Esta noche ella se ha comunicado conmigo y me ha dicho algo muy raro.

—¿Qué te ha contado? —preguntó escéptica.

—Que estaba dentro de la mente de Marcos.

Marisa permaneció callada unos segundos.

—¿Sigues ahí?

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo por fin.

—En absoluto. Sé que es una locura, por eso te pregunto si crees posible científicamente que Marcos le haya robado la mente a Ronda.

—Eso es una barbaridad. ¿Se lo has contado a Noe y a Lola?

—Todavía no.

—No hables con ellas aún. Déjame preguntar algo. Luego te llamo.

—De acuerdo.

Samoa colgó y permaneció pensativa. Quería contárselo al resto de sus amigas, pero, como Marisa le había pedido, esperó por si le procuraba alguna información. Al cabo de dos horas, por fin sonó el teléfono.

—¿Podemos quedar esta noche? —preguntó Marisa.

—Perfecto, pero tendrás que venir a casa. No puedo dejar a Ronda sola y tampoco quiero que se entere de lo que vamos a hablar. Este es el único sitio posible. Le pondré una película y podremos estar tranquilas en la terraza.

—De acuerdo. Llamaré a las chicas. Creo que podremos estar ahí sobre las nueve y media. De todas formas, si tienen problemas para acudir, iré yo sola. Me han contado una cosa que puede darnos algo de luz.

—Vale, iba a llamarlas ahora, pero será mejor que hables tú con ellas. Os espero aquí.

En cuanto finalizó la llamada, contempló a Ronda a través del cristal de la terraza. No había apartado ni un minuto la vista de la pantalla. Su amiga se había convertido en una aspiradora de información, se dijo con tristeza.

# Marisa

Marisa acababa de terminar la primera intervención de la mañana; salió del quirófano, se lavó y fue hasta su taquilla. Disponía de unos minutos hasta la siguiente operación. Necesitaba un descanso y un café. En cuanto vio la llamada perdida de Samoa en el móvil, se inquietó. Seguro que la llamada estaba relacionada con Ronda. Después de hablar con ella y con el desasosiego rondando su mente, acabó de tomarse el café en el bar del hospital y volvió a la zona de quirófanos. Un profundo surco de preocupación se había instalado entre sus cejas desde el momento en que había apretado la tecla de fin de llamada. Obligó a su cabeza a centrarse en lo que tenía entre manos, ya que las palabras de Samoa se colaban continuamente en su cerebro.

Acabado el turno de trabajo, comenzó a caminar hacia el parking. No podía ocultar las muestras de ansiedad de su cara. Se encontraba tan centrada en sus pensamientos que casi la atropella un coche en uno de los pasillos del aparcamiento subterráneo. Desbloqueó las puertas de su Q5 y se sentó ante el volante. No puso en marcha el motor. Por el contrario, echó el asiento hacia atrás para estar más cómoda, cogió el móvil y marcó un número. Le contestaron de inmediato. La conversación duró casi media hora. Su entrecejo se había relajado levemente cuando por fin colgó y soltó el móvil en el asiento de al lado. Arrancó el motor, saliendo del recinto sin prisa. Con la ventanilla bajada, dejó que el aire se colara en el coche y refrescara el interior. Ni siquiera conectó la radio. Sabía que llegaba muy tarde a casa y que su familia estaría preocupada, pero no pensaba sobrepasar los límites de velocidad. Quique ya podía levantar el culo del sofá y encargarse por una vez de hacer la comida. Y si sus hijos no podían aguantar el hambre, que cogieran algo de la nevera y punto. No iba a estresarse. Estaba más que harta de que todo el mundo dependiera de ella, de hacer el papel de madre de todos. Tenía otras cosas de las que preocuparse. Hizo tres inspiraciones profundas mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde.

*Todo controlado, repitió como una letanía, todo controlado.*

# Lola

La llamada de Marisa la pilló hablando con una clienta difícil. La mujer siempre encontraba algún motivo para quejarse del tratamiento. La sacaba de quicio. En ocasiones como aquella, Lola ponía su mejor cara de profesional complaciente y escuchaba las explicaciones de la insoportable interlocutora como si su parloteo fuera lo más importante del mundo. En el momento en que sonó su móvil notó un ramalazo de alivio, aunque sabía que a aquella mujer no se la podía dejar con la palabra en la boca, por muchas ganas que tuviera; acudía al centro de estética desde hacía años y se dejaba mucho dinero. Además, tenía una vida social muy activa y le había proporcionado un buen número de clientas. Lola comunicó a Marisa que la llamaría enseguida y continuó charlando con la mujer, aunque su cabeza ya no estaba centrada en la conversación. Algo le decía que había habido algún cambio en el estado de Ronda y no podía quitarse el nudo de intranquilidad que le había nacido en el centro del pecho. Mientras seguía quejándose, la clienta la pilló con la mirada perdida en un par de ocasiones y Lola pensó que iba a conseguir aumentar su irritación. Sería mejor que llamara a Sandra, su encargada. Que se ocupara ella de resarcirla por lo que no hubiera sido de su agrado. Le dedicó su sonrisa más amable, prometiéndole que subsanaría su error enseguida, y se alejó caminando a buen paso.

—Regálale un tratamiento completo de vinoterapia a la señora Aguirre. Se callará de inmediato —susurró a su encargada cuando se cruzó con ella de camino hacia su despacho.

Una vez en la oficina, cerró la puerta por dentro. No quería interrupciones. Se sentó cómodamente en su sillón ergonómico de piel, sacó el móvil y marcó el número de Marisa. En cuanto esta comenzó a hablar, Lola cerró los ojos como si tuviera una migraña del tamaño de Burgos y no movió ni un solo músculo mientras su amiga iba explicándole la situación. Le había pedido que avisara a Noe.

—De acuerdo —dijo en un susurro, al cabo de varios minutos de escucha paciente. A continuación, apretó el botón de fin de llamada y permaneció inmóvil, contemplando inconscientemente el Trisquel celta que llevaba tatuado en la muñeca mientras su mente vagaba por lugares difusos. Unos

golpecitos en la puerta la devolvieron a la realidad. No era consciente del tiempo que había transcurrido desde que se había encerrado en el despacho. Se levantó y abrió, encontrándose con la expresión preocupada de Sandra.

—Llevas ahí dentro media hora. ¿Ocurre algo?

—Tengo que ir a resolver unos asuntos. Ocúpate tú de todo. Nos vemos mañana —contestó por toda explicación.

Ante la mirada de estupor de su encargada, agarró el bolso y salió del centro. Guarecida tras sus gafas de sol de Dolce & Gabbana, comenzó a caminar por la acera con paso rápido.

# Reunión

Tras su charla con Marisa, Samoa continuó gran parte del día intentando encontrar en internet más información relacionada con el robo de cerebros, pero obtuvo el mismo resultado que durante la madrugada: absolutamente nada.

Eran las diez menos veinte de la noche cuando sonó el timbre de la puerta. Sus tres amigas habían llegado. Las hizo pasar donde estaba Ronda, que en ese momento pegaba un mordisco a su bocadillo sin apartar los ojos de la pantalla ni un ápice. Para la ocasión, y tras mucho rebuscar, Samoa había encontrado *Cita a ciegas*. Había visto varias veces esa película y cada una de ellas se había reído como la primera. Además, el personaje de Kim Basinger le recordaba a Noe con su reacción desproporcionada al alcohol. Estaba segura de que aquella comedia no le haría ningún daño y, por el contrario, se lo pasaría muy bien.

Las tres saludaron brevemente a su amiga, que las obsequió con un «hola» de compromiso para no despegar la vista de la televisión.

Marisa, Lola y Noe ayudaron a Samoa a sacar a la terraza las cosas que esta había preparado para cenar y se reunieron por fin en torno a la mesa. Aunque hacía fresco, con una chaqueta ligera todavía se podía estar al aire libre y disfrutar de las maravillosas vistas del paisaje marítimo.

—Bueno, imagino que Marisa os habrá explicado lo que me ha transmitido Ronda durante el sueño.

—¿Pero eso es posible? ¿Robarle la mente a alguien? —preguntó Lola.

—Eso es ciencia ficción —afirmó Noe.

—Vamos a ver, chicas —intervino Marisa—. Le he estado dando vueltas y os voy a contar lo que pienso. He hablado con un colega del hospital que es psiquiatra. Él está convencido de que la mente de Ronda está utilizando un subterfugio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Samoa.

—Que se protege contra algo que la ha traumatizado y se ha inventado esa historia para no enfrentarse a la realidad. Es más fácil echarle la culpa a alguien que aceptar la propia incapacidad para afrontar la verdad.

—¿Realmente crees eso? ¿Que está mintiendo? —inquirió algo molesta.

—No miente conscientemente, Sam. De hecho, ella cree en lo que te ha contado. Es su única defensa. De todas formas, pienso que es el momento de enfrentarla a su trauma. Te propongo encontrar a alguien que la someta a hipnosis. Solo así podremos sacarla de ese estado.

—Me da un miedo terrible su reacción, Marisa. No me atrevo a imaginar qué puede haberle pasado para estar así —dijo Sam.

—Pero si no nos arriesgamos nunca lo sabremos —intervino Noe—. Por mucho que nos asuste, yo también creo que la hipnosis podría funcionar.

—Si estáis todas de acuerdo, lo haremos —dijo Samoa sin mucha convicción—. Lo dejo en tus manos, Marisa.

—Deja que pregunte mañana a mi compañero y os digo algo.

—Bien, pues esperaremos a que lo organices. ¿Te parece bien, Lola?

—Por mí, adelante.

—Pues no se hable más, mañana averiguaré quién es la persona apropiada y concertaré una cita —afirmó Marisa.

—Espero no tener ningún problema para llevarla hasta la consulta. Hasta ahora me ha hecho caso en todo.

—De todas formas, preguntaré si puede venir el especialista aquí para hacer la sesión.

—Gracias, chicas. Ya no sabía ni por dónde tirar. Me desespera verla así y lo que me ha contado me ha dejado perpleja.

—No tienes que darnos las gracias, Sam. En todo caso nosotras a ti por hacerte cargo de ella —aseguró Marisa.

La cena se alargó poco, ya que todas tenían que madrugar al día siguiente.

Cuando Samoa se quedó a solas con Ronda, la película acababa de terminar. Desde la terraza habían podido escuchar en varias ocasiones sus carcajadas. Ella mostraba ahora signos evidentes de sueño, así que la mandó a que se lavara los dientes mientras recogía los platos de la cena. No podía quitarse de la cabeza las palabras de su amiga. ¿Era posible que se estuviera inventando lo de Marcos? Su petición de socorro le había parecido absolutamente real.

Esa noche, durante el sueño, volvió a oír los gritos de Ronda que rebotaban contra las paredes de la cueva pidiendo ayuda. Algo parecía impedirle salir y comunicarse con ella directamente, como había hecho la noche anterior. Cuando despertó por la mañana, empezó a convencerse de que quizás Marisa tuviera razón y todo fuese producto de su mente torturada.



Lo único positivo de esa explicación era que Ronda todavía permanecía dentro de su propio cuerpo. Pensó que quizás no fuera tan mala idea intentar lo de la hipnosis.

# La hipnosis

Eran las doce del mediodía cuando Marisa se puso en contacto con Samoa. Le acababan de dar los datos de la persona que podía llevar a cabo la hipnosis. La única traba era que tendrían que acudir a su casa, ya que no realizaba visitas a domicilio. El especialista se llamaba Miguel Zarra, un reputado psiquiatra que daba clases en la Universidad. También atendía a los pacientes en su consulta ubicada en una calle céntrica de Valencia. Ella le había llamado y había conseguido que el hombre les hiciera un hueco a las nueve de la noche. A pesar de sus obligaciones, Marisa había convenido con Samoa que las acompañaría para presentarles al psiquiatra.

Lola tenía un compromiso esa noche y Noe alegó que ese día iba a salir muy tarde del laboratorio, así que ninguna de las dos podía acudir a la cita, aunque pidieron que les informaran con detalle del resultado de la sesión. Samoa casi se alegró de que no las acompañaran. Daría una impresión muy rara que acudieran en tropel al psiquiatra.

Mientras entraban en Valencia, miró la hora. Iban bien de tiempo. Había quedado a las nueve menos cinco con Marisa en el portal del edificio donde vivía el especialista y no quería llegar tarde. Ella era una maniática de la puntualidad. Pensó que Ronda podría ponerle algún problema para salir pero, para su sorpresa, reaccionó con entusiasmo ante la idea de ir de excursión con el coche. Llevaba días encerrada en casa y además se mostraba absolutamente dependiente de ella, así que parecía dispuesta a seguirla hasta el fin del mundo si se lo pedía.

Cuando llegaron al lugar de la cita, cinco minutos antes de la hora acordada, Marisa ya estaba esperando delante del portal.

—¡Puntual como siempre! —exclamó Samoa—. Ronda, ¿te acuerdas de Marisa?

—¡Claro! —dijo acercándose para besarla.

—Tenía miedo de llegar tarde y he salido un poco antes. El doctor Zarra me ha concedido esta cita como favor personal porque es amigo de mi compañero del hospital, así que no podemos hacerle esperar.

Marisa apretó el botón del intercomunicador y al momento respondió una voz masculina, que les abrió la puerta en cuanto se identificó. Ronda

permanecía agarrada a la mano de Samoa desde que había bajado del Camaro, aunque parecía bastante tranquila. Ni siquiera manifestó inquietud cuando entraron en el ascensor que las llevaría hasta el cuarto piso. Se limitó a contemplar la cabina con curiosidad.

El doctor Zarra resultó ser un hombre de mediana edad, de complexión recia y ojos inquisitivos, aunque toda su persona transmitía afabilidad. Hizo pasar a las tres a una sala con las paredes cubiertas de estanterías de caoba repletas de libros. En aquel espacio también había un escritorio, un sofá, una mesita de café y varios sillones. Parecía más un salón para recibir a los amigos que una consulta médica, lo cual otorgaba mayor normalidad a la visita. El hombre indicó a Samoa que se sentara en el sofá con Ronda. Marisa y él ocuparon sendos sillones situados a cada lado de la mesita de café.

—No sé si debería esperar fuera... —sugirió Marisa.

—Me gustaría que te quedaras —pidió Samoa—. No sé si le ha explicado ella... —dijo dirigiéndose al psiquiatra.

—Sí, me ha contado la situación —le cortó el hombre con una sonrisa—. ¿Te llamas Ronda? —preguntó hablando directamente hacia la mujer morena.

—Sí, ¿y tú?

—Yo me llamo Miguel —respondió sin dejar de sonreír.

El psiquiatra extendió la mano y ella miró a Samoa. Esta afirmó con la cabeza y entonces se la estrechó con timidez.

—Esta noche vamos a jugar —dijo el hombre—. Haremos todos juntos un viaje muy bonito.

Ronda miró de nuevo a su amiga y esta volvió a afirmar con la cabeza.

—Ahora nos vamos a poner muy cómodos.

El hombre sugirió que Samoa se sentara en un extremo del sofá y que Ronda se acostara apoyando la cabeza en sus piernas. A esta no le costó nada adoptar la posición que había indicado el psiquiatra. Samoa le acarició el pelo para transmitirle confianza. Necesitaba que siguiera al pie de la letra lo que el especialista le pedía.

Para que Ronda creyera que participaban todas, el doctor Zarra indicó a las tres que cerraran los ojos y comenzaran a respirar hondo y muy despacio. En un primer momento, Ronda abrió un ojo y miró a su amiga, pero comprobó que esta estaba obedeciendo las órdenes del hombre. Desde aquel instante, se dejó llevar por las instrucciones de lo que consideraba un juego. La voz del doctor era agradable. Samoa se dio cuenta de que había aumentado el peso de

la cabeza sobre sus piernas, por lo que Ronda debía de estar completamente relajada.

—Cada vez que respiremos —continuó el psiquiatra pausadamente— tomaremos todo el aire que podamos y lo echaremos despacio. Notad como, al respirar hondo y soltar el aire, la zona del ombligo se mueve arriba y abajo. Cada vez que tiramos el aire nos sentimos mejor, más tranquilos.

Samoa oía la respiración lenta de Ronda, la cual seguía cada uno de los pasos que el hombre iba indicando con los ojos cerrados. Miró un momento a Marisa y ésta le dedicó una sonrisa. Parecía que la cosa iba bien.

—Al cerrar los ojos —continuó con voz profunda y suave— notamos una sensación muy agradable. Nuestros párpados y nuestra frente están relajados. Ahora esa sensación buena nos recorre todo el cuerpo. Notad vuestro brazo derecho. Comprobad que esté bien apoyado. Cuando diga la palabra «tensión» apretaremos todos los músculos del brazo, como si hiciéramos mucha fuerza, aunque sin moverlo de sitio. Lo mantendremos rígido durante un ratito, hasta que oigamos la palabra «basta». En ese momento, dejaremos de hacer fuerza y el brazo descansará. Lo sentiremos como flotando, como si estuviera junto a nuestro cuerpo, pero no fuera nuestro. La sensación será de calma y de descanso. Así pues, con el brazo derecho: ¡Tensión! ¡Basta! El brazo derecho está ahora tranquilo. Respirad hondo... El brazo cada vez pesa más.

Samoa comprobó que Ronda obedecía a rajatabla sus peticiones. El psiquiatra fue repitiendo aquellas órdenes hasta extender la relajación a todo el cuerpo. Tenía que esforzarse para estar atenta al estado de Ronda, ya que le hubiera sido muy fácil dejarse llevar por la voz envolvente de aquel hombre. Miró a Marisa y vio que las observaba a ambas con los ojos entrecerrados. Imaginaba que a ella también la estaba seduciendo la cadencia hipnótica de su voz.

—Ahora recordaremos el paisaje más hermoso que hayamos visto en toda nuestra vida. Un lugar maravilloso lleno de paz, donde hemos sido felices. Imaginémonos a nosotros mismos en ese paisaje, mirándolo, sintiéndolo, disfrutando de él. Recordemos ese sitio con todos nuestros sentidos: la luz, las sombras, los colores, la humedad, la temperatura, cómo vamos vestidos, cómo nos sentimos, qué olores se notan, cómo es el aire, la brisa, el cielo. Disfrutemos de ese lugar como si estuviéramos allí. Estamos llenos de paz. Descansemos.

El psiquiatra esperó unos segundos antes de volver a hablar. Entonces se dirigió directamente a Ronda.

—¿Lo ves, Ronda? No abras los ojos, siéntelo.

—Sí —dijo Ronda con un hilo de voz.

—¿Dónde estás?

—En la terraza. Veo el mar.

—¿Notas el aire?

—Es fresco y huele muy bien.

—Ahora respira hondo, tu cuerpo está relajado, lo sientes pesado. Quiero que recuerdes otro lugar en el que estuviste un poco antes y vayas allí. Un lugar con árboles.

Ronda gimió.

—¿Lo ves?

—Sí.

—¿Qué sientes?

—Tengo miedo.

—¿Qué te da miedo?

—Está oscuro. Hace frío.

—Respira hondo. No debes tener miedo, estás a salvo. No hay nada que te pueda hacer daño. Ahora vamos a ir un poco más atrás. Vamos a ir al lugar donde estabas antes de ir al bosque. Respira hondo. No tengas miedo. No hay peligro.

La respiración de Ronda, a pesar de las instrucciones, se volvió más rápida.

—Respira despacio. Dime qué ves.

—Está oscuro.

—¿Estás sola?

—Sí. Está oscuro. Tengo miedo —gimió.

—Respira despacito. No hay peligro. Dime dónde estás.

—Hay árboles. Tengo frío.

—Vamos a ir justo al momento antes de salir al bosque. Respira, mantente tranquila. ¿Qué ves?

Tardó unos segundos en contestar.

—Árboles. Tengo frío —dijo, a punto de echarse a llorar.

Por mucho que el psiquiatra intentara hacerla retroceder en el tiempo, ella no parecía estar dispuesta a ir más allá del lugar en el que fue encontrada por

Samoa, así que, tras varios intentos inútiles, el hombre dio por concluida la sesión. Volvió a dirigirse a las tres para finalizar la hipnosis.

—Ahora acabaremos el juego siguiendo mi voz. Cuando escuchéis «uno», abrid los ojos. Cuando yo diga «dos», haréis movimientos suaves con manos, brazos y piernas para sentir vuestro cuerpo. Al oír «tres», el juego habrá terminado. Volveréis a vuestro estado normal, con la sensación de haber dormido una noche entera. Os sentiréis felices.

El doctor Zarra esperó unos segundos.

—Uno. Abrid los ojos muy despacio, respirad. Dos. Mover suavemente las manos, luego los brazos, así... Ahora las piernas, muy despacio. Sentís todo el cuerpo. Tres. Despertad.

Ronda miró a Samoa y sonrió. Esta le acarició la cabeza.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—¡Muy bien! ¿Y tú?

—También —sonrió.

—¿Puedes venir conmigo un momento, Marisa? —pidió el doctor.

—Por supuesto.

El psiquiatra acompañó a la mujer fuera de la habitación y cerró la puerta tras ellos. Samoa hizo que Ronda se incorporara.

—Cuando regrese Marisa, volveremos a casa.

—Vale —contestó apoyándose en su costado. El brazo izquierdo rodeó el cuerpo de Samoa—. Tengo hambre.

Ella no contestó. Estaba muy preocupada por el resultado de la hipnosis. El miedo por la posible reacción de Ronda ante el contacto con su pasado había dado paso a la frustración. No parecía haber servido para nada: estaban en el mismo punto que al principio.

Al cabo de cinco minutos, la puerta se abrió y regresó su amiga con el psiquiatra.

—Me ha encantado conocerlos. Estaré aquí para lo que podáis necesitar —dijo el doctor Zarra, alargando el brazo para estrechar la mano de Samoa. A continuación, hizo lo mismo con Ronda.

—Dígame qué le debo.

—Nada en absoluto. Marisa te contará lo que hemos hablado.

—Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer —respondió el hombre, acompañándolas a la puerta.

Mientras bajaban en el ascensor, Samoa y Marisa cruzaron una

significativa mirada. Una vez en la calle, su amiga se despidió de ellas e indicó a Samoa que luego la llamaría por teléfono. Ronda seguía agarrándola de la mano, sin mostrar signo alguno de inquietud por lo que acababa de experimentar.

En cuanto puso el Camaro en marcha, la radio se conectó de inmediato. La voz de India Arie se le clavó hondo cantando *Always in my head*. No había otra canción que reflejara mejor lo que estaba sintiendo en esos instantes.

«... *In my head, you're always in my head, in my dreams, you're always in my head; in my pain, you're always in my head; in my peace, you're always in my head...*»

Su dolor ante la falta de respuestas se acrecentaba por momentos. Se obligó a centrar la atención en el parabrisas. Tuvo que hacerse fuerte y mirar hacia el fondo de la carretera para poder contener las lágrimas. Ronda no debía darse cuenta de la agonía que agarrotaba su garganta.

Una vez en casa, encendió la televisión para que su amiga se distrajera y fue directamente a la cocina. Estaba a punto de llorar y no quería que ella se percatara de su estado de ánimo. Por suerte, vio que era abducida de inmediato por los anuncios publicitarios. Al cabo de un instante, sonó el móvil de Samoa. Limpiándose una lágrima traidora que acababa de escapar mejilla abajo, sujetó el aparato a su oído con el hombro, mientras se disponía a preparar una ensalada para la cena. Como había imaginado, era Marisa.

—Habrás visto que no hemos tenido suerte —dijo con voz lúgubre—. El doctor Zarra está completamente contrariado por el fracaso de la hipnosis. Me ha confirmado que solo en casos muy extremos existe esa barrera infranqueable.

—¿Te ha dicho algo más? —preguntó, tras carraspear para aclararse la garganta.

—Es posible que las defensas que ha levantado Ronda sean tan fuertes que no ha podido derribarlas ni la hipnosis. Habrá que esperar a que el tiempo, y quizás una terapia más continuada, puedan ayudarla a salir del encierro.

—¿Y si esa no fuera la explicación, Marisa? ¿Qué otra cosa podría haberle ocurrido?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Que se haya producido un daño físico en el cerebro que haya borrado su memoria. Eso justificaría que solo recuerde a partir del momento en que estaba en el bosque.

—¿Crees realmente eso?

—No lo sé, Sam.

—Si fuera así, no se pondría en contacto conmigo a través del sueño. No entiendo nada. ¡Por Dios, esto es desesperante!

—Lo sé, pero no podemos hacer otra cosa que dejar que pase el tiempo. Piensa en la posibilidad de iniciar una terapia como ha sugerido el doctor Zarra. Creo que sería de ayuda. Yo estoy a vuestro lado para lo que necesitéis, ya lo sabes. Si decides continuar, llámame y concertaré otra cita enseguida.

—Gracias, Marisa. Ahora mismo no sé qué hacer. Déjame pensarlo.

—Tómate tu tiempo.

—Lo haré.

Samoa pulsó la tecla de fin de llamada y comenzó a distribuir mecánicamente en dos platos lo que había preparado. Depositó la bandeja sobre la mesa baja de café frente a la tele y contempló cómo Ronda se lanzaba a devorar el contenido de su plato sin dejar de mirar la pantalla. Bendijo la ingenuidad que impedía a su amiga darse cuenta de su estado.

A ella hacía rato que se le había ido el hambre.



# Nuevas pistas

La cueva apareció de repente ante sus ojos. Ronda le hablaba frenética desde la entrada. Podía verla de nuevo.

*Voy a contarte esto lo más rápidamente que pueda, Sam. No dispongo de tiempo. Espero poder explicártelo algún día con más detalle. Eso querrá decir que me has encontrado.*

*Marcos pertenece a una sociedad secreta llamada La Esencia, como la bodega. Su objetivo básico es acumular información para hacerse con las riendas de la naturaleza. Una de sus sedes principales es el propio complejo. Todos los que trabajan allí están implicados en la sociedad. Convocan a sus reuniones a personas con conocimientos específicos que les interesa poseer y se los roban directamente del cerebro. Pensarás que es una locura, pero lo hacen a través de una ceremonia. Tienen un chamán que les hace tomar una infusión de ayahuasca, una droga muy potente y alucinógena. Es muy conocida en Sudamérica. Entre otros efectos, y con la inducción oportuna, esta sustancia consigue separar la mente del cuerpo. La mente de una persona puede acabar siendo absorbida por la de otra, siempre que esta disponga de una voluntad férrea y de una intención focalizada en ello. Espero...*

De repente Ronda puso cara de pánico, se volvió y corrió hacia el interior de la gruta sin decir una palabra más.

Fuertes palpitaciones en el pecho provocaron que Samoa se despertara de golpe. Lo primero que le vino a la cabeza fue que, tal y como había dicho Ronda, aquello era una absoluta locura. ¿Le habían robado los conocimientos? Si lo que Ronda le había contado la noche anterior era cierto, la interrupción de hacía un momento le indicaba que Marcos se había despertado y había vuelto a tomar el control de su mente.

Se levantó de la cama. Ya no podía seguir durmiendo ni ignorar lo que su amiga le acababa de revelar. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, pero estaba segura de que no era un subterfugio. Ronda no se lo había inventado. La información que le había proporcionado era demasiado precisa. Tenía que creerla, no le quedaba otra salida.

Vio que eran casi las seis de la mañana. Había podido descansar un poco

más que la noche anterior. Ronda seguía durmiendo abrazada a la almohada cuando salió de la habitación.

Una palabra retumbaba en su cabeza. Por fin tenía algo a lo que aferrarse. Se sentó en el sofá, puso el portátil sobre la mesa baja y abrió el buscador. Tecleó «ayahuasca» y leyó la primera entrada:

Ayahuasca o yagé es una bebida utilizada por los pueblos indígenas amazónicos, que la denominan comúnmente «medicina», para acceder a estados elevados de conciencia, experimentar con distintos dioses, emociones, miedos y egos, realizar «curaciones», cambiar hábitos, pensamientos, estados emocionales, etc.

En quechua, ayahuasca significa ‘soga de los espíritus’ por su etimología *aya* (espíritu, muerto) y *waska* (soga, cuerda), ya que, en la cosmovisión de los pueblos nativos, la ayahuasca es la sogá que permite que el espíritu salga del cuerpo sin que este muera.

Samoa contemplaba la pantalla con el ceño fruncido por la concentración. Lo que estaba leyendo comenzaba a darle escalofríos. Por lo visto, la ayahuasca era una especie de liana que contenía alcaloides y se utilizaba con otras mezclas para hacer una cocción. La página aseguraba que, dependiendo de las mezclas, el resultado daba una gran variabilidad en la composición química, respuesta física y efecto espiritual.

Pensó que si lo que le había dicho Ronda era cierto y todo era consecuencia de ese brebaje, la cosa pintaba muy mal. Se llevó los dedos a las sienes. Empezaba a dolerle la cabeza, pero tenía que continuar leyendo.

La preparación varía según los grupos indígenas, las poblaciones y los médicos chamanes de cada población, guardando cada uno su secreto y habiendo varias recetas con diferentes agregados. La ayahuasca es, pues, la poción por excelencia del mundo amazónico y nexo de unión entre culturas que tienen en común el consumo individual o grupal de la bebida con diversos fines, que abarcan desde lo curativo a lo que tiene un carácter espiritual o de revelación personal.

Perfecto —se dijo, frotándose los ojos—, ahora tendría que averiguar qué puñetera mezcla le hicieron tomar a Ronda. Continuó leyendo, sin despegar la vista cansada de la pantalla del ordenador.

En las ceremonias del Amazonas, los participantes se sientan en el suelo formando un semicírculo, mientras el chamán comienza exhalando el humo de un cigarro alrededor de la gente para ahuyentar las energías negativas. En el centro del semicírculo el chamán dispone la ayahuasca y los materiales necesarios para la ceremonia. Esta puede durar hasta 7 horas, durante las cuales el guía entona sus cantos. Entre 20 y 45 minutos después de la ingesta de la bebida, los participantes comienzan a notar sus efectos, conocidos como «mareo de ayahuasca». Algunos pueden sufrir vómitos, diarreas, sudoraciones u otros efectos.

El reto de cada persona, según los chamanes, es entender el significado real de las visiones producidas por la ayahuasca y utilizar ese aprendizaje en su vida diaria.

*Desde luego, esa maldita sociedad secreta sí obtuvo con Ronda un aprendizaje excelente. ¡Hijos de puta!*, gritó internamente, tensando la mandíbula.

La misma página mencionaba diversos estudios científicos que se habían llevado a cabo en los Estados Unidos, con el fin de encontrarle beneficios médicos a la droga, sobre todo en relación a la psiquiatría. Se quedó de piedra al leer que la ayahuasca había sido declarada patrimonio cultural de Perú y Brasil para ofrecer mayor protección a la bebida, a los ritos y a la cultura asociada a su uso. El uso de la ayahuasca en países como Perú, Brasil, Ecuador y Estados Unidos de América estaba amparado legalmente por el reconocimiento de sus usos tradicionales y religiosos.

No entendía cómo algo tan dañino gozaba de protección en varios países y era utilizado de modo cotidiano. Centrándose en la pantalla, eligió una página distinta que también hablaba de la famosa liana. La abrió y comenzó a leer.

A la misteriosa ayahuasca, que contiene alcaloides científicamente conocidos como harmalinas, los chamanes agregan otra planta, la chacruna, para prolongar los efectos alucinógenos.

Los chamanes amazónicos del nordeste de Perú afirman que es por medio de la ayahuasca como adquieren el conocimiento de otras plantas. La ayahuasca les «habla» y permite a los curanderos combatir todo tipo de males y a los adeptos visitar sus mentes y su pasado para aprender sobre sí mismos.

Volvió a leer la última frase: «visitar sus mentes y su pasado para aprender sobre sí mismos». Cada vez se sentía más cerca de la verdad y, a la vez, más furiosa. Se limpió el sudor que comenzaba a formársele en la frente. En alguna de las páginas que había visitado durante las últimas horas, descubrió que la planta estaba prohibida en Francia. Se preguntaba si estaría permitida su distribución en España. Uno de los enlaces manifestaba, con toda clase de apoyo en datos jurídicos, que la sustancia era legal en nuestro país.

Necesitaba averiguar más cosas. Su cabeza estaba dándole vueltas a una idea. Bajó con el cursor y abrió otra página dedicada a la planta.

El brebaje se obtiene mezclando dos o más sustancias farmacológicamente activas: la liana de la ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*) y la chacruna (*Psychotria viridis*), que son machacadas y cocidas en agua hirviendo durante 16 horas.

Por lo menos ya sabía cuál era la combinación más utilizada, aunque lo de las dieciséis horas de cocción le pareció un poco excesivo. Siguió leyendo el nuevo artículo.

La razón fundamental de la popularización de la ayahuasca es ineludible para quienes han podido presenciar sus efectos. Sí, es una experiencia psicodélica poderosísima, pero va más allá. Es trascendental. Se ha popularizado tanto que a finales de septiembre de 2014 se llevó a cabo el Congreso Internacional de ayahuasca en Ibiza con foros académicos, legales, ponentes científicos y chamánicos. La popularización de esta medicina ya ha generado chamanes impostores, peligrosas preparaciones de la planta y lucro capitalista sobre un ritual indígena.

El problema es que la ayahuasca fuera del Amazonas no está legalmente definida, por lo que la misión de tomarla en un ambiente seguro se convierte en un problema. Ir a un ritual de ayahuasca no es como comprar marihuana en la esquina de tu casa.

Por lo visto, la mujer que escribía la página había tenido finalmente que acudir a Perú para tener su experiencia con la droga. Pensó que aquello no ponía fáciles las cosas.

Algo en mí ha cambiado. No digo que ya no sea atea o escéptica, pero es un conocimiento que ha permeado mi vida. Es como ver alienígenas, es difícil que te crean y difícil explicar algo que es desconocido en la psique humana, pero la gente que los ha visto lo sabe. Todos están unidos en un entendimiento del universo diferente, porque han visto y ahora saben. Es maravilloso llevar a los límites las capacidades de tu cerebro.

La recuperación es dura. Terminando la ceremonia en un abrir y cerrar de ojos, así como te pegó, así aterrizas. Regresas agotado, es como haber corrido un maratón espiritual. Sin embargo, físicamente estás como nuevo y podrías ir a hacer un triatlón.

Probablemente la ayahuasca no es para todos, tienes que estar dispuesto a adentrarte en las profundidades de tu inconsciente y tener una poderosa y larga experiencia espiritual.

A Samoa aquello empezaba a darle un miedo terrible. Cuanto más sabía acerca de la ayahuasca más preocupada estaba. Casi todas las páginas coincidían en una cosa: la experiencia con la liana era muy peligrosa. Debía llevarse a cabo mediante una ceremonia conducida por alguien que conociera bien su funcionamiento. Un chamán. Además, las consecuencias para cada cual eran de lo más variopintas.

Estupendo, se dijo, el viajecito debía de ser como destapar una caja sorpresa en la que no sabes si lo que vas a encontrar dentro es bueno o malo.

Descubrió que distintos enlaces de internet permitían comprar packs de ayahuasca individuales y colectivos para hacer la ceremonia sin ningún tipo de cortapisa. Y baratos. Uno de esos enlaces anunciaba la realización de ceremonias de ayahuasca en Barcelona.

Tuvo el impulso de llamar a Marisa, pero decidió esperar a ver si Ronda se volvía a poner en contacto con ella la siguiente noche y le contaba algo más. No podía pensar en otra cosa que no fuera conseguir más información sobre la maldita planta. Deseaba con todas sus fuerzas que acabara el día. Cada vez

que miraba a la mujer-niña que vivía con ella le entraban ganas de llorar. De llorar y de matar a Marcos. Pero primero tendría que sacar a Ronda de su cerebro. Todavía no sabía cómo, aunque lo que sí sabía era que no iba a parar hasta averiguarlo.

# La esperanza

Como había anhelado, Ronda la aguardaba esa noche a la entrada de la cueva. Sus ojos evidenciaban el sufrimiento al que estaba sometida. Cada vez que Samoa la veía en sueños, se retorció por dentro de impotencia.

En esa ocasión pudo contarle más cosas que no sirvieron precisamente para aliviar su preocupación. Le explicó que, si no lograba hacer algo, estaba condenada a vivir para siempre en la mente de aquel hombre. Su vida se había convertido en algo absolutamente virtual, ya que no podía involucrarse en las experiencias materiales de Marcos. Ronda no estaba conectada a su cuerpo, sino tan solo a su cerebro, así que no tenía capacidad para experimentar nada realmente físico, ni positivo ni negativo; su existencia se limitaba a contemplar lo que la mente de Marcos le revelaba. Tenía una vida ficticia, estaba destinada a ser una *voyeur* hasta el momento en que muriera el cuerpo del que era huésped y su existencia desapareciera con él. La conexión que tenía con Samoa era su única tabla de salvación.

*Espero haber aprendido lo suficiente de Marcos como para poder revertir el proceso. Ahora conozco todos los secretos de su mente. Y me temo que él los míos.*

*Solo puedo contactar contigo cuando está dormido. Él es quien tiene el control motriz de su cuerpo. Yo no puedo hacer nada ni mover un músculo. Mi única posibilidad eres tú. Sam, hay que seguir los mismos pasos para volver atrás. Celebrar otra ceremonia con la ayahuasca. Tendrás que pedir ayuda a Noe. Es probable que conozca la droga y sus efectos. Le encantan los temas ocultos y ha estudiado las civilizaciones antiguas. Marisa también sabe mucho de sustancias a causa de su trabajo. Habla con ellas. Tenéis que averiguar cómo conseguir la ayahuasca. Sacadme de aquí, por favor.*

*La Esencia utilizaba a un hombre, un chamán peruano, para conducir el tránsito de una mente a otra. No podemos contar con él, pero te tenemos a ti. Tú y yo...*

Ronda dejó de hablar y desapareció a toda prisa hacia el interior de la cueva. Samoa ni siquiera la llamó. Sabía que Marcos se había despertado. Abrió los ojos y respiró hondo. La conexión se había interrumpido, pero ahora tenía claro que existía una posibilidad de recuperar a su amiga. Había

luz al final del túnel.

La simple idea de probar la ayahuasca la aterrizzaba, pero estaba dispuesta a arriesgar su vida por ella si fuese necesario. Noe sabría cómo ayudarla. Seguro que con su afición a lo oculto tendría alguna idea del funcionamiento de esa droga. Echó un vistazo al despertador que había sobre la mesita de noche. Eran poco más de las cinco de la mañana, pero se encontraba tan llena de energía que le era imposible volver a dormir. Se levantó, contemplando fugazmente el cuerpo dormido de Ronda al otro lado de la cama, y salió de la habitación.

Por fin podía elaborar un plan. Las cosas empezaban a tener un sentido. Se dispuso a trabajar un poco, ya que no quería llamar a Noe hasta las diez de la mañana. Esta no trabajaba los fines de semana y esperaba encontrarla despierta a esa hora. Su amiga contestó al cuarto tono de llamada.

—¿Si?

El matiz ronco de su voz le dejó claro que aún estaba en la cama.

—¿Te he despertado? Lo siento.

—No pasa nada. Si sigo durmiendo echaré a perder el sábado. Anoche me quedé leyendo hasta las cuatro de la mañana.

—Tengo muchas cosas que contarte. Necesito que hablemos urgentemente.

—¿Qué pasa? —Noe carraspeó para aclararse la garganta.

—Sé a ciencia cierta lo que le ha sucedido a Ronda, pero si queremos recuperarla voy a necesitar tu ayuda. Y probablemente la de Marisa y Lola. Voy a llamarlas a ver si pueden venir hoy a casa. ¿Tú cómo lo tienes?

—No tengo planes. Dime a qué hora quieres que vaya.

—Déjame hablar con ellas. Si pueden venir, imagino que Marisa pasará a recogeros como siempre.

—De acuerdo.

Llamó primero a Lola, que le confirmó que solo tenía planes para la cena, así que hasta esa hora estaba libre. Cuando habló con Marisa, esta le dijo que podía acudir esa mañana, pero que tenía que estar de regreso a la hora de comer. Decidieron que se verían en hora y media en casa de Samoa. Marisa se comprometió a llamar a las otras dos y pasar a recogerlas. Las tres sabían que no se fiaba de la manera de conducir de ninguna de ellas y por eso siempre prefería ir con su coche. Aunque la adoraban, tenían claro que su amiga estaba obsesionada con controlarlo todo.

Veinte minutos más tarde de la hipotética hora de la reunión, sonó el timbre de la puerta. Marisa entró discutiendo y echando la culpa a Lola por el retraso. Samoa las contempló con expresión divertida. Las trifulcas de aquellas dos no acabarían nunca, pensó.

—Cariño, tenía que despedirme adecuadamente, no pretenderás que me comporte como una grosera —se defendía Lola, con un retintín provocador.

—Mira, no me hagas hablar —replicó Marisa en tono irritado. Se ponía de los nervios cada vez que recogía a Lola y tenía que esperar en la puerta a que se despidiera, de forma efusiva y a la vista de todos, del joven de turno que había compartido esa noche sus sábanas. La forma en que su amiga se tomaba la vida le parecía una pérdida de tiempo y de energía.

—Menudo camino me han dado —rio Noe.

—Venga, pasad —dijo Samoa poniendo paz con una sonrisa—. He preparado algo de picar. Ronda ya está enganchada a la tele. Le he puesto *Señora Doubtfire*. Seguro que le está encantando.

Las tres entraron y saludaron a Ronda, que contestó mecánicamente sin levantar los ojos de la pantalla. Samoa sacó las bebidas y pasaron a la terraza. Aunque no creía que su amiga fuera a despegar los ojos de la televisión, cerró la puerta para que no pudiera escuchar sus conversaciones.

Una vez que se sentaron en torno a la mesa, comenzó a hablar.

—La última comunicación de Ronda me ha dejado las cosas muy claras. Sé perfectamente qué le han hecho, quién se lo ha hecho y por qué. Y, afortunadamente, también me ha dicho cómo podemos revertir el proceso, pero voy a necesitar vuestra ayuda y vuestro compromiso. Me temo que la cosa no va a ser fácil.

Las tres la miraron expectantes.

—Cuéntanoslo todo. Me muero de curiosidad —exclamó Lola, excitada.

—Por lo visto, existe una sociedad secreta que va por ahí robando los conocimientos de la gente directamente del cerebro.

—¿Cómo? —preguntó Marisa escéptica.

—¿Ronda sigue con la teoría del robo de la mente? —apuntó Noe, antes de que Samoa respondiera.

—Parece ser que no se trata solo de una teoría, Noe. ¿Conocéis la ayahuasca?

—Sí, es una planta que contiene alcaloides. En infusión se puede convertir en una droga muy peligrosa —respondió Marisa.



—Es muy conocida. La utilizan los chamanes del Amazonas. He leído bastante sobre ella —intervino Noe.

Lola las miraba alternativamente sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Qué casualidad! —soltó—. Precisamente el otro día vi un programa de Cuarto Milenio en el que hacían una ceremonia con ayahuasca. La gente tenía alucinaciones y muchos vomitaban. Muy desagradable, la verdad. Decían que así conectaban con Dios y se conocían a sí mismos y no sé cuántas tonterías más.

—Bueno, escuchadme —continuó Samoa—. Ronda me ha contado que la obligaron a tomar la droga y que Marcos, con la ayuda de un chamán, le robó todos sus conocimientos y recuerdos. Él pertenece a esa sociedad secreta. Lo debieron de hacer durante la última noche que pasamos en la bodega.

—¡Qué fuerte! —exclamó Lola.

—¿Pero eso es posible? —preguntó Marisa con el ceño fruncido—. Mira que conozco las características de muchas drogas y nunca había oído hablar de semejante efecto.

—Solo puedo decir lo que me ha transmitido ella, Marisa. No sé cómo habrán podido hacerlo, pero el resultado está ahí. La mente de Ronda está dentro del cerebro de Marcos y ella solo puede contactar conmigo cuando está dormido. Por lo visto todas las funciones motrices las controla él, con lo cual no puede utilizar su cuerpo. Pero nosotras sí.

—Me dejas de piedra. ¿En qué estás pensando? —preguntó Noe con verdadero interés.

—La única forma de recuperar a Ronda es celebrar otra ceremonia con ayahuasca y hacer pasar los recuerdos de nuevo a su cuerpo.

—Esto se está volviendo surrealista. En el caso de que sea cierto, que a mí me parece una locura, ¿cómo piensas hacerlo? Marcos no va a participar voluntariamente, me parece a mí —objetó Marisa.

—Por eso necesito vuestra ayuda. Habrá que hacerlo a la fuerza.

—¿Qué? ¡Tú estás loca!

—No seas tan obtusa, Marisa —replicó Lola—. La vida de nuestra amiga está en juego y, si lo que dice es cierto, ese cabrón se lo merece. Deja hablar a Sam.

—Sé que lo que os pido es ilegal, Marisa. Soy perfectamente consciente de ello. Pero no os lo diría si no supiera que es nuestra única posibilidad. O lo hacemos, o habremos perdido para siempre a Ronda.

—En el supuesto caso de que dijera que sí, ¿os habéis planteado cómo vamos a conseguir reducir a Marcos?

—¿Y después qué? Necesitaríamos un chamán —alegó Noe.

—Vayamos por partes. He tenido mucho tiempo para pensar —declaró Samoa—. Primero tendríamos que atraer a Marcos al lugar donde vamos a hacerlo y mantenerlo allí contra su voluntad. Habrá que sujetarlo entre todas y atarlo.

—Sería ideal tu centro, Lola. Tiene camillas —intervino Noe.

—¡Me dais terror! —rezongó Marisa.

—Por mí, sin problemas. Podemos quedar en mi centro cuando todo el mundo se haya ido —dijo Lola.

—¡Estáis fatal! —exclamó Marisa, exasperada.

—No te pongas nerviosa, Marisa, solo estamos elaborando un posible plan —aclaró Samoa—. Gracias, Lola. Yo había pensado en hacerlo aquí, en mi casa, pero tu centro sería mucho más apropiado. Y más fácil para atraer a Marcos, que vive en Valencia.

—Pues no se hable más. Solo me tenéis que decir el día —concluyó Lola.

—¿No me habéis oído? ¡Estáis todas locas! —bufó Marisa.

—Espera, Marisa —intervino Noe—. Si vamos a plantearnos esto en serio, la cuestión previa a decidir sería cómo hacer la transferencia sin un chamán que conduzca la ceremonia. Incluso si conseguimos uno, tomar ayahuasca no es precisamente un camino de rosas. Puede ser muy peligroso y no tenemos ni idea de las consecuencias.

—¿Encima estáis proponiendo que busquemos un chamán y le contemos lo que pretendemos hacer? ¿Le hacemos partícipe de una retención ilegal? ¡Porque eso es exactamente lo que estáis planeando! —soltó Marisa, cada vez más exasperada.

—No os preocupéis por eso, chicas —dijo Samoa ignorando los comentarios de su amiga—. No haría falta un chamán. Antes de que acabara la comunicación, Ronda sugirió que podría hacerlo yo. Recordad que estamos conectadas telepáticamente. Quizás la droga pueda potenciar nuestra conexión.

—Sigue siendo muy peligroso. No sabes a qué lugares puede llevar la ayahuasca, Sam. Entre otras cosas, es un potente alucinógeno —señaló Noe—. Además, tenéis que pensar cómo vais a controlar a Marcos dentro del trance, cómo vais a conseguir manipular su mente.

—Sé que hay riesgos. Me aterroriza probarla, pero no veo otra salida, Noe. Si Ronda me dice cómo hacerlo, estoy dispuesta a lo que sea. Estoy convencida de que ya habrá pensado en algo para reducir a Marcos mentalmente.

—Vale, pero en el caso de que nos decidamos a hacerlo, tenemos que asegurar muy bien cada paso —apuntó Noe, ajustándose bien las gafas y poniendo cara de concentración—. Esto no es ningún juego. Por lo que veo tenemos el cuerpo de Marcos con, supuestamente, la mente de Ronda dentro, con lo cual él tendría que tomar la ayahuasca. Pero, por otro lado, Ronda tiene que coger las riendas de su mente dentro del trance. Luego está el cuerpo de Ronda, a quien habrá que darle ayahuasca para que el cerebro que lo habita esté receptivo a la intromisión. Y luego estás tú, que harás de puente por medio de tu conexión con Ronda. Y ahí me pierdo. Imagino que también tú tendrás que tomarla para entrar en su nivel mental y poder ayudar.

—No me puedo creer que estéis hablando de esto como si estuvierais planificando una excursión por el campo —dijo Marisa mirándolas de hito en hito.

—Yo no entiendo nada, pero estoy dispuesta a ayudar en lo que sea. Bueno, menos tomarme esa cosa, claro —dijo Lola.

—Si hay suerte, esta noche podré hablar de nuevo con Ronda y ver si me sugiere cómo hacerlo. Ella es la única que ha probado la ayahuasca y, por desgracia, conoce sus efectos. Seguro que sabrá cómo guiarme.

—Está bien, pero tenemos que planificarlo todo desde el principio. Primero habrá que convencer a Marcos para que vaya al centro de Lola —indicó Noe.

—Para eso ya tengo pensado algo, no te preocupes —contestó Samoa.

—Y una vez allí habría que inmovilizarlo y atarlo a una camilla —continuó Noe.

—Creo que me voy a ir —soltó Marisa, levantándose.

—Para mantenerlo quietecito tengo la solución, cariño —intervino Lola de repente.

Marisa se detuvo. Podía más la curiosidad que sus ganas de huir de allí.

—¿Os acordáis del campeón de artes marciales que conocí hace dos veranos?

—Perfecto, otro testigo más para vuestro plan descabellado. Me voy antes de que propongáis más tonterías —anunció Marisa, comenzando a andar

hacia la puerta de la terraza.

Sin decir una palabra, Lola se levantó tras ella y la agarró de la mano. La otra soltó de repente un aullido de dolor. Lola, cuyo tamaño era bastante más reducido que el de la corpulenta Marisa, la acompañó hasta el suelo sin liberar la mano de su presa. Después la inmovilizó con un rápido movimiento, poniendo la rodilla en su axila y manteniendo su brazo torcido y atrapado entre los dedos. Samoa y Noe se habían puesto en pie y contemplaban la escena boquiabiertas. Por fortuna, Ronda seguía en el salón ensimismada con la película y no se enteró de lo que estaba sucediendo fuera.

—Si no te empeñas en moverte no te dolerá, no seas cabezota —rio Lola, ante los chillidos de Marisa.

—¡Suéltame! —gritó con la cara congestionada.

Lola la soltó y su amiga se puso en pie con los ojos centelleantes.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme!

—No te ha dolido tanto, no seas quejica. Solo lo he hecho para que veáis que ese es el menor de nuestros problemas con Marcos.

—Bueno, compruebo que las experiencias con tus ligues son de lo más interesantes. Me has dejado alucinada —dijo Samoa.

—¿Estás bien, Marisa? —preguntó Noe, aproximándose a ella.

—No me creo que hayas sido capaz de hacerme esto —dijo, mirando a Lola con verdadero furor, mientras se frotaba un punto en la mano junto al dedo pulgar.

—Lo siento, cariño. Te estabas poniendo muy tonta con lo de irte —contestó Lola—. Quiero que te sientes y pienses en todo lo que está proponiendo Sam. No eres tú sola la que te arriesgas. Todas vamos a jugárnosla para ayudar a Ronda. ¿O es que tú no la echas de menos?

—¡Claro que la echo de menos!

—Lola tiene razón, Marisa —dijo Noe, acercándose a ella—. Sin tu ayuda no podemos hacerlo. Tenemos que controlar que no le pase nada físico y para eso necesitamos tus conocimientos. Imagínate que le da un infarto. Los perderíamos a los dos.

Marisa siguió frotándose la mano y se sentó con expresión malhumorada.

—En el improbable caso de que decidiera colaborar, ¿habéis pensado cómo evitar que tome represalias después? Nos conoce a todas. Aunque podríais matarle en cuanto acabemos... —dijo con sarcasmo.

—No vamos a llegar tan lejos —rio Samoa—. Estoy segura de que Ronda

habrá pensado en algo.

—Lo veis todo muy fácil, ¿verdad? Dudo mucho que podamos subirlo nosotras solas a la camilla y hacer que se tome la droga a la fuerza.

—No subestimes estos brazos, querida —exclamó Lola agarrándola.

—¡Suéltame!

—¿Me perdonas? —susurró melosa, sin apartarse de ella.

—Aún no lo sé —replicó con un gruñido.

—Muy bien, ya tenemos un plan —declaró Noe—. Samoa consigue que Marcos acuda al centro de Lola. Allí le estaremos esperando. Lola, tú le abres y cuando le tengamos en la sala adecuada le tiras contra la camilla y le inmovilizamos entre todas. Marisa, ¿has pensado si podemos darle algo para que se convierta en un corderito?

—No puedo darle nada ya que podría interferir con la ayahuasca. Sigo pensando que esto es una barbaridad. Vamos a acabar todas en la cárcel o algo peor.

—Ni pensarlo, somos demasiado listas, cariño —alegó Lola, guiñándole un ojo.

—Necesitaremos bridas para sujetarlo —sugirió Samoa.

—Y convencer a Ronda para que se acueste en otra camilla y se quede quietecita. Igual habría que atarla también —intervino Noe

—No hará falta, yo estaré entre los dos. Ronda confía en mí y hará lo que le diga. Necesitaremos tres camillas, Lola.

—No hay problema. Habilitaré una sala para la ocasión.

—Bien, pues entonces solo tenemos que elegir el día. Y no puede ser muy tarde. Tened en cuenta que Marcos es capaz de leer la mente de Ronda cuando quiera. Sospecho que ella está haciendo algo para evitar que se entere, pero no sé hasta cuándo podrá esquivarlo. Por ahora Marcos no ha dado señales de vida, por lo que todavía no se ha enterado de nuestras conversaciones nocturnas.

—De todas formas, vamos a esperar hasta esta noche y ver lo que piensa Ronda. Cuéntale nuestros planes. Si ella asegura que puede hacerse, seguiremos adelante —comentó Noe, animada—. Yo me encargaré de conseguir la ayahuasca y también os ayudaré con la relajación. La preparación para la ceremonia debe hacerse bien. Ya os adelanto que Ronda y tú deberíais evitar comer carne hasta entonces. Y no podéis tomar alcohol. La limpieza de la sangre es importante para que la droga cause los menores

efectos adversos.

—Sí, también lo he leído. Me he pasado un montón de horas investigando sobre el asunto —aseguró Samoa.

—Avisadme con tiempo. Tengo que conseguir un desfibrilador y algún material y medicación por si pasa algo. Si esto sale fuera de aquí, mi vida se irá a la mierda —gruñó Marisa.

—No va a ocurrir nada, ya lo verás —dijo Lola, dándole un pequeño empujón cariñoso.

—Te agradecemos de verdad tu colaboración, Marisa. Sé que lo que vas a hacer va en contra de tus convicciones, aunque quiero que pienses que esto es cosa de vida o muerte. La Ronda que hemos conocido está secuestrada en la mente de Marcos. Hay que devolverla a su cuerpo, hacerla regresar o la habremos perdido para siempre —declaró Samoa.

—Encima querréis hacerlo por la noche y tendré que inventarme algo y mentir a mi familia. Odio todo esto —resopló.

—Lo sé. Por eso te lo agradezco el doble —dijo Samoa, pasándole un brazo por la cintura—. Podrías decirles que vamos a hacer una cena, una reunión de amigas para intentar que Ronda vuelva a recordar.

—Y eso en parte será verdad —intervino Lola.

—Está bien, ahora tengo que irme. Ya me avisáis del día concreto.

—Te llamaré. Mientras tanto, intenta conseguir lo que necesitas. No tenemos demasiado tiempo —dijo Samoa antes de abrazarla.

Las cuatro se miraron unas a otras un instante antes de abandonar la terraza, conscientes de que acababan de comprometerse en un peligroso plan.

Cuando sus amigas se fueron, Samoa contempló a Ronda con un destello de esperanza en los ojos. Ella continuaba ensimismada con la película.

Se encerró en la cocina para preparar la comida. Su mente funcionaba a todo gas. Las piezas empezaban a encajar. Si las cosas iban como ella pretendía, antes de una semana habría acabado todo y la tendría de vuelta. Mientras servía los platos se le escapó una sonrisa recordando lo que Lola le había hecho a Marisa. Desde luego, su pequeña amiga no dejaba de sorprenderla.

# Los preparativos

Ronda la escuchaba desde la entrada de la gruta. Esa noche parecía estar muy nerviosa y no dejaba de mirar hacia el interior. Samoa le explicó a toda prisa el plan que habían elaborado.

—Una vez allí me tendrás que guiar. No disponemos de un chamán y eso es algo que a Noe le preocupa y a mí también. He leído lo suficiente de la ayahuasca como para saber a lo que me enfrento.

—Lo que habéis planeado es correcto. Yo te indicaré lo que hay que hacer, no te preocupes. Te prometo que no te voy a dejar sola en ningún momento. Solo piensa en eso.

—Lo sé, confío en ti. Supongo que habrás pensado en algo para dominar a Marcos durante la ceremonia. No creo que te deje salir de su cerebro así como así. Además, espero que no se entere de estas conversaciones antes de tiempo. Arruinaría nuestros planes.

—Tranquila. Hasta ahora he sabido mantenerlo al margen de lo que hablamos. Cuando noto que se despierta, me obligo a centrarme en cualquier cosa que no tenga relación contigo. Eso lo aleja de la zona grabada en mi mente con nuestros fines. Y cuando duermo tampoco puede acceder a la parte de su mente que yo ocupo. Yo también ignoro lo que él sueña. El subconsciente es un lugar tan profundo dentro del cerebro que apenas uno mismo es capaz de visitarlo. Solo ocurre en raras ocasiones. En cuanto a la ceremonia, no te preocupes. Ya he pasado por esto. Tengo una idea para distraerlo y que se centre en mí y no en lo que tú vas a hacer. Olvídate de todo. Solo tendrás que seguir mis instrucciones.

En cuanto terminó la frase, Samoa contempló con resignación cómo Ronda echaba a correr hacia el interior de la cueva. Por esa noche su encuentro había terminado. Abrió los ojos y respiró hondo. El despertador le reveló que eran casi las seis de la mañana. Hora de levantarse y ponerse en marcha.

Delante del ordenador, repasó concienzudamente toda la información que había guardado en torno a la ceremonia de la ayahuasca. Había que tener previstas todas las contingencias. Tenía claro que la reacción física ante la droga tendía a ser desagradable. Habría que preparar recipientes para los

posibles vómitos. Habló con Noe por teléfono. Esta se había comprometido a estudiar las mejores opciones para comprar ayahuasca con garantías. Samoa le pasó toda la información que había encontrado en internet para que la contrastara con la suya y pudiera decidir. Le sorprendía la cantidad de páginas que ofrecían la mezcla preparada. Debía de ser algo bastante conocido, aunque ella, por desgracia, acabara de descubrirlo hacía muy poco.

Había convenido con Noe que, una vez elegido el producto, esta se encargaría de comprarlo, prepararía la cocción y la llevaría a la ceremonia en un termo. Esa misma tarde la llamó para confirmarle que la había encargado en un sitio de internet que parecía bastante fiable. Era una página española y aseguraba que en veinticuatro horas tendría la ayahuasca en casa.

No había mucho más que pensar, salvo elegir el día adecuado para ejecutar el plan. Todo dependería de lo rápido que a Noe le mandaran la droga y de que Marisa consiguiera el material que necesitaba.

El martes por la noche Noe avisó a Samoa de que, sorprendentemente, ya le había llegado el paquete. Al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, mientras veía una película junto a Ronda, sonó el teléfono. Era Marisa. Samoa se levantó de inmediato y salió a la terraza.

—Tengo todo lo que necesito —aseguró Marisa con nerviosismo—. Si hay que hacerlo, que sea cuanto antes. No quiero tener las cosas más días en el maletero del coche. Corro el riesgo de que Quique o mis hijos las vean y me hagan preguntas.

—Voy a hablar con Noe. Tú llama a Lola. A ver si pudiera tener la sala preparada mañana por la noche, a eso de las ocho y media. Si te dice que sí, avisa a tu familia de que mañana tenemos cena.

—De acuerdo. Cuanto antes, mejor.

Samoa llamó de inmediato a Noe.

—Ya puedes poner a cocer las hierbas. A la espera de que Lola nos dé su confirmación, mañana jueves a las 20:30 ejecutaremos el plan.

—Vale, voy a prepararlo todo ahora mismo —contestó Noe—. Mañana al mediodía estará lista la infusión. Llámame para decirme que todo sigue adelante. No sé durante cuánto tiempo mantendrá su fuerza.

Al cabo de diez minutos, Marisa volvió a llamar a Samoa y le aseguró que podían ir al centro a la hora acordada. Lola le había dicho que las esperaba allí a las ocho y cuarto. Samoa contactó con Noe para confirmarle la cita.

Durante su encuentro de la noche anterior, Ronda le había contado que



Marcos no tenía planes para salir fuera de Valencia en los próximos días. Confiaba en que él acudiera al centro en cuanto le dijera lo que tenía pensado.

Esa noche se sentó junto a Ronda en el sofá un poco antes de la hora de la cena. Tenía que prepararla para lo que iba a ocurrir al día siguiente.

—Cariño, mañana por la tarde iremos a jugar a casa de Lola. Nos lo pasaremos bien.

—Vale —dijo, apartando la atención de la pantalla para mirarla.

Samoa se perdió en aquellos ojos oscuros durante unos instantes. Ronda la contemplaba con devoción, regalándole una sonrisa espectacular. Dirigió inconscientemente su mirada a los labios carnosos de su amiga. Al cabo de unos incómodos segundos, se dio cuenta de que debía volver a respirar. Tuvo que huir y esconderse en la cocina para tranquilizarse. No sabía cuánto más podría aguantar aquella situación. En el pasado había podido sobrellevar sus sentimientos hacia Ronda con la ayuda de la distancia y de los límites para el contacto físico que imperaban en su amistad. Ahora esos obstáculos se habían volatilizado. La tenía continuamente pegada a ella, no podía dejar de sentirla. Y para mayor tortura, sus demostraciones de cariño traspasaban con desinhibición las fronteras que la costumbre había establecido entre las dos. Samoa se encontraba al borde del abismo. Su amiga seguía siendo la misma mujer hermosa y sensual que desequilibraba sus hormonas, pero lo terrible era que no quedaba nada de la Ronda intelectual, apasionada, brillante, cómplice, de la que estaba enamorada.

Tan solo confiaba en que el riesgo que iban a afrontar tuviera el resultado esperado. Necesitaba creerlo. Se moría por una copa de vino, pero le había prometido a Noe que cumpliría el protocolo. Nada de alcohol ni de carne. Ronda ni siquiera protestó por el cambio de menú, que desde el domingo llevaba más hidratos de carbono y verduras y menos proteínas y grasas. Fue hasta el frigorífico y se sirvió un vaso de agua fría. Durante el sueño, si todo funcionaba, tendría la última comunicación con la Ronda que habitaba la mente de Marcos antes de la ceremonia.

Esa noche, desde la entrada de la gruta, ella seguía mostrando su inquietud mirando continuamente hacia el interior. Samoa le prometió que todo acabaría muy pronto. Le pidió que aguantara. En pocas horas iba a sacarla de allí. Le explicó los detalles del plan que todas juntas habían elaborado, el papel que cada una de sus amigas iba a desempeñar y el riesgo que estaban dispuestas a correr. Quería que supiera lo mucho que significaba para ellas.

—Da las gracias de mi parte, Sam. Espero poder hacerlo yo misma muy pronto. Sé lo que esto supone para todas, especialmente para ti, que eres la que más se va a involucrar. A la hora que hemos acordado estaré alerta, no tengas miedo. Seguiré ahí para guiar cada uno de tus pasos. Tan solo tendrás que estar pendiente de mi voz. Yo me encargaré de Marcos.

—No tengo miedo —mintió—. Solo quiero que esto acabe.

—Te estaré esperando.

—Descansa lo que puedas.

—Lo haré.

Samoa se despertó poco después de las cinco de la mañana, pero sabía que no iba a poder dormir más. Estaba muy nerviosa. El día había llegado por fin. Arrojó a la Ronda durmiente que reposaba a su lado y salió del cuarto. Intentó continuar escribiendo la novela que tenía entre manos, pero su nivel de alteración le dificultaba la tarea. Las horas pasaban demasiado despacio. Hacia las doce, llamó a Lola para recordarle que tenía que comprar las bridas.

—Tranquila, cariño, las compré ayer. Son lo suficientemente grandes como para atarlo a los hierros de la camilla sin problemas. La sola imagen ya me está poniendo cachonda.

—No cambies nunca —dijo riéndose.

—No pienso hacerlo —rio Lola también—. He concertado la última cita a las seis y media, así que sobre las ocho menos cuarto ya no habrá clientas y mis chicas comenzarán a marcharse. Os espero aquí a las ocho y cuarto. Lo tendré todo preparado.

—Ante todo, ensaya esas técnicas que nos enseñaste.

—No hará falta, hace tiempo que me apetece inmovilizar a Marcos. No se me escapará —soltó en tono provocador.

—Si no fuera por lo que es, diría que esto te divierte.

—Cariño, una cosa no excluye a la otra. La vida es breve.

—Tienes razón —volvió a reír—. A las ocho y cuarto estaremos ahí.

—Perfecto. Te dejo, me está esperando una clienta.

—Hasta luego, Lola.

Samoa se relajó un poco gracias a las bromas de su amiga. Volvió a sonreír al recordar la forma en que redujo a Marisa a un bulto indefenso en el suelo de su terraza. Después les había contado el secreto. Existía un punto junto al dedo pulgar que, presionado convenientemente, producía un dolor agudo que dejaba a la víctima sin fuerza en manos de su atacante. Una vez

llevado al lugar elegido, había que actuar rápido y colocar la rodilla en la axila del sujeto y su brazo en la posición adecuada. Todo ello le impedía moverse, a no ser que quisiera experimentar un dolor terrible por la torsión de la muñeca y el brazo. Las tres amigas se habían quedado impresionadas con las explicaciones de Lola. Sobre todo, Marisa. Pasado el primer enfado, al cabo de varios minutos todavía se preguntaba cómo era posible que una mujer tan pequeña la hubiera inmovilizado, en tan solo dos segundos y sin despeinarse.

A media tarde, Ronda y Samoa ya estaban duchadas y listas para marcharse. Esta había elegido ropa cómoda para las dos. Un poco antes de coger el coche, avisó a Noe.

—Nosotras salimos ya hacia allí. ¿Todo preparado?

—Tengo la infusión en el termo.

—Ya he hablado con Lola. Lo tiene todo controlado. Voy a llamar a Marisa. Me preocupa que se eche atrás.

—No será capaz de decepcionarnos, pero llámala de todas formas. Estará muy nerviosa.

—Voy a ver si la tranquilizo. Nos vemos allí, Noe.

—Hasta luego.

En cuanto colgó, marcó el número de Marisa. Eran casi las siete de la tarde y conociéndola, estaría preparada desde hacía rato para salir de casa.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, estaba acabando de arreglarme para la cena —dijo con la voz tensa. Samoa imaginó que alguien de su familia estaría escuchándola.

—No te olvides de las cosas que necesitas. A las ocho y cuarto estaremos allí.

—No te preocupes, no me retrasaré.

—No lo dudo. Y tranquila, todo saldrá bien.

—Nos vemos dentro de un rato —contestó cortante.

Samoa colgó el teléfono y anunció a Ronda que era hora de irse. De inmediato esta la agarró de la mano y caminaron hacia el coche. Notó que los nervios comenzaban a asentarse en la base de su estómago. Necesitaba dejarse llevar, pensar lo menos posible. Tenía que prepararse para la ceremonia y alejar los miedos, así que, en cuanto le abrochó el cinturón de seguridad a Ronda, cogió el reproductor de música y buscó algo que la relajara durante el camino. El subconsciente le jugó una mala pasada y al

instante comenzó a sonar *Big Girls Cry* de Sia: «*Tough girl in the fast lane, no time for love, no time for hate, no drama, no time for games...*».

La angustia comenzó a enroscarse en su interior como una boa, amenazando con asfixiarla por dentro. Como si la Ronda-niña que se sentaba a su lado fuera consciente del terror que la atenazaba, alargó el brazo y dejó reposar su mano sobre el muslo de Samoa. Ese simple hecho sirvió para que expulsara a la serpiente de su cuerpo. No podía permitirse el lujo de dejarse arrastrar por el pánico. Sería fuerte por ella.

# La ceremonia

Como era de esperar, Marisa estaba ya en el centro de estética cuando Samoa y Ronda llegaron a la hora acordada. Solo faltaba Noe. Lola se ocupó de enseñarle todas las estancias a Ronda, la cual había adquirido la confianza suficiente como para desasirse de la mano de Samoa. Se mostraba encantada de curiosear por allí, preguntando a cada instante para qué servía esto o aquello. Mientras tanto, Samoa se quedó hablando con Marisa en el zaguán.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Muy preocupada. Esto no puede salir bien —dijo mirándola con ojos asustados.

—Debe salir bien, Marisa, no tendremos otra oportunidad.

—¿Cómo vas a conseguir que Marcos venga?

—No te preocupes por eso. En cuanto estemos todas, le llamaré.

—¿Y si se mosquea y no viene? ¿Y si viene con alguien más?

—Vendrá solo —afirmó con decisión. Quería creer en sus propias palabras, aunque la duda de Marisa también le rondaba a ella por la cabeza—. ¿Dónde tienes las cosas?

—Lo he dejado todo preparado en el cuarto donde me ha dicho Lola que vamos a hacerlo.

—Espero que no haga falta usarlo —señaló, pasándose la mano por el pelo. No podía fingir que estaba tranquila.

—Esto es muy arriesgado, Sam. No tengo ningún tipo de experiencia con esta droga. He traído fármacos por si acaso. Puede pasar cualquier cosa.

—Confío en ti, Marisa.

Ella miró a su amiga con gesto sombrío y en aquel momento sonó el timbre. Lola acudió a abrir acompañada por Ronda. Era Noe. La mujer pelirroja entró con el termo en la mano y unos vasos de papel.

—Bueno, ahora ya estamos todas —anunció Samoa.

—Deberías llamar a Marcos —sugirió Lola.

Samoa afirmó con la cabeza.

—Si os parece, antes vamos a preparar el escenario. Y también a Ronda. Ven conmigo, cariño, vamos a jugar como el día en que fuimos a ver al doctor ¿te acuerdas?

—Claro.

Lola las condujo hasta el gabinete que había elegido. Bajo una iluminación tenue acompañada de velas perfumadas, había dispuesto tres camillas de color malva con una palangana escondida discretamente bajo cada una de ellas. Las camillas parecían bastante cómodas y tenían unos hierros que sobresalían por debajo, muy oportunos para atar a alguien. Junto a la primera estaba la mesa con el desfibrilador y todo lo que Marisa había llevado. Sobre la camilla había una bolsa abierta de plástico transparente con bridas de color blanco en su interior.

—Tú y yo nos tumbaremos en estas camillas tan bonitas —anunció, señalando la central y la más alejada, casi pegada a la pared.

—¿A qué vamos a jugar?

—A tener un sueño juntas. Será muy divertido.

—¡Vale!

—Ahora acuéstate. Noe se quedará contigo. Yo vendré enseguida.

Ronda parecía tranquila y dispuesta a aceptar lo que Samoa le ordenara. Se subió a la camilla de inmediato. Noe se acercó y comenzó a hablar con ella. Mientras salía de la sala, escuchó cómo su amiga pelirroja comenzaba a contarle con voz sedosa lo que iban a hacer para jugar. Le dio la impresión de que la estaba preparando hábilmente para la relajación.

En la sala de espera próxima al zaguán de la entrada, Samoa cogió el móvil y buscó el número de Marcos. Lola y Marisa estaban atentas a cada gesto de su amiga. Del resultado de la llamada dependería el éxito de su plan.

—¿Marcos? ¿Te pillo en mal momento?

Marisa y Lola cruzaron una mirada de preocupación. Samoa continuó hablando.

—No lo sé... he venido con Ronda al centro de estética de Lola. Habíamos quedado aquí para cenar todas juntas y nada más entrar ha pasado algo. Ronda no hace más que gritar y llamarte. Está muy alterada. No sabemos qué hacer. ¿Podrías venir? Espero que puedas tranquilizarla. No tenemos ni idea de qué le pasa y no conseguimos que se calme. Solo grita que quiere verte.

Tras un corto silencio, habló de nuevo.

—¿Te acuerdas de dónde es?

Marisa y Lola soltaron el aire de los pulmones a la vez.

—Te esperamos aquí. No tardes. Con sus gritos va a alertar a los vecinos.

En cuanto colgó el móvil, sus amigas la miraron expectantes.

—Dice que en quince minutos está aquí.

—¿Está segura de que vendrá solo?

—Eso espero. Imagino que estará desconcertado. Para él es completamente imposible que Ronda se acuerde de algo. No le queda otra opción que venir a comprobar qué pasa.

—Pues solo nos queda esperar —dijo Lola.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Marisa visiblemente nerviosa.

—Tú esperarás en la sala junto a Noe y Ronda —explicó Lola—. Samoa y yo le haremos entrar. En cuanto esté dentro de la sala lo inmovilizaré contra la camilla y vosotras lo sujetáis con las bridas.

—¿Sabéis lo arriesgado que es esto? ¿Y si no consigues inmovilizarlo? —dijo Marisa.

—Qué poco confías en mí, cariño. En el caso de que algo falle tendremos que improvisar.

—Por cierto, se me olvidaba una cosa. Cuando todo acabe habrá que ponerle esto —dijo Samoa, sacando un antifaz negro del bolsillo para dárselo a Lola. No quiero que nos vea. Ya os lo explicaré más tarde.

—Joder, joder, joder... —comenzó a murmurar Marisa yendo de un lado a otro de la clínica.

—¡Tranquilízate, por Dios! Todo va a salir bien. Confía en Lola. Yo lo hago —declaró Samoa, intentando controlar sus propios nervios.

—Está bien. Os espero dentro —bufó, dirigiéndose hacia la sala donde estaban las otras dos.

—Espero que no nos falle. Está nerviosísima —dijo Samoa en voz baja.

—Si ha de intervenir, lo hará bien. Es una llorica, pero responde. Siempre lo ha hecho —aseguró Lola guiñándole un ojo.

—Tienes razón —Samoa se obligó a sonreír—. Imagino que Marcos no tardará en llegar. Un cuarto de hora pasa rápido.

—Se estará preguntando qué narices pasa. Lo has hecho muy bien, Sam.

—La verdad es que yo también estoy nerviosa.

—Pues yo no. Tengo ganas de vapulear a ese cabrón. Con lo bueno que está...

—Sí, es muy de tu estilo —rio.

Al cabo de unos minutos, el timbre interrumpió la conversación intrascendental que las dos amigas mantenían con ánimo de llenar el tiempo de la espera. Samoa notó cómo le palpitaba la vena del cuello. Lola le hizo

una seña para indicarle que iba a abrir la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marcos nada más traspasar el umbral. Se le veía tenso bajo su coraza de hombre seguro de sí mismo.

—No lo sabemos. Ahora parece un poco más tranquila, pero no hace más que preguntar por ti —manifestó Samoa, comenzando a andar hacia dentro del local.

Marcos fue tras ella y Lola le seguía a escasa distancia. En cuanto Samoa entró en la sala donde aguardaban las otras tres, notó la tensión en el ambiente. Enseguida se hizo a un lado para facilitar que Lola y él se aproximaran a la primera camilla. El hombre contempló a Ronda con cierta aprensión y luego se volvió hacia Samoa justo en el momento en que Lola lo agarraba de la mano. Samoa pudo ver la mueca de dolor de Marcos y que este se iba encogiendo y reculando hasta apoyarse en el borde de la camilla. En ese instante todo se volvió muy confuso. De forma incomprensible, Marcos se desembarazó del placaje de Lola y la lanzó contra la pared. Sin pensar, Samoa se abalanzó hacia él propinándole un codazo en la cara y lo empujó contra la camilla para inmovilizarlo, pero él reaccionó lanzando el puño cerrado contra su ceja. Samoa recibió un golpe seco y comenzó a sangrar por la herida abierta. La sangre no le permitía ver por el ojo izquierdo. El dolor la había dejado momentáneamente aturdida. Aun así, reaccionó y se las arregló para sujetar a Marcos con fuerza contra la camilla, poniendo todo su peso sobre él. Lola se recuperó como pudo del encontronazo con la pared y corrió para colocarle una brida en torno a la muñeca y sujetarla a la camilla con la ayuda de Noe. Samoa seguía forcejeando con él. Marcos también sangraba abundantemente por la nariz, pero se defendía como un tigre.

—¡Marisa, ayuda! —gritó Samoa.

—¡No sabéis lo que estáis haciendo! —amenazó el hombre, intentando zafarse de Samoa.

—¿Qué hago? —gritó Marisa, histérica.

—¡Pon la brida en la otra muñeca!

Mientras Marisa le inmovilizaba el otro brazo, Noe y Lola le subieron las piernas, atando un tobillo y luego el otro a los hierros de la camilla. Marcos no dejaba de increparlas. Samoa se incorporó, limpiándose con la mano la sangre del ojo para poder ver algo. Ronda contemplaba la escena desde su sitio, pero se había replegado hasta acurrucarse contra la pared. Su cara dejaba ver que estaba aterrorizada.



—Ronda, cariño, no tengas miedo —dijo dulcemente Samoa—. Es un hombre malo y le hemos atado para que no haga más daño. Tú acuéstate.

—Tienes sangre —dijo con un hilo de voz.

—Es solo un cortecito, no pasa nada. Luego me lo curará Marisa. Estoy bien, acuéstate, cariño. Enseguida empezaremos a jugar —insistió Samoa, acompañando sus palabras de una sonrisa para que se tranquilizara.

Ronda se mostraba reticente, pero parecía haberse calmado un poco. Hizo caso a su amiga y se tumbó boca arriba sin dejar de mirar muy seria lo que estaba ocurriendo en la otra parte de la habitación.

—¿Estás bien, Lola? —preguntó Samoa, llevándose la mano a la herida de la ceja.

—No te preocupes, querida, solo ha sido un golpe en la espalda. Con un antiinflamatorio mañana estaré como nueva. Me duele más el orgullo.

—¿Qué pretendéis hacerme? —preguntó Marcos, totalmente alterado.

Ninguna se molestó en contestarle.

—Límpiate la ceja —dijo Noe.

—Ahí hay pañuelos de papel —anunció Lola, señalando el cajón de un mueble que había en la pared frente a las camillas.

Marisa se hizo con un puñado de pañuelos, limpió bien la cara de Samoa y presionó sobre la herida de la ceja.

—Sujétalos fuerte. La hemorragia cesará. Ya veremos si hay que darte algún punto.

A continuación, fue hasta Marcos

—Si te estás quieto te tapono la nariz para que deje de sangrar —le dijo.

El hombre le lanzó una mirada asesina, pero mantuvo la cabeza inmóvil mientras Marisa le limpiaba la cara, poniéndole algodón en los orificios.

—Me temo que se la has roto —comentó, dirigiéndose a Samoa.

—Y él a mí la ceja —respondió con un gesto de dolor. Por suerte, la herida había dejado de sangrar, aunque comenzaba a palparle con un dolor sordo.

—Queridas, no perdamos más tiempo —sugirió Lola.

—Ha de tomarse ya la ayahuasca —intervino Noe, abriendo el termo y sirviendo su contenido en tres vasos de papel que llenó hasta el borde. De inmediato, el olor acre de la infusión se extendió por el cuarto.

Samoa se tumbó en la camilla central y se giró hacia Ronda, que la miraba a punto de echarse a llorar. Se levantó y fue hasta ella para besarla en la mejilla y abrazarla.

—¿Lo ves? Estoy bien. Ya no me sale sangre. ¡Es hora de jugar!

Ronda pareció tranquilizarse y dibujó media sonrisa, aunque sus ojos recorrieron con temor la mancha de sangre que lucía la camiseta de Samoa. Esta volvió a acostarse y Noe se aproximó a Marcos con uno de los vasos.

—No pienso tomarme eso.

—Tienes dos opciones: o te lo tomas por las buenas, o te lo tragas a la fuerza con la probabilidad de que parte del contenido se vaya a tus pulmones. Si la tiras, tengo más. Tú eliges.

Noe aproximó entonces a Marcos el vaso lleno con un líquido espeso y marrón. A pesar de la furia que destilaba, la mirada del hombre le indicó que había elegido la opción correcta. No podía hacer otra cosa. Ella apoyó el vaso en el borde de sus labios mientras le sujetaba la nuca con la otra mano.

A pesar de que no podía respirar por la nariz y del desagrado visible tras el primer trago, el hombre se lo bebió a pequeños sorbos hasta el final. A continuación, Noe se acercó a Samoa y le ofreció otro vaso.

—Por lo que dicen, está algo amargo —le previno.

Samoa miró el contenido con repugnancia y se dijo que no era momento de dudar. Hizo la misma mueca de aversión en cuanto apuró la droga.

—Es asqueroso —anunció, mostrando una ligera sonrisa para disimular el miedo que sentía. A partir de ese momento su destino estaba en manos de la ayahuasca y, por descontado, de las instrucciones de Ronda—. Ponle el antifaz, Lola.

Su amiga lo sacó del bolsillo trasero del pantalón donde lo había guardado y se lo colocó a Marcos a pesar de sus protestas.

—Intenta estar tranquila, Sam. La ayahuasca puede tardar en hacer su efecto hasta una hora —señaló Noe.

—De acuerdo —respondió, intentando relajarse en la camilla.

Marcos guardaba silencio. Parecía resignado a lo que iba a suceder a continuación.

Noe fue hasta la camilla de Ronda y le dio a beber su vaso de ayahuasca. Samoa se incorporó un poco para explicarle que aquello no estaba muy bueno, pero que era necesario que se lo bebiera para que soñaran juntas. En eso consistía el juego.

—Yo también lo he bebido. Ahora hazlo tú, cierra los ojos y no tengas miedo, cariño. Vamos a jugar. Yo estaré todo el rato a tu lado —le aseguró.

Ronda se lo tomó obedientemente, aunque no pudo evitar hacer un gesto

de rechazo ante el amargo sabor.

—Está malo, ¿verdad? —sonrió Samoa.

—Muy malo —respondió, repitiendo el gesto de repulsión.

—Intenta relajarte, concéntrate y conecta con Ronda, Sam —le dijo Noe junto al oído. Luego habló con voz profunda y pausada—. En un rato notaréis la acción de lo que habéis tomado y todo se volverá intuitivo. Os sentiréis como dentro de un sueño, sumidas en una alucinación que para cada persona es diferente e íntima. Si os encontrarais mal, no os preocupéis. Nosotras estaremos atentas a vuestras necesidades.

—Ronda, cariño, vamos a hacer lo que nos dice Noe —susurró Samoa.

—Vale —contestó con un hilo de voz.

Las dos comenzaron a inspirar hondo siguiendo la voz que les guiaba el camino para alcanzar una relajación profunda. Marcos parecía prepararse también, cogiendo bocanadas de aire por la boca.

Al cabo de unos minutos Samoa dejó de escuchar a Noe y, como por arte de magia, empezó a oír la voz de Ronda, su Ronda de siempre, directamente en el cerebro.

*Escúchame, Sam. Ya empiezo a sentir la ayahuasca. Me noto rara. ¿Tú también? Veas lo que veas, mantente conectada conmigo. No pierdas el vínculo. ¿Lo harás?*

—Lo intentaré —declaró con voz balbuceante.

Marisa y Lola miraron hacia Noe. Ronda parecía dormida.

—Ya han entrado en trance. Debe de haber conectado con Ronda —susurró Noe, haciendo un gesto para que las otras guardaran silencio.

Ronda flotaba desafiante delante de Marcos dentro de un espacio indefinible. Él le sonreía con sorna.

*No creas que te tengo miedo. Esta vez sé lo que tengo que hacer para contrarrestar tu voluntad. No conseguirás que permanezca en tu cerebro. Voy a volver a mi cuerpo y no podrás detenerme.*

Ronda sintió el abrazo estrecho de Marcos que la inmovilizaba, pero en lugar de luchar contra la sujeción, se convenció de que era ligera como el humo, alejándose de él con rapidez. El pareció sorprendido, pero la atrapó de nuevo convirtiéndose en un globo impermeable del que no podía escapar ni el aire. En esa dimensión el ingenio era la clave. Sorprendiendo a su enemigo, Ronda se volvió punzante y explotó la mazmorra en la que se hallaba.

Pasaron más de veinte minutos en los que solo se escuchaba el sonido de

respiraciones aceleradas en la habitación. Al cabo de ese tiempo, Samoa soltó un gemido. Las tres la observaron atentas. Ronda se puso en posición fetal y comenzó a emitir unos ruiditos ininteligibles.

*¡Samoa! Escúchame y actúa rápido. ¿Ves la cueva? Ve hacia allí y entra. Te estaré esperando. Él está conmigo, pero no puede oír lo que te digo. No hay peligro.*

Samoa tuvo que hacer grandes esfuerzos para concentrarse en la voz de su amiga. Estaba en éxtasis, flotando sin rumbo en un espacio infinito, como si se hallara dentro de un túnel caleidoscópico formado por mil vetas de colores. La voz de Ronda era lo único que aportaba un mínimo de cordura a lo que estaba viviendo, el único estímulo que la anclaba a la realidad que conocía. Unos minutos antes, una fuerza descomunal había tirado de ella alejándola a gran velocidad de su cuerpo. Sentía como si estuviera a años luz de la Tierra.

Perdida en una realidad enloquecedora, le costó varios segundos conectar con la imagen que su amiga le describía, pero al final lo consiguió. De repente vio con claridad la entrada de la gruta. Siguiendo las instrucciones de Ronda, comenzó a caminar hacia el interior tanteando las paredes húmedas y resbaladizas. Le aterrorizaba adentrarse en la cueva donde Ronda estaba confinada con Marcos. No tenía ni idea de con qué se iba a topar, pero deseaba ver a Ronda con toda su alma. Se sintió decepcionada al constatar que continuaba avanzando y seguía sin encontrarla, aunque sí podía escuchar su voz. El interior de la caverna se fue haciendo cada vez más angosto y oscuro hasta desembocar en una bifurcación. Samoa estaba sobrecogida. Temía resbalar y caer en cualquier momento por algún hueco que escapara a su percepción. Se obligó a recordar que aquella experiencia no era física, que no implicaba a su cuerpo sino a su mente, por lo que el miedo a sufrir un daño físico no era fundado. En aquel momento, la voz de Ronda le indicó que tomara el camino que iba hacia la derecha. Comenzó a andar en esa dirección por un corredor angustioso, absurdamente encogida por temor a dar con la cabeza en las rugosidades del techo. No podía dejar de sentir que su cuerpo participaba de aquella aventura. Percibió un atisbo de claridad hacia el fondo y se dejó llevar por ella. En cuanto alcanzó el final del túnel se quedó con la boca abierta. La gruta se expandía convirtiéndose en una sala inmensa. Estalactitas puntiagudas apuntaban hacia cientos de bolas del tamaño de balones de playa, de las que emanaba la extraña luz que había percibido en el corredor. Pensó que aquello formaba parte de una alucinación, una

alucinación maravillosa. Le recordaban las bolas de caucho transparentes con las que había jugado de pequeña, que saltaban de manera endemoniada y eran difíciles de apresar, pero estas eran mucho más grandes y preciosas. Daba la impresión de que la luz del sol incidía en ellas proyectando una miríada de arcoíris que hacían guiños desde las paredes de la cueva. La imagen era sobrecogedoramente bella.

Se aproximó con cuidado a aquellas píldoras gigantes. Cuando las tuvo más cerca, apreció que encerraban un fluido irisado. Se puso junto a una de ellas y extendió la mano, pero, justo cuando iba a tocarla, la voz de Ronda la sobresaltó haciendo que diera un paso atrás.

*Espera. No las toques todavía. Son mis recuerdos, todo lo que he sido, todo lo que he vivido. Son lo que constituye mi esencia. Cada una de esas esferas encierra retazos de mi vida. Tendrás que cogerlas, una a una, y llevarlas por el corredor hasta llegar a la bifurcación. Luego deberás continuar por la derecha, siguiendo el túnel hasta encontrar la otra sala.*

Marcos se volvió llama y derritió la punta acerada en la que se había convertido Ronda, pero cada gota de metal se tornó en agua helada lanzada contra su rival, consiguiendo sofocar el fuego.

*¿La otra sala?*

Samoa continuó quieta, anhelando que Ronda rompiera el silencio.

*Cuando cojas la primera esfera, regresa por el corredor por el que has entrado. Llegarás al mismo cruce de antes. Hay un pasillo a la derecha que desemboca en otra sala como la que estás viendo, pero casi vacía y con escasa luz. Las esferas que hay allí contienen lo poco que él ha dejado en mi cuerpo físico, lo imprescindible que permite a ese cuerpo seguir viviendo junto a todo lo que tú le has estado enseñando en estos días.*

Samoa respiró hondo procurando recordar las instrucciones. Si hacía algo mal perdería la esencia de Ronda, la esencia que tanto amaba.

Marcos se convirtió en un monstruo sediento que se bebió a Ronda de un lametazo. En el interior de ese estómago asfixiante, Ronda se volvió ácido, arrasando el interior de su enemigo, quemándolo desde dentro. La lucha se estaba volviendo encarnizada.

*¡Una cosa más, Sam!*

Samoa se quedó quieta cuando estaba a punto de agarrar la primera bola.

*También están las esferas que encierran los recuerdos de Marcos. Cuando las toques, lo sabrás. Si ves algo que no me pertenece, déjalo. Busca solo las*

*mías. No tenemos tiempo. Y lo más importante, en cuanto pongas tus manos en ellas, verás todo lo que he vivido, sentirás todo lo que sentí. Te meterás dentro de mí. Tendrás que ser fuerte para soportarlo. La sensación será intensa, muy real. Deberás concentrarte en tu objetivo y luchar contra la tentación de dejarte llevar por lo que estás experimentando. Tu mente te engañará para que te detengas a contemplar la película en la que tú serás parte, por lo que tendrás que concentrar toda tu fuerza de voluntad para caminar hasta la meta con toda esa carga entre los dedos. No podemos perder ni un minuto. Continuarás experimentando mi vida mientras recorres el pasillo. Lo seguirás sintiendo todo hasta que no sueltes la esfera que encierra cada episodio de mi existencia. Vas a tener que echar mano de todo tu coraje, Sam. Recuerda que la continuidad de mi esencia depende de ti. Deberás luchar para que tu actividad no quede paralizada ante esas emociones, para no perder la perspectiva. No tenemos demasiado tiempo. Cada esfera abre una puerta de mi vida. Y, Sam, vivirás experiencias que no siempre serán agradables.*

Samoa comenzó a sentir el pánico de la responsabilidad. Empezó a notar un cosquilleo en las manos ante la idea inminente de tener que tocar aquello.

*Voy a hacerlo,* anunció para darse ánimos a sí misma.

Con la mente centrada en un único fin, extendió los brazos y agarró con cuidado la primera esfera. El efecto que su contacto transmitió al cerebro fue inesperado. La bola estaba caliente, era ligerísima y blanda. Sin embargo, y tras esa breve sorpresa, alcanzó de golpe a Samoa toda la fuerza de su contenido. Allí estaba encerrado un recuerdo inverosímil para el común de los mortales: se encontró en un útero materno. ¡Ronda tenía recuerdos de cuando estaba dentro de su madre! Abrazada a aquella gran bola, se vio cálidamente envuelta en líquido amniótico, ingrávida, protegida, conectada a la fuente que la alimentaba. Experimentó la paz que solo los embriones pueden conocer. Dos grandes lágrimas le rodaron por las mejillas. Lo que estaba viviendo era tan inmenso y excepcional que la había cogido desprevenida. Sin dejar de llorar, se obligó a dar la vuelta y encarar el largo corredor. Cada paso le suponía un esfuerzo casi sobrehumano. Metro a metro, fue sintiendo en sus propias células el sufrimiento del parto, la sensación aterradora de desprotección ante el exterior, el espanto de haber sido separada de su refugio seguro. Finalmente, experimentó la calma de escuchar de nuevo los latidos de su madre en el momento en que la pusieron sobre su pecho.

Se ahogaba de sentimiento. Avanzó a ciegas por el pasillo angosto mientras degustaba el sabor agrio de la leche materna en la boca; se vio andando a gatas, dando los primeros pasos inseguros, llorando ante el dolor de una vacuna, ante el golpe de una caída. Veía a ese bebé que era Ronda, pero era ella la protagonista de sus recuerdos robados. Samoa estaba ahora dentro de su memoria.

Con gran esfuerzo, como si avanzara por un campo de arena que la cubriera hasta la cintura, observó con desesperación la longitud del corredor hasta la bifurcación, una distancia que se le antojaba inalcanzable. No obstante, siguió empujando aquella arena invisible al tiempo que buceaba en los recuerdos de los primeros pasos de su amiga en el mundo. Por fin tomó el camino a su derecha y rogó por que estuviera cerca el final del túnel, la desembocadura a la sala que constituía su meta. No quería pensar en otra cosa que no fuera su objetivo y avanzó hasta que finalmente lo tuvo ante los ojos. Como si le hubieran dado un golpe, le dolió el vacío de aquel amplio espacio en el que tan solo había un pequeño grupo de esferas emitiendo una luz titubeante, la escasa memoria que pervivía en el cuerpo de Ronda.

*Maldito seas, Marcos.*

Con sumo cuidado, depositó la bola que portaba entre las manos junto a las otras y se apresuró a desandar aquel pasillo que parecía no tener fin. Ahora se sentía ligera y convencida de lo que debía hacer. Apretó el paso para alcanzar de nuevo la bifurcación y girar hacia la izquierda hasta la sala repleta de canicas gigantes. Se aproximó a otra de las esferas y esa vez la agarró sin dudar. De golpe se topó con la primera Ronda de su vida, la mocosa con coletas y ojos admirables tal como la había visto la primera vez. La ternura y la emoción la embargaron. A lo largo de aquel corredor fue reviviendo su propia experiencia del colegio, pero desde otros ojos. Sintió la afinidad que llevó a esa niña a aproximarse a ella y convertirse en su inseparable amiga. Volvió a sentirse pequeña, irresponsable, a convertir el juego en el centro de su universo. Padeció la fiebre de las enfermedades infantiles, la sensación de convalecencia, la alegría de volver a clase y encontrarse con su mejor amiga. A su pesar, soltó todos aquellos recuerdos entrañables en la otra sala.

Con la siguiente esfera atravesó la adolescencia en la piel de Ronda y se encontró con algo que no esperaba y que la alcanzó como un mazazo. ¡Su amiga se había sentido atraída por ella desde el primer día! Vivió en su propia

carne el sufrimiento, el miedo, la duda, el deseo acallado durante años y, sobre todo, los celos. Conmocionada, descubrió cuánto tiempo habían perdido. Lloró ríos al ser testigo del sexo solitario de Ronda pensando en ella. Solo en ella. Se maldijo por las miradas ardientes de las que nunca se percató. Sus sentidos se cerraron ante la primera experiencia sexual de Ronda con un compañero de instituto; un encuentro áspero, envuelto en alcohol, carente de satisfacción, una experiencia llena de dolor. Con el corazón en un puño, se apresuró a dejar la esfera en la sala semivacía y volvió corriendo hasta la estancia repleta. El pulso le latía desbocado ante la expectativa de lo que iba a encontrar.

Esfera tras esfera, llegó a la que más temía, la que encerraba el recuerdo de Fernando.

Se sintió una intrusa, una *voyeur* sin permiso al conocer los más íntimos secretos de su relación. Y aquí volvió a toparse con algo que la conmocionó: Ronda no había disfrutado plenamente del sexo con nadie, ni siquiera con él. La relación estaba llena de amor, de un compañerismo y un cariño sin igual, pero carente de pasión por una de las dos partes. Tan solo una vez, tras una cena en la que acabaron los dos bastante borrachos, su amiga se dejó llevar y alcanzó un orgasmo explosivo con Fernando. Pero la clave para llegar a ese placer había sido imaginar a Samoa entre sus brazos. En realidad, había estado haciendo el amor con ella. Estaba conmocionada. Fue consciente del dolor de Ronda por esa traición, de la culpabilidad posterior por pensar que había engañado miserablemente a su marido.

Ante aquella tremenda revelación, la fuerza de Samoa se vino abajo y quedó atrapada en el recuerdo. Las arenas del camino le cerraban el paso sin darle opción a avanzar. Fue la voz de Ronda la que despertó su voluntad gritándole.

Marcos, como un virus mortal, acababa de infectar las células de Ronda, que entró en simbiosis con su rival mutada en antibiótico implacable.

*¡Continúa, no tenemos tiempo!*

Aferrándose a todo su coraje, Samoa consiguió deshacerse del plomo que sentía en las piernas y depositó la esfera con las otras. La nueva sala ya reflejaba en las paredes de la gruta decenas de colores irisados; estaba ya llena de vida. No quedaba mucho.

Las siguientes esferas la llevaron por el calvario de la muerte de Fernando, le hicieron sentir en primera persona el ostracismo, el destierro voluntario de



sentimientos, pero también la realidad oculta de un amor hacia ella que había sido enterrado bajo capas de mentiras vertidas por la costumbre. Con el estómago encogido, Samoa revivió los celos dolorosos de Ronda ante cada una de las parejas que le había presentado.

Cuando concluyó por fin con su misión, cuando ya no hubo ni un solo resquicio de recuerdo propiedad de Ronda en la mente de aquel hombre despreciable, se puso a buscar con ahínco entre los recuerdos de Marcos. Rozaba apenas las bolas por temor a descubrir cosas de él que le repugnaban. Tras un buen rato, consiguió hacerse con la esfera deseada: aquella que encerraba el recuerdo desde que Ronda había aparecido en su vida hasta el presente; la que guardaba, incluso, los recientes recuerdos generados en la lucha sangrienta que estaban llevando a cabo. Con una determinación clara, avanzó por el pasillo cargando con aquella parte de su mente, la que encerraba la conspiración, todo lo que ese hombre conocía de La Esencia, todo aquello que Marcos había construido en torno a ella y sus amigas. Cargada con la valiosa información, se plantó ante la sala que ahora albergaba los recuerdos completos de Ronda y depositó allí la última esfera. Eran unos recuerdos a los que él ya no accedería nunca más. A partir de entonces no habría nada en su cabeza que tuviera relación con ninguna de las cinco, ni con nadie referente a La Esencia. Ahora ese recuerdo pertenecía a Ronda.

Marcos se quedó paralizado de repente. Acababa de olvidar por qué estaba luchando y con quién. Ronda aprovechó para huir de su lado, para aumentar la distancia que le separaba de él.

Samoa recibió el avisó desesperado de que no le quedaba tiempo. Dio la espalda a la sala llena de vida que ahora contenía la mente de su amiga y caminó de nuevo hacia la bifurcación.

*Date prisa. Avanza por el corredor que tienes enfrente.*

Su trabajo había finalizado. Echó a correr pensando en no resbalar. No podía desembarazarse de la sensación de ir con su cuerpo auestas. Ahora tenía que centrarse en encontrar la salida de la cueva. Por fin distinguió una luz al fondo del corredor. Notó como si alguien la persiguiera y pensó con fuerza que el miedo era tan solo un mal sueño. En su cabeza solo dejó sitio para la esperanza.

—Vuelve, Sam, estoy aquí.

La voz de Ronda le llegó como un eco lejano. Tomó aire unas cuantas

veces, esforzándose en salir del estado de trance en el que había caído. Le pesaban los párpados. Intentó abrir los ojos y le sobrevino una arcada. Una mano le sujetó la cabeza mientras vomitaba en la palangana. La misma mano le limpió la boca con un pañuelo de papel. Inspiró un par de veces más y enfocó la vista. Marisa la observaba con preocupación. Marcos acababa de vomitar también en un recipiente sujeto por Noe. Por miedo a volver a vomitar, Samoa giró lentamente la cabeza hacia su izquierda. Ronda la contemplaba desde la camilla contigua.

—Hola, Sam —susurró con emoción en la mirada.

Entonces cerró con fuerza los ojos. Ella estaba allí. Su Ronda. El sentimiento no le permitía articular palabra.

Noe les aconsejó que esperaran unos minutos antes de incorporarse. Al cabo de un rato, Marisa les alertó.

—Habrá que hacer algo con este. Parece desorientado.

Samoa se incorporó con esfuerzo. Tenía los miembros adormecidos y le palpitaba la ceja. Movié con cuidado las piernas y los brazos para eliminar los pequeños calambres que la recorrían. Todavía estaba algo insegura, pero no podían esperar. Había que actuar rápido.

—Vamos, no hay tiempo que perder, hemos de llevarlo al coche. ¿Cómo estás? ¿Puedes andar? —preguntó a Ronda.

—Aún estoy un poco embotada, pero creo que sí, no te preocupes.

—Ayúdala, Marisa. Noe y yo arrastraremos la camilla de Marcos hasta la entrada.

—Yo vigilaré la calle —dijo Lola.

—Estoy bien, de verdad, por mí no os preocupéis —anunció Ronda.

—Ni pensarlo, Marisa te acompañará. No perdamos tiempo —insistió Samoa.

Lola salió hasta la puerta y avisó de que todo estaba despejado. Todavía era de noche. Consiguiendo desentumecer su cabeza y sus miembros, Samoa empujó la camilla hasta la salida con la ayuda de Noe. Con el antifaz ocultándole la visión, Marcos no paraba de preguntar dónde estaba.

—Voy a acercar el coche hasta aquí.

—Yo puedo ayudar —insistió Ronda, apoyada en el marco de la puerta.

Samoa regresó con el Camaro, que estaba estacionado a un par de manzanas, y comenzó a hacer maniobras para aproximar lo marcha atrás a la entrada del edificio. Luego apartó el asiento del copiloto para tener acceso a

la parte trasera.

—¿Preparadas? Voy a cortar las bridas —anunció Marisa.

Entre ella y Noe lo agarraron de los brazos para bajarle de la camilla. El hombre no entendía qué estaba pasando, pero tampoco se resistía. Entonces Samoa le ató las muñecas a la espalda con otra brida, guiándole hasta acomodarlo en el asiento trasero del coche. Lola vigilaba nerviosa la calle por miedo a que apareciera alguien y las descubriera en una actividad bastante sospechosa y, para colmo de males, en la misma puerta de su centro. Ronda y Samoa subieron entonces al Camaro. Las otras querían seguirle, pero Samoa se negó.

—Ya os habéis comprometido bastante. Gracias por todo, chicas.

—No nos las des. Ese cabrón no podía salirse con la suya —afirmó Noe con contundencia. Marisa y Lola asintieron.

—Mañana os llamaré.

Samoa arrancó y circuló a toda prisa por la ciudad dormida hasta alcanzar una autovía. Marcos no paraba de preguntar qué le iban a hacer, qué estaba pasando. Apretó el acelerador a fondo. El Camaro rugió comiéndose los kilómetros. La mente de Samoa estaba centrada tan solo en deshacerse lo antes posible de Marcos. No podía permitirse pensar en todo lo que había descubierto acerca de la mujer que estaba sentada a su lado.

—¿Qué vamos a hacer...? —comenzó a decir Ronda.

—No te preocupes —la cortó—. Pararemos en la próxima salida. Alguien le recogerá.

—¿Cómo puedes estar segura de que no nos encontrará? —preguntó en voz muy baja.

—Busca en tu cerebro. He traspasado a tu disco duro algunas cosas que eran exclusivamente tuyas. Como puedes comprobar, dispones de un montón de información que antes no tenías. Ahora esos recuerdos son tuyos. Ni nos conoce a nosotras ni ha oído hablar en su vida de ya sabes qué —respondió en igual tono casi inaudible.

—Es verdad, es como si estuviera aún en su cabeza y pudiera ver sus pensamientos.

—Es tu propia mente la que ves. El ya no tiene un solo recuerdo de aquello. Cuando esto pase, tenemos que hablar sobre qué vamos a hacer con toda esa información.

—Date prisa —pidió.

El hombre no paraba de preguntar quiénes eran y qué querían de él.

Samoa puso la potencia del Camaro a prueba y alcanzó en un tiempo record la siguiente salida de la autovía. En cuanto giró la primera curva, se detuvo en el arcén con un frenazo en seco.

—Vamos, la noche es muy oscura. No nos verá nadie.

Entre las dos sacaron a Marcos del coche, que permanecía con los ojos tapados y las manos atadas a la espalda, y le dejaron de pie en la cuneta. Samoa rebuscó en sus bolsillos y le arrebató el teléfono. Después regresó al automóvil y lo hizo volar para alejarse de allí. Ni siquiera se dio cuenta de que otro vehículo les había estado siguiendo a cierta distancia.

En cuanto las luces traseras del Camaro se difuminaron en la lejanía, la mujer que conducía el vehículo perseguidor se detuvo a pocos metros de Marcos. Averiguó la posición exacta y marcó un número en su teléfono. Comunicó al hombre que estaba al otro lado de la línea que le enviaba las coordenadas. La mujer finalizó la llamada y arrancó de nuevo, dejando atrás a un Marcos confuso que gritaba pidiendo ayuda al escuchar alejarse el automóvil.

Tres cuartos de hora más tarde, un coche negro con los cristales tintados se puso a la altura de la figura que caminaba a ciegas por el arcén de la autovía. De repente el coche se detuvo y de él descendieron dos hombres. Agarrándole por los brazos, la obligaron a entrar con ellos en el asiento trasero y el vehículo reanudó la marcha. Había un tercer hombre sentado al lado del conductor. Este hizo caso omiso de sus preguntas y comenzó, a su vez, a interrogarle.

# La traición

Un aroma dulce a tabaco flotaba en el aire. La estancia se veía iluminada por la luz ambarina de dos lámparas de bronce, matizando los tonos granas que imperaban en el salón. El doctor Brain se llevó la pipa a los labios y exhaló pequeñas nubes, que se fueron elevando hasta estrellarse en la trabajada talla de madera del techo. A continuación, miró duramente a la mujer que estaba con él.

—¡Te dije que no lo hicierais! —exclamó apretando los dientes. El hombre procuraba controlar su enfado—. Ahora el doctor Beauty está fuera de juego y hemos perdido una información valiosísima. Necesitábamos los conocimientos de esa mujer.

—Encontraremos otro cerebro, no te preocupes —afirmó ella con calma, dando un pequeño sorbo a su copa de vino—. De hecho, estoy pensando en un investigador que vive en Ámsterdam. Sería perfecto. Olvídate de la doctora Lamarca. No habíamos previsto que la telepatía de esas dos fuera tan fuerte. Si no la hubiéramos liberado, La Esencia estaría en peligro y lo sabes. Ella hubiera podido acceder, poco a poco, a toda la información que llegara hasta Marcos y se la hubiera ido transmitiendo a Samoa. No podíamos arriesgarnos. Mejor perderla a ella y a Marcos que perderlo todo. Lo que saben ahora no es suficiente como para tener que preocuparnos. No tienen pruebas de nada y además dudo mucho que se les ocurra interferir en las actividades de la sociedad. Después de lo que han pasado, no creo que les queden ganas de más.

—Sigo pensando que corremos un riesgo innecesario. Teníamos que habernos deshecho de la escritora.

—En La Esencia no asesinamos a nadie. Eso ya lo hablamos.

—Pues deberíamos reconsiderarlo. Lo que ha sucedido nos obliga a decidir si captar o no al doctor Beauty de nuevo. Por ahora solo recuerda que lo recogimos en la carretera en un estado lamentable. Le han borrado todo lo concerniente a nosotros. Además de perder la sabiduría inigualable de esa doctora, ignoramos hasta dónde saben ellas y qué podrían hacer con esa información.

—Papá, tranquilízate. Te aseguro que lo único que querrán será olvidar lo

ocurrido. Sobre todo, Ronda. Por otra parte, jugamos con la ventaja de que ninguna de ellas sospecha de mí lo más mínimo. Marcos no conocía mi vinculación con La Esencia, así que ninguna de las dos ha podido descubrirme. Me encargaré de vigilarlas de cerca y de que todo siga como hasta ahora. Debemos continuar con nuestros planes. Esto ha sido tan solo un pequeño tropiezo que nos ha servido para aprender. Lo tengo todo controlado.

—Yo no lo tengo tan claro —dijo el hombre con gesto adusto.

—Lo que debería preocuparnos ahora es el fracaso del último ensayo. Hemos llegado a un callejón sin salida. Tienes que centrarte en contactar con el nuevo investigador. Te facilitaré los datos.

La mujer dejó su copa vacía sobre la mesa de roble y dio un ligero beso en la mejilla a su padre, que la recompensó con un gruñido. Antes de salir de la habitación, se giró hacia él.

—*Sapientia in aeternum* —dijo, y desapareció tras la puerta.

## Cara a cara con la verdad

Mientras conducía de regreso con Ronda al lado, la mente efervescente de Samoa volvía una y otra vez a lo que había descubierto durante la ceremonia de la ayahuasca. La ceja le palpitaba dolorosamente, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Tuvo que aferrarse con fuerza al volante para ocultar el ligero temblor de las manos. Después de todo lo que ahora sabía acerca de ella, le resultaba muy difícil mirarla.

Había propuesto ir directamente a su casa. La de Ronda no le parecía segura, aunque Marcos estuviera fuera de juego. Había que tomar precauciones. Si averiguaban lo que le había pasado, sería allí el primer lugar donde irían a buscarla. Ni siquiera en su propia casa estarían tranquilas, pero prefería pensar que, por el momento, nadie iba a ir a por ellas.

A lo largo del trayecto notó varias veces que Ronda la miraba, aunque la mayor parte del tiempo su amiga contemplaba la carretera en silencio. Sabía que Ronda anhelaba conocer sus sentimientos respecto a todo lo que había descubierto, pero, conociéndola, estaba segura de que esperaría hasta llegar a casa. Había demasiadas cosas que tenían que hablar y no era cuestión de hacerlo en el coche.

Samoa se debatía entre la euforia por lo que ahora sabía y la rabia por los años perdidos. Para aligerar la tensión y calmar los nervios, pidió a Ronda que eligiera música en el iPod que tenía conectado al coche. Aún quedaban algunos kilómetros para llegar y el silencio pesaba como plomo. Ronda estuvo unos segundos manipulando el aparato y al final se decidió por una canción. La voz de Corinne Bailey Rae prendió fuego al Camaro con su sensual versión de *Is this love*.

*No podía haber elegido otra cosa*, pensó Samoa tragando saliva.

Las dos permanecieron calladas escuchando aquellas notas que las envolvían como una pesada manta dentro del estrecho habitáculo: «*I'm willing and able, so I lay my cards in your table...*».

Las cartas estaban por fin sobre la mesa. La canción elegida por Ronda lo decía todo, así que no hizo falta más diálogo durante el resto del trayecto.

En cuanto entraron en casa y dejó las llaves sobre el mueble de la entrada, Ronda se acercó a ella para examinarle la ceja.

—Tendrían que ponerte un par de puntos en esa herida.

—No pienso ir al hospital. Que se cierre sola.

—Eres muy testaruda. Deja al menos que la desinfecte. ¿Sigues teniendo el botiquín en el baño?

—Sí.

—Siéntate. Ahora vuelvo.

Se arrellanó en el sillón y echó la cabeza hacia atrás. Necesitaba relajarse y digerir todo lo sucedido. Ronda apareció con gasas y un antiséptico.

—Va a dolerte un poco.

—No me importa.

Le aplicó una gasa humedecida sobre la herida y la limpió despacio. Samoa respingó, pero se dejó hacer. Luego la secó y colocó una tira adhesiva para protegerla.

—Con un poco de suerte, ni siquiera te quedará señal. El corte parece poco profundo —indicó, sentándose en el brazo del sillón.

—La verdad es que el asunto casi se nos va de las manos —dijo Samoa con los ojos cerrados. La proximidad de Ronda la ponía nerviosísima.

—Me asusté mucho cuando te vi sangrar —indicó con voz queda.

—Lo sé, parecías aterrorizada —respondió, sin atreverse todavía a mirarla. Ronda guardó silencio unos segundos.

—Gracias —dijo, por fin, con voz grave. No sabía muy bien cómo abordar el punzante tema que había entre las dos.

Samoa entonces abrió los ojos y lo que leyó en los de su amiga la perturbó tanto que tuvo que levantarse. Estar tan cerca de ella le quemaba.

—Ni se te ocurra darme las gracias —replicó, apartándose del sillón—. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

La mirada de Ronda pedía a gritos un abrazo, pero no se fiaba de sí misma. Para alejarse de sus propios sentimientos, se dirigió hacia la cocina y preparó dos *bourbon* con hielo. Sabía que a las dos les hacía falta. Cuando regresó al salón, Ronda se había sentado en el sofá. Puso las bebidas en la mesa baja que había ante ella y fue hasta el reproductor de música para que el silencio no delatara los latidos que notaba en el pecho. El subconsciente la llevó a elegir *Por fin* de Pablo Alborán. Siempre le había gustado ese artista, pero en aquel momento la sensibilidad de su voz le puso la carne de gallina. Tuvo que respirar hondo antes de dirigirse al asiento. La letra de la canción era de lo más oportuna: «... *bendita toda conexión entre tu alma y mi voz, sí, jamás*



*creí que me iba a suceder a mí. Por fin te conozco y te reconozco...».*

Se sentó junto a Ronda. Hubiese quedado muy raro elegir uno de los sillones más alejados. Agarrando el vaso sin hablar, probó su bebida. A continuación, cerró los ojos y se echó hacia atrás. Ronda imitó su gesto, relajándose sobre el respaldo de piel.

—Ahora me conoces tan bien como yo misma —dijo al cabo de unos instantes, fijando la mirada en el techo.

—Pensé que siempre había sido así —replicó Samoa sin abrir los ojos.

Ronda guardó silencio.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le reprochó Samoa, por fin.

—¿Para qué? Siempre he tenido claro que para ti soy solo una amiga, incluso casi una hermana. Si hubiese notado la más mínima señal de atracción por tu parte lo hubiera hecho —respondió con voz resignada—. Pero ahora ya nada de eso importa, ¿verdad? Espero que lo que has descubierto no vaya a suponer un problema en nuestra amistad después de tanto tiempo. Sería absurdo.

Samoa apuró el *bourbon* de un trago, se echó hacia delante y centró la mirada en su vaso vacío con una sonrisa amarga.

—Pues sí que he sido buena ocultándote mis sentimientos... —dijo con un matiz de sarcasmo en la voz. Después tomó aire antes de volver a hablar—. He estado enamorada de ti toda la vida, Ronda. Desde el primer momento en que me sonreíste con tu boca mellada y tus coletas asimétricas.

Ronda se giró hacia ella bruscamente, como si alguien le hubiera dado una bofetada. Un brillo feroz oscurecía sus ojos.

—¿Qué estás diciendo?

—Que te quiero. Siempre te he querido.

Soltó la frase como si le quemara, incapaz de apartar la vista de su vaso vacío.

—¡Mírame! —exigió Ronda, agarrándola por la barbilla para que se volviera hacia ella—. ¿Por qué nunca hiciste nada? ¿Cómo has podido ocultármelo todo este tiempo?

—¿Qué tenía que haber hecho? —respondió, airada—. ¿Arriesgar nuestra amistad cuando tú siempre te has comportado como la perfecta heterosexual?

—¡Esto es increíble! —exclamó, levantándose del sofá para comenzar a recorrer el salón como un tigre enjaulado.

—¿Increíble? —estalló Samoa, poniéndose también de pie—. ¿Sabes lo

que he tenido que pasar durante todos estos años? ¿Las veces que he estado a punto de tirarlo todo por la borda? ¡Hasta pensé en mudarme a otra ciudad para no tener que verte! ¿Pero cómo iba a dejarte? Estabas hecha polvo después de lo de Fernando.

Cogió aire y continuó un poco más calmada.

—Además no podía irme, eres la única persona en el mundo que me conoce y no me juzga, la que me escucha cuando lo preciso, la que llama en el momento justo. Yo también te necesitaba. Siempre te he necesitado.

—Me hiciste creer que eras feliz con cada una de las mujeres con las que salías... —le reprochó Ronda, mirándola con los ojos echando chispas.

Samoa le sostuvo la mirada.

—No podía vivir como una monja, pero feliz no lo he sido con nadie. Me conoces lo suficiente como para saber que no estuve enamorada de ninguna de ellas. En cambio, tú sí parecías ser feliz con tu marido.

La voz de Ronda se tiñó de remordimiento al responder.

—Sí, fui todo lo feliz que me podía permitir, pero enamorada... no lo estuve nunca, aunque lo intenté con todas mis fuerzas. Él lo merecía. Ahora ya lo sabes, esta noche lo has visto todo —replicó con una nube de tristeza en los ojos.

—Yo ni siquiera lo intenté —declaró Samoa.

—Con la conexión que tenemos, con todo lo que nos hemos dicho con y sin palabras, ¿cómo es posible que no nos diéramos cuenta?

—¿Crees realmente que no lo sabíamos? ¿O nos daba tanto miedo la verdad que la apartamos de nuestra mente? Lo cierto es que ahora mismo estoy aterrorizada —confesó.

Ronda dio un paso hacia ella, alargó la mano y agarró con suavidad la suya. Samoa tembló perceptiblemente.

—Me muero por besarte, Sam.

Los ojos de Ronda eran como dos pozos oscuros. Samoa notó que las piernas le flaqueaban. Tenía la garganta seca.

—Ronda... —logró decir con la voz ronca.

Cuando rozó sus labios, Ronda cerró los párpados y se le escapó un gemido. La sensación resultaba demasiado intensa.

—Creo que voy a desmayarme... —susurró Samoa con un hilo de voz, apartándose momentáneamente de la boca que le quemaba.

Ella volvió a atraparla sin permitir que continuara hablando. En el cerebro

de la escritora se mezcló el hambre de la mujer que la besaba con la suya propia y dudó poder sobrevivir a aquello. Los labios de Ronda, aquellos labios que había deseado desde hacía décadas, se volvieron voluptuosos, mullidos, húmedos. Justo como los había soñado. Las rodillas le fallaron, y eso que todavía no habían profundizado en el beso. Ronda notó su debilidad y la sujetó por la cintura, dándose cuenta demasiado tarde de que aquel contacto tan estrecho provocaba una suerte de vértigo en su cabeza.

—Tú también estás temblando... —murmuró Samoa, notando su aliento cálido. La respiración de su amiga se iba acelerando por momentos.

Ronda no aguantó más. Se acercó de nuevo y le entreabrió los labios con la punta de la lengua. Esta vez la que gimió fue Samoa.

A pesar de lo mucho que anhelaba responder a sus caricias, se mantuvo quieta, consciente de la necesidad de ella en cada célula. Precisaba saber hasta qué punto estaba dispuesta a llegar, así que la dejó hacer. La mujer morena comenzó a saborear el interior de su boca a ciegas, dejándose llevar por el instinto, por el deseo de poseerla. Al fin era suya. Samoa ya no pudo mantenerse pasiva. Llevó sus manos hasta la cabeza de Ronda para entretrejer los dedos con su pelo y entregarse de verdad a ese beso tan deseado. Las manos se enredaron en su melena mientras las dos se perdían en una exploración mutua que ninguna parecía dispuesta a abandonar.

—¡Madre mía! Qué raro es esto y, a la vez, qué natural... —dijo Ronda con la voz enronquecida, apartándose un instante de la boca que tanto había anhelado.

Samoa ya no podía contestarle. El deseo había agarrotado sus cuerdas vocales. Enterró la cara en su cuello, notando el fuerte latido de su amiga entre los labios. Esta tiró la cabeza hacia atrás y la dejó hacer sin capacidad alguna de pensar. Partes de su cuerpo palpitaban mucho más que la vena de su cuello.

Samoa se apartó de golpe, dejándola desconcertada. La agarró de la mano y tiró de ella para conducirla hasta su cuarto. Ronda no pudo resistirse. Entrelazada a sus dedos, se sintió ingravida mientras recorría los escasos metros que las separaban de la habitación. La voz de Pablo Alborán se empeñó en perseguirlas:

*«tú me has hecho entender que aquí nada es eterno, pero tu piel y mi piel pueden detener el tiempo...».*

Junto a la cama que habían estado compartiendo tantas noches, Samoa

empezó a quitarse la camiseta manchada.

—Déjame —susurró Ronda. Le apartó las manos y comenzó a tirar con impaciencia hacia arriba. Sus ojos se iban oscureciendo a medida que iba retirando la prenda por la cabeza para dejar al descubierto la piel tostada por el sol y el sujetador deportivo. Los pechos de Samoa delataron la necesidad que los acuciaba. Le puso las manos en los costados y acarició con los pulgares las duras protuberancias que la llamaban a través de la tela. Ella jadeó cerrando los ojos.

—Me estás volviendo loca...

—Abre los ojos —ordenó, con la voz tomada por la urgencia.

Intentó obedecer, pero tan solo consiguió regalarle una mirada turbia de deseo. Ronda se inclinó para atrapar entre los labios lo que antes habían tocado sus dedos. No se permitía pensar, así que se dejó guiar por un instinto primitivo. De inmediato se dio cuenta de que aquel contacto áspero y a la vez turbador no le bastaba. Las manos acudieron al reclamo de su pasión liberando el sujetador, que cayó al suelo entre las dos junto a la camiseta que había sido abandonada segundos antes. Deseaba desesperadamente sentir sin obstáculos la piel tan añorada. En cuanto rozó un pezón con la boca, el equilibrio le falló. Sus neuronas ya no trabajaban de forma coherente. Samoa se dejó caer hacia atrás, sobre la cama, arrastrándola a su vez encima de ella. Ronda se sentó a horcajadas sobre sus caderas para zafarse también de su propia camiseta y del sujetador. Estaba ardiendo y el calor la sofocaba. Precisaba sentirla piel con piel, aunque no sabía si podría aguantar una sensación tan fuerte sin que le diera un colapso.

A Samoa se le paralizó la respiración ante la promesa de ese contacto. Cuando ella por fin descargó su peso, cerró los ojos y sus dedos se aferraron a la sábana. La suavidad, el calor, la excitación eran tan intensos que no creía poder sobrevivir a aquello.

—¡Dios, Sam...!

La escritora respondió besándola con urgencia, aunque de inmediato se obligó a calmarse y convirtió el beso en una caricia lenta, húmeda, íntima. Aquella primera vez debía ser recordada por las dos como una experiencia única. No obstante, no sabía cuánto más podría dominar sus deseos desbocados. Estaba a punto de hacer el amor con la mujer de su vida y quería retardar cada segundo. Era terriblemente consciente de la presión y del calor del muslo de Ronda estimulando sus zonas más sensibles, que en aquel

instante reclamaban una rápida satisfacción. Mientras se perdía en su boca, Ronda comenzó a moverse instintivamente sobre ella y eso ya fue demasiado para el ansia desatada que procuraba mantener a raya. Se la quitó con suavidad de encima. Ronda la miró aturdida.

—Si sigues haciendo eso, voy a explotar con los pantalones puestos. No vayamos tan deprisa, por favor, quiero saborear este momento.

Por toda respuesta, Ronda se incorporó para deshacerse del resto de la ropa que llevaba. Samoa solo podía contemplarla con la boca abierta, incapaz de emitir palabra alguna, incluso cuando le desabrochó los pantalones, tiró de ellos y le quitó también el tanga, dejándola desnuda.

—Ven aquí —susurró Samoa, prácticamente sin aliento.

Ronda volvió a tumbarse encima, cubriéndola por completo con su propio cuerpo. Sobrepasada por tan intenso contacto, comenzó a temblar. Samoa se dio cuenta y la obligó a cambiar de posición. Ella llevaría las riendas. Descendió hasta los pechos de Ronda y los contempló con gula. Por fin iba a hacer lo que tanto había deseado, por fin podía mirarla de la manera que no se había permitido días atrás, cuando compartían desnudas la ducha. Sus labios fueron más rápidos que su propio pensamiento y se apoderaron del objeto de su anhelo.

Los temblores de Ronda se intensificaron de tal forma que se detuvo y la miró a los ojos.

—Me estás matando, Sam. Necesito que me toques...

—Respira hondo, sé lo que quieres, pero quiero hacerte sentir cada segundo...

—¡Sam! —le urgió, cuando se dirigió hacia el otro pecho.

Samoa ascendió hasta la altura de sus ojos y descargó todo su peso sobre ella. Ronda gimió y apretó las caderas contra su pierna. Entonces pudo constatar la humedad que le empapaba el muslo.

—Cariño... —susurró, a punto de echarse a llorar.

Cuando sus dedos la encontraron, la espalda de Ronda se arqueó y de sus labios salió un quejido sostenido, sobrenatural.

El placer arrastró a Ronda sin que su mente consciente pudiera hacer nada para evitar las sacudidas que le sobrevenían. Gritaba con una voz que no era la suya. Samoa sentía sus manos aferrándose a ella de una manera tan instintiva que le producía un dolor y un placer inimaginables. Abrazarla mientras estallaba en éxtasis era lo más sublime que había experimentado en

toda su vida. Se olvidó de su propia necesidad mientras absorbía la belleza del rostro de aquella mujer. Ronda era la expresión del goce supremo: los ojos entornados, las mejillas arreboladas, los labios entreabiertos de los que surgían sonidos intraducibles. Samoa se encontraba al borde de la locura.

Abrazada a ella, Ronda respiraba trabajosamente para recuperar la calma. Había perdido el control de su cuerpo y sentía una dejadez extraña. Su amante le retiró un mechón de la cara.

—Eres preciosa.

Ronda no podía hablar. Todavía no. La miró a los ojos y le acarició el labio inferior con la yema del pulgar. Luego la volvió a apretar fuertemente contra su pecho.

—¿Estás bien? —susurró la escritora al cabo de unos segundos.

—No lo sé, ¿qué me has hecho? —contestó Ronda por fin.

Samoa sonrió y por toda respuesta comenzó a besarla despacio. Ronda había recuperado el resuello y se recreó en la voluptuosidad de aquellos besos. Lo que había experimentado con las caricias de Samoa la había dejado desconcertada, pero no había saciado su hambre de ella.

—Ahora te toca a ti —dijo con un brillo decidido en la mirada, mientras se deshacía del peso de Samoa para colocarse de costado.

Empezó a explorar muy lentamente su cuerpo desnudo rozándola apenas con las yemas. Le tocó primero los labios y descendió por su cuello. Cuando llegó hasta los pechos se demoró en la caricia, notando cómo se erizaban ante su contacto; luego sus manos dibujaron una senda maliciosa por el abdomen hasta llegar al vientre tembloroso. Samoa respiraba con dificultad y se retorció ante cada roce. La deseaba desde hacía demasiado. Al llegar al pubis, Ronda recorrió con el dedo corazón el estrecho sendero de vello y descendió un poco más, lo necesario para percibir su humedad. Sorprendiendo a una Samoa ya rendida, se llevó el dedo a los labios y saboreó lo que ella misma había hecho brotar.

—Siempre he querido conocer cómo sabías.

—Ronda... —suplicó, a punto de explotar—. Por favor...

Sin hacerla sufrir más, se acomodó entre sus muslos y empezó a cumplir el más íntimo de sus sueños. Nunca había hecho aquello, pero, como siempre había imaginado, conocía por instinto los puntos que a Samoa le daban más placer. No tuvo que aplicarse en exceso. Su amante tardó segundos en asirse a su pelo y comenzar a gemir, elevando las caderas al ritmo que la boca de

Ronda le imponía.

—¡Para, me vas a matar! —gritó, al cabo de un tiempo interminable, en medio de una risa que era casi un jadeo.

Ronda ascendió y se fundió con ella en un beso pleno de su propio sabor.

—Te quiero —dijeron al unísono.

Las dos se miraron con una sonrisa embobada y comenzaron a besarse de nuevo. El hambre que tenían que saciar venía de muy lejos.

Eran casi las dos de la tarde cuando Samoa decidió levantarse y preparar un almuerzo reparador. El agotamiento había acabado por vencer a la pasión y ambas se habían quedado dormidas.

Ronda se desperezó, remolona, en cuanto la vio entrar en la habitación cargada con una bandeja.

—Una idea genial. Estoy muerta de hambre.

—No sé por qué me lo imaginaba —rio.

—Ya puedes comer bien, vas a necesitar las calorías —amenazó con una sonrisa provocadora. Samoa sintió de inmediato que las piernas le flaqueaban.

En cuanto se repusieron del combate que siguió al almuerzo, la escritora se incorporó sobre un codo para hablar con la mujer desnuda que la miraba satisfecha desde el otro lado de la cama.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿A qué te refieres? —preguntó Ronda, agarrándole la mano para jugar con sus dedos.

—A La Esencia.

—¿Qué quieres hacer?

—Sabiendo lo que sabemos, no podemos dejar que esas familias sufran lo mismo que nosotras. Deberíamos intentar algo —señaló.

—Esa gente es muy peligrosa, Sam.

—Lo sé, pero creo que somos las únicas que podemos parar lo que están haciendo. Además, nadie nos asegura que vayamos a librarnos por el hecho de haber borrado la memoria a Marcos. No tardarán en encontrarle. Nos conocen a todas y tienen nuestros datos en el registro del hotel. En cuanto se enteren de su amnesia en lo referente a La Esencia, ¿a quién crees que buscarán primero? No sé cómo, pero no nos queda otra salida que acabar con esa sociedad secreta antes de que sea ella la que acabe con nosotras.

—Me aterroriza pensar en acercarme a esa gente.

—Lo sé. Evidentemente, no voy a permitir que lo hagas.

—Podríamos acudir a la Guardia Civil.

—¿Y contarles qué? Está claro que no nos creerían, aparte de que no sabemos hasta dónde llega la influencia de La Esencia, ni cuánto poder tiene.

—Entonces, ¿qué propones? Me das miedo, Sam.

—El primer paso sería hacernos con un libro negro que tienen en la bodega. Lo vi en los recuerdos de Marcos que robé para ti, ya sabes a qué me refiero. Allí tienen registrados todos los datos de las víctimas y de los receptores de sus memorias. Por lo visto, y a pesar de los medios informáticos que hoy tenemos, a alguien dentro de la sociedad se le ocurrió pensar que lo que se escribe y custodia de manera tradicional es menos susceptible de ser sustraído. Sobre todo, conociendo la facilidad con que los *hackers* se hacen con todo.

—¿No estarás pensando en entrar allí y robarlo?

—Exactamente eso.

—¿Y vas a hacerlo tú? Ni sueñes que voy a dejar que arriesgues tu vida de esa forma. Creo que ya hemos tenido suficiente con esta experiencia.

—Puedo hacerlo, Ronda. Sé exactamente dónde está el libro y conozco los recovecos y pasadizos que hay en la bodega para salir. Además, soy especialista en escabullirme, ya lo sabes, y dispongo de varios trucos para abrir cerraduras. Se aprende mucho escribiendo novelas de intriga —bromeó, guiñándole un ojo.

—Ni lo pienses, Sam —contestó Ronda amenazándola con la mirada—. Ya puedes quitártelo de la cabeza.

Samoa se levantó de la cama y se puso una camiseta. No podía discutir estando desnuda.

—Mira, ya me conoces. No voy a dejar que esa gente siga haciendo daño. Pienso en las familias de las víctimas y en esos pobres hombres que viven encerrados en las mentes de unos desaprensivos y me pongo enferma. Nosotras mismas continuamos estando en peligro. No sé si sabes que no podrás volver a hacer tu trabajo, volver a tu vida normal, hasta que esa sociedad desaparezca.

—Escucha, Sam. Sé que cuando se te mete algo en la cabeza es imposible pararte, te conozco muy bien. Vamos a pensarlo un poco. Deja tan solo que lo comentemos con nuestras amigas para ver qué opinan. Concédeme al menos eso, por favor.



La miró unos segundos sin decir nada.

—Está bien. Hoy es viernes. Voy a invitarlas a cenar con la excusa de celebrar tu regreso y plantearé el tema. No podemos dejar pasar mucho más tiempo, Ronda. La Esencia se pondrá en contacto con Marcos y sabrán que algo ha pasado. Te buscarán.

—De acuerdo, llámalas. Mientras tanto, voy a darme una ducha.

—Coge ropa limpia, ya sabes dónde está todo. Quizás podamos ir a tu casa más tarde. Aún no habrán averiguado lo de Marcos.

—Sí, necesitaría traerme algunas cosas. Por lo menos, el móvil y mi ordenador portátil.

Samoa no apartó la vista de la figura desnuda de su amante hasta que esta desapareció tras la puerta del baño. No podía creer el hecho de ser correspondida, de que lo que tanto había deseado se hubiera hecho realidad. Se obligó a centrarse en el próximo paso. Marcó el número del teléfono de casa de Marisa. Por la hora que era, pensó que ya habría regresado del hospital y estaría haciendo la comida. Escuchó al otro lado de la línea la voz de su hija.

—Hola, Bea, ¿está tu madre por ahí?

—¡Mamaaaaaaaaaaaa!

La adolescente ni siquiera se había molestado en contestarle. Samoa oyó que Marisa le preguntaba quién había llamado. Bea la había reconocido, pues le dio el nombre a su madre antes de pasarle el auricular.

—¿Todo bien? —preguntó Marisa con cautela. Samoa imaginó que se moría por saber cómo había acabado todo, pero no podía preguntar delante de su familia.

En cuanto le soltó el teléfono, Bea había corrido a sentarse con su padre en el sofá para continuar leyendo el libro que tenía entre manos. Él estaba ojeando el periódico.

—Tenemos que hablar con urgencia. Os invito a cenar. Di a Quique que vamos a celebrar que Ronda ha recobrado la memoria.

—No sé cómo se lo va a tomar. Me estoy escapando mucho de casa últimamente —dijo entre dientes.

—Es urgente, Marisa. No estamos seguras ninguna de las cinco.

—¿Cómo? Está bien, ¿a qué hora?

—En cuanto puedas. Voy a llamar ahora mismo a Lola y a Noe.

—Diles que me llamen.

—Enseguida. Y, Marisa...

—¿Qué?

—Gracias.

—Ya hablaremos —dijo con voz irritada antes de colgar.

Marisa estaba más que molesta por haberse visto obligada a participar en aquello. Se había tenido que arriesgar muchísimo y además su marido no tardaría en quejarse por tanta reunión con sus amigas. Por lo menos tenía la excusa de lo de Ronda. Quique sabía que había prometido colaborar en lo que hiciera falta para que Ronda recobrarla la memoria, así que tendría que aferrarse a esa promesa para dejarle solo una vez más. Le contó que su amiga estaba empezando a recordarlo todo y que esa noche iban a darle, entre todas, el empujón definitivo. El hombre era un buenazo y siguió demostrándole que conservaba enormes dosis de paciencia y amor hacia ella.

En cuanto acabó de hablar con Marisa, Samoa llamó a Noe al móvil.

—¿Puedes hablar?

—Sí, estoy en un bar tomándome un té. ¿Cómo fue? ¿Qué hicisteis con él?

—Todo fue bien, luego te lo cuento, pero necesito que vengáis esta noche a casa. Os invito a cenar. Ya he llamado a Marisa. Tenemos que hablar de nuestra situación. He estado pensando y puede que estemos todas en peligro.

—¡No me digas eso! ¿A qué hora quieres que vayamos? —preguntó.

—En cuanto podáis.

—Hoy acabaré hacia las seis.

—Llama a Marisa y queda con ella. Voy a hablar con Lola.

—De acuerdo —dijo Noe antes de colgar.

Samoa intentó localizar a Lola, pero su teléfono estaba desconectado. Por fin, tras unos cuarenta minutos infructuosos, se hizo con ella.

—Estaba comiendo con alguien y no podía interrumpir la reunión —dijo con un tono que sugería a las claras la clase de reunión que había tenido.

—Necesito que vengáis todas a casa a cenar. Ya he hablado con Marisa y Noe. Puede que estemos en peligro, Lola. Queda con Marisa y que pase a recogerte en cuanto puedas.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo que estamos en peligro? Me estás asustando, cariño.

—No es algo que podamos hablar por teléfono, Lola. ¿A qué hora saldrás del trabajo?

—Ahora mismo hablo con mi encargada y le digo que se quede al mando.

Me has dejado muy preocupada. Voy a llamar enseguida a Marisa.

—Perfecto. Luego hablaremos. Os espero.

Ronda acababa de salir de la ducha.

—¿Cuándo van a venir? —preguntó.

Su melena oscura, alborotada en mechones húmedos, contrastaba sobre el blanco impoluto del albornoz de Samoa, que había cogido prestado. Esta tardó algunos segundos en contestar. La prenda entreabierta enseñaba más de lo que estaba dispuesta a soportar. Ronda exudaba sensualidad y, tras lo que habían compartido en las últimas horas, la sangre le hervía cada vez que la miraba. Carraspeó intentando aclararse la garganta.

—No lo sé. Noe acaba a las seis. Es la única que trabaja esta tarde.

—Entonces tenemos tiempo de sobra —dijo, dejando caer el albornoz al suelo. Su mirada era un claro reflejo de la de Samoa. Ninguna de las dos dejaba lugar a dudas sobre lo que deseaba.

—Aún me tengo que duchar. Y tenemos que pasar por tu casa... —intentó protestar, aunque su tono distaba mucho de ser convincente.

—Eso, luego —declaró Ronda tajante, asiéndola por la camiseta y tirando de ella hasta conducirla a la habitación.

Hacia las cinco de la tarde consiguieron sacar un pie de la ducha para comenzar a vestirse a toda prisa.

—¿Crees que podremos entrar en mi casa sin problemas? Tengo miedo de que nos estén esperando allí, Sam.

—Marcos todavía estará intentando averiguar qué le ha pasado. Alguien debe de haberle recogido y le habrá llevado a su casa. Imagino que tendremos algunos días más hasta que La Esencia se pongan en contacto con él y descubran que no se acuerda de nada referente a la sociedad. No obstante, creo que te sentirás más segura viviendo aquí conmigo.

—Espero que tengas razón —dijo acabando de vestirse—. Tengo ganas de entrar en casa. Hay cosas importantes que he de coger. Documentos de trabajo, mi ordenador, el móvil. Por no hablar de mi ropa. La tuya me queda un poco apretada.

—Yo no me quejo —bromeó, repasándola con la mirada.

—Ya lo sé —respondió, agarrándola por la cintura y atrayéndola hacia ella. El beso la dejó momentáneamente en blanco.

—Será mejor que no me toques si quieres que salgamos de aquí —dijo Samoa en un susurro.

—¿Salir a dónde? He deseado tanto esto... —murmuró, pegando su cuerpo un poco más al de Samoa. Esta se esforzó en responder.

—Esta noche volveremos a estar a solas. Deseo lo mismo que tú y lo sabes, cariño, pero ahora... ¡quítame las manos de encima o no llegaremos a tu casa! —exclamó, apartándola para salir corriendo hacia la puerta.

Ronda le regaló una risa malvada, cargada de erotismo, antes de seguirla hasta la calle.

La casa de Ronda había sido construida en la falda del Montgó, en un lugar lo suficientemente elevado como para disponer de vistas todavía más espectaculares que las que se veían desde la de Samoa. Esta evitó aproximarse demasiado a la vivienda. Dejó el Camaro en un sitio no visible desde la casa, con el fin de acercarse dando un paseo y controlar que en las inmediaciones no hubiera nadie. El Lexus de Ronda estaba aparcado ante la entrada. Todo parecía normal. La vivienda más próxima estaba a unos trescientos metros. No se percibía movimiento alguno en la zona y tampoco había más coches en los alrededores. Sus vecinos debían de estar fuera. Menos mal que Samoa tenía un duplicado de la llave de su casa, pensó Ronda abriendo la puerta. Después de repasar habitación por habitación con el corazón en un puño, temiendo que hubiera alguien agazapado esperándolas, corroboraron que todo estaba tal y como lo había dejado, excepto el bolso y la maleta que Marcos recogió de la bodega y había dejado sobre la cama. La vivienda estaba vacía.

—Te estaré esperando junto a la ventana por si veo llegar a alguien. No tardes —dijo Samoa.

—Dame cinco minutos.

Abrió una maleta grande, seleccionó ropa para pasar una temporada larga fuera de casa y añadió también el ordenador, el móvil y algunos libros. Asimismo puso en una bolsa lo que aún era comestible del frigorífico y varias cosas de la despensa. Algunos alimentos se habían estropeado y los metió en una bolsa de basura para tirarlos. No sabía cuándo podría volver por allí. Ambas salieron y cerró con llave, devolviéndosela a Samoa. Ronda tiró la basura en un contenedor próximo, metió las cosas en el maletero de su coche y le dijo a su amante que subiera para acercarla hasta donde habían dejado el Camaro. Había que salir cuanto antes. No quería tentar a la suerte quedándose más tiempo del necesario por la zona. Ignoraba si tendrían localizado su coche, pero no pensaba dejarlo allí. Puede que les hiciera falta.

De vuelta en casa de Samoa, esta dedicó unos minutos a hacer sitio en su armario para poner las cosas de Ronda. Luego se sentó en la cama y contempló cómo ella iba colgando su ropa. En un momento dado, aquella se giró y la pilló mirándola con una expresión divertida.

—¿Qué estás pensando?

—Creí que iba a costarme un poco más convencerte para que vinieras a vivir conmigo.

Ronda dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella.

—Ya ves lo facilona que soy —dijo agachándose para besarla.

Cuando Samoa hizo el intento de tirarla sobre la cama, se escurrió de sus brazos riéndose y continuó guardando sus cosas.

—Las chicas vendrán dentro de nada y todavía tenemos que hacer la cena, así que no seas mala —señaló, colgando otra prenda en el armario.

—Tienes razón. Voy a ver qué preparo —suspiró. Se levantó y la agarró brevemente por detrás para besarla en el cuello. Ronda ronroneó y tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para continuar con lo que estaba haciendo. Por suerte, Samoa se despegó veloz y emprendió el camino hacia la cocina. Ella le gritó desde la habitación.

—¡He puesto algunas cosas en el frigorífico!

—¡Vale!

Estuvo trajinando con la comida un buen rato. Mientras tanto, Ronda acabó de acomodar su ropa, puso a cargar el teléfono y se quedó unos minutos inmóvil mirando por el ventanal que daba al mar. Dejando a un lado la preocupación por lo que su amante pretendía hacer, no podía sentirse más feliz, y ese sentimiento la aterrorizaba. A lo largo de su vida ya había perdido a alguien a quien quería y había sido devastador, pero perder a Samoa no se lo podía permitir. Antes de que le sucediera algo, preferiría dejarlo todo, olvidarse de su reputación profesional y dedicarse a cualquier otra cosa fuera del país. Tendría que desaparecer. Estaba segura de que las dos podrían trabajar y vivir felices en cualquier lugar del mundo.

La voz de Samoa llamándola interrumpió sus pensamientos.

—¿Has acabado? Te echo de menos —dijo asomando la cabeza por la puerta del cuarto—. Ayúdame, anda. Están a punto de llegar.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, cogiéndola por la cintura y besándola.

—Justo esto es lo que NO quiero que hagas —dijo apartándola a su pesar

—. Prepara la mesa.

—Vale, gruñona —contestó Ronda sonriendo, mientras se dirigía hacia un armario para coger las copas—. Por cierto, las chicas no saben lo nuestro. Creo que se van a llevar una sorpresa.

—¿Se lo vamos a decir?

—¿De verdad crees que no se darán cuenta? —preguntó, contemplándola de forma inequívoca.

—Si sigues mirándome así, desde luego.

—Ya no puedo mirarte de otra forma, Sam —dijo aproximándose a ella para hundir la cara en su cuello. Le enervaba el olor de su piel aderezado con el sutil perfume que conocía desde hacía lustros.

—Yo a ti tampoco —susurró, estirando el cuello para que su boca accediera más fácilmente.

Justo cuando la mano de Ronda se perdía bajo la camiseta de su amante, sonó el timbre de la puerta.

—Tendremos que dejar esto para después... —declaró Samoa con voz débil.

—Lástima —murmuró con los ojos entornados.

Samoa corrió a abrir la puerta y ella la siguió. La primera en entrar fue Lola. Se dirigió hacia Ronda y le cogió las manos.

—Te veo estupenda. ¿Sigues siendo nuestra Ronda?

—Bueno, más o menos... —respondió, mostrando una sonrisa enigmática.

—Bienvenida otra vez —dijo Noe abrazándola—. Ayer no nos dio tiempo a nada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Marisa.

—Estoy bien, de verdad. De hecho... estoy más que bien —declaró, volviéndose hacia Samoa. Esta enrojeció y guardó silencio.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Lola, con una sonrisa inquisitiva.

—Sam y yo estamos juntas.

—¿Pero tú no eras «hetero»?! —exclamó Marisa con los ojos desorbitados.

—Bueno, es una historia muy larga.

—Pues yo tengo todo el tiempo del mundo para escucharla —soltó Lola, sentándose en el sofá.

—Fíjate que a mí no me extraña. Siempre me he preguntado si en el pasado habría ocurrido algo entre vosotras —afirmó Noe sonriendo.

—Pues la verdad es que nunca ocurrió. Hasta ayer —intervino Samoa.

—Bueno, parece que la Ronda que hemos recuperado no es exactamente igual a la que conocíamos —señaló Marisa.

—Lo cierto es que sigo siendo la misma. Siempre he querido a Samoa. Y ella a mí, pero nunca nos lo habíamos dicho.

—¡Qué fuerte, cariño! —exclamó Lola—. Quiero los detalles más escabrosos.

—¡Lola! —la riñó Marisa.

—Tenemos que hablar de algo mucho más importante, pero primero vamos a cenar —indicó Samoa.

—Sí, vamos a cenar y nos cuentas lo que tienes en la cabeza, que me has dejado muy preocupada. Además, no quiero volver tarde. Quique al final se va a mosquear.

—¿Quique? Lo dudo mucho. Es un santo —la provocó Lola.

Samoa las dejó discutiendo y pidió a Ronda y a Noe que la ayudaran a sacar los platos. Al cabo de unos minutos estaban en torno a la mesa de la terraza.

—Bueno, al final todo acabó bien. Dejamos a Marcos en una salida de la autovía. Imagino que alguien le habrá recogido. Estaba a punto de amanecer. Todavía estará planteándose qué narices le ha pasado y por qué no se acuerda de nada de los últimos días.

—¿Cómo que no se acuerda de nada? —preguntó Marisa.

—Pasaron algunas cosas durante nuestro viaje con la ayahuasca. Después de que la tomáramos, Ronda me guio para meterme en la mente de Marcos y recuperar lo que él le había quitado, todo su pasado. Pero yo no me conformé con eso, le robé un poquito más, los recuerdos que le unían a nosotras y a la sociedad secreta a la que pertenecía. Ahora los tiene Ronda y Marcos ignora que haya existido algo llamado La Esencia.

—¡Pero eso es estupendo! ¿Dónde está el problema? ¿Por qué dices que estamos en peligro si ya no se acuerda de nada? —señaló Lola.

—Sí, Marcos ha dejado de ser un problema, pero los miembros de la sociedad a la que pertenecía nos conocen a todas desde que fuimos a la bodega —intervino Ronda.

—Así es —continuó Samoa—. Él nos metió en su guarida, el complejo La Esencia. Allí nos tomaron los datos cuando nos registramos en el hotel. Como mínimo, saben dónde vivimos y me imagino que Marcos les contaría

muchas más cosas.

—Me estoy empezando a marear. ¿Quieres decir que ahora vendrán a por nosotras para hacernos lo mismo que a Ronda? —dijo Marisa.

—Yo también me estoy asustando, querida, pero antes de continuar quiero saber una cosa —intervino Lola—. ¿Cómo van a enterarse de lo que le ha ocurrido a Marcos?

—Si hablan con él y comprueban que no se acuerda de nada, ¿qué es lo primero que investigarán?, ¿a quién tenía Marcos en su cabeza? —inquirió Samoa.

—¿Cómo van a suponer que fue Ronda? Ella dijo que desde el interior de su mente difícilmente podía hacer nada. Yo creo que buscarán al culpable dentro de la propia sociedad, alguien que envidiara sus conocimientos y supiera cómo hacerlo. Yo buscaría un posible traidor dentro de La Esencia —opinó Noe.

—Ponte en su lugar: ¿tú no irías primero a por Ronda, a averiguar si todo sigue igual en su cerebro? Reconoce que al menos la sospecha existe —defendió Samoa.

—¿Y cómo ha podido hacerlo? Ellos no conocen lo de vuestra telepatía, y por lo tanto ni se les va a ocurrir que Ronda sea la culpable de la amnesia de Marcos —argumentó Noe.

—Eso es verdad —dijo Lola.

—¿Entonces no tenemos por qué preocuparnos? —preguntó Marisa con cara de alivio.

—Tiene razón Noe —intervino Ronda—. Aun así, no tengo claro que Marcos desconociera lo de nuestra telepatía. Yo no se lo conté, pero esa información estaba en mi mente. Puede que accediera a ella y lo comunicara a la sociedad secreta antes de que Sam le quitara los recuerdos que le unían a nosotras. De todas formas, ya conocéis a Sam. Aunque no estuviéramos realmente en peligro, ella se está planteando ayudar a otras víctimas. La Esencia ha borrado el cerebro a muchas otras personas.

—¿Y qué piensas hacer, contárselo a la Guardia Civil? —bufó Marisa—. Si ahora no estamos en peligro, en cuanto hables lo estaremos.

—Lo que dice Marisa es verdad. Además, ¿cómo vas a hacerlo? Nadie va a creer esa historia, Sam. Pienso sinceramente que deberíamos dejar las cosas como están —defendió Noe—. Hasta ahora, nada de lo que pudiéramos saber constituye un peligro para ellos, así que nos dejarán en paz.



—¿Queréis que lo olvidemos todo sabiendo que hay gente que seguirá viviendo como un zombi porque no hemos intentado nada? Además, olvidáis que Ronda no puede volver a su vida pública ni a su trabajo. Todo el mundo sabría que ha recuperado la memoria. ¿Qué va a hacer?, ¿cambiar de identidad?, ¿dedicarse a otra cosa? —insistió.

—Estoy dispuesta a hacerlo. Puedo cambiar mi aspecto físico, podríamos irnos a otro país. No creo que ellos tengan la menor intención de perseguirnos —declaró—. No constituimos ningún peligro para su entramado. Incluso aunque intentáramos contárselo a alguien, nadie nos creería, y además no tenemos pruebas.

—De todas formas, ¿cómo pensabas hacerlo, cariño?, ¿cómo ibas a ayudar a esa gente? Aunque sepas lo que les han hecho, ¿cómo ibas a encontrarlos? ¿O es que Marcos los conocía a todos? —preguntó Lola.

—No, pero sí sabía que La Esencia tiene todas sus actividades registradas en un libro. En él están los datos que necesitamos. Lo guardan en la bodega y yo sé exactamente dónde. Podría robarlo y así tendríamos las pruebas que nos hacen falta.

—No lo dirás en serio... —soltó Noe, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Absolutamente. Pero no te preocupes, no pienso involucraros en esto. Lo haré yo sola.

—Escúchame, Sam, creo que Ronda tiene razón. Deberías olvidarlo todo. No sabemos lo que los miembros de esa sociedad son capaces de hacer y hasta dónde puede llegar su poder. Igual esa gente tiene a alguien infiltrado en la Guardia Civil —manifestó Marisa.

—No lo sé, Marisa —replicó, impotente.

Se levantó de la mesa para caminar hacia la balaustrada de la terraza y contemplar fijamente el horizonte.

—De verdad, Samoa, piensa bien lo que vas a hacer. Y, sobre todo, piensa que no estás sola en esto. Si das un paso en falso nos arrastrarás a todas contigo —insistió Marisa.

—Marisa tiene razón, Sam —dijo Lola.

—Está bien. Prometo que lo pensaré.

Un rato más tarde, tras despedir a sus amigas en la puerta, Ronda preparó un par de copas y salió a la terraza a reunirse con su amante. La encontró con la mirada perdida en la línea negra del horizonte. Dejó las bebidas sobre la mesa y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó, apoyando suavemente una mano en su hombro.

—No, no estoy bien —contestó dándose la vuelta para mirarla de frente—. De hecho, estoy furiosa. Odio a esa sociedad. Pensé que te había perdido para siempre. No creo que se merezcan seguir con su malsana actividad sin que nadie haga nada. ¿Y si deciden que necesitan tus conocimientos y vuelven a buscarte para averiguar si los has recuperado? ¿Y si nos hacen lo mismo a alguna de nosotras?

—Lo que hemos hecho puede que haya abierto una fractura en su estructura. Como sugirió Noe, pensarán que tienen un traidor entre sus filas, que alguien está actuando por su cuenta dentro de La Esencia. Igual deciden desaparecer.

—No lo creo, Ronda. Al contrario. Pienso que han llegado demasiado lejos y no querrán perder el poder que tienen.

—Me da igual lo que decidan. No voy a dejar que hagas una tontería, Sam. Te quiero y no voy a permitir que arriesgues tu vida. Ahora no.

Ronda cogió la mano de su amante y la llevó hasta su corazón. Luego, la desplazó muy despacio hasta que los dedos de Samoa abarcaron instintivamente su pecho. Esta la miró a los ojos y su expresión cambió al sentir la prominencia que se aplastaba contra su palma. Ronda sí sabía cómo vaciar un cerebro.

Las dos copas quedaron abandonadas a la intemperie, derritiéndose bajo el influjo de un verano tardío.

# La incursión

El despertador marcaba las tres y cinco de la mañana cuando Samoa se levantó de la cama con sigilo, cogió algo de ropa y salió de la habitación. La cabeza le bullía y no había podido pegar ojo en toda la noche. Ronda dormía profundamente dando la espalda a su lado de la cama. Tenía claro que iba a enfadarse cuando descubriera que se había ido, sobre todo porque enseguida adivinaría dónde estaba.

El tiempo jugaba en su contra. Se había puesto un pantalón elástico, una camiseta y una cazadora abrochada hasta el cuello. También llevaba unos guantes. Todo de riguroso negro. Además, se había preocupado de esconder su melena bajo una gorra oscura. Pensó que así podría pasar desapercibida entre las sombras. Su cometido lo requería. Intentando hacer el menor ruido posible, salió a la calle, arrancó el Camaro y se alejó despacio. En cuanto perdió de vista su casa, aceleró y comenzó a comerse los kilómetros a una velocidad de vértigo. Durante el recorrido, que ya se sabía de memoria, tan solo se cruzó con un par de conductores noctámbulos. Le faltaba muy poco para llegar. Había elegido como compañía la voz de Loquillo: *«La vida es de los que arriesgan, de los que entran en la selva sin un guía, de los que arrojan su tristeza a las palomas... de los que saltan las fronteras sin licencia y de los que aman en las noches de tormenta... la vida es de los que arriesgan...»*.

La letra le hizo pensar si tal vez no estaba arriesgándose demasiado, si no iba a perderlo todo en su empeño por impartir justicia. Se obligó a alejar esos pensamientos de su cabeza. Iría con todo el cuidado del mundo, pero tenía que intentarlo o no podría seguir viviendo con la conciencia tranquila.

Apagó los faros del Camaro en cuanto divisó a lo lejos las luces de la bodega. El cielo se mostraba nítido, sin una sola nube. Acomodó la vista. La luna le proporcionó la suficiente luz como para atisbar con cierta facilidad por dónde avanzaba. Samoa dejó atrás la entrada de La Esencia y se adentró por el siguiente camino para estacionar el automóvil en el mismo lugar que aquella noche. Sacó el teléfono, lo puso en silencio y se lo metió en un bolsillo del pantalón. No quería sorpresas desagradables en el momento menos oportuno. Con la linterna encendida en una mano, comenzó a caminar

hacia la parte trasera del complejo, justo hasta alcanzar el bosque donde se hallaba la higuera fragante, el lugar donde encontró a Ronda. A modo de saludo, el árbol volvió a embriagarla con su inconfundible aroma. Los ruidos de los pequeños seres nocturnos la sobresaltaban de tanto en tanto, pero en el recinto de la bodega todo parecía estar dormido. Tenía que encontrar un lugar por donde colarse dentro. El muro que circundaba la propiedad medía más de tres metros y prefería no tener que saltar al otro lado, bajo riesgo de romperse una pierna. Samoa examinó la muralla con el haz de la linterna hasta que percibió algo anormal. Había una irregularidad en la pared, como un fino surco. Siguió con los dedos la hendidura hasta confirmar sus sospechas. Allí había una entrada. Empujó con fuerza, pero no consiguió que la puerta se moviera lo más mínimo. Buscó a su alrededor y halló una piedra puntiaguda con la que hacer palanca. Quería ver si podía forzarla. Tras varios intentos fallidos, comprendió que habría que buscar otra forma de entrar. Al final no tendría más remedio que saltar el muro, intentar no romperse nada y guarecerse entre las vides con la esperanza de no ser vista. Después correría pegada a la pared hacia el edificio principal.

Con la misma piedra que llevaba en la mano, estuvo un rato horadando la muralla hasta conseguir una fisura lo suficientemente profunda como para que cupiera la punta de su zapatilla. A continuación, picó más arriba haciendo dos hendiduras separadas aproximadamente por un metro de distancia. Intentaba improvisar su propio rocódromo. Colocando la linterna en el bolsillo trasero del pantalón, rogó para que la insensatez que estaba a punto de cometer no le costara algún hueso roto. Puso el pie en la primera marca y se impulsó hacia arriba, metiendo la mano en una de las rendijas que había hecho un poco más allá. Frágilmente asida a la pared, alzó el brazo derecho hasta alcanzar el borde superior del muro y se aferró a él con la punta de los dedos. Después subió la otra pierna hasta la hendidura más alejada, lo que le permitió auparse y sentarse a horcajadas en lo alto de la muralla.

*¿Y ahora qué?*, se dijo. No tenía más salida que saltar al otro lado, pero desde esa altura se haría daño. Maldiciendo para sus adentros, se deslizó hasta quedar colgada del borde como un jamón. Todavía le faltaba un trecho hasta el suelo. Le dolían los brazos y los dedos comenzaban a resbalar. Tan solo le dio tiempo a pensar en lo ridícula que parecería si alguien la estuviera viendo en esos momentos. Al final el agarre cedió y cayó de espaldas. Por suerte, la distancia fue pequeña y solo se hizo algo de daño en un codo. Se

quedó quieta en el suelo, frotándose el brazo y preguntándose si el ruido habría alertado a alguien. Desde el complejo no era probable que la hubieran oído, ya que estaba en el lugar más alejado de los viñedos y los edificios se vislumbraban a mucha distancia. De lo que no estaba segura era de si habría vigilancia en el exterior. Cuando comprobó que solo la rodeaban los sonidos nocturnos habituales, se levantó y comenzó a caminar pegada al muro rumbo a la bodega. Cada vez que tenía que atravesar uno de los focos de luz que iluminaban a tramos toda la muralla por la parte interna, se detenía un segundo, cruzaba el haz a toda velocidad y se agazapaba de nuevo en la oscuridad. Cuando ya estuvo cerca de la primera edificación, se detuvo para pensar en lo que iba a hacer. Tenía la parte trasera de la bodega justo en frente. Comenzó a andar hacia la fachada lateral para buscar una ventana que pudiera estar abierta, pero en ese instante escuchó un ruido que procedía del interior. Retrocedió a toda prisa hasta pegar la espalda a la zona menos iluminada del muro. El corazón le latía desbocado. Aguzó el oído, consiguiendo que el sonido se hiciera más identificable. Alguien hablaba dentro. La puerta que había a unos cuatro metros frente a ella se abrió de repente y salieron dos hombres. Samoa cerró los ojos presa del pánico y se fundió con la oscuridad de la pared, sin permitirse mover un músculo ni para respirar. Los vigilantes pasaron a escasos centímetros enfocando sus linternas hacia los viñedos. Samoa podía escuchar claramente su conversación.

—Ten los ojos bien abiertos, ya sabes lo que nos han dicho.

—No te preocupes. Yo iré por el oeste. Nos vemos aquí dentro de media hora. Si veo algo raro te aviso por radio.

—De acuerdo.

Los dos se separaron para comenzar a registrar palmo a palmo la propiedad. Samoa vio la oportunidad ante sus ojos. En cuanto se alejaron lo suficiente, se puso los guantes y reunió todo su valor para recorrer de puntillas la distancia hasta la puerta por la que ellos habían aparecido. Afortunadamente, la habían dejado abierta. La empujó y entró con cautela.

Tenía el miedo pegado a la piel, pero ya no había marcha atrás. Las luces estaban encendidas. En ese instante se encontraba en medio de la nave donde reposaban los enormes tanques de vino. Si no recordaba mal, debía dirigirse hacia la escalera por donde habían descendido cuando abandonaron la sala de catas. Una vez arriba tendría que elegir el pasillo adecuado y no perderse, ya que recordaba haber visto varios corredores que conectaban con partes

distintas del complejo. Recorrió la gran nave pegada a la pared, avanzando por detrás de los depósitos para eludir las posibles cámaras de vigilancia. El fuerte olor a vino se le metió en el cerebro. Por fin llegó hasta la parte opuesta a la entrada. Ante ella se encontraba la puerta que daba paso a la escalera. Esperaba que no estuviera cerrada con llave. Respiró hondo y empujó suavemente. Pudo soltar el aire de los pulmones cuando comprobó que cedía sin problemas. Se dijo que estaba teniendo mucha suerte. Comenzó a ascender, escalón a escalón, aguzando el oído. Podía haber más gente dentro del edificio. Superado

el último tramo, abrió la puerta de salida despacio. El tenue resplandor de una luz de emergencia bañaba el lugar. Parecía desierto. Dejó atrás el primer pasillo, echando un vistazo a las puertas cerradas, y giró a la izquierda. Allí comenzaba otro corredor con más estancias. Andando unos pasos, se detuvo ante una de las entradas. Si no se equivocaba, allí estaba su objetivo: el despacho donde tenían el libro. Ahora necesitaba un poco más de fortuna, tan solo un poquito más. Esperaba poder abrirla y verificar que aún lo guardaban allí. Movié la manilla y maldijo para sus adentros: aquella puerta estaba cerrada. La pequeña bombilla de emergencia del pasillo no era suficiente para poder ver con claridad el tipo de cerradura que tenía ante ella. Samoa sacó la linterna del bolsillo trasero y, a riesgo de que alguien viera el haz, enfocó la puerta. No parecía una cerradura complicada. Buscó en el bolsillo interior de su cazadora y extrajo un mosquetón con múltiples llaves. Al cabo de unos segundos de tanteo, encontró la adecuada. Para corroborarlo, el mecanismo emitió un clic y la puerta se abrió. Examinó la habitación valiéndose de la linterna. No podía ni pensar en encender una luz. Se dirigió al escritorio y se sentó en el sillón que había tras él. Creía recordar que el libro estaba en el segundo cajón a la derecha. Dio un pequeño tirón y soltó un taco. También estaba cerrado. Armándose de paciencia, sacó de nuevo el mosquetón y fue probando una llave tras otra. Aquel manajo se lo había regalado un investigador privado, asegurándole que abría casi cualquier cosa. Pudo constatar que su amigo no la había engañado, ya que no tardó ni un minuto en dar con la llave adecuada. El cajón se deslizó con un leve siseo y dejó a la vista su preciado contenido. Extrajo el libro con cuidado y lo puso sobre el escritorio. La cubierta era negra, de piel rugosa. Abriendo por la primera página y ayudándose de la linterna, se quitó un guante y comenzó a inspeccionar hoja tras hoja con incredulidad. Allí había un auténtico

memorándum. Con letra cuidada, alguien se había preocupado de registrar las reuniones que había llevado a cabo La Esencia, ordenada por fechas y con todo lujo de detalles. En el libro estaban descritos los nombres, trabajos, familia, domicilios y conocimientos especializados de cada una de las víctimas. Y junto a ellos, los datos del afortunado receptor de su memoria. Samoa no podía creer la cantidad de nombres que figuraban en aquel registro. No disponía de mucho tiempo. La media hora que le habían concedido los dos vigilantes estaba a punto de cumplirse. Tenía que salir de allí cuanto antes, pero debía asegurar la información por si pasaba algo y la cogían. Sacó su teléfono móvil y fotografió una a una todas las páginas del libro, excepto las que hacían referencia a Marcos y Ronda. Dudó un instante, pensando que quizás esa prueba podría hacerle falta en un futuro, pero después de lo que habían hecho con Marcos prefería no tener nada en su poder que las pudiera relacionar con él. A continuación, subió las fotografías a la nube y le mandó un enlace a Ronda para que accediera a ellas. Después borró el correo. No quería cabos sueltos si tenía la desgracia de que le pasara algo en el viaje de regreso, o perdiera el móvil. Apenas le quedaba batería. Se guardó el móvil en el bolsillo. Sabía que en breve se desconectaría y quedaría incomunicada, así que tendría que tener más cuidado si cabe. Con el libro escondido dentro de la cazadora, se volvió a colocar el guante y cerró el cajón con la misma llave maestra que había utilizado. Tras la puerta, pegó el oído a la madera, confirmando que el silencio era total. Una vez fuera del despacho, volvió a cerrar con la llave adecuada. Intentaba evitar, en la medida de lo posible, dejar rastros de su presencia. Cuando se dieran cuenta de que el libro había desaparecido, ella estaría muy lejos. Guiada de nuevo por la débil luz de emergencias, comenzó a regresar por donde había venido, pero de repente escuchó voces. Los dos guardianes estaban entrando en la nave. Samoa maldijo entre dientes, volvió sobre sus pasos y se encerró en la sala de catas. Por suerte, estaba abierta. Solo esperaba poder encontrar otro lugar por donde salir de allí. El ruido de las pisadas de los dos hombres subiendo la escalera se oía cada vez más próximo. Con el pulso acelerado, se escondió tras la puerta. Oía sus voces cercanas, pero no podía distinguir lo que decían. Le dio la impresión de que los pasos se alejaban hacia la entrada principal del complejo. Esperó unos segundos y salió lentamente de la habitación, caminando deprisa hacia el pasillo que conducía hasta la nave de los tanques. Sería muy afortunada si no habían cerrado con llave la puerta que daba al

exterior. La cerradura no le había parecido tan simple como las otras. Con aquella idea en mente, descendió los escalones procurando hacer el menor ruido posible, empujó la puerta de la nave y se volvió para cerrarla. En ese instante notó el contacto helado de algo metálico en la nuca.

—Ni te muevas.

La sangre se le congeló en las venas. El tono cortante del hombre y el frío de lo que intuyó era el cañón de una pistola, hizo que levantara los brazos por instinto. El desconocido, sin mediar palabra, la aplastó contra la pared ordenándole que pusiera los brazos a la espalda. Samoa obedeció. Al momento sintió la desagradable presión de unas esposas en las muñecas. Estaba perdida. Su primer pensamiento fue Ronda. Ahora sí que la había puesto en peligro de verdad. ¡Cómo había sido tan estúpida de pensar que podría entrar, robar el libro y salir de allí como si nada! El hombre la obligó a subir la escalera a trompicones hasta llegar a la sala de catas y allí la empujó hacia una silla. Después llamó a alguien a través del walkie talkie que llevaba sujeto a su cinturón.

El cerebro de Samoa funcionaba a todo gas. No llevaba ninguna documentación encima, por lo que no tenían por qué saber quién era. Les haría creer que había ido a robar. El móvil ya debía de haberse apagado por falta de batería. Miles de argumentos acudieron a su mente. Tenía que engañarlos como fuera. No podían relacionarla con Ronda, ni con nada que tuviese que ver con su organización. Llevaba encima las llaves del coche, pero lo había dejado lo suficientemente lejos y oculto en el bosque como para que no fuera fácil encontrarlo.

Los otros dos hombres que habían hecho la vigilancia en el exterior entraron en ese momento en la sala de catas.

—Aquí la tenéis —dijo el tercero.

—¿La has registrado? —preguntó uno de ellos.

—Os estaba esperando.

Bajo las luces de la sala, Samoa pudo verlos con claridad y sintió cierto alivio al comprobar que no estaban en el complejo el día que visitaron la bodega. Ninguno de ellos la había visto antes. Pensó que debían de ser vigilantes contratados y que, con un poco de suerte, no tendrían nada que ver con La Esencia. Por el momento podía acogerse a su plan. La función iba a empezar.

Uno de los que habían regresado, el que parecía estar al mando, se



aproximó a ella y la hizo ponerse en pie. Bajó la cremallera de su cazadora y cogió el libro. Ni siquiera le cambió el gesto. Samoa notó sus manos hurgando en el interior. El hombre sacó el mosquetón con las llaves maestras y lo puso sobre una mesa. Después metió los dedos en los bolsillos del pantalón y extrajo el móvil, la linterna y las llaves del coche. Intentó encender el teléfono, pero como ella había previsto, la batería se había agotado por completo.

—Busca un cargador para esto —le dijo a su compañero.

Samoa intentó mantener la calma. Ninguno tenía por qué intuir el motivo de su presencia allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el que llevaba la voz cantante.

—¿Tú qué crees? —soltó, simulando el tono cínico de los delincuentes de las películas que había visto a lo largo de su vida.

La violenta bofetada la pilló desprevenida. Fue más grande la sorpresa que el dolor. El golpe le dejó ardiendo la comisura del labio y sintió el sabor metálico de la sangre. La gorra se le había caído al suelo y parte de la melena le tapó la cara. Se dio cuenta de que aquellos no se andaban con tonterías. Tuvo una clara imagen del peligro que corría.

—¿A qué has venido? —repitió el hombre con una tranquilidad escalofriante.

—A robar. En un sitio como este siempre hay dinero.

—¿Seguro que buscabas dinero? ¿Y esto? —preguntó con idéntica frialdad, mostrándole el libro.

—Hay muchos datos. Pensé que pagaríais bien por ellos.

El segundo golpe la tiró contra la pared. Se fue escurriendo hacia el suelo, hasta quedar acurrucada con las manos todavía esposadas a la espalda. Le dolía horrores la mandíbula. Los ojos le escocían, pero no quería llorar. No delante de ellos, se dijo, esforzándose por contener las lágrimas.

—No vuelvas a tocarla.

Samoa giró la cabeza con rapidez al escuchar una voz femenina familiar.

Contempló con ojos incrédulos a la mujer que acababa de entrar en la habitación. Los dos golpes anteriores no supusieron nada comparados con el *shock* emocional que acababa de sufrir.

## A la luz

Noelia Blanchard podía haber tenido una vida fácil. Su madre, nacida en Valencia, fue destinada a Los Ángeles como reportera de una conocida revista científica internacional. Entre sus muchos encargos, le había tocado entrevistar al reputado neurocirujano Desmond Blanchard. En cuanto aquella mujer de exuberante melena pelirroja y ojos incisivos atravesó la puerta de su casa, el americano ya no pudo apartar los ojos de ella. Durante el encuentro se cruzaron las inexorables fuerzas del destino. La entrevista desembocó en una rápida boda al cabo de unos meses y el nacimiento, tras el tiempo preciso, de la pequeña Noelia. La niña creció entre algodones, rodeada de lujos y cariño, hasta que, a los nueve años, a su madre le diagnosticaron un cáncer de páncreas. Después de un tratamiento largo y carísimo, la periodista se convenció de que la curación no iba a ser posible y pidió morir en su tierra, donde habitaban los recuerdos de su niñez y la poca familia que le quedaba. Así fue como los tres se trasladaron a España donde, algunos meses después, sucedió lo irremediable.

Noelia acabó convirtiéndose en una niña solitaria, estudiosa en exceso y, para muchos, excéntrica. Nunca llegó a entender por qué no había cura para la enfermedad que le arrebató a su madre. Superados sus estudios primarios, la elección era lógica, así que entró en la facultad de Medicina. Desde el principio se obsesionó con la investigación y el conocimiento. Su mente se había propuesto el objetivo de erradicar la enfermedad de este mundo, pero también el proceso de la vejez y, en último término, la muerte.

En el exterior mantenía la apariencia de una joven que había terminado de una forma brillante la carrera de Medicina y había sido contratada, por méritos propios, para trabajar en un centro de medicina regenerativa que se dedicaba a la investigación con células madre. No obstante, durante su tiempo libre, Noelia se había dedicado a fundar —y dirigir en la sombra— una sociedad secreta llamada La Esencia, cuya regencia visible desempeñaba su padre.

La idea hacía mucho tiempo que le rondaba por la cabeza. Pronto se dio cuenta de que la investigación que quería llevar a cabo no iba a ser suficiente para alcanzar sus objetivos si la emprendía en solitario. Precisaba contactar

con otros cerebros privilegiados que se encargaran de cubrir los conocimientos que le faltaban. Fue así como decidió hablar con el doctor Blanchard acerca de sus planes. Le comunicó que ella prefería quedarse en la sombra, aunque trabajarían juntos a la hora de elegir las personas adecuadas para su agrupación. Noelia tenía muy claro que el hecho de ser mujer podía constituir un lastre para atraer científicos importantes, dado los egos y el machismo imperante en muchos de los ámbitos que pretendía cubrir. Por otra parte, su padre era una figura muy reconocida dentro de la medicina y constituiría un cebo magnífico. Entre los dos establecieron un plan. Habría que montar un laboratorio de investigación con los adelantos más sofisticados. El dinero no era un problema, aunque sí guardar la discreción que el trabajo requería, puesto que no todos los procedimientos que pensaban utilizar estaban amparados por la legalidad vigente. Ambos se escudaban en que lo que iban a iniciar era en aras del avance científico. *Sapientia in aeternum*. La sabiduría es para siempre. Ese era el lema que guio sus pasos desde el principio. Para conseguir el anonimato requerido debían elegir una ubicación que no fuera visible. El doctor Blanchard tenía un amigo traumatólogo que además era dueño de un complejo enológico, el sitio perfecto para enmascarar su trabajo. Se lo presentó a Noelia y ella estuvo de acuerdo en explicarle el proyecto. Así fue como consiguieron involucrar a un tercer socio y, de paso, encontrar el espacio ideal para instalar su centro de operaciones: la bodega La Esencia. El lugar era lo suficientemente grande como para albergar el laboratorio y la sala de reuniones que sus actividades requerían. Una tapadera excelente.

Siguiendo las directrices que Noelia iba dando a su padre, fueron ampliando el grupo a unos cuantos investigadores de reputado conocimiento en campos diversos de la medicina. Ella, con la ayuda del doctor Blanchard, estudiaba y supervisaba los trabajos al final de cada jornada, cuando todos los científicos se habían marchado del laboratorio. Con el tiempo, el equipo consiguió logros importantes. No obstante, no progresaban todo lo rápido que las aspiraciones de Noelia requerían. A medida que avanzaban las investigaciones, necesitaban gente especialista en otras ramas y el espacio comenzaba a quedarse pequeño. Además, cuantas más personas participaban en la investigación, más difícil era controlar que sus actividades no se conocieran fuera de su entorno. Fue entonces cuando Noelia ideó algo para implicar psicológicamente a los socios de aquel proyecto común. Quería más

cohesión entre ellos, más compromiso. Había que generar la necesidad del secreto. Y el nombre La Esencia era muy adecuado; tenía relación con el sitio donde trabajaban y también con la finalidad última que se habían propuesto: encontrar la esencia de la eterna juventud, la sustancia que permitiría vencer a la enfermedad y la muerte.

Fue por ello por lo que creó la sociedad y se sacó de la chistera el conjuro que les obligaría a guardar celosamente sus secretos. Como estudiosa de las ciencias ocultas, sabía que la solemnidad y el simbolismo eran muy importantes para generar la cohesión mágica que necesitaba.

Por otro lado, Noelia buscaba la manera de ampliar el campo de conocimiento de cada uno de los socios. Al cabo de un tiempo halló la fórmula magistral en la experiencia de la ayahuasca. Había estudiado lo suficiente sobre la droga como para creer que podría servir a sus fines. Una ceremonia en la que interviniera esa sustancia sería el elemento que conseguiría unirlos a todos en un círculo indisoluble.

Para llevar adelante su plan, el rito precisaba de un marco propicio al ocultismo, un espacio que la imaginación relacionara con lugares idílicos donde a lo largo de los siglos se habían ido fraguando las sociedades secretas. Las instalaciones de la bodega no facilitaban el entorno adecuado, pero la mansión de su padre era perfecta. No le costó convencer al doctor Blanchard de que debía utilizar su casa para celebrar las ceremonias.

A los encuentros secretos de La Esencia tan solo eran invitadas las más reconocidas personalidades del mundo de la medicina y la ciencia. En el inicio, los socios se limitaban a experimentar con la ayahuasca e intentar aumentar sus percepciones y conocimientos a través de los viajes alucinógenos que la droga les proporcionaba. Sin embargo, el azar intervino poniendo en manos de Noelia el atajo que tanto había buscado. Un buen día, de modo fortuito, el resultado de una de esas reuniones le desveló la clave. Con la conducción adecuada, la sustancia podía ocasionar el robo literal de la memoria de una persona y su implantación en un cerebro ajeno. Tras aquel casual encuentro de consecuencias inesperadas, el doctor Bones acabó contando que había absorbido el cerebro del doctor Cell y explicó con todo lujo de detalles cómo lo había conseguido. Lo que en un principio nació como un accidente, se reveló como una forma excepcional de acumular conocimientos en tiempo record. Noelia pensó en toda la gama de posibilidades que aquello ponía en sus manos. Podría disponer de los

especialistas que el proyecto requería manteniendo tan solo un pequeño número de socios. Por otra parte, lo que estaban haciendo garantizaba la seguridad del secretismo. Todos tenían miedo de que el procedimiento saliera a la luz y pudieran acabar en la cárcel.

A la vista de los espectaculares resultados, la ética dejó de ser un obstáculo para Noelia, así que continuó aplicando ese mecanismo dentro del plan que conduciría a La Esencia hasta la cumbre mundial del conocimiento científico.

Esa noche, Noe se acordaba de su madre mientras atravesaba la puerta principal del complejo. A pesar de que sus fines estaban claros, algunas decisiones le estaban costando más de lo que había previsto. Aquello era necesario, se repitió a sí misma antes de empujar la puerta de la estancia donde tenían retenida a su amiga.

—¡Tú! —exclamó Samoa, sin poder creer lo que veía.

Noe indicó a uno de los hombres que la levantara del suelo y la sentara en la silla. Después les pidió que salieran de la habitación y cerró la puerta.

—Estás dando muchos problemas, Sam. Pensé que te quedarías quietecita después de haber recuperado a Ronda, pero te subestimé.

—¿Por qué haces esto?

—Por un buen fin, créeme.

—¿Vas a decirme que ese fin justifica lo que hacéis?

—Por descontado. Los avances que estamos consiguiendo van a cambiar el futuro de la Humanidad. ¿Eso no te parece importante?

—A costa de tantas vidas, no.

—Son poca cosa en comparación con lo que vamos a lograr. Devolveremos la grandeza al ser humano.

—Un objetivo muy altruista —soltó con sarcasmo.

—La Humanidad entera me lo agradecerá.

—Te equivocas. Cada persona es valiosa en sí misma. No puedes hacer esto a costa de la vida de otras personas.

—No matamos a nadie. Solo extraemos lo que necesitamos de ellos.

—Es lo mismo que robarles la vida.

—Eso es tan solo un punto de vista.

—¿Un punto de vista? ¿Les has dado la más mínima oportunidad de opinar, de defenderse? Estás jugando a ser Dios. ¿Quién elige a las víctimas y a los receptores afortunados? ¿Tú?

—En la sociedad tenemos un comité que se encarga de esas cuestiones.

—Muy democrático.

—Piensa lo que quieras. La realidad es que vamos a cambiar el destino del ser humano.

—Esto se va a volver en vuestra contra, Noe. No sabes lo cerca que estáis del Tercer Reich. Estáis decidiendo quién vale y quién no en ese mundo perfecto que creéis estar construyendo.

—No niego que existan daños colaterales, pero el resultado final los justifica con creces.

—Eso es maquiavélico. Tus procedimientos me dan náuseas.

—Siento que no me comprendas.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Noe?

—No nos has dejado muchas opciones.

—¿Vas a ser capaz? Mírame a los ojos. Nos conocemos desde hace más de veinte años.

—No es nada personal, Sam. Lo siento.

—Tampoco lo fue con Ronda, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Aunque no lo creáis, habéis sido importantes en un momento de mi vida, pero eso es el pasado. Tengo que mirar hacia el futuro.

—¿Y si te prometiera que vamos a olvidar todo esto y dejaros en paz? Me habéis quitado el libro. No tengo pruebas.

—Es demasiado tarde. Ya no puedo confiar en ti. Ni en Ronda. Sabéis demasiadas cosas. Dentro de un rato la traerán para que te haga compañía.

—¿Cómo has podido engañarnos así? —preguntó con amargura.

—Por un buen fin —dijo.

Samoa nunca había visto una expresión tan fría en el rostro de la que hasta ese momento había considerado su amiga.

Sin mirar atrás, Noe salió de la habitación con el libro en la mano. En el pasillo, tras dar las órdenes oportunas a los vigilantes, se detuvo un momento y cerró los ojos. No podía dejarse vencer por sentimentalismos. Había creado algo grande, un paso definitivo dentro de la Historia. Endureció la mirada y continuó avanzando por el corredor.

# La caza

*Coge el móvil y sal de ahí.*

Ronda se incorporó de golpe. El corazón le latía desbocado. Miró hacia el otro lado de la cama para descubrir lo que más temía. Samoa no estaba. Se levantó, comenzando a vestirse a toda prisa. Las palabras de Samoa le golpeaban en las sienes. Cogió el teléfono y las llaves del coche. Haciendo rugir el motor del Lexus, se alejó de la casa. Si ella le había dicho que saliera de allí, es que estaba en peligro. Y por lo que notaba en el centro del pecho, sabía que Samoa también. No tuvo ninguna duda de dónde estaba, así que tomó de inmediato el camino hacia la bodega. No obstante, cuando se hubo alejado lo suficiente de Denia, se detuvo en el arcén. Algo en su cabeza le indicó que tenía que mirar el móvil. En efecto, la imagen de un sobre se dibujaba en la pantalla. Con el corazón en un puño, leyó el mensaje, abriendo el enlace que le había enviado Samoa. Miró con detenimiento las fotografías. Había más de treinta y todas incriminaban a La Esencia. Decidió guardarse las espaldas por si ocurría algo y reenvió el mensaje a Noe con una frase: «*Si cuando despiertes no nos hemos puesto en contacto contigo, enseña estas fotos a la Guardia Civil y que vengan a rescatarnos a la bodega*».

Era demasiado pronto para llamar a nadie, pensó. Sin embargo, una idea repiqueteaba en su mente. Tenía que hacer aquello. Por Samoa. No había más tiempo. Conectó el altavoz del móvil y tecleó el primer número que recordaba de las fotos que acababa de ver. No necesita volver a mirarlas, las había memorizado línea por línea. A pesar de la hora intempestiva, le contestaron al segundo tono.

—¿Es la casa del doctor García-Castro? Perdone por la hora. ¿Es usted su mujer?

Ronda aguardó su respuesta y luego continuó hablando.

—Soy la doctora Ronda Lamarca, especialista en biología celular y molecular. Usted no me conoce, pero sé lo que le ha ocurrido a su marido y tengo la clave para que vuelva a recobrar la memoria. Ahora mismo estoy conduciendo hacia la bodega La Esencia. Imagino que ha oído hablar de ella. Acuda allí cuanto antes con él. Repito, tengo la clave para que recupere a su marido. No le pido que me crea ahora, pero estoy segura de que cuando

llegue lo hará. Le prometo que no busco un fin económico. Solo quiero justicia. Anote la dirección, por favor.

Ronda esperó unos segundos mientras la mujer cogía algo para escribir y después le dictó los datos.

—Le recomiendo que avise a la Guardia Civil para que vaya con usted. Perdona, pero tengo que seguir llamando a otras personas. No tengo mucho tiempo.

Continuó con las llamadas durante el viaje. La hora y el contenido del mensaje eran bastante desconcertantes. No obstante, nadie le colgó el teléfono. Se dedicó a comunicar con todos los parientes de las víctimas indicándoles que, si querían recuperar la memoria de su familiar, tenían que acudir en ese instante a la bodega. No se le ocurrió mejor forma de que la Guardia Civil la creyera que una denuncia masiva y tenerlos a todos reunidos. Ronda contaba con la desesperación de esas personas. Como había esperado, todas estaban dispuestas a ir hasta allí, no tenían nada que perder.

Terminó de realizar la última llamada un par de minutos antes de vislumbrar las luces de la bodega a lo lejos. Todavía estaba oscuro, pero había empezado a amanecer. En cuanto llegó, vio un coche bloqueando la entrada del camino que llevaba al complejo. Era el Ford Thunderbird de Noe, una reliquia que su amiga había estado mimando desde hacía años. Noe la esperaba sentada al volante. Ronda pensó que debía de estar despierta cuando le mandó el mensaje y habría salido de casa enseguida. Era lógico que hubiera llegado antes que ella, ya que vivía mucho más cerca. Detuvo el automóvil junto al de su amiga y bajó la ventanilla.

—La Guardia Civil ya está aquí —anunció Noe—. Sam está hablando con ellos. Sígueme y aparcamos dentro.

Ronda la siguió hasta el estacionamiento de la bodega. No vio ningún coche patrulla, ni tampoco el Camaro de Samoa, lo que le pareció extraño. Como había otros automóviles aparcados, dedujo que los agentes habrían acudido con coches no oficiales. Pero ¿y Sam? ¿Por qué le había alertado de un peligro? ¿Y dónde estaba su coche?

Bajó con aprensión del Lexus y se acercó a Noe. Esta le dijo que Samoa las esperaba en la recepción del hotel, así que caminaron juntas hasta el edificio. La pelirroja dejó que ella pasara primero. En el momento en que entró en el vestíbulo, fue recibida por dos hombres que la encañonaron con sus armas.



—¿Qué pasa? —preguntó con cara de perplejidad.

—Os habéis metido en algo que os venía grande, Ronda —respondió Noe, tomando el control de la situación—. He intentado por todos los medios manteneros al margen desde que te devolvimos la memoria, pero teníais que ir más allá. No os podíais quedar quietecitas.

—¿Formas parte de La Esencia?

Ronda no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Yo *soy* La Esencia, Ronda. La sociedad no existiría si no fuese por mí. La creé yo.

—¿Cómo?

El cerebro de Ronda se negaba a asimilar lo que estaba ocurriendo.

—Tú me tienes que entender mejor que nadie. Buscamos lo mismo. Necesitamos el conocimiento para eliminar la enfermedad. Es el primer paso para eludir la muerte.

—Pero así no, Noe. Lo que hacéis va contra toda ética.

—La ética solo es un obstáculo más. Lo único que hacemos con La Esencia es tomar atajos. Cuanto más conocimiento concentremos, antes dominaremos la naturaleza.

—No puedo creer que estés diciendo esto. Tú no eres así.

—Eso me demuestra que nunca has llegado a conocerme de verdad, Ronda.

—¿Cómo pudiste robarme mis recuerdos? ¡Somos amigas desde hace años!

—Como le he dicho a Samoa, no es nada personal. Necesitaba tu cerebro. Unas cuantas víctimas no son nada comparable con los logros que vamos a conseguir.

—Sin la ética, la Humanidad se autodestruirá y lo sabes. De nada servirá evitar la enfermedad.

—La Esencia tiene su propia ética, solo que es un poco diferente a la tuya.

—No me puedo creer lo que oigo. ¿Dónde está Sam? ¿Qué le has hecho?

—Todavía nada. Pero no te preocupes, os tengo reservada una sorpresa para que viváis más unidas a partir de ahora. Seguro que la idea os seducirá.

—Estás completamente loca.

—Es un punto de vista. Yo me considero más bien un espíritu avanzado. Llévala al coche —ordenó a uno de los hombres—. Vosotros id a por la otra. Os espero aquí.

A medida que pasaban los minutos, Ronda observaba desde el asiento trasero del automóvil cómo Noe se iba impacientando. Se movía nerviosa con las manos en los bolsillos y miraba de tanto en tanto su reloj. Algo no iba bien. Al cabo de un tiempo interminable, los dos hombres regresaron y se aproximaron a ella visiblemente alterados. La conversación parecía tensa, aunque desde donde estaba le era imposible escuchar lo que decían.

Los vigilantes volvieron al interior del edificio principal y Noe se alejó unos pasos para llamar a alguien con su móvil.

—*Sapientia in aeternum* —dijo, esperando mientras alguien respondía al otro lado del teléfono—. Margot, código rojo. Manda al equipo al complejo La Esencia, hay que trasladar ese laboratorio ya.

Tras cortar la llamada, la mujer pelirroja regresó al coche en el que estaba Ronda, se sentó junto al conductor y le indicó que emprendieran el viaje.

Minutos más tarde, un camión tráiler con el emblema de la Esencia en el lateral entró en la propiedad. Con una difícil maniobra, se aproximó haciendo marcha atrás al muro este del complejo. Cualquier observador ajeno hubiera pensado que se trataba de uno de los muchos vehículos de reparto que diariamente llegaban, cargaban las cajas de vino y se marchaban de la bodega. El conductor salió del camión y abrió las puertas traseras. Escudados en la invisibilidad que otorgaba la ubicación del vehículo y la hora temprana, diez hombres con monos blancos de protección integral, mascarillas y guantes saltaron del interior del camión y esperaron las órdenes de la mujer que descendió con gran seguridad de la cabina, a pesar de su atuendo. Ataviada con un caro traje de chaqueta y altos tacones, su apariencia era la de una ejecutiva. La larga melena ondulada de color negro azabache tapó por un momento su mirada gélida azul cobalto. La ejecutiva se acercó a la pared del edificio que lindaba con el lateral del hotel e introdujo una tarjeta en una hendidura invisible a ojos ajenos. De inmediato, una gran puerta camuflada en el muro se desplazó, dejando a la vista una rampa descendente. Los hombres de blanco bajaron varias carretillas automatizadas del tráiler y desaparecieron por la rampa. Moviéndose con una eficiencia estudiada, trasladaron en pocos minutos el contenido del laboratorio oculto en el sótano. Los muebles con muestras que requerían refrigeración fueron conectados a aparatos eléctricos portátiles ubicados dentro del camión. Las jaulas con los ratones y las cobayas tenían su espacio específico dentro del enorme vehículo. Todo el material y los carísimos aparatos de última generación

fueron acomodados con protección exquisita en el interior del tráiler. La fría mirada de la mujer lo supervisaba todo con detalle. En poco menos de media hora no quedaba ni rastro del laboratorio que había permanecido durante años escondido en las entrañas de la bodega, excepto algunos armarios y bancadas metálicas que eran sustituibles. Con la misma impunidad con la que se había colado en el complejo, el tráiler partió del lugar hacia un destino preciso.

# La salida

Samoa estaba a un paso de coger una pulmonía. La habían dejado encerrada en la sala enorme donde reposaban las barricas con una temperatura regulada a pocos grados. Para colmo de males, había bastante humedad. Mientras contemplaba las decenas de barriles almacenados, pensaba en cómo podría salir de allí. En otras circunstancias, el hecho de cohabitar con los mejores vinos de reserva en proceso de maduración le hubiera resultado atractivo, pero la situación no dejaba lugar para muchas bromas. Comenzaba a notar el frío adhiriéndose a su garganta y se encontraba más que incómoda con las manos esposadas a la espalda. Los brazos ya le hormigueaban por la dificultosa circulación de la sangre.

Comenzó a recorrer cada metro de aquel sótano esperando que surgiera en su cabeza alguna idea brillante, pero el helor y el intenso aroma a vino tampoco ayudaban mucho. Zigzagueó entre las hileras de toneles, recorriendo el espacio desde la puerta bloqueada con cerradura de seguridad hasta el final de la estancia. Allí era donde estaban apiladas las barricas con los mejores caldos. Lo único que le venía a la mente era abrir una de esas joyas y emborracharse hasta perder la consciencia. No quería pensar en lo que podían hacer con ella en cuanto regresaran aquellos hombres. Su única esperanza era que Ronda hubiera pedido ayuda y llegaran a tiempo de rescatarla. De lo contrario, se temía lo peor. Y en este caso lo peor no era la muerte, era acabar encerrada para siempre en el cerebro de alguien.

La idea de entrar en coma etílico le resultaba cada vez más atractiva. Se aproximó a las barricas más viejas, las que había estado observando con detenimiento cuando les enseñaron la bodega. Aquel día el guía apareció de repente y la asustó. Una lucecita se encendió de golpe en su cerebro. ¿Por qué lo haría? En aquel momento le dio la impresión de que el hombre trataba de alejarla de ese sitio. Confiando en su intuición, comenzó a analizar las columnas de toneles apoyadas en la pared. En ese lado el sótano formaba un ángulo, de modo que existía un pequeño hueco por detrás de la pila de barriles, justo en la zona que coincidía con el rincón. Contorsionándose de forma imposible al no poder hacer uso de las manos, sin apenas sitio para pasar, Samoa se arrastró por detrás de las barricas ocupando el estrecho

espacio que había hasta la pared. Fue en ese momento cuando, a pesar de la oscuridad del rincón, vislumbró el pasador de hierro que sobresalía del muro. Su intuición no le había fallado. Allí había una salida camuflada. La pequeña puerta tenía un cierre rudimentario que se abría levantándolo de sus anclajes desde el lado izquierdo. Se colocó de espaldas y tanteó hasta que pudo agarrar la pieza herrumbrosa. Moviéndola hacia arriba con fuerza, notó que se desplazaba y escuchó el clic al soltarse. A continuación, dando un ligero empujón, la madera se abrió hacia fuera sin oponer resistencia. De forma inmediata, un fuerte tufo a moho se impuso por encima del olor del vino.

Detrás de ese umbral todo estaba a oscuras, por lo que adentrarse por aquella abertura suponía un riesgo. Samoa no podía ver por dónde pisaba y además iba con las manos esposadas a la espalda. Si se topaba con un gran desnivel en el terreno caería irremediabilmente al vacío. Convencida de que no tenía mucho que perder, se lanzó a lo desconocido. Empujó la puerta hasta cerrarla de nuevo, quedándose en medio de la más absoluta negrura. Andaba arrastrando los pies con el fin de asegurar el avance. El suelo parecía firme y liso, pero por el sonido de sus pisadas dedujo que iba caminando sobre terreno sin ningún tipo de pavimento. Notaba el aire denso y el profundo olor a tierra húmeda la asfixiaba. Lo único bueno era que hacía menos frío que en el sótano del que había escapado. Se detuvo un momento y extendió los brazos hacia atrás, primero hacia la derecha y luego a la parte contraria, tanteando la pared a ambos lados. El resultado le indicó que se hallaba en un corredor no muy ancho. A ciegas, continuó hacia adelante dando pequeños pasos, sin dejar de palpar de vez en cuando los muros del estrecho pasillo colocándose de lado. Aquel túnel no se acababa nunca. Había perdido la noción del tiempo, pero ya no había marcha atrás. El final de ese recorrido no podía ser peor que lo que la esperaba si la encontraban. Continuó avanzando durante minutos interminables hasta que su pie derecho tropezó con algo y se fue hacia adelante. Soltó un taco. Se había hecho daño en el costado. Moviéndose con dificultad, descubrió al fin que había caído sobre varios escalones de piedra que ascendían hacia algún lugar. Estaba dolorida. Se incorporó apoyándose con el hombro en la pared y fue subiendo hasta que se dio de bruces con un obstáculo duro y vertical. Estaba claro que había llegado al final de su recorrido, fuera el que fuese. Vuelta de espaldas, tocó con los dedos por la superficie rugosa. Esperaba con ansia que se tratara de una salida. Sus deseos se vieron cumplidos, ya que palpó un objeto frío y

metálico. Estuvo toqueteando la pieza hasta descubrir que era un pasador idéntico al de la otra puerta. Sin pensarlo ni un segundo, lo impulsó hacia arriba y empujó con fuerza, pero esta vez la madera no se movió ni un ápice. A punto de entrar en pánico, tuvo una inspiración. Tiró hacia dentro. El chirriar de los goznes fue acompañado por un rayo de claridad proveniente del exterior. Samoa se apartó un poco para poder abrir completamente y asomó la cabeza. El corazón se le aceleró. Estaba amaneciendo y se encontraba en medio de un bosque. Pero no de cualquier bosque. En aquel momento le llegó con intensidad el aroma de la higuera. Lo que había recorrido era un túnel que atravesaba los viñedos por el subsuelo y llegaba hasta el muro posterior de la propiedad, justo donde había encontrado a Ronda y por donde, hacía unas horas, había saltado al interior del recinto. La hendidura que había tocado en el exterior se correspondía con los contornos de la puerta que acababa de abrir desde dentro. A pesar de la euforia que le sobrevino por haber escapado de allí, se obligó a sí misma a moderar su entusiasmo. Todavía no estaba a salvo. No tardarían mucho en descubrir que se había ido, así que tenía que alejarse de allí cuanto antes. Por supuesto, no podía contar con el Camaro. Aparte de que le habían quitado las llaves, seguía con las esposas aprisionando sus muñecas. No tenía otra opción que comenzar a caminar con la esperanza de que algún coche la viera y la llevara hasta el cuartel de la Guardia Civil más cercano. Samoa recorrió a toda prisa la distancia que la separaba de la carretera, amparándose para no ser vista en el muro oeste, justo el contrario a aquel que estaba más próximo a su coche. Cuando por fin alcanzó los límites del complejo, escuchó voces y carreras al otro lado. El miedo amenazó con paralizarla. Debía darse prisa si quería aprovechar la ligera ventaja que poseía. Podía distinguir las luces que acompañaban el sendero hasta la verja de entrada a la bodega, pero si huía por allí la localizarían enseguida. Optó por desviarse a la derecha, alejándose monte a través. Oyendo a sus perseguidores cada vez más cerca, corrió entre la maleza sorteando árboles y arbustos, pero se dio cuenta de que con las manos atadas no podía avanzar rápido. A buen seguro iban a alcanzarla muy pronto. Uno de sus perseguidores gritó a otro para que se aproximaran a la carretera. La voz provenía de unos cincuenta metros a su espalda. Pensó que había tenido mucha suerte de que no la hubiera visto todavía. Desesperada, vio un gran matorral tupido y se arrojó al suelo reptando hacia su interior hasta quedar tapada totalmente por las hojas. Esperaba que el arbusto se

confundiera con sus ropas negras y le sirviera de camuflaje. Las estrechas ramas puntiagudas le arañaron la piel de los brazos y la cara, pero no le importó. Tenía que pasar desapercibida. Dejó de respirar cuando escuchó, a un par de metros, el crepitar del follaje anunciando los pasos apresurados del hombre que la perseguía. De forma providencial, el ruido se alejó unos metros a su izquierda y se fue perdiendo hacia la entrada de la propiedad. Samoa aguardó unos segundos y salió de su escondrijo arañándose todavía más. La ceja aún le molestaba, le palpitaba el labio y le escocía toda la cara. No obstante, solo podía dar gracias al matorral que la había acogido. Por el momento, se encontraba a salvo. Comenzó a andar deprisa hacia el este, por mitad del monte, apartándose paulatinamente de la dirección de sus perseguidores. Su objetivo era salir del bosque algunos kilómetros más allá, para poder interceptar al primer automóvil que pasara. Sabía que, por la hora y el paraje en el que se hallaba, iba a resultar bastante difícil encontrarse con alguien, pero eso no la desanimó. Caminaría hasta que su cuerpo no aguantara más.

Anduvo largos minutos mirando constantemente a sus espaldas, temerosa de que sus perseguidores aparecieran en el horizonte en cualquier momento, pero no alcanzó a ver a nadie ni escuchó indicio alguno que le hiciera pensar que la seguían. Dedujo que debían de haberse dado por vencidos. Aun así, Samoa no aflojó la alerta. Cuando supuso que estaba lo suficientemente lejos del complejo, se acercó a la carretera, comenzando a caminar a paso rápido por el arcén. En los alrededores no se veía ni un alma. Agotada por la noche de vigilia, los acontecimientos vividos y los kilómetros recorridos en la última media hora, le tentaba dejarse caer al borde del camino. Seguro que alguien la recogería. Se estaba dando ya por vencida cuando distinguió a lo lejos unas luces que se movían en dirección a la finca. Parecían los faros de un automóvil. Sin embargo, a medida que se aproximaban, descubrió que no se trataba de un solo coche. Al primero le seguía una caravana de vehículos. Sin pensarlo dos veces, se plantó en medio de la trayectoria del convoy. Sabía que se arriesgaba a que la atropellaran, ya que ni siquiera podía levantar los brazos y hacer señales de aviso, pero pensó que aquella era su única oportunidad.

Al tenerlos más cerca se dio cuenta de que el automóvil que encabezaba el grupo era un coche de la Guardia Civil. Tuvo suerte, ya que la vieron enseguida. Había amanecido y se distinguía bastante bien la carretera. La

columna aminoró la marcha hasta detenerse. Contó por lo menos doce vehículos. Entre ellos, había tres del cuerpo de seguridad. Se preguntó qué habría ocurrido, aunque estaba claro que la fortuna estaba de su parte.

Del primer coche oficial descendieron dos agentes, un hombre y una mujer, que caminaron hacia ella con la mano apoyada en la funda de la pistola. Samoa pensó que estaban a un segundo de sacar el arma. Debía de presentar un aspecto sospechoso, con toda la cara arañada y los brazos ocultos detrás, así que se puso de medio lado y, mostrando las muñecas sujetas, gritó que la habían esposado. Cuando se giró de nuevo, vio que algunos conductores también habían bajado de sus vehículos para averiguar qué estaba ocurriendo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el agente. Era un hombre de mediana edad y pelo canoso.

—He escapado de La Esencia, la bodega que hay unos kilómetros más adelante. Unos hombres me tenían retenida dentro del complejo.

—Precisamente vamos hacia allá, alguien ha avisado a toda esta gente pidiéndole que acudiera a la bodega. ¿Qué está ocurriendo?

—Es un poco largo de contar.

—Inténtelo.

—La Esencia es la sede de una sociedad secreta que se dedica a robar conocimientos científicos. Intenté llevarme el libro-registro que recoge toda su actividad, pero me lo quitaron. De todas formas, lo fotografié con mi móvil. He enviado por correo electrónico un enlace con las fotografías a una amiga, la doctora Ronda Lamarca. Si quiere verlo, he subido las fotografías a la nube.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Samoa Bellpuig.

—¿La escritora? —preguntó la agente que acompañaba al guardia. Su cara no podía ocultar la sorpresa.

—Sí.

En ese instante, una mujer que había estado escuchado la conversación desde cierta distancia se aproximó a ellos.

—La doctora que ha nombrado es la persona que me ha llamado por teléfono. Me dijo que nos veríamos en la bodega.

—Si ha llegado hasta allí, puede que la hayan capturado. Debemos ir enseguida —urgió Samoa.



—Lo sabremos pronto. Suba al coche —dijo el guardia civil canoso.

Antes de acomodarse en el asiento de atrás del vehículo oficial, la agente le quitó las esposas, ruborizándose manifiestamente. Samoa se lo agradeció con una sonrisa cansada y se frotó las muñecas con alivio. Se sentía magullada y exhausta.

El largo cordón de automóviles reanudó su marcha y, al cabo de unos minutos, se detuvo ante el estrecho camino que llevaba a la entrada del complejo. Solo el primer vehículo de la Guardia Civil se adentró hasta la misma puerta. Los otros dos coches oficiales permanecieron al borde de la carretera, encabezando la comitiva y a la espera de más órdenes.

La verja estaba cerrada con un candado. Samoa echó un vistazo por la ventanilla al aparcamiento del complejo. Solo había un coche estacionado. El Lexus de Ronda. El corazón comenzó a palparle enloquecido. Bajó del automóvil como impelida por un resorte. ¿Qué le habrían hecho? El guardia civil canoso salió también del vehículo y la interpeló con la mirada.

—Es el coche de mi amiga. Puede que todavía esté dentro.

—En todo caso, necesitaremos una orden de registro y eso puede llevarnos horas.

—¿No piensan entrar? —exclamó furibunda.

—Es una propiedad privada, señora.

—Es la guarida de unos delincuentes peligrosos. A mí me han retenido aquí y a mi amiga puede que también. ¿No tienen bastantes argumentos?

—Lo siento, solo tenemos su palabra. Si hubiera estado abierto les hubiéramos interrogado. Pero está cerrado. En el caso de ser testigos de un delito flagrante podríamos hacer algo. Tendrá que decidirlo un juez.

Samoa bufó de pura impotencia.

—Lo único que podemos hacer es acompañarla al cuartel y tomarle declaración. Si quiere hacer una denuncia está en su derecho.

—Por supuesto que quiero hacer una denuncia —alegó enfadada.

Los dos se metieron de nuevo en el coche y el hombre recorrió marcha atrás el camino hasta llegar al borde de la carretera. El agente volvió a bajar del automóvil y se acercó a un compañero que había salido de otro vehículo oficial para darle instrucciones. Al cabo de unos segundos, el otro guardia se encaminó hacia los demás coches y repitió las órdenes a todos los conductores.

En tono de disculpa, la agente que se quedó con Samoa le contó que

estaban informando a los demás de que no podían entrar en la propiedad a no ser que tuvieran una orden. Tan solo les quedaba la opción de hacer una denuncia. Intentó animarla prometiéndole que encontrarían a su amiga. Samoa se frotó los ojos. Ni siquiera podía manifestar su ira de lo agotada que estaba.

Por lo visto, nadie parecía dispuesto a volver a casa sin obtener alguna respuesta, así que la larga comitiva emprendió la marcha siguiendo al primer vehículo de la Guardia Civil que se dirigía hacia el cuartel.

Samoa continuaba preguntándose qué habría pasado con Ronda. Sentía una opresión en el centro del pecho y el cansancio comenzaba a hacer mella en su cerebro. Apoyó la sien en el frío cristal de la ventanilla y cerró los ojos, quedándose adormecida. En ese mismo instante distinguió con nitidez la imagen de su amante. Se encontraba en medio de un salón lujoso. El suelo estaba cubierto con alfombras antiguas. Había varios sillones orejeros, una chimenea de piedra, armaduras... un lugar que ya había visto antes.

Abrió los ojos y se espabiló de golpe.

—Pare el coche y de la vuelta. Ya sé dónde tienen a Ronda.

—Mire, señora, no estamos para juegucitos.

Ante la cara de escepticismo del agente, Samoa le rogó que la escuchara.

—¿Me ve cara de estar jugando? La vida de mi amiga está en peligro. Ronda y yo hemos tenido una conexión telepática desde pequeñas. Acabo de ver su imagen. Sé dónde está y no es muy lejos de aquí. La tienen en una casa en el macizo del Caroig. No hay ni veinte kilómetros desde donde estamos. Por favor, créame.

—No perdemos nada por intentarlo, venga —intervino la agente, echándole un cable a Samoa.

Profundas arrugas de concentración aparecieron en la frente del guardia mientras aminoraba la velocidad. Se giró un instante hacia su compañera y la miró con cara de cabreo.

Samoa guardó silencio unos segundos hasta que constató que las defensas del hombre empezaban a flaquear. Insistió en que el lugar estaba muy poco de allí. No les iba a suponer una gran pérdida de tiempo. Internamente, agradeció que aquella mujer hubiera leído sus novelas. El destino a veces tenía giros insospechados.

—Voy a hacerle caso, pero si todo es una farsa será la responsable de hacernos perder un tiempo precioso.

El agente dio la vuelta y Samoa observó que la larga fila de coches imitaba la maniobra, provocando un pequeño caos en la carretera. Solo esperaba que llegaran a tiempo de salvar a Ronda. Si la iban a someter a la ceremonia de nuevo, tendrían que estar allí varias horas. Aquello alimentaba sus esperanzas.

Contemplaba los campos pasar con una apatía cercana al desmayo. Estaba demasiado cansada para pensar. Sin embargo, una preocupación le aleteaba en el cerebro. Tenía que alertar a Marisa y a Lola. No podía dejar que se expusieran a un peligro al desconocer que Noe formaba parte del enemigo.

—¿Le importaría prestarme un teléfono? Tengo que avisar a alguien con urgencia. Todo esto ha sido planificado por una persona a quien considerábamos amiga y no quiero que nadie más sufra daños.

El agente la miró con reservas, pero le pasó un móvil. Samoa marcó el número de Marisa.

—¿Marisa? Soy Sam. ¿Te he despertado?

—¿De quién es este teléfono? Acabo de levantarme y estaba preparando los desayunos. ¿Pasa algo? Es muy temprano.

—Han cogido otra vez a Ronda. Yo me he librado por muy poco. Escúchame, Noe es el cerebro de todo. No te fíes de ella.

—¿Cómo? ¿Me tomas el pelo?

—En absoluto, lo he visto con mis propios ojos. Ya te lo explicaré. Llama a Lola, por favor. Si Noe se pone en contacto con vosotras, disimulad. Haced como que no sabéis nada. Todas estamos en peligro mientras no la cojamos. Ahora mismo vamos hacia la casa donde tienen encerrada a Ronda. Me lleva la Guardia Civil y viene también un montón de gente, todas víctimas de La Esencia. Hay por lo menos quince personas y les acompañan sus familiares. Debe de haberlos avisado ella antes de que la cogieran. En cuanto todo esto acabe, os llamaré.

—Me dejas de piedra, Sam. No puede ser que Noe...

—Lo sé, es una locura. Ahora tengo que colgar. Luego hablaremos, Marisa.

—Voy a contárselo a Lola. No se lo va a creer.

—Acuérdate de lo que te he dicho. Si habláis con Noe, no sabéis nada. En cuanto pueda te llamaré.

Samoa devolvió el teléfono y se arrellanó en su asiento mirando por la ventanilla. Estaba cansadísima y le dolía todo el cuerpo, pero ello no era

comparable con la angustia que sentía al pensar en la situación de Ronda.

La mañana había avanzado y se habían cruzado con varios coches. Algunos conductores miraban extrañados la larga cola de vehículos. Al cabo de un rato, la comitiva comenzó a ascender por la montaña. En un momento determinado, Samoa indicó al agente que se metiera por una vereda de tierra que se abría a la derecha. Se trataba del desvío que llevaba hasta la propiedad. Reconocía el camino como si lo hubiera recorrido ella misma. Era la ventaja de haber explorado el cerebro de Marcos.

# La mansión Blanchard

Ronda observaba con una angustiosa sensación de *déjà vu* los preparativos que se estaban llevando a cabo en el amplio salón donde la tenían retenida. Se decía a sí misma que tenía que conservar la calma. Por las conversaciones que Noe había mantenido por teléfono delante de ella, sabía que Samoa había conseguido huir y que aún no la habían localizado. Eso le daba cierta esperanza. Por otra parte, el hecho de que conociera cada paso de lo que iban a hacerle le proporcionaba una pequeña ventaja.

Alzó la vista hacia los dos hombres armados que permanecían cerca de ella. Ni siquiera la miraban. Le habían atado las muñecas a los brazos del butacón donde estaba sentada, así que cualquier idea de escapar era inútil.

Reconocía el lugar. Aquel sitio era donde Marcos había participado en la ceremonia por primera vez. Al otro lado de la habitación, Noe hablaba con el que parecía ser el dueño de la casa, un hombre delgado de edad avanzada. El doctor Brain. Lo había visto en la mente de Marcos. El mismo hombre de rasgos indígenas que había guiado la ceremonia en la bodega estaba preparando la infusión de ayahuasca junto a la chimenea. El olor intenso de la mezcla se había apoderado del salón. Sin ninguna duda, aquel tenía que ser el doctor Driver, el chamán que había conducido los procesos para robar la memoria de las víctimas, incluida la suya.

Vio que Noe se separaba del dueño de la mansión para acercarse a ella. Ronda la contempló con detenimiento. Llevaba la melena rojiza suelta y, tras sus gafas de montura negra, mostraba un temple y una mirada decidida muy poco habitual. La Noe despistada, estrafalaria e ingenua que había conocido había desaparecido por completo.

—Tampoco eres alérgica al alcohol, ¿o me equivoco? —preguntó Ronda.

—En absoluto. Me encanta el buen vino y lo disfruto a menudo —respondió con media sonrisa.

—¿Era necesario esto, Noe? —preguntó, buscándole los ojos.

—Ya te lo he explicado, no se trata de nada personal. Digamos que son necesidades del guion. Me hubiera gustado que en esta ceremonia participara también Samoa, pero ha preferido irse. Es una lástima, habríais constituido un cóctel inimitable dentro de mi cabeza. Me tendré que conformar contigo

por el momento.

—Sabes que esto no va a salir bien. Sam vendrá a por mí.

—Y la estaremos esperando. Al final confluiremos todas en el mismo punto, créeme. Será algo soberbio.

—¿Estás segura de que todo esto vale la pena?

—Estoy absolutamente convencida y, como científica que eres, tú deberías saberlo. El tiempo me dará la razón, Ronda. Los logros...

En aquel instante la interrumpió la melodía de su teléfono móvil. Noe lo sacó del bolsillo de la chaqueta y se alejó para contestar. Durante un par de segundos su cara mostró una expresión contrariada, pero de inmediato regresó su anterior gesto de seguridad. Se aproximó al dueño de la casa y le dijo algo en voz baja que Ronda no pudo oír. Acto seguido, le pidió las llaves del coche al doctor Driver y salió sin despedirse. Ronda leyó la alarma en los rostros de los hombres que todavía permanecían en la estancia.

—Vámonos de aquí —ordenó el doctor Brain con voz tensa.

Con estupefacción, Ronda vio cómo se marchaban a toda prisa y la dejaban abandonada en aquel salón. No tuvo tiempo ni de protestar. En cuanto se quedó sola, forcejeó para desasirse de las ataduras que ceñían sus muñecas a los brazos de la butaca, pero estaban fuertemente apretadas.

Algo debía de haber ocurrido. Quizás las familias con las que había contactado le habían hecho caso y avisaron a la Guardia Civil. ¿Habrían entrado en la bodega? Desde luego, Noe había sido alertada de un peligro inminente, o no hubiera huido de esa forma. Lo que Ronda se preguntaba era si lograrían encontrar la mansión. En las fotos del libro-registro que había memorizado no figuraba por ninguna parte. Solo Samoa sabía dónde se encontraba aquella casa. Esperaba que la fuerza de sus pensamientos la hubiera alcanzado, o estaría perdida. Ignoraba cuánto tiempo podría seguir con vida atada a aquel sillón. Se obligó a hacer ejercicios para relajarse. Notaba la boca seca y comenzaba a tener una sed terrible, pero no podía dejarse llevar por el pánico. Debía mantener la mente fría.

Media hora después continuaba sola e inmovilizada. Empezaba a desesperarse y a pensar en la clase de muerte que iba a sobrevenirle si no la encontraban. De repente escuchó ruidos en la planta baja. Alguien había entrado en la casa.

—¡Aquí, en el piso de arriba! —gritó con todas sus fuerzas.

Los sonidos de pisadas se intensificaron. Creyó estar viendo un espejismo

cuando la figura de Samoa se materializó en la puerta. La mirada que le dirigió provocó que se desbordara toda la tensión acumulada y comenzó a llorar sin freno. Samoa corrió hacia ella. Agarró su cara entre las manos y la besó con ternura. Cuando se apartó, Ronda constató que también tenía lágrimas en los ojos.

—No llores, estoy bien —gimoteó.

Uno de los hombres soltó por fin las ligaduras y las dos se fundieron en un abrazo.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Ronda, pasando los dedos con suavidad por el arañazo más profundo que surcaba su mejilla. Samoa dio un respingo.

—Escuece un poco, pero no es nada.

—Mientras mis hombres registran la casa, cuénteme qué ha pasado —ordenó el agente al mando.

—No encontrarán a nadie, se han ido todos hace mucho rato. Alguien ha avisado a Noe por teléfono —explicó, dirigiéndose a Samoa.

—Su Ford todavía está aparcado abajo. Menos mal que han dejado la casa abierta.

—Se ha llevado el coche del doctor Driver. He visto cómo le daba las llaves.

—¿Quién es esa Noe? —preguntó el agente.

—La fundadora de La Esencia, la sociedad secreta responsable de lo que le ha pasado a esa gente que espera en la puerta —contestó Samoa.

—¿Han venido todos hasta aquí? —preguntó Ronda, asombrada.

—Sí, les han traído sus familiares. No están dispuestos a abandonar la única pista que puede conducirlos hasta sus recuerdos.

—Creo que ustedes dos tienen mucho que contar. En cuanto acabemos de inspeccionar la casa, nos desplazaremos al cuartel para que hagan una declaración, si no les importa —dijo el agente.

—En absoluto. Les ayudaremos en lo que podamos. Espero que les cojan —señaló Samoa.

—Por lo pronto, sabemos quién es el dueño de la casa. Se llama Desmond Blanchard. Ya está dado el aviso para que localicen su coche —anunció el guardia.

—¡El doctor Brain es el padre de Noe! —exclamó Ronda.

En ese momento regresaron los agentes que habían registrado la mansión y anunciaron que en la casa no había nadie más. El que estaba al mando ordenó

que se llevaran la infusión de ayahuasca que había preparada en la chimenea. También pidió que informaran a todas las personas que habían ido hasta allí que debían acudir al cuartel general de la Guardia Civil en Valencia para interponer sus denuncias.

Cuando Ronda y Samoa llegaron al edificio para hacer su declaración, el agente canoso les presentó a un hombre de unos sesenta años y rasgos duros. Era su superior. Los cuatro se trasladaron a un cuarto con una mesa grande y varias sillas y el hombre de mayor rango les rogó que se sentaran.

—Cuénteme todo desde el principio —pidió el hombre, dirigiéndose a Ronda.

La mente de Ronda funcionó a toda máquina para idear una explicación que se pareciera a la verdad, pero que no incluyera el episodio en el que habían robado la memoria a Marcos. Además, no quería involucrar a Lola y Marisa en lo ocurrido.

—Todo comenzó cuando nosotras dos —explicó mirando a Samoa—, otras tres amigas y el doctor Marcos Montalbán, que entonces era mi pareja, fuimos a pasar un fin de semana al complejo La Esencia.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos semanas. Marcos me contó que conocía al dueño de la bodega. El mismo sábado de nuestra llegada, nos despedimos de nuestras amigas después de cenar y Marcos me llevó hasta una estancia subterránea del complejo. Quería que probáramos un cava exclusivo que no vendían al público. Allí nos esperaban otros dos hombres. Me obligaron a acostarme en una camilla y me ataron a ella. Fue entonces cuando me enteré de que Marcos formaba parte de una sociedad secreta que llevaba el mismo nombre de la bodega, La Esencia. También descubrí que no solo fui engañada por él, sino por una de mis mejores amigas, la doctora Noelia Blanchard. Al cabo de unos minutos, ella entró también en aquella habitación —mintió Ronda, transformando la verdad—. Esa noche, tras hacerme beber una infusión hecha con ayahuasca, una planta alucinógena, caí en trance y lo último que recuerdo fue que cuando desperté no estaba dentro de mi cuerpo, sino en el de la doctora Blanchard.

Samoa miró al suelo para que el hombre no adivinara sus pensamientos. Estaba perpleja por la rapidez con la que Ronda se había inventado una nueva versión de los hechos.

—Explíqueme eso —pidió el agente.



—Cuando recuperé la consciencia, mi cerebro razonaba y recordaba todo, pero no dentro de mi cuerpo. Mi mente estaba alojada junto a la mente de la doctora Blanchard. Dentro de ella.

—¿Puede decirme cómo es posible semejante cosa?

A pesar de lo excepcional de la revelación, el hombre estaba dispuesto a creerla. Tan solo parecía necesitar una explicación que pudiera entender.

—Mediante la ceremonia de la ayahuasca —intervino Samoa—. Es una droga utilizada comúnmente por pueblos indígenas de América del Sur. He investigado un poco acerca de ella. Los participantes en la ceremonia toman una infusión elaborada con raíz de ayahuasca y otras sustancias. Con la ayuda de un chamán son capaces de separar la mente del cuerpo, hacer pasar los recuerdos de una mente a otra y dejar a una persona con lo básico en el cerebro para que su organismo pueda funcionar, pero sin recuerdo alguno.

—De hecho, eso es lo que me hicieron. La mente sufre un desdoblamiento. La parte más importante, la que guarda los recuerdos de toda una vida, es la que trasladan al cerebro de otra persona. La más rudimentaria se queda en el propio cuerpo. Cuando Samoa encontró mi cuerpo tenía el cerebro de un recién nacido. Estaba aterrorizada y ni siquiera sabía andar. Recuerdo que iba arrastrándome entre las hierbas. Me abandonaron en los alrededores de la bodega con la intención de que me perdiera en el bosque.

El hombre se rascó la cabeza. El otro agente se mantuvo callado esperando que el superior continuara con el interrogatorio. Su rostro era inexpugnable.

—¿Y usted cómo la encontró? —preguntó el agente a Samoa.

—Conexión telepática. Ronda y yo la tenemos desde pequeñas. La rudimentaria mente que permanecía en su cuerpo me transmitió mientras dormía imágenes del lugar en el que se hallaba. Di con ella y la llevé al hospital más cercano. Llamé a la Guardia Civil desde allí, ustedes tienen los informes.

El hombre se rascó esta vez la barbilla y guardó silencio durante unos segundos. Parecía estar dudando si contarles algo o no. Al final hizo salir al otro agente de la habitación y comenzó a hablar.

—Lo que voy a contarles es información reservada. Con la colaboración de otros cuerpos de seguridad, llevamos meses investigando desapariciones de científicos a los que han encontrado en las condiciones que han descrito. Hasta ahora no habíamos obtenido una explicación coherente. Aunque la suya, la verdad, no es que sea muy verosímil, pero es una explicación. Desde

el principio pensamos que existía una conexión entre esas desapariciones, pero hasta el momento no habíamos hallado ninguna pista. Voy a hacerle una pregunta importante, señorita Lamarca: ¿cómo consiguió recuperar sus recuerdos?

Ronda se obligó a no mirar a su pareja.

—Desde el cerebro de la doctora Blanchard me comuniqué telepáticamente con Samoa a través del sueño. Le dije dónde estaba y ella se encargó de «convencerla» para que revertiera el proceso. La amenazó con contarle todo en los medios de comunicación y hacer que investigaran a la bodega y sus conexiones —siguió improvisando Ronda.

—¿Y ella consintió así, sin más? —preguntó el agente.

—Tengo muy buenas relaciones con la prensa. Soy escritora y sé muy bien cómo vender una noticia —explicó Samoa—. Convencí a Noe de que si lo hacía se quitaba un problema de encima, ya que la habíamos descubierto. Accedió con la condición de que lo olvidáramos todo y no le causáramos más quebraderos de cabeza. Le di mi palabra. La verdad es que tampoco teníamos pruebas para demostrar nada. Con lo que sabía, solo podía montar un poco de escándalo y hacer saltar las alarmas para que la Guardia Civil siguiera su pista. Digamos que podía complicarle un poco la vida.

—Se arriesgó mucho. ¿No le dio miedo la posibilidad de que la hicieran desaparecer?

—No tenía otra opción. Debía arriesgarme. La verdad es que he tenido suerte de que entre las prácticas de La Esencia no se encuentre el asesinato. Imagino que la falta de ética de Noe no llega hasta el extremo de matar a nadie.

—El caso es que ella nos ayudó a preparar la ceremonia de reversión que hicimos en la intimidad —intervino Ronda—. Con la conexión telepática que tenemos Samoa y yo, no nos hizo falta la mediación de un chamán. Hicimos la ceremonia las tres solas y, por fortuna, salió bien.

Samoa contó que, días después, y tras mucho dar vueltas a las posibles consecuencias, decidió ayudar a las otras víctimas. A pesar de que había prometido a Noe que no diría nada de todo aquello y de que se arriesgaba mucho al incumplir su palabra, no podía plantearse vivir con ese secreto, sabiendo la cantidad de gente que estaba sufriendo y los medios terribles que utilizaba La Esencia. No tenía nada para convencer a la Guardia Civil, así que decidió actuar por su cuenta y encontrar las pruebas que hacían falta. Relató

cómo había sabido lo del libro-registro al entrar en la mente de Noe, cómo hizo su incursión en el complejo y consiguió fotografiar las páginas del libro y mandárselas a Ronda. Sabía que había cometido un delito al entrar en la bodega, pero estaba dispuesta a asumir las consecuencias si la denunciaban. Para finalizar su declaración, explicó la forma en que la capturaron y todo lo referente a su huida.

—Samoa me pidió ayuda telepáticamente mientras yo dormía, diciéndome que mirara lo que me había mandado al móvil —continuó Ronda—. Pude avisar a las familias de todas las víctimas de camino a la bodega y cada una de ellas me prometió que acudirían allí. Nuestro punto de encuentro iba a ser el complejo. Sin embargo, cuando faltaba menos de un kilómetro para llegar, fui interceptada por dos coches. Imagino que me estaban esperando después de haber capturado a Samoa. La doctora Blanchard y sus hombres me obligaron a subir a otro vehículo y uno de ellos aparcó mi coche en el complejo. Desde allí salimos hacia la casa donde me encontraron.

Samoa pidió que le dejaran un ordenador y accedió a la nube para mostrarles las fotos que detallaban las actividades delictivas de La Esencia. Después de pasar más de una hora hablando con ellas, el agente las dejó ir. Aseguró a Samoa que ellos iban a hacer la vista gorda si la bodega no presentaba una denuncia por allanamiento. Su incursión había sido clave para resolver los casos, aunque esas pruebas no pudieran utilizarse en un tribunal. De todas formas, les pidió que no salieran del país hasta que todo estuviera resuelto. El hombre se despidió de ellas dándoles las gracias. Todavía tenía que tomar declaración a los familiares de las víctimas que habían acudido hasta allí.

A petición de Samoa, un guardia las llevó hasta la vivienda de Marisa. Esta era la que vivía más cerca del cuartel. Necesitaban que las llevara a casa para coger otro juego de llaves de su coche y que luego las acompañara a recogerlo. Esperaba que el Camaro todavía estuviera aparcado en el bosquecillo próximo a la bodega.

Durante el recorrido hasta casa de Marisa, la cabeza de Samoa era un hervidero. Noe estaba desaparecida y, por tanto, no podía contradecir la declaración que habían hecho. Ya pensaría en algo en el caso de que la detuvieran. Por ahora se había librado de las repercusiones legales de su incursión en la bodega y de lo que le habían hecho a Marcos. Se dijo que estaba teniendo una suerte tremenda.

—Es increíble que Marcos no me transmitiera en ningún momento el nombre del doctor Blanchard; pensaba siempre en él como doctor Brain —comentó Ronda.

—No debía de saber que era el padre de Noe, ni mucho menos que ella perteneciera a La Esencia. Nosotras tampoco podíamos reconocerlo por su aspecto, ya que nunca lo conocimos en persona.

—Yo vi una fotografía suya en una revista, pero era una imagen de cuando era mucho más joven. No se me ocurrió relacionarlo con el doctor Brain.

Samoa quería explicar personalmente a Marisa todo lo que había sucedido para que se quedara tranquila y también para recordarle que no mencionara a nadie lo que hicieron con Marcos. Además, quería preguntarle si Noe se había puesto en contacto con ella o con Lola.

Cuando llegaron era la hora de comer. Marisa abrió la puerta y las abrazó con cara de alivio al ver que estaban a salvo. Cuando entraron en el salón, Quique estaba leyendo y se levantó con una sonrisa en los labios para saludarlas. Era totalmente ignorante de lo que había ocurrido en los últimos días. Los hijos de Marisa debían de estar cada uno en su habitación, ya que no se veían por allí. Desde el pasillo podía escucharse música estridente.

Marisa las condujo hasta la cocina y cerró la puerta para que su familia no las oyera.

—¿Qué ha pasado? Todavía no me creo lo que me contaste. Lola se ha quedado de piedra.

—¿Te ha llamado Noe? —preguntó Samoa.

—No. Y a Lola tampoco, me lo hubiera dicho. ¿Pero cómo puede estar implicada en algo así? ¡Ella nos ayudó con lo de Marcos!

—No tenía otra salida desde el momento en que se dio cuenta de que nuestra conexión podía echar al traste sus planes —contestó Ronda—. Era la única forma que encontró de parar a Samoa y evitar que siguiera investigando para salvarme. Además, así se libraba de cualquier sospecha por nuestra parte.

—De hecho, anoche cuando me capturaron en la bodega me lo dijo claramente —intervino Samoa—. En un principio pensó que con lo de Marcos nos quedaríamos tranquilas y descartaríamos seguir indagando.

—Pero ¿cómo puede ser que pertenezca a esa sociedad? No me la imagino haciendo algo así.

—Noe no pertenecía a la sociedad, Marisa —explicó Samoa—. La fundó

ella. La Noe que hemos conocido todos estos años era un personaje ficticio. He podido ver a la auténtica y no la reconocerías. Sus despistes, su excentricidad, todo era falso. Incluso su alergia al alcohol.

—No me lo puedo creer —exclamó Marisa, dejándose caer en una silla de la cocina. Estaba absolutamente perpleja.

—No tenemos ni idea de hasta dónde es capaz de llegar. Los medios que utiliza La Esencia son terroríficos. Si no hubiésemos desbaratado sus planes, ahora mismo Ronda y yo estaríamos encerradas en su cerebro. Escapé de la bodega y conseguí llevar a la Guardia Civil hasta la mansión donde tenían encerrada a Ronda. Era la casa de su padre. Él también forma parte de la sociedad. Antes de que nos fuéramos del cuartel nos hemos enterado de que lo habían detenido.

—Pero entonces, ¿no estaban en la mansión cuando llegasteis?

—Alguien los alertó. En la casa solo estaba Ronda. La habían dejado atada en una habitación. Estaba todo preparado para robarle la memoria de nuevo. Cuando pude escapar del complejo, acudí otra vez a la bodega acompañada por la Guardia Civil, pero estaba cerrada a cal y canto. El agente al mando dijo que no podían pasar si no tenían una orden. Imagino que debía de haber alguien dentro y avisó a los de la mansión —dedujo Samoa.

—Así es. A Noe le sonó el móvil y fue entonces cuando huyeron todos y me dejaron sola —dijo Ronda.

—¿Y a ella no la han detenido?

—No. Por eso queríamos hablar contigo —señaló Samoa—. A estas alturas no creo que intente ponerse en contacto con ninguna de vosotras, pero tened cuidado. De todas formas, sabrá que os lo hemos contado, así que imagino que ni siquiera intentará acercarse.

—De verdad que todavía me cuesta creerlo —dijo Marisa—. Por cierto, ¿seguro que no averiguarán lo que hicimos con Marcos? Estoy muerta de miedo desde ese día.

—Por eso ni te preocupes. Hemos contado que era Noe la que robó la memoria a Ronda y que se la devolvió porque la chantajeé. Además, me aseguré de que Marcos no volviera a acordarse de nosotras. Si la Guardia Civil habla con él y descubre su amnesia con respecto a la sociedad secreta, pensará que es obra de La Esencia.

—Pero ¿y si cogen a Noe y lo cuenta todo?

—No creo que quiera implicarse en otro delito más y no hay pruebas de lo

que hicimos. El libro-registro donde figura que Marcos se quedó con la memoria de Ronda ha desaparecido. Si es inteligente, se habrá deshecho de él. Si quisiera implicarnos, sería su palabra contra la nuestra.

—Desde aquel día no he conseguido dormir bien, os lo juro.

—Por eso no te preocupes, Marisa. En el peor de los casos no hay ni una sola prueba que pueda incriminarte. Ninguna de nosotras va a decir tu nombre y, si Noe lo hiciera, tendría que demostrar tu implicación y no puede.

—Pero si ella dijera algo yo tendría que declarar y me aterroriza. No sé si sabría mentir —dijo con voz lastimera.

—Si no hubiera más remedio, te aseguro que lo harías. Piensa en tus hijos.

—Está bien, intentaré olvidar todo esto —claudicó, frotándose los ojos como queriendo borrar una imagen que la torturaba.

—También te quería pedir un favor muy grande —continuó Samoa—. Me quitaron las llaves del Camaro y lo tengo abandonado cerca de la bodega. Necesito que nos acerques a mi casa para coger otro juego de llaves y luego que nos acompañes hasta el coche. Ronda tiene el suyo dentro del complejo y, hasta que no consigan la orden para poder entrar, no podrá recogerlo. Sé que es un favor enorme y sobre todo en sábado...

—No digas una palabra más. Por supuesto que os llevaré adonde queráis. No sabes el miedo que he pasado todos estos días. Solo quiero que esto acabe.

—Y nosotras, te lo aseguro —intervino Ronda.

—Quedaos a comer. He hecho arroz al horno. Prepararé algo más para acompañar. Así luego podremos irnos tranquilas.

—¿Qué le decimos a tu familia? —planteó Samoa.

—Que se os ha estropeado el coche y se lo han quedado en el taller.

—Buena idea. Así tienes excusa para llevarnos a casa.

Ronda y Samoa ayudaron a Marisa en la cocina y luego esta fue a llamar a sus hijos. Tuvo que arrancarlos literalmente del ordenador. Durante la comida, Quique preguntó a Ronda cómo se encontraba. Marisa le había dicho que había recuperado la memoria sin entrar en más detalles. Ronda fue muy escueta y afirmó encontrarse bien. Por suerte, el marido pensó que el tema era delicado y no insistió en saber más sobre la repentina recuperación de su memoria. A Simón y a Bea, los hijos de Marisa, les venía justo atender a la conversación que se mantenía en la mesa, ya que estaban pendientes de sus móviles, con el consiguiente cabreo de su madre.

Cuando acabaron de comer, Marisa se despidió de su familia y les dijo que tardaría un poco en volver, ya que tenía que ir a Denia a dejar a sus amigas y luego regresar. Quique insistió en que no se preocupara y le pidió que condujera con calma. No había ninguna prisa. Él pensaba quedarse haciendo cosas en casa y sus hijos iban a pasar la tarde con sus amigos hasta la hora de la cena.

En cuanto abandonaron el tráfico de Valencia y comenzaron a rodar por la autopista, Marisa empezó a desahogarse.

—Me alegro de poder pasar un rato con vosotras. Estoy al límite, de verdad. Este tema me está obsesionando hasta el punto de que he tenido que pedir ayuda. ¡Yo que siempre he podido con todo!

—¿A quién has pedido ayuda? —preguntó Samoa.

—A una psicóloga que me ha recomendado un colega del hospital. He ido un par de veces a su consulta. Por supuesto, mi familia no sabe nada de esto. Cuando no puedo más, hablo un rato con ella por teléfono. Es una persona estupenda, me ha ayudado mucho.

—Has hecho muy bien, Marisa, aunque sabes que con nosotras puedes hablar cuando quieras —afirmó Ronda.

—Vosotras estáis demasiado involucradas y bastante tenéis con lo que habéis pasado.

—Solo puedo decirte que esto ha terminado, Marisa —declaró Samoa—. No sé si encontrarán a Noe o no. En todo caso, La Esencia está acabada y con ella uno de los detonantes de tu ansiedad.

—Os debemos mucho a Lola y a ti. Cuando todo esto se tranquilice, tenemos que celebrarlo por todo lo alto. Por supuesto, invito yo —dijo Ronda.

—Bueno, eso lo veremos —replicó Samoa. Alargando el brazo hacia el asiento trasero del Q5 donde estaba sentada, le cogió la mano.

—No hay nada que ver. A ti te debo todavía más y lo sabes —contestó Ronda, reteniendo su mano y acompañando el gesto con una mirada que lo decía todo.

Marisa observó de soslayo a Samoa.

—He de confesaros que lo vuestro es algo que tengo que añadir a mi lista de experiencias desestabilizadoras de los últimos tiempos. Vosotras dos enamoradas. Todavía no me lo puedo creer.

—Yo tampoco —aseguró Ronda, volviendo a buscar los ojos de su

amante.

Alrededor de una hora más tarde, el Audi Q5 se detuvo ante la puerta de la vivienda de Samoa. Esta les dijo que volvería enseguida. Se agachó para levantar uno de los maceteros que decoraban el porche de la entrada, extrajo una llave oculta y se metió en la casa. Al cabo de unos segundos regresó con otro juego de llaves del Camaro en la mano.

—Menos mal que tuve la previsión de esconder una llave. Ya podemos irnos —dijo, entrando en el coche de nuevo.

—No me has dado tiempo ni de ajustar el navegador —declaró Marisa, manipulando todavía el mecanismo—. Vale, ya está. Vamos a la bodega, ¿no? ¿Dónde dejaste el coche?

—Te avisaré cuando lleguemos. Está a unos trescientos metros, una vez rebasada la entrada del complejo. Te indicaré por dónde tienes que meterte.

—De acuerdo —dijo, poniendo el automóvil en marcha.

Mientras daba la vuelta, Marisa apretó el botón del reproductor de música y la voz de Diana Krall comenzó a resonar por el interior del vehículo. Samoa y Ronda se miraron e, inconscientemente, acercaron las manos para enlazar sus dedos. Durante un rato las tres guardaron silencio para disfrutar de *Sorry seems to be the hardest word*. Las notas que la artista extraía del piano rasgaban el corazón. Su voz provocó que ninguna tuviera ganas de seguir hablando.

El trayecto hasta la bodega fue pacífico y sin apenas tráfico. Samoa indicó el camino a Marisa nada más llegar. Se internaron por el sendero de tierra que anteriormente había recorrido ella. Al poco, distinguieron el claro donde estaba aparcado el Camaro. Parecía intacto. Samoa bajó del automóvil de Marisa y accionó su llave para desbloquear las puertas. El coche respondió al instante.

—Bueno, ya está —declaró Samoa yendo hacia Marisa. Esta había bajado del coche. Las dos se abrazaron.

—Gracias otra vez —dijo Ronda abrazándola también.

—No tienes que dárme las —respondió, devolviéndole el abrazo.

—Ten mucho cuidado en el camino de vuelta. Y olvídale todo. Aquello no ocurrió —afirmó Samoa sonriendo.

—Lo intentaré —prometió con un amago de sonrisa.

Samoa y Ronda contemplaron cómo Marisa daba la vuelta en el claro y se alejaba por el sendero hacia la carretera. Cuando el coche hubo desaparecido,



Ronda se volvió hacia Samoa y la empujó suavemente hacia la puerta del deportivo. Luego, pegó su cuerpo al de ella y la besó. Samoa respondió a su beso con tal fiereza que Ronda se separó jadeando.

—Sabía que vendrías a salvarme una segunda vez —susurró con voz ronca junto a su oído.

—Y lo haré las veces que sea necesario —contestó, intentando atrapar de nuevo su boca. Ronda la detuvo poniendo dos dedos sobre sus labios.

—Vámonos de aquí —dijo con la mirada oscurecida.

—Tienes razón. Cuanto más lejos estemos de este lugar, mucho mejor.

—No lo digo por eso. Te quiero en mi cama. Ya —afirmó con rotundidad.

Samoa obedeció sus órdenes sin rechistar. Subió al coche y arrancó el motor.

—Abróchate el cinturón —sugirió, reconociendo la furia de su propio deseo en los ojos de Ronda.

El Camaro rodó por el camino de tierra y saltó a la carretera, burlándose de todos los límites de velocidad impuestos. Samoa sentía sobre ella la mirada de Ronda como chocolate caliente derramado por la espalda. Mantuvo la vista al frente, se aferró al volante y hundió el pie derecho en el acelerador. Llegar urgía.

## Atando cabos

Durante los días siguientes hubo una maratón de declaraciones en el cuartel de la Guardia Civil.

El doctor Brain, identificado como el neurocirujano Desmond Blanchard, había sido detenido a unos doscientos kilómetros de su casa, mientras Samoa y Ronda hacían su declaración en el cuartel. Pretendía salir de España con el doctor Driver y otros dos hombres en su Cadillac. Uno de ellos llevaba en la chaqueta las llaves de Samoa y Ronda y sus teléfonos móviles. La verificación del contenido de los teléfonos constató que había sido borrado de su memoria todo rastro concerniente al libro-registro de la bodega. No obstante, la cantidad de datos que recuperaron de la nube permitió identificar a los responsables y a sus víctimas. A partir de esa información, la Guardia Civil pudo localizar a todos los miembros de la Esencia que habían sido receptores de las memorias. Esto, unido a las declaraciones de los familiares de los afectados, condujo a la detención de los responsables. La mayoría de ellos confesó sin necesidad de demasiadas presiones. Ninguno tenía la seguridad de que otro miembro no lo hubiese delatado para obtener algún beneficio.

A la vista de todas las declaraciones, de los datos y hechos probados, la Guardia Civil obtuvo la orden del juez para registrar palmo a palmo la bodega. Ronda pudo por fin recuperar su coche.

En una de las estancias del sótano descubrieron todos los elementos utilizados en las ceremonias. Había camillas con correas de sujeción, e incluso una nevera con una cantidad apreciable de ayahuasca. Otro de los cuartos, mucho más espacioso, parecía haber contenido una especie de laboratorio, dado los restos y el tipo de mobiliario que todavía permanecía en su interior. Fuera la que fuese la actividad que allí se había desarrollado, el lugar había sido absolutamente desmantelado.

Marcos, al cual algunos socios dijeron conocer con el nombre de doctor Beauty, fue detenido de inmediato. No obstante, no consiguieron extraer de él ninguna información válida para la investigación, dado que resultó extrañamente amnésico con respecto a La Esencia. De hecho, declaró no conocer a Ronda ni a Samoa. La Guardia Civil llegó a la conclusión de que la

misma sociedad secreta se había apropiado de la parte de su memoria que le relacionaba con ellos, debido a alguna clase de desavenencia interna o por temor a que los delatara. Sin embargo, ninguno de los detenidos corroboró este hecho. Según los datos que había proporcionado Ronda, Marcos no figuraba en el libro-registro como receptor de memoria alguna. De todas formas, la declaración de Ronda le inculpaba como miembro y cómplice de la sociedad secreta, ya que había intervenido para ponerla en manos de La Esencia.

El doctor Bones resultó ser Roberto, reconocido traumatólogo y dueño del complejo, el hombre que les había hecho la visita guiada por sus estancias. Fue detenido cuando intentaba atravesar la frontera de Portugal con una importante cantidad de dinero en un maletín. En su poder encontraron un billete de avión que partía desde Lisboa hasta Río de Janeiro.

El doctor Mind ni siquiera vio lo que se le venía encima. Le interrumpieron en medio de una sesión con una paciente en su consulta privada. Samoa y Ronda lo identificaron como David, el atractivo joven que había conducido la cata de vinos en la bodega.

Cuando entraron en la clínica dermatológica del doctor Skin, la sala de espera estaba llena de clientes que observaron con asombro cómo la Guardia Civil se llevaba esposado al facultativo. La expresión de su cara era de terror.

El doctor Blood fue detenido días después en la frontera con Francia. Hacía cuarenta y ocho horas que no acudía a su trabajo como hematólogo en un importante hospital de la Comunidad Valenciana. Samoa y Ronda lo identificaron como el recepcionista del hotel perteneciente al complejo.

Uno tras otro, fueron cayendo los nombres de aquella lista que había fotografiado Samoa y que Ronda memorizó con precisión. Un total de dieciséis receptores de memoria, junto a otras diez personas relacionadas con la sociedad, fueron detenidos e imputados gracias a la declaración de algunos de ellos. Entre otros, del propio doctor Blanchard, el cual prefirió colaborar con el fin de lograr una rebaja en su condena.

Curiosamente, la única persona imputada que, supuestamente, había sido receptora de memoria y no figuraba en la relación memorizada por Ronda, era Noelia Blanchard. El doctor Blanchard negó cualquier relación de su hija con La Esencia, a pesar de las acusaciones de Samoa y Ronda.

Lo único cierto era que, hubiera o no pruebas de su vinculación con la sociedad, Noelia Blanchard había conseguido escapar y se encontraba en

paradero desconocido.

# Saint Croix. Islas Vírgenes

Una mujer menuda, de pelo oscuro y curvas sinuosas contemplaba en silencio a la pelirroja que compartía con ella la cabaña de madera. Sentada ante el ordenador portátil, su compañera observaba la pantalla con gesto concentrado.

La casa había sido levantada en una pequeña loma rodeada de frondosa vegetación. Se trataba de una vivienda lujosa, aunque vista desde fuera aparentaba una engañosa sencillez. La habitación principal tenía una cama enorme en el centro. A modo de dosel, telas de gasa la protegían de los insectos de la isla. A los pies del tálamo se extendía la terraza con un apetecible *jacuzzi* asomado al mar Caribe.

Las moradoras de la cabaña se encontraban en ese momento en el salón. La morena, viendo el ensimismamiento de la otra frente al portátil, decidió actuar.

—Cariño...

—¿Si? —respondió distraídamente la mujer ante el ordenador.

—Voy a bajar a la playa a darme un baño. Te espero allí.

—Perfecto...

Cuando se quedó a solas, la pelirroja rememoró el encuentro que acababa de tener, media hora atrás, con el magnate de la multinacional farmacéutica Broc Corporation. Athila Broc, presidente y fundador de la compañía, era un hombre atractivo y elegante cuya apariencia rondaba los treinta años, aunque, por su currículum y el tiempo que llevaba en el negocio, debía de tener casi el doble. El dinero y los buenos cirujanos plásticos hacían milagros.

El señor Broc la había guiado hasta el sótano de la sede que la compañía tenía en la isla. En él se ocultaba uno de los laboratorios más avanzados de La Esencia. El magnate la hizo colocarse el mono de protección integral para que visitara las instalaciones y pudiera constatar por sí misma en qué punto se encontraban los investigadores. Estaban realmente cerca de encontrar lo que querían, pero en el último momento todo parecía desvanecerse entre los dedos.

Arrancada de sus cavilaciones por un ruido procedente de la terraza, la mujer apartó la vista de la pantalla.

—¿Nena? —preguntó con cierta extrañeza.

—Gracias por el apelativo cariñoso.

Una impresionante mujer de pelo cobrizo se había materializado ante la puerta que comunicaba el salón con el dormitorio. Parecía una versión más joven, más alta y más imponente que la ocupante de la cabaña. Mediría en torno al metro noventa y sus ojos grises la observaban desde esa altura con determinación.

—Me has asustado —declaró, sin poder evitar que su mirada recorriera el increíble cuerpo propio de una diosa.

—Lo siento, no lo pretendía.

—¿Cómo me has encontrado?

—Noelia, te dije que disponía de mucha información.

—Ya veo.

—¿Has pensado en la propuesta que te hice?

—Necesito un poco más de tiempo, Iduna. Hay cosas que no veo claras.

—Eso es lo que no tienes, tiempo. ¿Qué es lo que te hace dudar? Eterna encierra todo lo que siempre has deseado. Allí podrás avanzar el proyecto que desarrollas con La Esencia, pero disponiendo de todo el tiempo del mundo para hacerlo. Ahora los segundos pasan inexorablemente para ti y tus científicos.

—¿Crees que no voy a lograrlo? Estoy muy cerca —respondió con altanería.

—¿Y si no lo consigues? Te ofrezco una colaboración que podría darte el impulso que necesitas. Tengo la clave de lo que buscas y lo sabes...

—Aun así, no veo claro lo de vivir recluida en una jaula de oro, porque eso es Eterna... ¿no?

—Ya te dije que esa ubicación era solo temporal. Piensa en la ciudad como un refugio. Dentro de un tiempo podremos extender nuestra influencia y salir al exterior.

—Necesito tiempo.

—No lo pienses mucho, Noelia. El tiempo se esfuma sin que te des cuenta.

—¿Cómo puedo contactar contigo si decido unirme a vosotras?

—Yo te encontraré.

Sin decir más, Iduna entró de nuevo en el dormitorio, salió a la terraza y se descolgó por el mismo lugar por donde había trepado.

Noe se quedó pensativa. Era la segunda vez que aquella mujer increíble se

ponía en contacto con ella. La primera vez le dejó una sensación mezcla de incredulidad, admiración y desasosiego. Pensó que, si era cierto lo que le había contado, Iduna disponía de un poder imparable. El poder que ella necesitaba.

Ahora había tenido la constatación. La había encontrado en aquel paraje escondido que muy poca gente conocía. La propuesta que le había hecho la atraía en muchos aspectos, pero también la atemorizaba. Necesitaba librarse de esa desazón y pronto lo haría. Cerró el portátil y salió de la casa.

La humedad relativa era del ochenta por cien. Noe contemplaba el mar, de un esmeralda refulgente, con los ojos entrecerrados. No veía a su amante por ninguna parte. El sol se encontraba en su punto más álgido. Sentía el ardor bajo sus pies. Deshaciéndose del pareo que llevaba, se tumbó desnuda, notando el efecto placentero del calor en su espalda. Su mente volvió a la imagen de la visita inesperada e intentó ahuyentarla. Tan solo la separaban unos pasos del agua, pero incluso el esfuerzo de llegar hasta allí le parecía sobrehumano en el estado de relajación en el que se había sumido. La melena color caoba desparramada en la arena destacaba en hondo contraste con el deslumbrante blanco de la playa.

Cien metros al norte, sobre la loma, se vislumbraba la cabaña solitaria. Había sido convenientemente camuflada entre la vegetación con el fin de no ser avistada desde el aire. *¿Cómo la habría localizado Iduna?*

Noe levantó levemente la cabeza al notar movimiento en la orilla. Su compañera emergía en ese instante del agua sacudiendo la melena negra empapada hacia atrás. Ella le regaló una mirada de pantera en celo; el perfecto reclamo para que se aproximara y rociara una miríada de gotas saladas sobre su cuerpo. Noe se estremeció, soltando una carcajada enronquecida. La morena puso una pierna a cada lado de su cadera, acomodándose sobre su pelvis. Después se inclinó hacia ella y la observó muy de cerca, desafiante, las manos apoyadas firmemente en la arena a la altura de los hombros. Gruesas gotas caían de su cabeza mojada refrescando el rostro de Noe. A esta se le agrandaron las pupilas de deseo. Contempló los labios que dibujaban una sonrisa lasciva y entonces la otra dejó caer todo su peso húmedo sobre ella. Con la espalda hundida en la arena, se estremeció de placer y pasó la lengua por el cuello de la mujer morena. El sabor ligeramente salado acrecentó su hambre. La otra ronroneó y comenzó a descender, dejando un rastro de besos al rojo vivo. Cuando alcanzó su objetivo, la

pelirroja se aferró a la arena blanca que se le escapaba entre los dedos. No había ni un alma en la playa. O eso esperaba. La morena levantó la vista un instante para observar el rostro encendido de su amante, su cuello estirado hacia atrás buscando aire a bocanadas. Esa simple imagen la enardeció, urgiéndola a aumentar el ritmo. Noe se agarró entonces a su pelo y ella le sujetó las caderas para seguir el compás desbocado. Al cabo de unos segundos, la pelirroja tiró de su brazo para sentir el peso caliente sobre ella.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy buena en esto?

—Alguna que otra, sí —susurró provocadora.

—Me vuelves loca, Lola.

—Y tú a mí.

Lola se acomodó a su costado y la miró apoyando un codo en la arena. Con un dedo, comenzó a dibujar pequeños círculos en torno a su ombligo.

—Estás muy pensativa.

—Hay muchas cosas de las que tengo que preocuparme.

—Lo sé, cariño. ¿Crees que podremos regresar algún día?

—Dentro de bastante tiempo, me temo. Lo siento por mi padre, voy a echarle mucho de menos.

—¿Le habrán detenido?

—Estoy segura. Tengo un correo electrónico oculto con el que solemos comunicarnos. No me ha mandado ningún mensaje desde ese día.

—¿Qué va a pasarle?

—Saldrá bien parado, tiene buenos abogados. Además, sin antecedentes y con su edad, dudo que llegue a entrar en la cárcel. En cuanto pueda, se irá del país y volverá a los Estados Unidos. No me lo ha dicho, pero sé que lo desea desde hace mucho tiempo.

—Me hubiera encantado ver la cara de Marisa cuando se enteró de que fuiste tú la fundadora de La Esencia. Cuando me llamó estaba conmocionada —rio abiertamente.

—Pues imagínate si se entera de que estamos juntas. ¿Qué le has dicho?

—Que me iba a un congreso en París.

—Cuando vea que no regresas ni la llamas, removerá cielo y tierra para averiguar qué te ha pasado.

—Me da un poco de pena. Cuando acuda al centro de estética a buscarme, se encontrará con que Sandra, mi encargada, es ahora la dueña del negocio. La chica se lo merecía. Le mandé un mensaje antes de coger el avión,



informándola de que mi abogado contactaría con ella para firmar los papeles. Ha trabajado duro y es perfecta para seguir con la empresa. Además, no quería dejar a mis trabajadoras en la calle. Por supuesto no le he dado ninguna pista a nadie del lugar donde pensaba perderme. Ni siquiera a mi abogado. Le he dicho que ya me pondría en contacto con él. No puedo imaginar la expresión de Marisa cuando Sandra le diga que lo he dejado todo y me he ido. La pobre no entenderá nada. Nunca me perdonará que me haya marchado sin despedirme. La verdad es que le tengo cariño.

—Siempre has sido una sentimental —dijo Noe, besándola suavemente en los labios.

—Pues esa no es precisamente la idea que tienen nuestras amigas de mí.

—Bueno, el hecho de que hayan visto a todos aquellos actores a los que contratabas para cubrir las apariencias ha ayudado bastante a dar la imagen que necesitábamos.

—Estaban convencidas de que me acostaba con todos. ¡Soy una zorra sin sentimientos! —bromeó.

—Cuando interpretas ese papel me excitas muchísimo, lo sabes, ¿verdad? —murmuró subiendo con la yema de los dedos por su muslo para dejar la mano muy cerca de su cadera.

—Y tú a mí cuando finges que estás borracha. Tengo que controlarme cada vez que haces eso para no morirme de risa.

—La verdad es que todas hemos pasado grandes momentos juntas.

—Pero, como tú dices, hay que hacer lo que hay que hacer.

—Y todavía nos queda mucho. Solo hemos perdido el núcleo de la sociedad en Valencia. Por suerte, nunca sabrán lo lejos que llega el brazo de La Esencia.

—Ni siquiera tu padre lo sabía.

—No quería cargarle con esa responsabilidad. Mientras él se centraba en dirigir nuestro laboratorio escondido en los sótanos de la bodega, yo me encargaba de administrar otros contactos. Ahora mismo debe de pensar que todo ha terminado, igual que Ronda y Samoa.

—Lo que nunca se imaginarán es que estoy contigo.

—En cuanto a eso, se me ha ocurrido que podríamos hacerles un regalito —soltó Noe en tono malévolo. Cogió su móvil, lo puso frente a las dos y apretó el botón de la cámara.

—¡No estarás pensando en mandarles esa foto! —exclamó Lola, con una

sonrisa perversa dibujada en el rostro.

—Precisamente eso es lo que voy a hacer. Pero sabes que soy una romántica. Aunque mi teléfono tiene el número oculto y deshabilitada la ubicación, no pienso mandarla desde el móvil. Imprimiré una bonita foto para enviarla por correo postal. Así Marisa dejará de preguntarse por qué no te has despedido de ella.

—Desde luego que dejará de preguntárselo. ¡En cuanto vea la foto le va a dar un colapso!

—En ese instante sí quisiera verle la cara —rio Noe.

—¿Te he dicho alguna vez lo malvada que eres? —señaló antes de besarla —. Esperemos que Ronda y Samoa no intenten buscarte. Si mandas la fotografía por correo figurará el matasellos local en el sobre. Esta isla es perfecta como centro de operaciones para seguir con nuestros planes. Además, esta casa no está registrada en ninguna parte. No me gustaría que tuviéramos que huir también de aquí.

—¿Piensas que vendrán hasta aquí a buscarnos? Tranquila, nuestras dos amigas no son tan perseverantes. Además, les dejaré claro que en el momento en que reciban la foto estaremos muy lejos de aquí. ¿Sabes? En cierto modo las echo de menos. Siento no poder tenerlas en mi cabeza. Estoy segura de que hubiera sido una experiencia muy estimulante... —susurró, deslizando la mano hacia Lola en busca de un claro objetivo.

—Yo también... lo creo... —respondió con la respiración entrecortada.

Al cabo de unos segundos solo se escuchaba en la playa el rumor de los gemidos de la mujer morena, alzándose hasta sofocar el siseo adormecedor de las olas.

Con todo, el cerebro de Noelia Blanchard no tendría descanso a partir de ese día. Debía tomar una difícil decisión que tenía que ver con Iduna y esa ciudad suya tan peligrosamente atrayente: Eterna.

## Unos meses después

Caía la tarde de un viernes de verano mientras Samoa pensaba en cómo las cosas se habían ido resolviendo en una lenta sucesión de acontecimientos. Fue celebrado un único juicio sin publicidad, que concluyó con la condena de los procesados a varios años de cárcel y a pagar indemnizaciones millonarias. En la misma sentencia se ordenaba que, previamente a su internamiento, cada uno de ellos debía someterse al rito para devolver la memoria a la persona afectada.

El asunto era tan delicado y extraordinario que todas las instancias se pusieron de acuerdo para evitar que la historia cayera en manos de los medios de comunicación. No interesaba que pudiera ser objeto de cualquier clase de explotación oportunista, o que sirviera de incentivo para un mayor uso de la ayahuasca entre la población.

El doctor Driver colaboró voluntariamente en todas las ceremonias, consiguiendo así una minoración de la condena.

Ronda recuperó su trabajo y siguió con sus conferencias, aunque de forma más calmada. Ahora tenía una vida privada plena, que no quería que se resintiese a causa de sus continuas ausencias. De hecho, cada vez que estaba libre de compromisos, la acompañaba en sus viajes.

En ese momento, Samoa la aguardaba con la mirada puesta más allá de la cristalera que separaba su salón de la terraza. Estaba nerviosa —y preocupada a un tiempo— por el evento que iba a tener lugar en poco más de una hora: la presentación de su última novela. Su editora estaba encantada. Nada más salir a la calle había arrasado en todos los puntos de venta.

Ese día se había esmerado en estar atractiva. Lucía un espectacular bronceado y había elegido un conjunto blanco de pantalón y blusa de seda que se ajustaba a su cuerpo. Con todo, sabía que lo que más la embellecía era el brillo que desde hacía un tiempo se había hecho dueño de sus ojos. Y eso solo se lo debía a Ronda.

Como si sus pensamientos la hubieran invocado, ella salió en ese instante de la habitación y Samoa se giró para mirarla. Por un momento no fue capaz de mover ni un músculo. El vestido gris perla dejaba ver un escote de escándalo y se adhería a sus curvas revelando una sensualidad arrebatadora.

Ronda llevaba un maquillaje sutil que resaltaba sus ojos color avellana y la melena le caía en mechones ondulados sobre los hombros. También se había dado un toque de pintalabios que hacía su boca más carnosa y apetecible. Samoa notó que se le aceleraba el pulso, y mucho más cuando se dio cuenta de la forma en que ella la contemplaba. Sus labios se entreabrieron y se pasó la lengua instintivamente para humedecerlos.

—Ni se te ocurra tocarme —amenazó Ronda con voz grave.

Samoa comenzó a caminar hacia ella mecánicamente, sin ser consciente de lo que hacía, pero Ronda extendió la mano abierta para detenerla. Sus ojos llameaban.

—En serio, Sam, si me rozas siquiera no llegaremos a tu presentación y ninguna de las dos queremos que eso ocurra, así que será mejor que ni nos miremos. Vámonos.

Samoa se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. En cuanto vio a Ronda, se le olvidó por completo el compromiso que tenía esa tarde y tan solo pensó en estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor en el mismo suelo del salón. Intentó decir algo, pero las palabras no acudían a su boca, así que cogió las llaves y abrió la puerta dándole la espalda. Ronda salió tras ella y no esperó a que cerrara. Comenzó a caminar con paso decidido hacia el coche haciendo repiquetear los tacones sobre el asfalto. Samoa desbloqueó las puertas del Camaro y ambas se acomodaron en sus respectivos asientos. Cuando introdujo la llave en el contacto, no pudo evitar que sus ojos fueran hasta su acompañante. Desde tan cerca, era imposible sustraerse a su belleza. Respiró el perfume que evocaba sus encuentros y el deseo que emanaba de Ronda la cubrió como un manto espeso.

—¡Arranca! —ordenó Ronda, mirando al frente.

Regresando de su trance, puso en marcha el coche, que emitió un rugido salvaje haciéndose eco de los sentimientos de su propietaria. Samoa inició a toda prisa el descenso de la montaña, evitando girar la cara de nuevo hacia su derecha. Ronda se concentró en manipular el iPod hasta que halló lo que buscaba. Cuando comenzaron a sonar las primeras notas de *First Time* y la voz rasgada de Macy Gray incendió el aire del interior del vehículo, Samoa tragó saliva y hundió todavía más el pie en el acelerador. Aquella canción estaba llena de significado.

«... *And there are moments in the day that I can't breathe. It's the first time, for me, It's the first time, I feel true love...*»

Necesitaba llegar cuanto antes a su destino.

Ronda se obligó a respirar pausadamente, centrando la vista en el paisaje costero que se desplegaba al otro lado de la ventanilla.

Macy Gray siguió martirizando las hormonas de las dos durante un trayecto que a ambas les resultó eterno, pero que Samoa se encargó de hacer lo más corto posible. Por lo general, Ronda frenaba los impulsos que llevaban a la conductora a apretar el acelerador. Sin embargo, esa tarde el Camaro volaba y no protestó. Estaba segura de que su pareja tenía un absoluto control sobre el automóvil y también ella precisaba llegar cuanto antes al lugar de la presentación.

El tráfico de Valencia obligó a Samoa a moderar su ímpetu. Por fin llegaron a su destino y estacionó el coche en el parking del centro comercial donde iba a tener lugar el evento. Las dos bajaron del Camaro sin dirigirse la palabra y, para alivio de ambas, cuando entraron en el ascensor que las iba a llevar hasta la planta baja, había más personas con ellas.

Aunque llegaron un poco antes de la hora anunciada, el espacio donde iba a celebrarse el encuentro ya estaba hasta los topes. Samoa se vio rodeada de inmediato por asistentes al acto que se acercaron para saludarla. Algunas de esas personas eran viejas amigas que aprovechaban para encontrarse con ella en las presentaciones de sus novelas, pero también había fans habituales, mucha gente nueva y varios periodistas. Su libro lideraba esa semana la lista de los más vendidos en el país.

Ronda se alejó del tumulto que rodeaba a la escritora para ir hasta el asiento en la tercera fila que Marisa le estaba reservando.

—¡Menos mal que siempre salgo pronto de casa! Prácticamente no quedaba un sitio libre cuando he llegado —exclamó Marisa tras darle dos besos.

—Gracias. La verdad es que nunca había visto tanta gente.

—Es un exitazo, desde luego. La historia lo merece —afirmó, mirándola con gravedad—. Y yo esta vez no podía faltar.

—Sí, eso es cierto —alegó Ronda en voz baja—. Aunque algunas de las protagonistas sí lo han hecho.

—Por suerte para nosotras —añadió, lanzándole una mirada significativa.

La gente comenzaba a colocarse de pie en los laterales de la sala. Los seguidores de Samoa que la estaban saludando comenzaron, poco a poco, a ocupar sus asientos. Carla, su editora, se reunió enseguida con ella. Era una

mujer inteligente y atractiva cuyos rasgos denotaban un fuerte carácter. Iba vestida con un traje de chaqueta entallado que resaltaba sus formas femeninas. Los altos zapatos de tacón le daban un aspecto imponente. Destacaban en su rostro unos intensos ojos oscuros que había heredado de Álex, su madre. La exitosa editorial de la que ahora Carla era propietaria había sido conducida con mano firme durante años por Alejandra Real, hasta que decidió casarse de nuevo tras décadas de viudedad. Álex se había ido a vivir a Italia para disfrutar de un merecido descanso al lado de su nuevo marido, un interesante y adinerado italiano que estaba loco por ella, así que había traspasado el negocio a su hija.

Carla era pareja, y también editora, de otra famosa novelista amiga de Samoa, Melania Marzal. Las dos tenían una hija en común.

La editora le presentó a la mujer que iba a acompañarla durante el evento. Se trataba de una columnista habitual de uno de los periódicos de mayor tirada del país. Mientras Samoa se dirigía al estrado con Carla y la periodista, vio por el rabillo del ojo que en la primera fila estaba sentada Mel con Alejandra, su hija de cuatro años. La niña la seguía con la mirada y mostraba una sonrisa de lo más intrigante.

Sobre la mesa tras la que iban a hacer la presentación había una decena de ejemplares de su novela. Samoa cogió uno de ellos y acarició la cubierta instintivamente. Sobre el fondo, una fotografía en blanco y negro con viejas barricadas de roble, había estampado un logo circular constituido por un símbolo celta, el árbol de la vida, enmarcado por dos salamandras. Encima del círculo, en caracteres de un color carmesí sangrante, destacaban las letras del título: LA BODEGA. Al pie de la cubierta figuraba, de forma resaltada, el nombre de la autora: Samoa Bellpuig.

Unos minutos después de la hora establecida, la editora abrió el acto dando las gracias a la concurrencia, a la periodista por aceptar intervenir en el acto y, finalmente, a Samoa por haber concebido aquella novela que tanta expectación estaba causando. Sin alargarse demasiado, cedió la palabra a la periodista, la cual hizo una ocurrente y elogiosa presentación de la obra y de su autora.

Por fin le tocó el turno a Samoa, que expresó también su gratitud hacia todos los presentes y, especialmente, hacia sus dos acompañantes en la mesa. Acto seguido, comenzó a responder, con soltura y sentido del humor, a las preguntas que le iban haciendo tanto su presentadora como un par de

reporteros que estaban en la sala, así como algunos de sus seguidores. Las cuestiones se centraban en pasajes de su novela, en los personajes principales, así como en un sinfín de detalles que ella ni siquiera recordaba, pero que, para su sorpresa, se habían quedado grabados en la memoria de muchos de los asistentes.

Todo parecía fluir como la seda, hasta que uno de los periodistas preguntó con perspicacia si la novela tenía una base real o autobiográfica. Los ojos de Samoa fueron directamente hacia la tercera fila, donde hacía rato había localizado a Ronda y a Marisa, y les dirigió una mirada traviesa. Después sonrió enigmáticamente y respondió.

—Tal vez.

Ante el murmullo general y las caras de los presentes, Samoa se obligó a explicar que su respuesta había sido una broma, negando rotundamente que la novela tuviera algo que ver con la realidad. Se apresuró a aclarar que todos los hechos relatados habían sido producto de su imaginación.

—¿La bodega en la que se centra la historia tiene relación con el complejo enológico La Esencia y con el cierre definitivo del negocio que tuvo lugar hace unos meses? —insistió el periodista.

—En absoluto —respondió, con una sonrisa que parecía sincera—. Aunque debo decir que es una curiosa coincidencia.

—¿Es cierto que su pareja, la científica Ronda Lamarca, sufrió hace un tiempo una amnesia repentina? ¿Tiene ese hecho algo que ver con lo que relata en el libro? —apuntó otra periodista—. ¿Es usted la protagonista de su novela?

Los ojos de Samoa fueron hacia Ronda y esta supo adivinar cierta preocupación en su mirada, aunque la escritora mudó rápido hacia una expresión divertida.

—No voy a hablar de nada concerniente a mi pareja, pero les aseguro que esos rumores no tienen ningún fundamento. Sin embargo, he de confesar que, a causa de todas esas especulaciones, la novela está teniendo un éxito extraordinario, así que he de darles las gracias.

El comentario aflojó la tensión que se había creado en el ambiente y cesaron los murmullos, que fueron sustituidos por algunas sonrisas abiertas.

Ronda soltó el aire que había retenido en los pulmones e intentó que ninguna emoción se reflejara en su cara. Todos la estaban mirando y los periodistas no cesaban de fotografiarla. Esperaba que ningún periódico se

hiciera eco de esos rumores e intentara investigarlos, ya que la Guardia Civil les pidió que no hablaran con nadie de lo ocurrido. Los hechos acaecidos, las declaraciones, incluso el juicio y las condenas se llevaron a cabo en el más estricto secreto. Cualquier cosa que saliera a la luz podía afectar gravemente a la vida y a la intimidad de las víctimas y sus familias. Es por ello por lo que Samoa se había preocupado en su novela de distorsionar la realidad todo lo posible, cambiando su ubicación y el perfil de muchos de sus personajes.

Cuando terminó el acto, decenas de seguidores hicieron cola para que Samoa les dedicara los ejemplares que habían comprado. Ronda esperó cerca de media hora junto a Marisa a que el local se fuera vaciando para aproximarse a ella. En aquel momento, esta charlaba amistosamente con una mujer rubia de corta melena desfilada que llevaba a una niña pequeña de la mano. También estaba la editora junto a ellas y otras tres mujeres. Cuando Ronda y Marisa se acercaron, Samoa las presentó.

—Os presento a Ronda, mi pareja, y a nuestra amiga Marisa. Mel es una gran amiga y colega y esta niña preciosa es Alejandra, la hija de ella y de Carla.

Ronda había conocido a la guapísima editora de Samoa en la presentación de su última novela. Samoa le había contado la historia de su editora con Mel, pero esa era la primera vez que veía a la escritora en persona. Le pareció una mujer carismática con unos ojos de color ámbar que hablaban por sí mismos. Le cayó bien al instante. Era obvio que Mel le llevaba unos cuantos años a Carla, aunque seguía conservando un gran atractivo. La diferencia de edad entre la pareja no parecía un obstáculo en absoluto. De hecho, la forma en que se miraban las dos no dejaba lugar a dudas sobre lo que sentían la una por la otra. La niña era una preciosidad que escondía miles de secretos tras esos grandes ojos que recordaban a los de Carla. Samoa le había contado que Alejandra era especial. Poseía «habilidades ocultas», como prefería llamar a sus percepciones extrañas. La pequeña solía complicar la vida de sus madres con revelaciones inesperadas. Ronda se fijó en que tenía una mirada sabia que desconcertaba a los adultos. Después levantó la vista y se dio cuenta de la presencia de Patricia, la mujer con la que Samoa había estado saliendo tiempo atrás, sin que esa relación llegara a cuajar. Ahora ambas conservaban una buena amistad y, de hecho, Patricia seguía siendo la persona que llevaba sus asuntos financieros. Ronda recordó de inmediato los celos que había sentido durante el corto tiempo que estuvieron juntas. Patricia era la más alta



del grupo, incluso más que Samoa. Lucía una espectacular melena de color miel y unos ojos verdes hipnóticos que parecían haber visto muchas cosas. En resumidas cuentas, era una mujer impresionante. Ronda pensó que transmitía fortaleza e independencia, pero también soledad.

—¿Os acordáis de Patricia? —preguntó Samoa dirigiéndose a Ronda y a Marisa.

—Por supuesto —dijo Ronda, aproximándose para besarla.

—Hacéis muy buena pareja —afirmó Patricia, mirándola intensamente.

Ronda no supo muy bien qué pensar de ese comentario. Le dio la impresión de que aquella mujer ya conocía los sentimientos que Samoa se había empeñado en ocultarle tanto tiempo. Lo cierto era que su expresión noble, junto al ligero apretón que le dio en el brazo mientras le decía aquella frase, le despejaron cualquier duda que pudiera tener respecto a su relación con Samoa. Marisa también se acercó a besarla y le hizo ver que se acordaba de ella.

La editora entonces les presentó a la otra pareja del grupo. Se llamaban Eva y María. Eva lucía un corte de pelo al estilo de los ochenta, corto y con un largo flequillo que le tapaba una parte de la cara. Tenía unos ojos inquisitivos y aspecto de inconformista y luchadora, de mujer sin pelos en la lengua. Carla les contó que era abogada matrimonialista y que trabajaba en el mismo bufete que Patricia. La pareja de Eva, en cambio, con rubios mechones ondulados y ojos de un azul deslumbrante, traslucía un alma cálida que daba ganas de abrazar. Carla les dijo que era una magnífica pintora. Ronda pensó que le pegaba mucho. María tenía aspecto de artista bohemia. Las dos constituían una curiosa combinación.

Se hizo bastante tarde y la editora se disculpó por no poder quedarse más tiempo para tomar algo juntas. Alejandra tenía que cenar y acostarse, así que dio las gracias de nuevo a Samoa y todas se despidieron para volver a sus casas.

Ronda se alegraba de no alargar más la velada. Mientras Samoa estaba hablando al público, se la comía con los ojos. El orgullo y el deseo le rezumaban por cada poro. Contempló a su pareja mientras se despedía de la niña. En el momento en que Samoa se agachó a la altura de Alejandra para darle un beso, esta la cogió de la mano y dijo algo con su vocecita clara y decidida.

—Tienes que ir a Saint Croix. Están allí.

Samoa levantó la cara y miró a Ronda y luego a Marisa. Un silencio sepulcral de varios segundos envolvió al grupo. No sabían a qué se refería la niña, pero intuían que era algo significativo. Las que sí lo tenían claro eran Samoa, Ronda y Marisa.

—Gracias por decírmelo, cariño —contestó, dándole un beso en la mejilla. Alejandra respondió dándole un cálido abrazo.

—Sea lo que sea que haya querido decir, hazle caso —sugirió Mel, cuando Samoa se incorporó.

—Lo haré —respondió con una franca sonrisa.

## Punto final

Cuando las demás se fueron, Marisa, Ronda y Samoa se miraron con cara de circunstancias.

—¿Habéis oído lo que ha dicho la niña? —preguntó Marisa con los ojos desorbitados.

—Sí, que están en Saint Croix —afirmó Samoa.

—¿Y me puedes explicar qué sabe esa mocosa?

—Por lo visto, muchas cosas que nosotras desconocemos. La hija de Carla y Mel tiene unos poderes muy peculiares. Y parece ser que ve el futuro.

—No me lo puedo creer —soltó Marisa, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Cuando la he oído decir eso, se me ha puesto el vello de punta —señaló Ronda.

—Sam, da igual lo que haya dicho. Déjalo correr, por favor. Acabemos con esto —rogó Marisa.

—Está bien. Será mejor que volvamos a casa —respondió.

Se despidieron las tres en el aparcamiento del centro comercial y Ronda y Samoa emprendieron el regreso. Esta vez fue Samoa la que eligió la música para el camino. La personal voz de Joss Stone cantando *Right to be wrong* comenzó a reinar en el estrecho espacio interior del automóvil.

Mientras tomaban la autopista, Ronda se apoyó contra el cristal de la ventanilla ignorando la letra obvia de la canción y observó largamente a su pareja.

—Has estado impresionante en la presentación. Conquistaste por completo a tu audiencia.

—No tengo interés en conquistar a nadie que no seas tú —contestó Samoa, apartando por un segundo los ojos de la carretera para mirarla.

—Yo formo parte de esa audiencia —susurró melosa.

Samoa se obligó a mirar fijamente el camino y aceleró a fondo.

—Si no quieres que nos matemos, no vuelvas a hablarme así en todo el trayecto —replicó, subiendo el volumen del reproductor de música.

Ronda emitió una risita y continuó mirándola con los ojos centelleantes. No veía el momento de llegar a casa.

Cincuenta minutos más tarde, el Camaro se detuvo con un chirriar de frenos frente a la vivienda de Samoa. Esta ni siquiera miró a su acompañante cuando salió del coche y caminó a toda prisa hacia la entrada. Las manos le temblaban por la excitación y tardó más de lo habitual en acertar con la llave. En cuanto abrió y ambas entraron en el zaguán, Ronda cerró la puerta de un empujón y apoyó sensualmente la espalda contra la madera, reclamando a su amante con la mirada. Esta sintió que algunas partes de su cuerpo gritaban. Fue hacia ella y la agarró de la nuca. Los labios de Ronda se abrieron de inmediato para dejarla entrar. Samoa notó los dedos ansiosos de su pareja luchando con la botonadura de la blusa y al cabo de un segundo escuchó el sonido inconfundible de los hilos rasgándose. Le había arrancado todos los botones de un tirón. Su pobre blusa nueva, destrozada, aleteaba a los costados dejando al descubierto un sexy sujetador de encaje blanco.

—Vamos a la cama —rugió Ronda.

Samoa tomó aire y fue incapaz de hablar. Echó a correr hacia su cuarto con Ronda pisándole los talones como una pantera a punto de devorar a su presa.

Horas más tarde, el sol comenzaba a jugar en la habitación a través de la cortina, obligando a Samoa a abrir los ojos. Volvió la cara hacia el otro lado de la cama y contempló embelesada a su pareja. Esta dormía con placidez y la sábana arrugada apenas cubría su cuerpo. Sonrió. Ronda debía de estar agotada, aunque tenía que reconocer que ella no se sentía mucho mejor. Le dolía el cuerpo entero.

Se levantó con cautela, colocándose la fina bata que había tras la puerta. De puntillas, cruzó el salón y se dirigió hacia el mueble del zaguán. Procuró no hacer ruido. Tirando del cajón superior, extrajo un sobre rasgado que había dentro. El matasellos era de Christiansted, Saint Croix. Metiendo dos dedos, sacó la fotografía. Sobre un fondo de mar esmeralda, los rostros bronceados de Noe y Lola sonreían descaradamente a la cámara. Aunque la imagen se cortaba a la altura de los bustos, por el margen de piel que se vislumbraba por debajo del cuello de ambas, era obvio que estaban desnudas.

A pesar de todo lo que había ocurrido, la desfachatez de aquellas dos le hizo sonreír. Dio la vuelta a la foto y volvió a leer las letras escritas a mano con la caligrafía perfectamente inclinada de Noe.

*Saludos desde el paraíso. No busquéis a Lola. Como podéis comprobar, está sana y salva a*

*mi lado. Y también feliz.*

*Por cierto, si se os ocurre la insensatez de perseguirnos, solo os diré que cuando recibáis esta foto estaremos muy lejos de aquí.*

*Noe.*

Samoa vio fugazmente la imagen de Alejandra en su mente y se recordó a sí misma un dicho muy antiguo: «Quien ríe el último ríe mejor».

Sin pensarlo más, agarró el teléfono móvil que estaba sobre la mesa y marcó uno de los números que tenía en su lista de contactos.

—¿Iberia? ¿Cuánto costaría volar hasta las Islas Vírgenes?

## Créditos

© Mila Martínez, 2017

© Editorial EGALES, S.L., 2017

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

[www.editorialesgales.com](http://www.editorialesgales.com)

ISBN: 978-84-16491-89-6

© Imagen de portada: Garridofoto. [www.garridofoto.com](http://www.garridofoto.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro español de derechos reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.